

ROCK PERRO DE FRONTERA

YESID NIÑO ARTEAGA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
VICERRECTORÍA DE INVESTIGACIONES, POSGRADOS Y
RELACIONES INTERNACIONALES
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
MAESTRÍA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2014**

ROCK PERRO DE FRONTERA

YESID NIÑO ARTEAGA

**Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título
de Magíster en Etnoliteratura**

ASESOR:

Mg. GONZALO JIMÉNEZ M.

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
VICERRECTORÍA DE INVESTIGACIONES, POSGRADOS Y
RELACIONES INTERNACIONALES
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
MAESTRÍA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2014**

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado, son responsabilidad del autor”. Artículo 1 del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de aceptación

Presidente del jurado

Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, _____ de _____ de _____

DEDICATORIA

A la memoria de Andrés Cárdenas “El caleño”; para sus hijos, Dafne Quimey y Christopher Blas.

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad de Nariño, por ser un espacio donde se construyen y afirman alternativas de pensamiento.

Al Departamento de Humanidades y Filosofía, y a los colegas de la Décima Cohorte de la Maestría en Etnoliteratura.

A Gonzalo Jiménez Mahecha, que ha contribuido enormemente a que esta experiencia de escritura inicie su viaje en el espacio de la realidad académica y literaria.

A Byron Fonseca, por sus ilustraciones.

A Soraya Latiff, por ser mi compañera en las travesías y horizontes de la frontera.

CONTENIDO

	Pág.
Brevísima introducción teórica	11
Bibliografía	15
PRIMERA PARTE	21
El azar de los pastores corporativos	24
Perejil	48
La desnucleación de toda historia	52
Venganza frente al templo	53
Rakatock	54
Iris (la leyenda de una ladrona)	56
Tarántulas en las axilas o los monólogos de Nina	63
SEGUNDA PARTE	91
Neuroclasicismo, ¿por qué usted confía en los payasos?	92
Dos sesiones en una (el terreno aéreo)	114
<i>Heavy</i> lacrimógeno en el fin de siglo	119
<i> Casting</i> para un retrato porno	136
Comesanos piel a piel	140
Las calles del sucio y del santo	144
Guaguas <i>hell</i>	160
<i>Death</i>	167
Las armas no convencionales	169
TERCERA PARTE	171
Migrañas en el recto (el día que los Stones se vayan al infierno)	172
Palizas y policías	201
Un gorila albino te ofrece loterías	204
Black Guáytara	217
343° N. Un círculo de agua en el centro de la tierra	225
Epílogo	231

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen 1	20
Imagen 2	90
Imagen 3	170

RESUMEN

Rock perro de frontera es el resultado de una investigación etnoliteraria, que intenta establecerse dentro de los procesos creativos de la *literatura*, que, en este caso, se expresa mediante la forma artística de una novela de tendencias urbanas, que pretende suscitar, mediante la *escritura* y las formas de la ficción, algunas de las cotidianidades que se viven en un espacio límite, como lo es la ciudad de Ipiales, ciudad que resguarda una importante dimensión cultural, a la vez que alcanza una dimensión que puede procurar reinterpretaciones acerca de las interacciones culturales, problemáticas y oportunidades, que se gestan en las superficies y profundidades de lo urbano-latinoamericano.

PALABRAS CLAVE

- Ciudad
- Creación Literaria
- Etnoliteratura
- Frontera
- Literatura urbana
- Novela

ABSTRACT

Rock perro de frontera is the result of an ethnoliterary research, trying to establish in the creative processes of literature, which in this case is expressed by the artistic form of a novel urban trends, which aims to stimulate, through writing and forms of fiction, some of the everyday things that live in a limit space, as it is the Ipiales city, which houses an important cultural dimension, while reaching a dimension that may seek reinterpretations about cultural interactions, problems and opportunities, that are developing on the surfaces and depths of urban-Latin American world.

KEYWORDS

- City
- Literary Creation
- Ethnoliterature
- Boundary
- Urban literature
- Novel

Brevísima introducción teórica a *Rock perro de frontera*, como un ejemplo de las importantes necesidades in-humanas de escribir una novela

La novela puede ayudarnos más que ninguna otra cosa a vivir.

D. H. Lawrence

La novela... sigue pareciéndome un género muerto y sin perspectivas, pero, si bien reconozco que se trata de un vicio horrendo, de una debilidad imperdonable, de una adicción malsana, no puedo dejar de recorrer todas las noches esa misma escalera para releer las páginas de esos perversos que durante un milenio se empeñaron en fraguar sus ficciones. E incluso admito que, en mis horas de insomnio, se me ha pasado por la cabeza –horror de horrores– la idea de tramar yo mismo otra de esas viejas, poderosas, auténticas mentiras.

Jorge Volpi

Es imposible afirmar que el espacio etnoliterario es un sitio propicio para la normalización; en las expresiones etnoliterarias se corrompe toda insinuación modélica o impositiva. La fuerza inventiva, la imaginación, los latidos del tiempo y del no-tiempo, la inestabilidad y la crítica que se desprende de *Huasipungo*, de *Los ríos profundos*, de *Los siete locos*, de *¡Qué viva la música!*, de ninguna forma se introducen en la disciplina de los comisarios. El espacio etnoliterario es el espacio de los elementos de la sub-versión: el aliento volcánico que fulgura en la superficie ondulante de los bosques, las aves, los gatos, los perros, los animalitos que siguen a la guerra en el final de los aullidos; los niños, las calles, las trampas; las voces de una roca y de la montaña, trozos de lo que resiste, del aire, de la ceniza, de las luciérnagas y la madera.

No se debe perder de vista que el espacio etnoliterario es inminente a los procesos de creación artística, donde confluyen perspectivas de afirmación humana e in-humana a partir de la composición estética y la expresión singular o colectiva de esa oportunidad imaginativa. Es el hecho mismo que crea y hace arte, que se siente y corrompe como sendero artístico. Leer el poema “El chuico y la damajuana”, del chileno Nicanor Parra: la chicha, el aguardiente, el cactus, el humo, la pipa, las uvas,

la fiesta, la cuna de las botellas, la desesperación y los festejos del tiempo, para comprender que el espacio etnoliterario es el lugar (todavía) para la ruptura artística. Ver el contexto de los pueblos indígenas, de los desplazados, de los jóvenes latinoamericanos, para entender la urgencia de introducir alternativas humanas, no sólo artísticas, sino in-humanas en su experiencia.

Lo in-humano, entonces, refiere a la intensidad animal, vegetal y mineral de las cosas, del saber, de lo que llega hasta la humanidad como protección y afirmación vital.

1. La impuntualidad interpretativa de la ficción

Escribir ficción es acercarse a la inestabilidad de toda verdad. Escribir una novela requiere *dramatizar* la experiencia y la in-experiencia; requiere *intensidad*, fuerza, extravío, coherencia, complejidad, penetración, sutileza, comunicación, que no puede permitirse ser moralista o utilitaria. Claro, una lamparita en lo oscuro de la cultura que se interesa por la conjura intranquila de una hechicera sexy; como lo expresaron *The Doors* en la historia de la música, la posibilidad de la novela es la *perturbación*, es decir, mostrar la situación dinámica del mito, de la fabulación humana, de la belleza, del horror y saberes de los viejos mitos en el tránsito de la actualidad; “Riders on the Storm”, “Shaman’s Blues”. Recuérdese el espectro de la Viuda, su embrujo y sus colmillos, todavía al asecho en algunas periferias de la realidad y, sobre todo, en las ir-realidades de los niños.

Lo necesario: el enfrentamiento, la sacudida. La dislocación de las verdades y el problema de rascarse la cabeza y encontrarse piojos de mentira (Franz Kafka); la sangre envenenada, la música por todos lados, el piojo dentro de la cabeza (Ryunosuke Akutagawa); la luz encendida en rojo, andar sin pantalones y una explosión en los barrios bajos (William Burroughs). Escribir una novela es un atentado contra la totalidad que implica la defensa de los bosques (Manuel Scorza, Ciro Alegría). Derrame de la integridad, búsqueda de una florecilla de mentiras (Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti). Estropajos para la gran mancha de la vigilancia y la seguridad bélica (Ernesto Sábato, Andrés Caicedo). La novela, el “requiem”, “el tiempo perdido”, que ya hirió de muerte a la literatura (Jorge Volpi, Marcel Proust); lo que mantiene con vida al arte; es simple, al arte. La novela elige su dirección en la contemporaneidad, y esta es la dirección y la ausencia que se concibe como obra de arte.

2. *Disidencia afirmativa de la novela*

Para el escritor y crítico literario Maurice Blanchot, el tiempo de la ficción es el mismo tiempo de la fiesta, la complementación mundana y la penetración astral; es el tiempo de la coexistencia humana y divina orientado hacia una intencionalidad en desaparición; es impulso, vacío, salto, apertura hacia la infinito artístico; es el tiempo de “los antiguos dioses”¹ que va a permitir la exigencia del afuera, la exacción de donar la imaginación al otro espacio; por tanto, impertinencia de toda posibilidad de libertad y de silencio:

En la escritura tanto como en la pintura, el silencio, silencio majestuoso, mutismo en sí mismo inhumano, que hace que pase al arte el escalofrío de las fuerzas sagradas, esas fuerzas que, mediante el horror y el terror, abren al hombre hacia regiones extranjeras.²

Para todo amante de las palabras, sobreviene el impertinente silencio del arte. En lo artístico, en la nieve y la noche de la creación, en la ruptura artística, se muestra el riesgo y la incertidumbre de toda estructura agraciada, incluso de la literatura; el arte termina por mostrar lo que en apariencia ha dejado de importarle al pensamiento escrito: fisuras, borraduras, fallas, grietas, rupturas, fragmentos, experiencia, subversión... elementos que pasan a ser componentes de la novela³.

La novela orienta a la realidad en la *otra* realidad; es alteridad, materia de la intranquilidad humana; la novela destempla las reglas de los lenguajes, ejecuta y aviva la experiencia de la realidad; permite el surgimiento y desarrollo de otros mundos dentro de éste; personajes que serán los conductores de los flujos del afuera y las imágenes del lenguaje; es pintura que no se solidifica, tachadura en el viento, horrorosa inventiva, recursividad, música extrema e improvisación, *extensión* de la sensibilidad. Al tener estos elementos (incluso diferenciándose del poema), la novela exige mayor obstinación, rigor para enfrentar la belleza, las sensaciones sublimes, pero también severidad en los instantes, afectaciones, como: el disgusto, el tormento, el desamparo, la hostilidad, la ilusión y la fuga del deseo, el terror, la falsedad, la perversión humana; es el conocimiento de los seres vivos que juega y se estremece mediante el lenguaje. La novela es lo que hace temblar todavía al ser humano, a la literatura y al arte. Mediante la novela, el ser humano desmenuza y excava en el conocimiento que ha tenido de la historia y de sí mismo, recorta y reorienta lo que le queda todavía de alma.

¹ Maurice Blanchot. *Una voz venida de otra parte*. Madrid: Arena libros, 2009, p. 37.

² *Ibíd.*

³ Gabriel García Márquez. *Cómo se cuenta un cuento*. Bogotá: Voluntad, 1995, p. 125.

3. *Novela al cien, ¿la novela tiene una forma esencial?*

Si en la novela se trastorna el tiempo de la realidad, también se retuerce el ensamblaje de la relación del pensamiento con el contexto real, para otorgar la posibilidad de interrumpir, reanudar, recomenzar la construcción de un mundo aparente. Esa es la intención de una escritura en ruptura, constituirse en un renacer indetenible; nunca una palabra específica, sino, al contrario, intensa, cambiante, heterogénea y deseante, desprendida de todo sistema unitario y entregada a una pluralidad esencial.

En la dislocación-composición de la escritura de la novela, el pensamiento humano se aprecia como afirmación del azar y de la discontinuidad, afirmación donde el pensamiento se relaciona íntimamente con la vitalidad de lo aleatorio, y de concebirse como pensamiento plural.

En la novela no existe ninguna garantía de unidad, no existe una totalidad, general o santo patrón, a quien rendirle cuentas. La novela es una oportunidad para hacer fluir la pluralidad que se encuentra en el entorno, para plasmar las múltiples ópticas de la diferencia, puesto que, al fundir lo real con lo ficcional y lo poético, se desarrollan estilos y conjuntos verbales que trastocan la objetividad del mundo. En ella se desarrollan algunas de las ocultas potencialidades del ser humano y de su pensamiento, sus acciones, sus sentimientos y emociones en una forma introspectiva, mortal e instantánea.

Escribir es una forma de expresar la insensata capacidad humana que siempre ha estado ligada a la vida; es establecer vínculos de diferencia y amistad con la vida y el lenguaje. En el desplazamiento de la novela, los valores y el tiempo se intercambian según su intensidad. La experiencia del escritor se fisura con las otras experiencias del afuera, con las voces de la intemperie; allí se descubre la experiencia de la integración y la repulsión desde el mundo de la imaginación como sustanciales a la comprensión de la(s) realidad(es).

Si la novela tiene una *esencia*, radica en la emergencia de la perturbación. La novela es como el río; más exactamente, como el devenir de los ríos locales. ¿Qué llevan dentro de su oscuridad los ríos de Latinoamérica? ¿Habrá algún novelista en el fondo del agreste río Cauca, del sucio río Pasto, del oscurísimo río Guáytara?

La novela es el medio adecuado para remover un poco el orín que aqueja al hombre y al mundo; es el horror de esa fiesta donde se es el único extraño, que empieza y termina sin haberse dado cuenta de que el momento para regresar había acabado hacía mucho tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Akutagawa, Ryunosuke. *Vida de un loco*. Buenos Aires: Emecé, 2006.
- Arguedas, José María. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Buenos Aires: Losada, 2011.
- _____. *Los ríos profundos*. Buenos Aires: Losada, 1957.
- Arlt, Roberto. *Los lanzallamas*. Buenos Aires: Losada, 2008.
- Asturias, Miguel Ángel. *El papa verde*. Madrid: Alianza editorial, 1971.
- Bajtín. Mijaíl. *Las fronteras del discurso*. Buenos Aires: Las cuarenta, 2011.
- Blanchot, Maurice. *Aquel que no me acompañaba*. Madrid: Arena libros, 2009.
- _____. *La espera el olvido*. Madrid: Arena libros, 2004.
- _____. *El libro por venir*. Madrid: Trotta, 2005.
- Carranza, María Mercedes. *Poesía completa*. Sevilla: Sibilina, 2010.
- Céline, Louis-Ferdinand. *Muerte a crédito*. Barcelona: Lumen, 2011.
- Cepeda Samudio, Álvaro. *La casa grande*. Bogotá: Oveja negra, 1962.
- _____. *Los cuentos de Juana*. Bogotá: Norma, 1995.
- Cervera, Carmen. *El proyecto de novela. Un mapa de las estrellas*, en: <http://diario.deunaescritora.com/2013/05/08/el-proyecto-de-novela-un-mapa-de-las-estrellas/>, fecha de consulta: 12 de octubre de 2013.
- Chaparro Madiedo, Rafael. *Opio en las nubes*. Bogotá: Babilonia, 2002.
- _____. *El pájaro Speed y su banda de corazones maleantes*. Zaragoza: Tropo, 2012.
- Deleuze, Gilles. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- _____. *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- _____. *Dos regímenes de locos*. Barcelona: Pre-Textos, 2007.

- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 2005.
- _____. *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Fonseca, Rubem. *Agosto*. Bogotá: Norma, 2004.
- Fuenmayor, José Félix. *Una triste aventura de 14 sabios*. Bogotá: Laguna libros, 2011.
- Gómez Garcier, Macarena. Movimiento underground, en: <http://corriendolavoz.com.ar/movimiento-underground/>, fecha de consulta: 09 de septiembre de 2013.
- Gómez Jattin, Raúl. *Amanecer en el valle del Sinú*. Bogotá: FCE, 2010.
- González, Fernando. *Salomé; El remordimiento*. Medellín: Universidad EAFIT, 2008.
- Haber, Alejandro. Nometodología payanesa: notas de metodología indisciplinada. *Revista chilena de antropología*, n° 23, 2011, pp. 9-49.
- Heidegger, Martin. *El Ser y el tiempo*. México: FCE, 2007.
- Jaramillo Agudelo, Darío. *Libros de poemas*. Bogotá: FCE, 2003.
- Le Clézio, Jean-Marie. *La cuarentena*. Barcelona: Tusquets, 2010.
- Marina, Miguel. Música under: “La Cultura Oficial sale a tu encuentro, pero al Underground tienes que ir tú”, en: <http://caminoymusica.blogspot.com/2010/06/música-under-la-cultura-oficial-sale-tu.html>, fecha de consulta: 30 de octubre de 2013.
- Montenegro, Armando. *Una historia en contravía: Pasto y Colombia*. Bogotá: Panamericana, 2002.
- Morán, Helena. *¿Hay que investigar para escribir una novela?*, en: www.escribe romantica.com/2011/10/por-helena-si-quieres-escribir.html?m=1, fecha de consulta: 25 de noviembre de 2013.
- Murakami, Ryu. *Azul casi transparente*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- Nietzsche, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*. Bogotá: Panamericana, 2001.
- _____. *Fragmentos póstumos*. Bogotá: Norma, 1997.

Niño Arteaga, Yesid. Fluctuaciones etnoliterarias: el concepto urbano-animal en la obra de Rafael Chaparro Madiedo. *Revista Awasca*, n° 25, 2013, pp. 44-52.

Osejo Coral, Edmundo y Flores Rosero, Álvaro. *Rituales y sincretismo en el resguardo indígena de Ipiales*. Pasto: Universidad de Nariño, 1992. (Trabajo de Maestría en Etnoliteratura).

Paasilinna, Arto. *El bosque de los zorros*. Barcelona: Anagrama, 2007.

Parra, Nicanor. *Antipoemas*. Barcelona: Seix Barral, 1996.

Pessoa, Fernando. *El libro del desasosiego*. Barcelona: Seix Barral, 2011.

Piedrahita, Jorge. *Ipiales, Mi pueblo*. Ipiales: Ediciones grafisistemas, 1997.

Pizarnik, Alejandra. *Poesía completa*. Buenos Aires: Lumen, 2011.

_____. *Prosa completa*. Barcelona: Lumen, 2012.

Restrepo, Eduardo y Uribe, María Victoria. *Antropologías Transeúntes*. Bogotá: Instituto Colombiano de antropología e Historia, 2000.

Rodríguez, Héctor. *Ciencias humanas y Etnoliteratura. Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*. Pasto: Ediciones Universidad de Nariño, 2001.

Sábato, Ernesto. *Apologías y rechazos*. Barcelona: Seix Barral, 2001.

_____. *España en los diarios de mi vejez*. Barcelona: Seix Barral, 2004.

_____. *La resistencia*. Barcelona: Seix Barral, 2000.

Sánchez, Silvio. *Las Gramáticas de la Universidad*. Pasto: Ediciones Universidad de Nariño. 2000.

Silva, José Asunción. *Poesía y prosa*. Bogotá: Punto de lectura, 2011.

Solana, Anna y Serna, Mercedes. Jorge Volpi: “La novela es una forma de explorar el mundo”. Entrevista disponible en: http://www.babab.com/no04/jorge_volpi.htm, fecha de consulta: 15 de diciembre de 2013.

Soto Mancipe, Carlos. *Escribir una novela, Un proceso de investigación*, en: publicaciones.unitec.edu.co/ojs/index.php/VES/article/download/.../57, fecha de consulta: 03 de noviembre de 2013.

Steiner, George. *Los logócratas*. Barcelona: Siruela, 2006.

Val Ripollés, Fernán del. Pasotismo, cultura underground y música pop. Culturas juveniles en la transición española, en: http://www.injuve.es/sites/default/files/tema_5_revista95.pdf, fecha de consulta: 21 de octubre de 2013.

Vargas Llosa, Mario. *La guerra del fin del mundo*. Bogotá: Planeta, 1985.

Vattimo, Gianni. *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1987.

Vela, Javier. *La Escritura del Habla*. Pasto: Universidad Mariana, 2005.

Zambrano, María. *Filosofía y Poesía*. México: Fondo de cultura económica, 1996.

Zapata Olivella, Manuel. *La rebelión de los genes*. Bogotá: Altamir, 1997.

Zuleta, Estanislao. *Educación y Democracia. Un campo de Batalla*. Bogotá: Corporación Tercer Milenio, 1995.

“Una persona soberbia y arrogante (Lucifer) sentada en medio de la sala, sostenía en su mano un bastón de mando de tres astas. Éste ordenaba a los horribles negros a cumplir el siguiente mandato: “preparad sitio para los payaneses, pastenses, bogotanos y para los de tierra caliente”.

Lenguaje ceremonial y Narraciones tradicionales de la cultura Kamëntsá. J. J. CH.

“Poeta
A la naturaleza hay que ir
A contemplarla
A defenderla”
R. G. J.

“...Find the rainbow... the frozen rainbow...”
SAXON



Recuerdo para una tumba, técnica mixta.

PRIMERA PARTE

Principio de agitación. Esto es un esclarecimiento elemental, una hora para contener los insectos de la garganta criminal, una hora para filtrarse con la voz carnosa del perro alegre, que en este momento me apunta con una manzana directo a la cabeza; sonrisa, todo perro puede reír; una manzana verde en el parietal derecho. Animal olfativo, huele mi adrenalina para reírse mientras saca la lengua. El perro de los venenos, cuando te encuentre te muerde sin advertencia, una sola vez, sin espacios para la huida; inhala el olor de las almas entripadas y la mordida aparece en el laberinto de los sesos. No puedo distraerme, me obliga a escribir; la manzana en la cabeza revela su geometría de fuego, concentra el dolor hasta mi frente. El perro no se mueve, por el momento no muerde, sólo olfatea, luego sonrío entre babas. Una hora para escribirlo todo. Una hora. No se trata de un juego, no se trata de ninguna realidad, es esta realidad. Sí, es un perro con cabezas en sus dientes y razas en su saliva, que me obliga a escribir. “¿A qué velocidad puede correr un humano que tiene atrás un niño con manos untadas de un extraño interior intestinal? Imaginemos que estás huyendo de mí, chico, imaginemos eso”. Escritura a más de 24 kmp/h, depender de una hora para salvarse, 24000 metros de escritura antes de la mordida; la velocidad que supera lo estricto de la estadística humana, no hay lugar para relajarse. “¿A qué velocidad corres, chico?, no pareces más rápido que una babosa”. Sinestesias se apoderan de la superficie. El perro vuelve a hablar, “No hay problema si dejo de apuntarte con esto, ¿verdad?; en realidad, una manzana verde tiene demasiado peso para nuestras cabezas”. “Víctimas de calcinaciones, el secreto está en escuchar los huecos de la lengua, chico; dentro de los huecos hay voces y en esas voces hay vocecitas, chico; peces, espacios, secretos, música, pedazos de sol, usted debe saberlo, admira como un putas el silencio, así que, adelante, escribirás lo que escuches, los huecos de la lengua le hablarán, deje el miedo por fuera; en vez de eso, mejor dígame cuál es el balbuceo que guarda su cuerpito hecho tierra”. El ladrido se me hace entendible, es lenguaje también; arrastra un banquito hasta su lugar; el perro se sienta, lame su sexo peludo y dice: “No es una ocurrencia, chico; no vine aquí para matarte, no temas, yo no hago eso. Simplemente hablaré”. Acá en Fosa es duro pagar por una casa, chimpancés áureos y sin árboles, estamos en una lona con una máquina de escribir, agua y un florero, una invasión, el techo provisional parece que se va a caer. “Bien, chico, yo también odio los nacionalismos y las tiendas de mascotas. Quiero que me prestes toda tu música; algo de los Stones, para empezar; ¿tienes algo de nuez moscada, cascarita de aguacate o telaraña?, porque esta será una experiencia para pasarse los semáforos en rojo; te levantaste hoy queriendo voltear tu vida, ¿no es cierto?, los sagrados centros, la policía montada, la policía en tanquetas, toda esa cacería se irá de recreo, a la mierda, chico, sí; mira, esto puede convertirse en una

simple conveniencia para los condenados; eres parte del mundo, entonces no habrá problema en que seas un personaje más, ¿cierto, chico?; huequitos en la lengua, huequitos en la muy condenada lengua”. Y en este mundo lo único general, como la llegada de la muerte, es que todos estamos saneados; es decir, extremadamente formados, hechos, establecidos; así el sistema de las banderas con luces rojas en su respiradero y vulva invertida lo niegue, todos estamos perdidos en pedazos de nosotros y en pedazos inútiles de una piel subliminal, individuos, dioses, vacas, maniqués, en rareza, en intriga, en mentiras, en anomalía, hechos, perfectos, asaditos y santos; pero en nadie y en nadie y en Narcisos mutantes, por más prejuicios que pueda haber aquí, allá o en cualquier clandestinidad, nadie, debe cumplir el deber pulcro de matar a sus hermanos; bajen al río, lo verán sucio; miren a sus plantas, a sus animales, reconozcan los gritos, los gritos. “Chico, chico, no llores; calma, somos cachorritos; no me odies antes de empezar a vivir, cálmate, lee un poco, ya te dije que no estoy aquí para dañarte”. Lo alecciona el mismo perro de la expiración, de la garganta, de la suerte de secreciones negras; la manzana verde desaparece, era brillo, era un simple brillo. Miedo. Miedo. Es fácil verse pedacito, no importa el grado o lo excepcional de lo que sabes o no sabes, la apariencia de sobriedad respetable, billeteras llenas o la inutilidad del fracaso, buenos modales, arpegios robados, creencia en una sede, tipología del crimen o metros de distancia con el espíritu más grande, ¿cómo establecer algo fuera de la herida? ¿Cordura extrema, lo mejor? Ninguna resonancia desequilibrada quiere expresarse mediante el suceso crónico de desaparecer con los actos razonables la vida de la vida. La manzana desaparece. ¿Qué tiene de negativo rebotar, entonces, como personajes? Oposición a la misma nada dadora y nadadora en la piscina de los santos claustros. ¿Estorbo para el desperdicio bioquímico como Maleza entre los disparos que nos representan? ¿Banderas y logotipos? ¿Las úlceras estomacales del hambre? ¿Las palabritas bucólicas de proyectores con marca de suburbios? ¿Traba roja con felicidad de estudiar las legislaciones, pasar el billete y redactar condenas, una cervecita, el brandy y todo en su lugar fijo? Las balas cruzan de derecha a izquierda y viceversa, el centro es el refugio de los santos inodoros y los mojones perfectos y, así, ente risitas nadie se percata de su orientación tridimensional, caída en un hueco, un hueco, la dirección es hacia abajo, abajo, abajo, con las uñas despedazadas, mierda, mierda. “Ahora, chico, ¿ya estás listo?, podemos empezar con la lluvia y las fortunas de piedra; para que aprendamos a hablar por el aire es necesario el viento y el fuego”. Se prepara una mordida, me quema mientras la máquina depreda mis dedos; letra por letra, dedo a dedo, el animal se abre la cabeza hasta el cuello e inicia con la penetración de las voces.

El azar de los pastores corporativos

Es difícil caminar y sostener tu cabeza sin los gritos o miradas que siempre quieren echarte para un lado. Un pérfido desnutrido con mugrientas alas en sus pasos se eleva del pavimento, un mechudo escribe en un andén; son las seis de la mañana, costales de chatarras arrastrados por Barba Azul en la avenida de los dos países, una viejita de trenzas largas camina descalza y se une a los despojos de los restaurantes, polvo, aceite, humo y caridad, lleva manzanilla y flores de caléndula en la mano. Una carreta jalada por un caballo pardo carga varios puercos rosaditos. Todo parece enredado.

Un símbolo pagano de ocho puntas, dibujado en una calle, es borrado con pintura blanca por las chicas polis. La división empresarial de la SS diseña la logística para la procesión, la calle se limpia, la policía de los camiones se lleva los sueños del mechudo al calabozo, el pérfido se salva de que lo atropelle el segundo camión, la mujer apoya su espalda en la pared de un edificio bancario, un pito y una linterna la espantan, cierra los ojos viejos y empieza de nuevo a caminar, la carreta se aleja en dirección al matadero. La calle es la misma, las aves del porvenir se comen los desperdicios de los tres parques, de las tres opciones de muerte, tres estatuas, tres formas de quietud para las jorobas inteligentes. Suenan las campanas del templo azul. Cabezas humanas por todos lados, uniformes. Dios requiere asistencia. Campanadas. Parece que las habilidades o las mañanas no alcanzan para retener las indecencias o los afectos de la ignorancia ocular. Todo se comprime alrededor del ombligo que se me ha borrado, por dentro, para afuera. Gran letrero en dirección al sur: “Hágase soldado santo, la SS lo espera”.

Se puede ver el letrero con la foto del doctor Walter Bautista: ¡Denuncie! ¡Hable, signifique la seguridad! El juego de los sostenes en alto volumen y los cuchillos de élite protegidos por jurisprudentes. Somos el cambio para los paganos. Aproveche. Grandes descuentos en terapias para los miembros de cualquier GO. Llamar, pagar, total estrecho.

Fosa es demasiado teatral, todo ocurre en una sección con un telón grandísimo, la “doble nada”: 28 de diciembre de un tiempo pasadito; el bienaventurado Ezequiel, esta vez sin intermediarios, sumerge en agua helada una cabecita dormilona; en su momento, dentro de una casa de barro, la llaman Hilda S. E., llora, llanto; con el siguiente mandato, las burbujas explotan en gemidos y con una oración el bendito le hace tragar agua santa: “¡Amado Padre, esta pequeña velará y acrecentará la fe, incinerará con tu ayuda los peligros vividos en las comunidades de esta región,

destruirá el mal que aqueja a los leprosos de hoy, llévala bajo tu custodia, por nuestra Iglesia, con el Espíritu Santo, envía al infierno a todos los pecadores, envíalos al infierno, ¡ayúdanos, Señor, ayúdanos a exterminar todo lo pagano!"; un suspiro y, en seguida, frena el sagrado y mínimo ahogamiento; aún con las manos mojadas, el religioso firma una orden para excomulgar en vida y nombre, con las mujeres encima de los burros, con el encargo, amonestar y deshonar en público, rodeado por las zarigüeyas entrenadas que asisten a la Madriguera, con un buen trío de policías culonas, al criminal del momento, un tal Morarrosa, alguien del que se decía que sabía leer perfectamente el latín.

Los mandatos de la excelencia, tu excelencia, depositada en un vestido blanco lleno de demencias sometidas.

Ese era el tiempo en que la confesión, "me cambió la vida", el bautismo y otros sacramentos antipaganos se administraban mediante caballos humanoides que se hacían llamar intérpretes. A domicilio, con intermediarios, elevaban el mandato del Señor y cumplían con los sacramentos a distancia, nervios de punta, presencia insondable, un monstruo de sorpresa en papeles dorados, un caballo con sombrero que servía de acceso a los milagros.

Por los senderos de peñones verdes y arenillas solares llegaba un indio bello acaballado en el tambor descalzo con las migrañas de una semana entera de guarapo de Mu, se derretía en gotas por allá, descendía por el páramo y el primer guaico vía al mar. Por allá, eran pocos los canónigos, los clones certificados, los perfecticos, los bibliotecarios, los benditos o los patriarcas capaces de hablar esa lengua sentida, la lengua de los piojitos estrella; ese año, nadie era políglota, casi ningún prelado de la independencia o conquistador fascista hablaba la lengua originaria de estas tierras siempre incendiadas y eran menos los que aspiraban a contagiarse de liendras, piojos, pulgas, garrapatas u otros animalitos de la sangre impura. Los confesores asumían con toda la fe divina la célebre descripción del neo-historiador Cieza de Leones III, que había sido el primer aventurero en garabatear sobre los habitantes de este pueblito: "es gente de poco ánimo, sin coraje, gentes de ruines cataduras, muy sucios todos; gente simple, mugrosa, piojosa y de mucha malicia".

Los intérpretes, portavoces mefíticos del vocero elegido, con la delicia de un pantalón ajustado en el momento memorable, en su mayoría y siempre, eran miembros jóvenes de la comunidad de caníbales y demonólatras de la región, que coexistían como los encargados de brindar importantes ayudas a la evangelización, jodían, jodían, se emborrachaban y luego se encargaban de ir al lugar donde se encontraban los esperanzados por recibir el sacramento, en gran número, niñitos aucas, borrachos

adúlteros, analfabetas descalzos y pecadores; los intérpretes, por mérito propio y, según el caso, la remuneración o el sacramento, realizaban las acciones y dosificaban el guarapo; podían recoger los pecados de la confesión y llevarlos “en el sombrero” hasta el sacerdote que, sentado, esperaba en su casa, hacía tiempo con fervor y la sangre divina en una copa, meneaba ese color maravilloso hasta el regreso del intérprete, que luego reposaba unos minutos la borrachera para luego llevar, en la mayoría de los casos, la penitencia y la absolución, para entregarla en nombre del primer Yahvé, el mensajero borracho del sombrero descalzo. Bautizaban a niños y mayores recitando las palabras que el sacerdote les transmitía desde su morada nocturna de vieja gloria, o instituían, en orden correcto, los protocolos y las oraciones del matrimonio; los pecados huían al ver al indio bello de la cabeza cementerio, todos en forma de maíz morado. Plácido trance.

Todo un proceso patriarcal a domicilio, con lapsos favorecedores del flujo nasal; se dormía un rato el sacerdote al proporcionarle a la educación colonial un rápido aseguramiento en las veredas más lejanas, corrompidas y viciadas, amables, ricas, verdes; también mezclaba jamones con polvos de oro, trazaba camino para los pasos de los grandes santos del porvenir. Antes de la sagacidad del santo sacerdote y de los otros miles, que luego llegaron con su látigo personal, con la misma dedicación de visitar, codiciar y convertir poblaciones enteras, arbustos de moras espinosas custodiaban las centenarias trochas. Trocha. Linealidad parda conmovida como una verticalidad deslizante en el verde de los poetas y las vacas.

La niña H... sólo tenía siete meses de nacida y hasta el momento la habían amamantado tres nodrizas. Esa mañana, fuera de la habitación donde se hacía efectivo el sagrado sacramento, entre multitudes y gritos, rabias de horribles mujeres y de grotescos viejos se ensañan contra la casita de barro; el eco de los gritos hace retumbar los palos y la tierra seca de las paredes; algunas bolas de barro chocan contra la casita; protestan por una masacre. Los tabiques tiemblan con las palabras de las madres que desde siempre han cargado a sus pequeños niños sobre sus espaldas, amarrados con lana. Varios minutos de agitación; afuera quieren respuestas, en chales negros con niños dormidos: “¿Por qué el bendito nos insulta, boca de Dios, cordero blanco? ¿Nuestro jarabe, los agravios de Dios, las manotas de Dios? ¿Este tipo de educación no es un pecado, cabeza de Dios? ¿Las alitas de los ángeles, el dedo gordo, el quinto ojo de Dios? ¿Es cierto eso de excomulgarnos a todos, junto a la porquería, los tobillotes de Dios? ¿Cuál es la guarida del diablo, el espejito, las babuchas de Dios? ¿Cómo es eso de “La voz evangélica” y por qué ese animal calvito y sin cachos está aquí con todo ese azufre, la oreja y el pulso de Dios?” Surgían rumores casi atenienses: se relataban sucesos horribles, donde la juventud corría el riesgo de la

perversión difundida por un cabrón en solitario que degeneraba humanos en secreto. Había un perro empalado frente a la iglesia, quemado, con humo todavía.

Según decían, en ese tiempo algunos colegios estaban profesando los razonamientos del gemelo del Anticristo, el diabólico, el gran buitro, el vulgar, el que fornicaba fuera de la exprovincia con el carnicero que niega a su madre y que ama el cuerpo de los hombres mientras ella duerme. Gemelo cruzado, devorador, con colmillos que le llegaban a los ojos, la serpiente y la luna creciente, hundido hasta el ombligo en la tierra, ese que se come a los niñitos. Rumores donde se vinculaba a ilustrados importantes, incluido ese criminal, Teuco Morarrosa, como discípulos de no sé qué demonio pariente de los chivos rojizos, que fue expulsado por el supremo Dios del templo azul.

La gente tenía miedo de seguir enviando a sus hijos a los colegios, con incertidumbre ante la noticia: no podrían llegar siquiera a ver el paraíso, se pudrirían en esta tierra, tal y como dijo el bienaventurado Ezequiel; lo recuerdo bien porque lo volví a leer en un libro de la editorial de la SS: “Nunca se podrá dar la santa sepultura, bendiciones, ni camino al paraíso a los fieles que teniendo hijos, conocidos o dependientes en el expresado colegio, muriesen sin dar señales de verdadero arrepentimiento de ese pecado”. “¿Cuál pecado?”, se preguntaba la gente en medio de lágrimas inciertas, más bien receptáculos, bajadas transparentes hechas con el sabor salado de sentirse jodidos por las prohibiciones divinas. Bien. Las señoras de cabellos negros, entre dientes partidos y amarillísimos, comentaban, para ellas: “¿Será verdad eso del señor Teuco, de negar la virginidad de María... eso que dizque donde él niega todo milagro de Cristo, hasta de la Virgencita, hasta de los santos de Popayán... que se mete hasta con los curas; que les dice ladrones, peligrosos e indignos...? Pero acá el santico Ezequiel, enemigo del señor Teuco, nos hace repetir que las ideas de libertad, libertad personal, de credo, de opinión, son *malas* ideas, porque son las ideas del diablo”.

Así se tipificaban comentarios en los alrededores del templo, que postulaban, como el medio de comunicación más efectivo en ese entonces, a la iglesia y el tránsito en la plaza, el centro, la salida, el espacio, el caminar, la población, el recorrido, efectivo elemento diacrónico que se posesionaba como modelador de los chismes, chisme santo, santos chismes; allí se suministraban los modos de vida de los patriarcas, los valores, los acontecimientos del mundo, los “malos” y los “buenos” y los estereotipos a seguir. En el año Ñ, en ese salto comunicativo, le seguían, con muchas quimeras, los cuentos populares, la imprenta y los manuscritos ideológicos.

El santo sale de la casita y la muchedumbre calla de inmediato. Una mujer se arrodilla en el mismísimo momento cuando el bendito empieza a caminar, se ensucia

de lodo e inclina la mirada hacia el suelo. Las demás mujeres y los viejos hacen lo mismo. Un respeto pavoroso. El reverenciado no mira a nadie en particular, lleva el sagrado cetro en su mano izquierda, camina despacio seguido de varias personas que estaban en la casita, caminan hacia el templo; uno a uno de los que gritaban se une en silencio al recorrido del obispo, quien saca la lengua y escupe con autoridad. Segundos de ligera santidad. Sólo se escuchan los pasos sobre el lodo. Pasos siguen a otros pasos. El lodo es el mismo.

Hilda va con ellos, atrás del santo; la lleva, dormida, una mujer en brazos, que la protege de la llovizna y del viento del páramo, se empieza a humedecer el silencio entre los pasos. Caminan entre diferentes oraciones. Frente a la residencia del Señor, toda la muchedumbre se persigna. Adentro del templo esperan dos hombres de armadura; la chiquilla se prepara para que la lleven y eduquen en la vieja España; el obispo se hará cargo de todos los trámites y costos. “El saneamiento de la parte pagana está de por medio”, dice, mientras le facilita una bolsita con monedas a una señora campesina. Otra mujer gimotea mientras le brinda leche materna a la pequeña criatura, con una falda gris más abajo de las rodillas y descalzos sus pies cuarteados, con unas uñas marcadas profusamente por el mugre, de tierra negra del páramo; la mujer, con una chalina negra, abriga el cuerpecito de Hilda mediante un abrazo quizás de madre y tristeza; lágrimas caen sobre la chalina.

La mujer mece con cánticos al bebé, da la vuelta con gracia y unas trenzas, que le llegan hasta la falda, aparecen hasta la cadera, se muestran a la mirada del obispo. “Debería, con esta pequeña riqueza que Dios mismo le está dando, quitarse esas trenzas y conseguir un calzado; estamos en otros tiempos, tiempos de mucha fe; ya las canas se le notan mucho, ya ni siquiera parece mujer, tenga cuidado con eso”, le dice el misericordioso Ezequiel, mientras la otra mujer murmura: “Mejor nos vamos ya, Inesita; vámonos de una vez, no se haga más daño, la niña va a estar bien; vámonos, Inesita, la niña va a estar bien, ya verá, el santico la va a cuidar”. Hilda duerme con calma.

Ezequiel da la orden de cerrar las puertas del templo, se acerca donde Hilda y la bendice; agradece en voz baja para encargar el sueño del cuerpecito inocente a los dos señores de la SS que esperaban dentro del templo sentados entre el frío de los segundos, sus botas están limpias, no parecen de aquí; desde la Capital santa envían la bendición del sumo sacerdote, besan la mano del santo y preguntan por “las máscaras de los caníbales”; el santo Ezequiel sonríe y los invita a una oración final; “El mensajero está por llegar”, dice, “oremos por Nuestro Señor”.

Terminan la oración acompañados por el eco del templo. Afuera se detiene un poco la brisa helada del páramo y todos sienten que alguien se acerca, herraduras contra el barro se abren paso entre la gente. Se abre un huequito en el cielo gris en el momento cuando aparece en su caballo el mensajero, bebe algo de su totuma llena de guarapo y el intérprete se dirige a las puertas cerradas, golpea con fuerza y dice: “¡Acá están los pecados de trece veredas, espero que sea suficiente!”; de inmediato se abren las puertas, camina hacia el interior y le entrega el sombrero al santo Ezequiel, que lo bendice con el cetro sagrado. Los señores de la SS sonríen al ver al intérprete y reciben de manos de Ezequiel el sombrero, lo examinan, lo huelen y lo depositan en un cofre de plata; luego se marchan en un carro tirado por caballos blancos que esperaba en la puerta trasera de la casa parroquial. Salen sin persignarse.

La niña va camino a la vieja patria, a instruirse en los mejores Institutos, bendecida con la palabra de Dios, a formarse en teología, en educación, en filosofía medieval, en artes, sicología, jurisprudencia y ética. Algún día retornará a esta región para continuar con las bendiciones de san Ezequiel; algún día se presentará como educadora, como emblema de la moral, de la educación en esta ciudad, Fosa, tu ciudad, Señor mío, Señor mío. Vendrá acompañada con la carne del crucifijo, vendrá embarazada, a completar el ritual, reconocida y galardonada, en ceremonia solemne, por el gobierno y los altos mandos de la SS, por la Universidad Militar de San Juan del Apocalipsis, por la familia de los ex-alcaldes y ex-concejales y por todo el equipo campeón detenido por ilegalidades en la voladura de techos, el comercio de antídotos, el comercio de armas y el comercio de órganos. Vendrá agraciada de nuevo, su tercer embarazo, hecha mujer sin cesar y, de ese cuerpo en creación, nacerá de nuevo H...; después de dos intentos fallidos, uno como desperdicio de sangre y otro sin forma humana, volverá a ser niña, señora, curtiembre, santa sicóloga, santa socia. Un nuevo espanto nacido de sí mismo, de los fieles, los elegidos y los testigos.

En ese entonces se iniciaba entre bendiciones el comercio de mujeres e hijas a bajo costo. No sólo vendían su sexo, también vendían su destino.

Nosotros sobrevivimos como tradición familiar todavía en silencio, aún en el desastre, aún en la reproducción, aún como alimento de estrellas legales. Perros caminantes, animales de calle, trabajadores de un sistema infernal. Es la presencia de la inquietud cotidiana, el sostenimiento de los fraudes importados y un abre bocas para el que se escucha desprevenido, como culito de animal salvaje en la santa sociedad.

Ahora, año Ñ20. Todos nosotros. Y no me pregunten sobre fechas exactas porque acá en Fosa no existen fechas exactas; fechas, tiempo, puntualidad, eso déjenselo a otro animal.

Yo sólo puedo contarles algo, algo de la vida; ¿eso?, eso fue una ondulación retrospectiva para atravesar el bosque de niebla, chicos; para cruzar la niebla es necesaria una historia, ¿no sabían eso?; la palabra despeja la niebla; además, chicos, ¿qué hay de malo en contar una historia que nada tiene que ver con *su* historia? Creo que allí se puede aprender algo, ¿o no?

*
* *

El tiempo no es más que un mismo ajuste de cuentas; acá en Fosa, el tiempo no tiene futuro; lo que hay es compañeros caídos, más salsa romántica, música de cantina, menos punk de los ochenta, y de nuevo la mirada hacia el sucio cristal en progreso, ¿qué año es? (hacia el O... donde a los niños les queman la piel con bio-razones de jerarquías, en el enfrentamiento químico con los doctos mesiánicos del otro lado, cien niños para probar armas del desarrollo, me duele el interior del cerebro, el cerebro, el cerebro, el cerebro, el cerebro)... “por los leprosos de hoy”, “hay que exterminar la parte pagana”. ¡Prográmate!, ¡rústico capitalista y perro de la SS!, ¡diseña una ciudad para el maquillaje y el dinero anglo!

Play: Morarrosa se fue a su condena y a nadie le importa. No se hablará más de eso. Me importa una cola de burro la nostalgia; es más, acá entre perros, me caen mal todos los tiroteos, así que no hay más cuentos del viejo Teuco.

Llego a mi cuevita. Un sobrecito debajo de la puerta: “Porque Dios ama al que da con alegría”. “Tiene futuras hojillas en el muelle de Caldera, abandone el CETRES de Fosa y diríjase con celeridad a la salida 34, a las 2:16 horas; en la materia no tangible, coja un taxi pirata, que no le cobren más de tres mil; de vuelta le toca a pie, lleve información errónea”. Temible reacción: nunca me dejarán ponerle fin a este cuento. “Dar es dar”, dice un imbécil con los bolsillos llenos de dólares y tiritas de tabaco, mientras miles de muchachitas lascivas y decrepitas lo repiten.

¿La salida 34? Eso no funciona, si quieren rapidez; ¿la salida 34? Por favor, nadie conoce ese terreno. No hay tiempo, a mí todo me parece como si fuera un medioevo de caballos, ciudad de almas, herraduras y monarquía. Adelantico, un Ferrari negro conducido por un conservador gordito. En Fosa todo es una pesadilla, no puedes ni ladrar tranquilo, “eche para allá, quite de aquí”, nunca dejan que te acerques a nada; a uno sólo le queda consumir una respuesta y la intención de responder a la duración de ese tiempo con el trabajo. Tenía ideado para hoy el final de este inicio, anáfora en la muelita, ¡me duele la muelita desde hace días!

Un ladrido en seco: hay que cumplir con el trabajo. Estafa, recoger muerticos. Maldito sobre, lo babeo, lo destrozo con una sola garra, sobre de papel a la basura. *Variantes de la historia para el matón de la muralla de toallas higiénicas*. Nunca terminaré ese cómic, es una ilusión, peor si trabajas todo el tiempo que no existe. No hay remedio, ¿me tendrá paciencia? La enfermedad no responde a la distinción, ambas se imponen reglas. Hay que ir a trabajar. No hay tiempo, todo es un bonito calabozo. ¿Cuándo terminaré este *storyboard* de toallas sucias y carroñeros? Ya no hay buenos pintores en Fosa.

Ojalá ese trabajo en Caldera sea breve, para culminar por lo menos un primer capítulo, o algo así, pero lo dudo; los trabajos en Caldera son exhaustivos, largos, extensos; hay poca camaradería allí; un día es un milenio, nada más que cambios de época, la misma matanza; hay mucho explosivo plástico, blanco, gris, negro, todos hacen daño y nadie quiere a los perros, los dejan morir de hambre; los que disfrutan son los gallinazos (y la fórmula concentrada de la camita vendida, las llaves del hotel, allí la familia vende mujercitas vírgenes, las venden por teléfono, de doce, de trece, de pocas cepilladas; nadie dice nada, todo se ve sano, fácil y comprobado: las estrellas de cine comercial compran mansiones que incluyen lavanderas vírgenes y cocineras bestiales).

¿Y mi mamita H... me esperará para el final de esta historia? Escribir y dibujar al tiempo es algo extremo, eso no espera por nadie, menos si no hay buenos dibujantes o escritores. Por eso no tengo dedos. Además, es una promesa para continuar creando silencios, un enfrentamiento con la desaparición. Garras que quieren escribir sus imágenes, ¡pura maricada! Muchos desaparecen y dejan sólo un pantano de sangre, dolor y arrepentimiento. Algunos, con los órganos estallados, dejan música en las lesiones abiertas, grabaciones infernales, bellas.

Por eso, nunca quise dedos. Música, dibujar, dibujar, es difícil permitir su desaparición, no debes hacerlo, ladrido final; caminar me hace recordar cosas estúpidas... algo cubierto de piel suplica por cantar un vez más, ¿no lo escuchas? Estaba tirado en la calle e imploraba por ver los ojos de sus hijos. Cómo me recordó mi primera muerte, tiradito en la calle; la suerte de los que no tienen forma humana.

Me quiero largar de aquí, de todo esto. Recordar a mi madre también me duele; de ella sólo recuerdo un poco de sangre. Los portales de cambio se pueden ver.

El tiempo calienta la asamblea de las pieles frías; al contrario de los vivos, los crímenes aquí nunca se quedan sin que los juzgue un ciego, todas las partes reconocen el daño causado, el que no reconoce sufre el castigo ofensivo, aprendido en directo desde el infierno de los militares, la amonestación, la divulgación panorámica

de las humillaciones, la saladera y la ojeriza, toda una serie de actos plasmáticos. SANA, el orgullo de la nación, ahora se lanza para presidente. El cielo horrorizado de su mismo cielo. Ese santo debió nacer aquí. Todo este lugar opera en eso, en la higiene de los espíritus, y el pastor SANA es el mejor en eso. Por eso los derechos defienden el trabajo, trabajar, ocupación; por favor, ocúpate; si no hay aire, no hay gas, no hay explosiones, no se puede hacer nada con el cielo.

¿La salida 34? El CETRES es inmenso, los portales de cambio de atmósfera están lejos de esa salida; Caldera, Caldera, ¿por qué me envían por aquí? El trabajo es cómodo; es ese pueblo, ni siquiera hay por o para qué moverse; el trabajo llega descompuesto y tibio a la misma habitación, con heridas, puñaladas, machetazos, como quieras.

Esta salida tiene un olor repugnante; deben ser las peleas apresadas en las paredes; un perro contra un oso, ¿se imaginan eso?; esa es la forma en que el Centro se deshace de los perros viejos; en esta ciudad, cada noche tiene una batalla. El lejano olor a mar sucio que traen los cocos y los pescados muertos, una batalla incesante, la intranquilidad. En los tubos de arriba se mueven las ondas de dolor de todo el mundo. Batalla, apuñalamiento, trabajo; por favor, ocúpate; machete, cuchillo, detención. Nadie puede verlo, aquí sólo lo miran como ladrillos o sólidas paredes, deleite de la realidad, analfabetismo, parcelas, cosas de borrachos. Camino sin preocupaciones, excepto los balazos que se escuchan a cada momento, balas en el desayuno, balas en el sueño, balas en el territorio, pero, ahora que lo siento bien, un aire helado se mueve con sutileza por el túnel. Transporte, transmisión, el cambio de atmósfera es un poco inestable. Llegada, llegada. La maquina habla: “Por favor, descienda del portal, por favor descienda del portal”.

De inmediato, Caldera te impregna con el olor de mar sucio en el alma, en todos los pelos, olor a lejanía; llegas a este pueblito y la ausencia de montañas cambia tu corrupción, a veces la aumenta, a veces la deteriora. Caldera es una ciudad para-las-balas-contra-las-balas, contra el plátano, contra el cacao, contra la siembra; se requieren cajas de balas y falta de seriedad, miles de muertes en suma mientras la tierra se vende a las multigranjas de hormigas internacionales.

El aire cálido amontona las pulgas en una sola parte de mi cuerpo; olfateo las sensaciones, y el aroma del suelo me hace imaginar el mundo lleno de arena, de una suerte amarilla. No me importa dejar atrás tanta muerte, quiero dejarla atrás. Me cansé de trabajar y trabajar. Caldera debió ser hermosa antes de que llegaran las hormigas; hasta el mar debió ser azul...

El mar me agita, me provoca sed, no sé por qué, pero es una sed que me invita a tirarme y a perseguir a los pelicanos en la playa fangosa.

Trabajo hecho, decenas de muertes fáciles de recoger. No hay más, no se consume otra verdad más por ahora; la ciudad más violenta, trece muertos en dos barrios; cuatro perros pagaron también con sus vidas, ¡cuatro perros, maldita sea!; Caldera, Caldera, todos con armas, con ganas de matar, trabajo fácil, veintitrés muerticos en dos horas. Final, baba, huella, registro, fotografía, inspección, baba, trabajo hecho, ok, nunca más reaparecer en Caldera.

El regreso es a pie, como los viejos.

El mar a ambos lados concentra el calor hacia arriba; el viento muestra otra parte del cielo, despejado, brillante; el frescor hace que las pulgas salgan a refrescarse. Es un trayecto largo, por eso me voy saltando, meneo la cola y sigo a la serpiente de niebla. No hay cómo perderse. La montaña lleva a otra montaña. A pie se puede ver cómo cambian los pasos con las partículas del suelo. La serpiente aparece cada mañana, los ojos, en cambio...

*
* *

Después de siete días de caminar, vuelvo al pueblo de las fronteras, Fosa, acción oportuna. Nadie te recibe, nadie te da la bienvenida, nadie quiere verte más de una vez; este es el horror de conocerse entre todos y no saber nada del rostro que se desprecia.

Frontera, pueblo, rupturas, establecimiento, todos jodidos, excepto el cielo. Piedras que resisten imperios, puente al sabor de lo oscuro dentro del río más oscuro. Estoy aquí como perro que intenta salvar un recuerdo, hacer algo antes de dejar todo atrás. Mi deber (cagado y embarrado, como todos los deberes), será cumplir la palabra de un moribundo quebrado todo el tórax, palabra de varios, de niños y de animalitos que mueren con la boca llena de palabras. Perro sucio.

Mientras entro al pueblo, déjenme contarles otra fabulilla, chicos, todavía en la Salida 34; varios cabezazos en la misma trayectoria, varias voces para migrar en una sola. Ya les dije, soy el aborto de la niña H..., que eso no les haga temer; no tengo dedos, por eso no puedo dibujar o escribir, por eso requiero varias historias para cambiar los términos de la autopsia, buscar otro ilustrador y un marica profesional en lengua

castellana para escribirlo⁴; les diré el secreto, chicos, les diré el secreto: mejorar el destino de los ladridos para decirle al mundo acerca de la calle reventada donde se pasea la derrota con los labios del amor, las tarjetas de crédito y los contratos de vino rosa. Puto poderoso, como el amor cristiano de las sectas de brujas. No deben temer, chicos; no deben temer. No piensen que hablo sobre alojamientos en premios mágicos, la única verdad es que nadie se gana la lotería, todo está arreglado.

Al Van Halen ya lo había visto antes, surgiendo por esta misma salida, huía o se devolvía casi intacto hacia este mismo pueblito, con furia, con lágrimas de alegría, para luego mancharse de azul, rosado, rojo, blanco y negro, e impregnarse más con el color en sudor y talco; lo dejé huir, no me pareció prudente interponerme a esas lágrimas. Hizo un carnaval el día de su cumpleaños, acostado en una ambulancia, atraía el suero a sus venas un día después de carnaval, elemental inconsistencia, disfunción de la normal catástrofe, una nueva, un día para hostigar el cuerpo bajo la lluvia blanca del aire de los vicios. Van Halen, intoxicado con varias clases de agua y alcoholes etílicos, otra vez en curso de muerte por una tristeza desconocida, color, música popular, ratos de sonrisa, pogo con sombrero, ruana y embriaguez profusa; esa vez estaba con sus amigos, los encontró, pudieron sacarlo de la ambulancia para seguir a saltos y gritos con él. Música, colores, pogo, una pintica. Fue un escape perfecto (y nunca nadie se había fugado del Centro de Terapia y Rehabilitación Espiritual), fuga el seis de enero, carnaval, distracción, epifanías, chicos, sensibilidades únicas y exquisitas, ¡pura maricada!

Luego, un tiempito después, en otros turnos de la misma y eterna enfermedad, cerca a Fosa, en otra calle promiscua, con su alma todavía con él, lo encontré abierto el cuerpo, en sangre y huesitos, destrozada la clavícula, dislocado el rostro y la mandíbula, con sus dientes dispersos en la cercanía, se mofaba de todo el tráfico a su alrededor: “¡Gente desconocida, puta gente desconocida!”, gritaba y sangraba desde los pulmones, todavía hablaba, con la boca llena de deseos, con todas las venas dilatadas; en el último dolor suspira el terrible fin de los huesos, se detiene todo el temblor de las manos, los párpados, los poros, el cabello, el aliento. La mejilla arrastra e imprime la sangre. ¿El último dolor? La voracidad immaculada, me dijo un día otro perro; la sangre se tiñe en la piel abierta con las heridas expuestas al polvo de afuera. Sí, fue literal, las heridas en la calle, pedazos de carne y piel encargados de mostrar un cuerpo a punto de morir, tendido, inconsciente sobre el pavimento y la noche. Creo que eran las diez y veinte de la noche, en la avenida de un rincón cualquiera, un cuerpo deseoso de encontrar de nuevo a sus amigos, que suplica a las

⁴ “Al que ya he encontrado, chicos, al que ya he encontrado y tiembla como un ratoncito que se alimenta de miedo en su escondite humano.”

montañas para no perder el alma en la soledad. “La nieve aparece, la nieve desaparece”. Un limón se seca en la calle de los mil fuegos ondulantes.

*
* *

Ojo con las comprensiones.

El bigotudo radical, que es fanático de las acciones de la Procuradora G..., el enfermerito de uno cincuenta que disfruta haciendo sexo oral a los jóvenes que se desmayan de hambre en el único colegio público de la frontera, el locutor ultraconservador destajador de babillas, asesino de prostitutas de la Quinta y uno que otro inspector de policía amante del ribotril, protestan siempre ante el uso de las metáforas. ¿Usted también lo hace? Piense en esto: una mujer cojea junto a burbujas de sangre que se elevan hasta el hueco de su corazón.

¿De regreso a la Salida 34? Esa puerta estaba muy lejos. Ni él ni yo volveremos a pasar por aquí. No puedo olvidarlo del todo, “quisiera tocar la profundidad de la ignorancia...”; estas palabras me recuerdan los grandes ojos coagulados de sangre, en el avistamiento de la soledad eterna. La soledad es puro dolor, pura mentira. Ahora, pensándolo bien, será difícil recomponer el agua, La Laguna y El Chorro, palabras de agua donde los chicos exiliados tienen que elevar la cabeza para conseguir su aire. Petición en la devastación de la devastación, ¿recomponer el agua?, ¡pura maricada! Palabras de un muerto a punto de volver a vivir, pero eso no lo permiten, Las fuertes lluvias, el paso de los automotores abren la visión a todos los sucesores muertos, pequeñas caídas sobre los lirios inútiles de los bloqueos en las rodillas y los disturbios en los dientes. A todos los ángulos los cubre la muerte, una nueva muerte; cerca a los panoramas de la tragedia, aparecen, en las piedras, las sonrisas desdentadas, los menores heridos, los desconocidos apagados por las amenazas de las balas... y por el amor, la bala que atraviesa el cielo.

Con mayor motivo, quiero largarme de este lugar, encerrarme en una montaña sin cultura, en una montaña donde no esté la bandera ni la antena de ninguna entidad, ni la SS, ni el CETRES, ni la Sociedad Etflica. Necesidad de otra rareza, necesidad de dejar de ser manejado por los dirigentes, ¿necesidad absurda?

Por acá se marcan las muertes por mano de los ocupantes del poder, gordos con estudios primarios que entran en un cargo y ya son posdoctores de alcaldía, señores rectores, señores sacerdotes, señores pastores, iniciados y muchos otros líderes sicoafectivos y cabezas ideológicas. Intentos de una súper máquina de acuchillar, testigos, propagadores y dirigentes de todo el CETRES. El cielo es el lugar más desolado.

Así son las terapias:

Bienvenido, golpe, amonestación, Terapia de tolerancia, Terapia de purificación y amonestación, Terapia de desinfección, Terapia de respeto y amonestación, Terapia de saneamiento, Terapia para el respeto institucional, Terapia para el respeto a sí mismo, Terapia para respetar las instituciones, Terapia para fortalecer la convivencia y el miedo, Terapia para respetar a la policía, Terapia para cortar cabezas sin desangrar a la víctima, Terapia y amonestación, Terapia para formar familia; terapias baraticas y efectivas, barato, barato, a diez y quince millones: tres de la mañana, un baldado de vómito, caca, ramas de ortiga y orines en el rostro, bajo la represión una frase del terapeuta, el día: “así se siente tu puta madre cuando llegas borracho, así se siente tu madre”, ¿poética?, ¿metáforas?, ¿será algo justiciero?, ¿qué pude saber un perro se eso?, ¿nada?

No lo creo. Ninguna madre tiene vómito y caca en su rostro, es una madre, es una mujer, es algo aún desconocido. La angustia de una madre es algo de tierra, ocupación y conservación de los fluidos corporales, excepto las lágrimas lanzadas al aire en las montañas por los hijos que tarde o temprano llegarán, todavía y nunca en la espera. Nadie puede tener la maldita convicción de ver y comunicar la esencia de las madres en esa forma tan falsa. “Putra madre”. Mujer en la tierra, mujer en la sangre, mujer negra, mujer interior; nunca mujeres en recipientes de asco, mucho menos madres con vómito en la cara. Terapias para normalizar el deseo, para mostrar el rostro de la muerte antes de tiempo, para mantener el terror y el abolengo de los partidos ultraconservadores y ultraliberales, terapias, escupitajos en la cara, vómito, miedo, humillación ultra-socialista, cuerpo normal, mente normal, defecación normal, baldados de esa caca directos a la garganta, atoramientos, soledad y frío, terapias para ser personillas de bien, terapias, humillación y mucho personal. Mi trabajo es fácil, sólo tengo que recoger a los muertos, llevarlos a dar un paseo por la selva viva del otro lugar; los doctores y los terapeutas hacen el trabajo difícil, dar la muerte, hasta para mí lo único inaceptable. Me he cansado de eso.

Otros pasos se aproximan en la oscuridad de este túnel, paso a paso, como si tuviera ruidosos tacones, se acerca el señor Walter Bautista, el coordinador ejecutivo del CETRES y simbólica figura de sus gigantografías. Paso, paso, ruido, eco, paso, eco, Walter, eco, eco, Walter, eco, eco.

— Señor Rock, un gusto verlo de nuevo; ¿mucho trabajo para hoy? Lo noto un poco cambiado.

— Nada, igual, pepinillos, lacras, pajaritos leonados, muertos sin recoger, nada fuera de lo normal... ¿sí ve? —, me giro, meneo la cola tratando de imitar la del Dios Perro, — mire, ahora soy perro.

— Bien, señor Rock. Me gusta verlo así. He oído por ahí sobre su eficacia en los trabajos en Caldera — insinúa Walter con ironía; sus brazos están cruzados sobre su bata de flores; — nadie como usted para esos trabajos; tendrá mucho trabajo por allá, señor Rock, pues aún esos individuos están dominando el área con metralla, área con muchos líos, mucho sexo, muchos minutos de infelicidad y televisión de carácter privado, muchos líos.

— Eso nunca termina, doctor Walter; hay muchas balas en el mundo, balas en el calor, balas en los cuerpos, en los autos robados, en los litros de combustible, en la leche, en los huevos, en el pan, en el humor, ¡pura maricada! Y usted, doctor, parece algo enfermo.

— No, para nada... le diré algo: una sola mujer postiza puede matarte en medio del olvido de su soledad; nadie parece saber esto, amor total y desaparición fragmentaria en una clínica llena de oro. Una mujer puede matarlo, señor Rock, una sola mujer rodeada de oro, es puro peligro. Piense con claridad en su dirección cuando haga los trabajos en Caldera, señor Rock; como me dijo un individuo: “El que mata a cuchillo en Caldera es un mojón de perro”; allá sólo se mata a balazos. Hay que cuidarse de los juegos de los individuos, muchas balas perdidas.

— ¿Le dicen caca mía a quienes utilizan cuchillos para asesinar? ¿O es por la mala puntería?

— Nadie tiene cabeza por allá; como lo digo en mis libros: “30 es la edad para la última decisión; ya debes estar casado por la Iglesia, con varios hijos, rogándole a cualquiera de los dioses A, B, o D”. Y tal parece que allá todos se entregan después de los treinta, unos a otros; dos individuos ennegrecidos bailando en el centro de un diamante, luego un pato enorme inflado de música y malas filosofías empieza a bailar salsa, y luego viste de negro, se torna extraño, pero no hay alarma; siempre, con una sola llamada, entra en ellos nuestro método y los separa de su abrazo. Allá quieren tanto a los cambuches de madera húmeda, a las pantallas líquidas encima de las fotos de los familiares muertos: ¿será porque están rodeados de tanto oro y plasma tecnológico?

— Sí, he visto que pasan y pasan toros con camiones de la autoridad en cada esquina, hasta hace más calor cuando pasan. ¿Y los sentidos jóvenes? ¿Están llevados o qué? Si es así, me parece una completa *shit* la situación del alma.

— Oro, señor Rock. Al alma la desplazaron maquinarias que buscan oro. Piedras sólidas, de más de cuarenta kilos de finales tristes; eso no es oro, señor Rock, de ninguna manera puede ser oro; es lo que yo llamo “la no-inocencia pedregosa y dorada para no estudiar las fórmulas químicas del Au”, es la quema del alma por blancura y la proliferación de laboratorios auríferos, la acetona, el éter, el microondas, la gasolina, el café para esperar la economía del país. No intente comprenderme, señor Rock; sería mejor si sólo me escuchara. Trate de cuidarse cuando vuelva a estar por allá; aparte del mundo, también está el peligro, el dolor de una herida accidental. El error de encontrarse, de arriesgar su vida en otro juego de naipes.

— No desconfíe tanto, doctor Walter; voy preparado, tengo algo de maldad en harina para el que llegue a patearme o a escupirme en la cara; no permitiré esas cosas de nuevo.

— ¿Lo han escupido en la cara?

— En algunas ocasiones, por entrometido.

— ¿Y le gustó?

— Para nada, eso es una maricada; no tenía nada para limpiarme; es difícil usar la lengua, realmente es difícil.

— ¿Todo quedó esparcido en su rostro? Difícil para usted buscar justicia; la película de la ira debe cancelarse, debió arruinar a algún individuo. ¿Le maldijeron un poco el espectro?

— No lo sé, no he pensado en eso. En la bienvenida, vi algunas sanguijuelas en mis patas, sanguijuelas blancas.

— Es interesante; la maldad puede tener forma de transparencia. Y, por otro lado, un arrebato, una succión de sangre, la propiedad de su cabeza y de sus dientes, toda una cloaca neutral, un golpe directo al corazón y el único atributo que puede doblar las fauces de los saludos, de las malas noticias, las confesiones y las despedidas, es la transparencia, la transparencia, señor Rock.

— Es cierto, doctor Walter.

— Sin duda. Sin retorno, nadie llega cuando las acciones drásticas del porvenir y el accidente se manifiestan en la forma de una mancha urgida por que la acompañen en su desolación, ¿me entiende?

— Eh... sí, doctor; claro, claro.

— Las sanguijuelas sólo querían estar con usted, señor Rock. Sangre pútrida a punto de coagular en el interior de algo aparentemente más pútrido. Nunca hay amigos en el desangramiento, señor Rock; el amor llora aparte, en el piso, y permite el tránsito a la inhumanidad. ¿Amigo, amigo, dónde estás cuando tu amigo se encuentra sin amigos, en pleno desangramiento, tirado en la calle, de nuevo volteado, quebrado y sin aliados, amigo, amigo? Le recuerda algo eso, señor Rock.

— Creo que no. ¿Y hacia dónde se dirige?

— Caminaba, señor Rock, caminaba por aquí en busca de una salida; he oído hablar de eventos críticos en este lugar; eventos casuales, tal vez. ¿Le parece extraño que esté caminando por acá?, señor Rock.

— No, no; me parece raro, pero está bien.

— Señor Rock, dígame: por acá se encuentra la salida por donde escapó el individuo aquél... Van Halen, ¿cierto?, Andrés Van Halen. Gracioso nombre para un individuo tan sensible y bondadoso.

— En realidad no lo sé... a mí me parecía un marica, pero he oído que su fuga pudo ser por aquí. ¿Usted lo conoció?

— Tuvimos dos charlas, sólo charlas, ninguna terapia; ¡cómo me hubiera gustado una sola terapia, él y yo frente a frente en una terapia!... ¡Ah!... y... coménteme, señor Rock, aquí únicamente está la salida 34, ¿no es verdad? El gran llanto del Centro de Terapia y Rehabilitación Espiritual, su única fuga en más de siete décadas de existencia.

— Creo que así es. Falta poco para llegar, pero creo que vamos en la dirección correcta, lo sé; si puede ver allá, el río hace una playita de lodo, por allá parece que ocurrió todo.

— Entonces, allá fue donde se escondió... nunca avisó de eso a la SS, ¿cierto, señor Rock?; ¿por qué?

— Una maricada. No, perdón, nunca quise decir eso; trataba de decir que ya he pasado varias veces por este túnel para encontrar la salida 34, pues es el acceso al lado occidental del CETRES y la zona comercial de Fosa.

— Entiendo, entiendo; no se preocupe por mi mirada.

Nos miramos directo a la cara con algo de desconcierto; en ese momento me preocupó su comentario, pero parece que no nos importaba la diferencia de tamaño; sería una batalla letal, perros de todas las clases, pero el doctor era muy hermoso para eso. El túnel todavía no muestra la salida; los tubos en el techo gotean algo mórbido y disuelto, difícil de recobrar.

El sonido de las gotas contra el suelo se percibe como la señal gestual entre Walter y yo, chispas transparentes se levantan a cada paso en la oscuridad mojada, nos acostumbramos a caminar en silencio, varios minutos ensimismados o guardados en la ausencia de las palabras, ninguna palabra, sólo gotas frías como gestos. Caminamos mientras oímos el sonido del agua oscura, siempre con problemas en el agua.

El doctor Bautista camina con su infatigable sonrisa, su clarividencia malévola, tal vez piensa en algo, tal vez no piensa en nada. En eso, al caminar en un lapso de cordura y angustia, como enviado por los Cazafantasmas, llega Xofos Garza, su asistente, con varios documentos en carpetas blancas, sudorosa la frente, se desliza debajo de los largos tubos, se acerca, se limpia con la corbata vino tinto y habla con urgencia, con el caso en la boca.

— Doctor; señor doctor, Walter, le he traído los documentos para iniciar el trámite de los nuevos pacientes. La Procuradora G... los envía con su sello personal de la SS. Me insinuó que hay varios hijos de senadores, concejales y otros con solicitud de crédito; la señora también mencionó la urgencia de escoger sólo a los más pudientes.

— No hay nada peor que una mujer dispuesta a dar órdenes — afirma Walter con su sonrisa más dilatada. — Dígale a la señora G... que no se preocupe; dígale las cosas tal cual se las comenté ayer, la situación sigue igual; se debe subir el costo del tratamiento, sin excepción.

— ¿El tratamiento completo, o el tratamiento por cuotas, señor doctor? —pregunta Garza mientras oprime el lapicero con inseguridad.

— Todos los tratamientos y terapias socio-espirituales suben de costo. Sobre todo las terapias individuales, que sabemos que redimen a familias enteras. No habrá facilidades de pago, el pago del tratamiento se hará sólo en efectivo.

— ¿Dólares o pesos, señor doctor?

El doctor Walter hace un gesto de desagrado; suelta sus brazos con un leve suspiro.

— Eso lo decide la sección de presupuesto. No me pida ese tipo de respuestas.

Garza se ajusta el nudo de la corbata y añade:

— Está bien, señor, discúlpeme; ¿y qué hacemos con las solicitudes de crédito?

— Ya no puede haber más crédito, sólo tratamientos pagados por adelantado y en efectivo. Terapia pagada por adelantado para cada individuo. Estamos sin materiales de sumisión espiritual, es necesario actualizar otros y llegar a acuerdos con los proveedores. Eso ya se ha declarado y previsto como resolución.

— ¿Y los cupones de descuento?...

— Quedan anulados por completo. Sólo terapias en efectivo. No me está escuchando, Garza; sólo terapias en e-fec-ti-vo.

Se ajusta nuevamente la corbata; con grandes gotas de sudor que le corren por la frente, Garza pregunta:

— Discúlpeme, señor doctor. ¿Y los tratamientos que se encuentran atrasados en sus cuotas?...

— Garza, Xofos Garza, ¿no ha leído la Resolución de la SS, verdad? Utilizar la Terapia coercitiva-indulgente entre tres terapeutas y devolver al individuo a los pagadores. Nunca se volverán a realizar terapias por cuotas. Que quede registrado en lo que está haciendo.

El hombre de la corbata la ajusta hasta las vértebras de su cuello.

— Okey, señor doctor; llevaré esta información a la Procuradora G...; que la pase bien, señor doctor; permiso.

Garza desaparece en la misma oscuridad del suelo, los pasos del hombre ni siquiera se escuchan. Vuelve el eco de las gotas. La incomodidad de caminar en un vacío sin viento. Varios pasos, cientos de pasos después, el túnel muestra una salida, la salida 34, el pasillo hacia Caldera. Antes de salir, el doctor me dice algo fuera de foco:

— Como odio a ese bastardo. Es un bastardo que el exbibliotecario de la cultura nunca reconoció... es estupendo que se hayan marchado los sapos.

— Dígame, ese chico, ese tal Xofos Garza, ¿es hijo del exbiblio, o es que tiene vínculos con los altos mandos de la SS?

— En cierta medida, lo segundo, sí. Es un parásito de la SS que vigila las acciones del Centro de Terapia y Rehabilitación; dice que trabaja para la Sección Interna Ejecutiva, pero lo hace directo con la señora G...; es un insensato.

— Ya veo. La SS no descuida nada.

— La Santa Sede es la fuente de la democracia actual del país y del orden de toda Fosa; no pida explicaciones sobre eso, señor Rock; la Santa Sede es la suprema suma de nuestro progreso, de su salvación, su salvación; pero el asunto es otro.

El doctor tambalea. Sus zapaticos negros parece que digitaran sonidos en clave Morse: e-s-t-o-y-s-i-e-n-d-o-p-e-r-s-e-g-u-i-d-o; el túnel se oscurece un poco más.

— ¿Qué, doctor, qué pasa?, ¿le pasa algo?

Con palabras arrastradas y con un tono totalmente extraño, el doctor Walter dice:

— Despidame de todos, señor Rock... pero, le suplico, no le diga a nadie sobre mi presencia en este lugar, no le diga a nadie la hora en que nos vimos... ahora, señor Rock, prométame algo...

— No le entiendo ni *shit*, doctor. Las cámaras ya lo registraron todo.

— No, no es así; vamos, prométame algo...

— Pero, doctor, levántese, ¡puta maricada!; levántese, doctor.

— No se preocupe, ¡y no sea tan grosero!; prométame que no se arriesgará más en este lugar; deje el CETRES, no vuelva a trabajar para ese centro; que esta sea su última salida, su último trabajo, ¡prométamelo!

— ¿Me está tratando de decir algo, doctor?; en realidad, no sé, ¿apagó todas las cámaras o qué?; ¿y ese movimiento de su abdomen?, parece enfermo, parece...

— Las cámaras estarán desactivadas trece minutos más; yo mismo me encargué de eso. Tiene que salir ahora, señor Rock, tiene que hacerlo.

El doctor se inclina, con el deslizamiento de un sonido hacia lo alto, ¡tun!, la espalda dobla; vomita un líquido amarillo; independiente del estómago, parece que proviniera de la bolsita de bilis. El doctor, confundido, me dice:

— El sonido del miedo se descubre en el silencio, señor Rock; parece como agua impura que cae en gotas contra el suelo. Ese día se crearon siete verdades sintéticas, todas las robaron cuando ese individuo se fugó.

El doctor Walter Bautista, especialista en sicología humana, autor de numerosos libros sobre las distintas clases de amor, el mejor, el peor, el inexistente, el policiaco, el faccioso, el reaccionario, el zoofílico, el matrimonial, el de las relaciones de pareja,

el sexual, el falso, el religioso, el del himen perfecto, el de las inversiones genitales, el de la ética empresarial del sexo, el del fetiche anal, el del desarrollo cognitivo, entre muchos temas, bla, bla, bla, ahora despojado de su barba intelectual, es el dirigente más reconocido del CETRES, dulce y baluarte para la educación de la exprovincia, ahora con su rostro feliz y jovial, se detiene mientras cierra los ojos en la oscuridad del pasillo que lo absorbe a cada paso que doy; camino para olvidarme de que hablé con él.

Una oscuridad interminable, a veces convertida en obsesión, duro camino material. Me alejo de esta película oscura, no vuelvo la mirada, sigo hacia adelante con el pensamiento fuera de las Terapias o las ideologías. Pestañeo hacia atrás, el doctor Walter no desaparece; en lugar de eso, su bata resplandece como un señuelo dispuesto a sujetar la estrategia para que el trabajo de la oscuridad no sea tan largo. Huele a animal, a flores de cementerio.

Sin percatarme, en la oscura espacialidad tras de mí, detención del tiempo en milisegundos, una mujer envuelta en un velo negro me inmoviliza mientras respira sobre mi cabeza el aire más helado que haya sentido desde un cuerpo; lo frío a veces es parte de lo misterioso. Pasa delante de algunos miedos irreales, me deja paralizado para dirigirse hacia donde se encuentra el doctor. La perspectiva es extraña, el velo ahora es una sábana gigante que aumenta la oscuridad; el doctor Walter desaparece, parece que ya sabía lo que iba a suceder, pues no hay lucha alguna. La mujer deja un extraño frío en las temperaturas, un olor a pantano se intensifica; mujer flotante, sus pies no tocan el suelo; mujer con colmillos, espanto de dentadura larga y amarilla. Pasos pesados resuenan en todos lados, se ve un grado de locura fácil, mujer de negro, antropófaga, visión inespecífica para comenzar el trabajo en la otra ciudad. Mujeres que suben por los montes.

Mujeres que visten como la Patasola:

Ignorando el presente/la vieja insensata se te mete/entre el ojete y el vejete/lo saca, inhala, chupa y moja/para nada/porque en el hoy ahí de nunca estar/ella todavía está sola/sin patria/sin pata/sin hojas/corre, lo intenta y llora/arrecha y húmeda/camina la Patasola.

La Salida 34 es la misma, la mujer volátil se ha llevado al doctor a un lugar que sólo ella conoce; todo sigue igual, la calle se inunda de ansiedad, de pasabocas amarillos y sillas enumeradas; disolutos cráneos atavían el gris oscuro mientras una pantalla de la SS transmite la procesión, esta vez más sagrada que nunca:

BRUSQUEDAD: no hay paso, el egoísmo de los ojos para ver el santo. La señora de las grasas ondulantes gime: “Mío, sólo mío, mi santo”. El ambiente se prepara para lo peor, un vendedor ambulante en el límite de la salida. Un equipo SWAT pasa a todo galope con sus rifles recargados, se cambia la visión, se distribuyen lágrimas en las posibles mercancías.

EL VENDEDOR: tengo los mejores Kimbolitos de Sabiduría. Los mejores. Igual que el CETRES, descuentos para miembros de Grupos de Oración.

LAS AUTORIDADES: incautemos las drogas sintéticas, pero también los vasos con agua, el amarre de sábila, la reserva de tubérculos, las raíces subterráneas, hasta el humo azul; incautemos sustancias para el orden. Por favor, hagan pasar a los caballos, las papas, el maíz y las ambulancias del exterior. Las cabalgatas tienen el poder, caballo sobre caballo, deleite de los explotadores.

EL PANTALLAZO: la transformación del emblema maderero; utilizar serruchos, éter, elixir, aceite, puntillas, permisos, martillos, pegamento, denuncias, cinceles, cero tolerancia, cero tolerancia, cualquier persona que no dibuje paisajes está enferma, es un peligro, es un error, está fuera del Templo y del Pastor.

LA CORRECCIÓN: permiso, permiso, dejen pasar, no hay alma, permiso, permiso, por acacito.

LA CITA: bastón de dos metros, Pañoleta Sagrada en el coco calvo, locura solitaria, religiosidad, destrucción de cerebros, drogas de la verdad, sobriedad, antojos, discursos. El abandono es la elección dialéctica, un día sí, un día no, sustancias en el cuerpo, ácido muriático, proceso, letras de dioses, diezmos, bendiciones, carencia de feminidad, sólo machos virtuosos. Dios te devuelve la vida, el pueblo no te deja ni te dejará pasar entre ellos.

EL VENDEDOR II: detrás de un buen Kimbolito siempre hay una gran censura; así es el camino del éxito, el camino hacia el hueco de la oveja, ¿desea otro poquito de balas ante sus ojos?

ANIMADORES: tarjetas de crédito y guerras en el Oriente, ya vienen por los Jardines, preparen la Puya Creyente: ¿Dónde están las mujeres santas? ¿Cuánto cuesta una misa? Aparecen el primer Pedro, los papas, el color limpio, el puro, el puerco blanco, el obispo que cobra altísimas contribuciones, la institución que nunca fía, el filósofo de la barba larga y “la misa no se fía”, “la verdad de mi maestro”, “sacerdote shaolín”, “hoy no fío, mañana sí”, la verdadera piedra del Señor sin casa, desilusionado por no tener billetes de hombre.

SONRISITAS: el eyaculador precoz y el amante con fimosis en el ano, la sonrisa de un vampiro con mal aliento; sacrificio de una semana sin pan para aumentarse por una hora el linaje. Dulce mercado de la justicia. El ejemplo del ser, el apóstol confundido siempre con lo malo, el otro y usted.

ATADURA: el dolor solventado en algunas llagas. Soy el hombre. El trayecto hacia la muerte. El camino de las plegarias y el acto fundamental del amor, el nacimiento o la tristeza del tormento, la sangre perdida, la pena de amor. ¡Amor, humildad! No esperes nada más, nada más. ¿Ya tiene el dinero para pagar la misa, los billeticos?

V.I.P.: mírenme, estoy sufriendo, tengo lágrimas que mostrar, voy en medio de la calle, mírenme, estoy llorando, voy con el mejor güisqui y con un amigo de carne igual de falso, pero pase lo que pase a ella no la podemos bautizar pues no ha pagado la misa.

EL AMANUENSE: el Gran Poder, la gran fuerza, el lavador de borrachos, ¡ah!, lo siento, soy miembro de un GO, si fumé sustos de la legión lo hice borracho, así que no importa, ahora me emborracho por el dolor del Rezo, el divino, si violé a varias niñitas no importa, el Señor ya me perdonó, ya estoy salvado, tengo el paraíso de mi lado, el pastor me bendijo, pero a usted no, a usted no, tengo al Señor y al pastor de mi lado, usted y ustedes no. ¿No vas a ninguna iglesia? Ven, te invito a la mía.

ARTISTA ABSOLUTA: el arte de la inversión. Lo *mío* está en un hueco lleno de monstruos celestiales. Guardadito en casa reposa el producto de mi promiscuidad. Fotografías familiares en oraciones, en maldiciones y masmelos. Una mujer lasciva detiene los espermatozoides activos en su vulva desinfectada, ama con absoluta confianza mientras sus papitos alimentan a sus pequeñas reproducciones en casa con la mejor cápsula de vitaminas, ahí, mientras la niña-mami de enorme foco sexual toma fotografías en su carro acompañada por dos fornicadores para la santa noche; el fantasma de un gato sin esqueleto se come a un ratón dispuesto a cruzar la carretera. La niña-madre continúa expulsando los flujos olorosos de la justicia desde su sexo resguardado por el armatoste de sus papitos. La reproductibilidad industrial juguetea en carros fotográficos y pelea en compañía de un solemne juicio depredador. La pequeña reproducción quiere otro nombre, pero también quiere que su niña-madre esté con ella, dormidita.

VENDEDOR III: levante su cuerpo, levante el suspiro, acompañe sus Kimbolitos con dolor, llanto, espinas, látigo y algo de crucifixión, las mejores especies. También le tengo la mejor cerveza de la capital, para confundir el postre que tiene por alma.

LAS UNGIDORAS: dos punticos para todas las edades. Las especies dóciles del neoterrateniente, pequeños grupos de ejercitamiento bautismal, iluminado, iniciado, salvador, tres tiempos del compromiso social y del bienestar del obispo y del recaudador de impuestos. El pastor come puerco hornado como bendito; su poder es grande, tan grande como el estómago de una vaca.

YISUSKRAIST VIII: la trocha, la verdad y el aparato. El auto-elegido, el sagrado. Agradecimiento a los anos. Velitas elevadas a la buena ignorancia. Felicidad, horca y monedas de plata, ¿qué gusto encuentra en ahorcar musulmanes? Lo ve por televisión. ¿Tiene gafas? ¿Qué gusto encuentra en eso? ¡No sea tan gil!, ¡mi Dios es mejor que el tuyo! Prisión, dolor, pasión, ejemplo de las espinitas, la saliva y el vinagre de los romanos. Nosotros los caníbales, la docilidad del imperio, Roma, el pastor que salió de la cárcel y el pastor que salió de la limusina, con ustedes el pastor criollo de la muerte diaria, de las entradas llegadas como ensaladas *light* y la monstruosidad privada. Piense en Yisus VI (el ídolo) y tendrá empresas infernales al servicio de dos o tres superpaíses; piense en Yisus VII (el que no cree en ídolos) y tendrá otros dos o tres superpaíses detrás de cada infierno, clavados hasta la muerte.

CARNE: el Santo Sepulcro conducido por trece ángeles hospitalarios hasta la tierra viscosa del tristísimo clarinete.

PARA EL PATRÓN ZZ TOP: ¿se está quedando calvo a los 25?, pues, en una taza llena de chiches anaranjados agregue libros que dice entender, cara inspirada, chalecos de cuero, referencias nietzscheanas, una edición electrónica del *Maellus Maleficarum* y algunos clavos, referencias papales, algunos aforismos calurosos, otros libros de ideología protomarxista de su elección y sazónelo todo con la barba larga, aliéntese usted mismo con mantras orientales y romanos, pero coma papita criolla mientras hace los rezos finales. Tómese el brebaje en la última mesa de la biblioteca y espere a una gallina con sed de inteligencia, sabrá que no es tan fácil, pero siga al asecho y duerma solito deseando la entropierna de los demás, pronto llegará su turno de ser el líder de cualquier secta.

VENDEDOR IV: ¿se come una empanada o un Kimbolito? Tendrá cuidado, no vaya y salpique de barro angustiante a su señora esposa, la barbuda.

LOS GILES: la cosa tiene varios dioses, se llaman igual, pero cobran diferente. Yisuskraist, del 1 al 57 para cada estrato, usted a esta iglesia, usted a esta, usted a ninguna. Jesusito enésimo. Ojos azules, ojos marrones, ojos verdes, ojos amarillos, ojos ciegos, ojos que ven demasiado, ojos comprados y lujos a montones. Lujo, hombre, lujo, mujer, lujo de pareja, lujo transexual, lujo asexual, lujo ano, lujo mascadito. Los cuadros, los micrófonos, los altares, las corbatas, las flores, el gel, el

vino, el teclado suave, las consignaciones bancarias, las cadenas de oro, los dijes de diamantes, las consignaciones bancarias y la guitarrita acústica en una; la evocación, pago en efectivo, letras en latín y el tenor a capela en otra; la epifanía, el cheque, el plástico, el *pop* en español con guitarritas eléctricas y batería en otro; el pastor expolicía, el obrero y el estuco, en otra. ¿Quién sabe algo más de la vida? Los puercos blancos salen arrebatados en el narcisismo báquico de una regionalidad de vaquitas.

LA LEY DE LA PALANCA: el pago santo de los otros a las élites familiares, si lo ven bien, *good*, con la fe en lo bueno, con el ojo bien asentado; si lo ven santiguándose, con hijo o con varios, trabajando con camioneta o con moto, con anillo de oro, de vez en cuando frente a la alcaldía, con esposa blanca, de otra parte de Fosa, blanca, pero, blanca, entonces usted tiene toda la libertad de pagar lo que quiera por una protección de apellidos, en cualquier templo o en cualquier garaje; en la misa, misita, misota, pronuncian su nombre completo y las chicas polis lo bendicen. La vigilancia de las cámaras permite una sola amargura y la ciudad siempre está bien. Los rayos laser cuidan de los tesoros de los líderes, la ciencia bélica se fortalece y el niño deja de escuchar buen *rock 'n' roll*. Si su apellido coincide con el del abuelo del pastor o con un amigo del abuelo del exconcejal tendrá trabajo, tendrá alimento, dejará de robar. Sencillo, apellido, tendrá una palanquita para que sus hijos trabajen moviendo los desperdicios de los bancos y lleven a pasear a sus otros hijos con el collar suelto mientras las otras caricaturas se cortan la garganta al caminar con los otros montones de limpiadores de la necesidad de otros y otros conocidos. Otros ídolos, otras necesidades. Otro, otro, otro, otro... ¿se debe poner mayúscula?

CAPARAZÓN: al final sólo desempolvan la basura. Mujeres policías siguen la persecución de las señoras que trabajan vendiendo canelas con etílico casero. ¡Canelazo, hervidos, al calabozo, reclusión! Mujer contra mujer, una guerra sucia.

*
* *

Ya es hora, me largo de aquí.

Perejil

Nunca ha existido el paraíso, es algo que pienso, veo que está dentro de un cactus. En esta ciudad, somos el resultado de una consecutiva maldición, Fosa, causas lógicas de las movidas antiquísimas enfrentadas a una violación en cuatro, en esa pose, en defensa de las víctimas del más grande y perfecto violador, el Hermano Erecto; pero, sin disgusto, aquí, en el atardecer triangular, cuando se sienten fuerzas sísmicas, los dioses antiguos ya dejaron en llamas toda la ciudad antes de que el Hermano Erecto llegara por acá; la ciudad en llamas, el fuego descendía por las montañas, bajaba líquido fulgurante, como un infierno a pedacitos, los ancestros de las mismas montañas ya habían quemado y maldecido todo. Ni el primer imperio, ni el segundo pudieron atravesar el río de los alacranes, el río de las flores; el río es pura intensidad.

¿Ves ese perrito? Creemos en la suerte de encontrarnos en una montaña verde; en el color múltiple de la vida y de las montañas, pero no es así; caminas abajo y, en las lágrimas hacia adentro, tocamos la cercanía de un hueco protegido por los ojos vidriosos de varios policías, pero la montaña siempre está ahí; allá las águilas invisibles agitan en su vuelo su destino en las cumbres de los glaciares de la altitud, blanca, en el derrame de los hielos; las montañas también esparcen la vida en los momentos crueles de los hombres.

Vamos a la calle para partir los recuerdos en pedacitos, cabezas en pedacitos. Condenar a la música, creer que es un peligro, no estoy seguro de eso. Suelta el agujero de tus acordes en la tierra. Lo único que me acompaña es el recuerdo de la lluvia intranquila, triste, como lo que nunca se ha llamado.

¡Maldita suerte! En el final de las cosas placenteras llega el momento de ver a la cara a la Señora Traición; puede parecer tan familiar, obscena, en los brazos largos, pero nada es igual en un lugar donde antes estuvo un corazón, una canción y el momento de abrazar la eléctrica mueca de la muchedumbre; empieza otro lado del mundo. Los problemas cambian de cuerpo, los problemas se llaman como el amor, un reto, por eso la velocidad agita el interior de los gritos, un grito en la velocidad. Llamada a la zona sideral. Atención, la Señora Traición está del lado de los buitres, un grito a alta velocidad, un grito atraviesa la muerte y la muerta es otra, con la apariencia del color de sus ojos en pedacitos.

Vas a un segundo piso, trasgo, lo haces pues pretendías crecer, aunque podemos hacer siempre algo libre, duende, conjurar a los murciélagos bajo un árbol a la vista anaranjada de los pájaros calcinados, engendro, y allí gritar por una sola vez sin la mirada que siempre nos persigue: ¡A la *shit* los policías, hay demasiados!

Si la gente tuviera garrotes, en la vía sonriente, nadie te dejaría intacto; ¿deseas un beso de la muerte zamba?, garrote, garrote, garrote; en esta única calle, toda apariencia se convierte en un terrorífico silencio, un calabozo donde se exhibe tu próxima ropa. Si vas de negro, todos te miran como si tuvieras un ojo en el centro de la frente, un ojo raro, maldito, morboso; es la ciudad multicolor.

¿En la vía de los huesos garabateados? Una sola calle para dirigirse hacia la prisión triple y abierta. Demasiado rápido para ser tan joven; el trabajo, la bondad, la reproducción en masa y la familia hacinada no son responsabilidades para los niños. Estas lágrimas son de cansancio. *So tired... I am so tired...* pienso en ese tema del viejo Ozzy.

— ¡¿Por qué piensa tanto!?! ¿Qué, Van Halen, te vas al juzgado de los santos patronos? ¿Al salón de la justicia que paga arriendo al obispo? ¿Al palacio de la justicia? ¡Obispo, eh, obispo, eh!

— Sí, ahora a las 4. Me voy al Centro de Condena Moral, el que queda después de pasar el 20, en la antigua Plaza de mercado, en la calle que estaba llena de orines; ¿quiere otra descripción, o qué?

— Llevarás corbata, momia, llevarás corbata.

— ¿Por qué?

— No seas tan inocente, momia; eso queda en la legalidad del 20, allá manda la corbata y el saludo atento y humildísimo al doctor; respetable, respetadísimo doctor, ya sabes, como esos giles de los hermanos de la Universidad Internacional.

— Pues...

— Haceme caso. Entre más limpio se vea, mucho mejor. Ducha, momia, una ducha. Cogete ese pelo y ponete un vestido y una corbata, así verás que te va bien. La corbata es el elemento de las vanguardias, legales y opositoras, todas caen bien en este sistema.

— No. Otra onda, loco, otra onda; es que antes me voy a la Fiscalización Municipal. Tengo una demanda por tocar metal en público.

— Peor, puta rosca de los partidistas. ¿El metal es un crimen? Este pueblo se trama con la ropa y el carro; ya sabes, momia, lo caso de este puta pueblo, castigan por hacer un toque de metal o por decir la palabra “mierda” y, encima del descaro, les pagan en dólares a los salseros que humillan a las viejitas que venden pan de maíz y canelazos en el centro; por eso, momia, llevarás los zapatos lustrados y echaráste fusiles de colonia. Ya sabe, ducha y bien vestido. No golpearás el suelo con el talón; que todos vean el brillo tranquilo de tus zapatos, con eso la tienes ganada en puntos.

— ¿Por qué, qué o cómo le hacen allá? No sé; dime, loco, dime la onda.

— Allá manda ser el respetable, mi guagua, pulcro, bañadito, peinadito, encorbatado, como los pastores, momia, como los pastores y, si es posible, con una carpetica de manila bajo el brazo derecho, el brazo de la humildad.

— Gracias, Saxon; ahí nos vientos.

— No, ¿cuál gracias?; guagua momia, no te olvidés de lo más importante.

— ¿Qué?

— Pues una alabanza por escrito sobre la situación personal. Ahí tienes que alabarte, decir que eres ultracristiano, que tienes deseos de ver bien a este pueblo, verlo bien, con la mejor sociedad, que compartes eso de “Fosa, la ciudad bonita”, que sólo buscas lo mejor. Aunque, sí es importante presentar todo por escrito, viejo Van.

— No jodás... si yo soy malísimo para escribir.

— Claro, eso nos pasa a todos, *no problem*; Van Halen, vení, yo te ayudo a redactar eso; tratá de pensar con esa cabezota, escribir es algo serio, importante; preguntale a Chuck, con eso puedes, hasta vos mismo, hacer un contrato o cualquier cosa, hasta el amor.

— ¿Eso de la situación personal es importante?

— Ya te dije, eso es algo de lo más importante. Hay que seguir el ejemplo de los dolidos señores de la SS; dirás que eres el más honesto y honrado y el más educado de la exprovincia, de la recta o de la circunvalar; el más, el más. Sos aprendiz de una horda, miembro de una secta cristiana, la de más excelencia, la de más bondad. Eso les gusta a los otros doctores de la justicia, la falsa humildad. Inventarás que eres nieto de un exconcejal o de un exalcalde y que te confesaste ayer no más y que perteneces de lleno a un partido de esos chimbos.

— Azul rey, Amarillo pollito, Verde vómito, Rojo ano, Azul y Rojo, Negro y Naranja, el del puño dibujado, el de la bolsa de dinero, el de la metralleta con el vaso de agua...

— De cualquier partido; el abolengo y el exitismo domina en todos, son la mismita *shit*, ¿o no?; todos caballotes, giles, giles.

— Cuando a uno le pregunten sobre su humildad, ahí deberían ponerle esa máquina que dice si uno miente.

— ¿Qué dices, momia?

— No, no, nada, nada. Hagámosle rápido, entonces, Saxon; estoy un poco retrasado, ¿me acompañas?

— Claro, Van, claro; vení, pero vení, vení, fumémonos este doble piso, lo armé yo mismo, ¿sí?; lo armé en el pétalo de una flor, estaba grande ese pétalo, rosadito con violeta, peguémonoslo y nos vamos a redactar eso, ¿sí?; hay tantas cosas diferentes al formato militar, diferentes a tanta verdad y tanta muerte; empecemos por esta mentirita, vení, vení.

— Nunca ha habido un paraíso, lo sé; habrá pura nieve, si acaso; antes de que llegaras estaba pensando en eso.

... La desnucleación de toda historia

“Odumodneurtse”, desde el Perú, para que lo sepan los perros del Sur. Un hombrecito de trivial estatura lame el vigésimo tercer glánde de los estudiantes que llegan a su enfermería. Utiliza una mezcla con mucho guanto blanco, canela, agua con orines de ardilla, mucha azúcar y unas hierbitas de flores blancas. El Colegio de Ilustrados lo ha nombrado “Sabio de la región”. Entre tanto, chicos, el crimen se organiza en contra de los taxistas que no portan la licencia de cien millones. Yo lo veo todo, porque siempre ando en la calle, en la calle, chicos, en la calle. Un señor de la capital, dotado de una 9 mm y correa de cuero de caimán, trajo varios kilos de H... en una cajita; en la frontera, la H... es escasa, casi nadie se chuza y los que lo hacen lo hacen mal. El señor tomó un taxi hasta la alcaldía a medianoche, se sentó, encendió un cigarrillo y no pudo resistir el guanto blanco y amarillo, hecho polvito casi invisible, que flotaba en el aire dentro del vehículo; simplemente, el hombre se quedó dormido en dos minutos y medio. Era familiar cercano de un exconcejal y miembro de una banda de famosos carniceros.

Sencillo, chicos, sencillo. Los kilos de H... se perdieron y, en dos meses y medio, mataron diariamente a tantos taxistas que la única *norma* que circulaba la conocían todos los perros desde hacía mucho: prohibido salir a la calle después de las nueve de la noche... a causa de que la 9 mm también la habían hurtado.

Que la Virgencita siempre tenga en su gloria a los muertos.

Venganza frente al templo

Hay movimientos raros; imagínate esto: en este parque trajeron arrastrado desde Córdoba a un León que peleó en Cuba y, en la primera Villa santa, lo arrastraron muerto hasta acá; en el arrastre, dejaron lo que le quedaba de sangre en la tierra seca. Un León, imagina, un león muerto en el parque. Todo un sendero de sangre hasta el suelo de los páramos; junto a él, una pila de traidores, opositores, y los del mando que era. El suelo refleja el color en el santuario. El Templo despiadado de los soldados, de las mamitas incultas, de los paperos y lecheros campesinos, todos muertos, junto a los huesos pelados de un León; todos son parte del ladrillo sangriento, del sacrificio animal, del sacrificio humano, a uno u otro color-color; el cadáver del León recorre varias plazas arrastrado a caballo, antes de apilarlo con los otros cuerpos en este parque. Su cabeza la ubicaron en el norte, allá volaban las cenizas del sacrificio. ¿Tiene una historia carbonizada?, ¿no sabía que en este parque humillaron el cadáver de un León? Sí, acá, en Fosa, nadie recuerda el crudo enojo de ese animal, ni siquiera las mujeres.

— ¡Ya se aprendió el Credo! ¡Báñese! ¡Huele mal! ¡Pecadora!

— Papito, pero... soy inocente.

— No, Nina; usted es una cochina, una pecadora, por eso le daré cuatro correazos; vamos, bájese los calzones.

— Pero, papito, aquí hay muchos niños; me van a ver, me van a ver.

— No me importa, Nina; así es la única forma en la que va a aprender. Vamos, apúrese, bájese esos calzones, que se la tengo sentenciada.

Rakatock

— ¡Huy... se me caen las paredes!... ¡Marica, se me caen las paredes! ¡Vení, ayudáme a tenerlas, vení! ¡Se me caen las paredes!

Calle, cruz, llave, lluvia, cruz, calle. Una sola arteria y toda llena de cruces benditas. La esquina del miedo: ojalá nunca encuentres un nombre al que ames escrito ahí. Todas las personas de Fosa miran esa esquina a diario; nadie quiere que esa cosa tenga el nombre o el apellido de ninguno. Primer parque y la esquina de los nombres muertos.

Un pedazo de madera con panfletos mortuorios; Y, Ch, B, V, algunas letras viajan por la muerte. Apellidos, nombres conocidos; no, hoy no hay nadie; no, un extraño alivio. Morir es algo costoso, las mismas veladoras en diferentes entierros. Puede ser la única vez en que tu nombre pueda verse impreso. ¡Huy, qué viaje tan hijueputa! Las paredes, 'jueputa, las siento pesadísimas; ¡qué verga esas paredes, qué peso!

— ¡Loco, vení, las paredes, se me caen las paredes! Están pesadas. ¡No! ¡No! ¡Hey, vení, Saxon, Chuck! ¡Se me caen las paredes, ayúdenme a tenerlas, hey!

Un castillo rocoso flota sobre todos los mendigos de las capitales; los camiones de la SS los traen en números impares, para que el frío los consuma de dos en dos; todos lo saben en esta ciudad, que no es capital, ni nada, ni lo otro, “nada de amor”, los nombres de los muertos siempre aparecen allí y lo que flota sobre los mendigos se llama Iglesia estatal, auge, abolengo, pan santo, pan bendito. Rima, arrima, la cosa involuntaria. “Hay algo más que la voluntad”. ¡No, marica, no, nadie viene!, ya me desespero, ¡'jueputas paredes, qué pesadas!

Una antigua fábrica es demolida; se requieren varios flautistas o encantadores de roedores.

Parques, burla, extraños, todo bajo llave, ratas, esquinas, refugio.

Esta es una ciudad para los que ni siquiera tienen nada; la peor nada, la mejor nada, una larga inquisición nihilista. Vago, vago, encima de un templo rojo crecen arbolitos. Y el destino de los árboles en esta ciudad es la desaparición por el progreso de los pocos. ¿Un centro comercial es un acto de progreso? Listo, pero ¿por qué cortan los árboles? Ellos no saben la causa de por qué las ratas se esconden allí. Ratas

sin hogar. ¿Había un árbol de mango en el primer parque? ¡Mangos! ¡Qué bueno subirse a un árbol y agarrar un mangote rojo, rojo! ¡Poder!

Cielo, boda, cruz, carruaje, mansión, iglesia nueva, mendicidad, edificio.

Todos aquí sueñan con eso; muchos lo tienen. Los demás reciclamos y lavamos el piso de las policías para salir del calabozo, traperos, orines y traperos, muchas veces para sobrevivir; muchos traperazos en la cara.

Como en la noche, con el último repique de las campanas, el ojo vuelve a dotarse de vestidos y trinidades, mutantes, clonadas, sagradas, originarias, como ese niño que siempre llora al amanecer, desnudito llora porque ya está muerto, sin nadie, pero todos lo escuchan aunque esté muerto y en sus llantos la gente describe todo tipo de “maldición”; pero este es un niño que nunca crecerá, sólo llorará y llorará con el pasar de los tiempos, noche tras noche, desnudito en medio de la calle, como el aire, como todo lo que falta.

— ¡’Jueputas! ¡Hey! ¡Las putas paredes; loco, marica, se me caen las paredes! Están pesadas las paredes, ya no aguanto... ya no aguanto... ¡Vení, loco! ¡Chuck, maricas, se me caen las paredes, las paredes!

Iris (la leyenda de una ladrona)

Cada vez que abran la puerta tienen que correr, chicos, tienen que escapar, encontrar la vuelta indeliberada en la fuga y lo que huele allá afuera a su instinto, lo tan provocador, inexacto, por descubrir, tu olfato, perro, tu olfato. La celda se abre y los olores en punta emanan de todas partes. No es posible utilizar toga o cítara en el palenque tricolor de la guerra abrupta, menos ser un perro, tantos y difíciles perros. Los negocios estuvieron siempre en las bocas civiles, los francotiradores y los bolsillos rodeaban la seguridad, no quedó más que incorporarse como perro, perro, perro. El espíritu está en todas partes, chicos, se llama multitud, desprecio o matanza y hoy será una reunión de elegantes piezas de ajedrez, el juego de los sabios, el juego de los militares.

Les diré un secretico que está fuera de toda la luz pública, chicos, eso pasó hace ratico, aquí en Fosa, en la Inteligencia de Aduanas. Los pasos abiertos, resquebrajados, de una ancianita con falda y medias de lana, despacio dejaban huella sobre la calle que lavaban escobas automáticas, la señora olía a cien años atrás, a monte, a cositas buenas, pero las escobas quieren barrerla; se podía ver por fuera a la gigantesca jaula de cristalino contrabando incautado hecha por los oficiales de la SS y remodelada por obreros, que recibían el pago en alimento decomisado; después de pasar por los repesores de la enormidad que sostienen el techo de la Aduana en forma de barras de acero, la ancianita se detiene con gestos de cansancio, lleva un canasto roto, sus pies descalzos parece que venían de un lugar olvidado, pero en el canasto hay un paradigma, una bolsa de papas amarillas, unas flores, unas cebollas sucias y varias mentiras de aire y huellas de un futuro lleno de frío. Lanza un silencio a las estrellas todavía ocultas y en esas llega un gendarme de la Aduana a pedirle, con cortesía, que se retire de ahí, toma a la señora de los hombros y la obliga a bajar hasta la calle. La anciana lo hace en un suspiro con pausas desarraigadas, el gendarme siente demasiada satisfacción por lo que acaba de hacer.

Llegan los militares, los sabios, algunos santos, la Coronela del municipio y la Procuradora G..., todos van con el uniforme correcto y planchado con fervor por una cocinera platónica. Claro, chicos, el neoliberalismo surge con el señor Platón; el exhibicionismo, el dominio de algo sobre algo, el confesionario, el pecado, el arrepentimiento, la autoflagelación, los protocolos virtuosos para los sentimientos. ¿Por qué Platón no quiso ser un perro? Hubiera sido mejor para él. Aunque la anciana no conociera los postulados platónicos de la SS, logra sentarse con la tranquilidad

más rara y, a la vez, vital, en el andén de en frente mientras pasan los carros lujosos vigilados satelitalmente y las personalidades emplean logística para entrar en el edificio de la Inteligencia de Aduanas.

Antes de la llegada de la Coronela municipal, el gendarme se ubica estratégicamente para velar la perspectiva que pudieran tener ella y la Procuradora sobre la ancianita, vestida de lana fucsia y gris. Los colores de la lana parece que resplandecieran, pero el gendarme, con un saludo reverencial, impide apreciar el color de esa lana sucia y brillante.

Algo más escabroso ocurre en la calle, chicos: un hombrecito mulato, doblemente cuidadoso, con una mano abraza a “su” amante y con la otra asiste la seguridad de “su” bicicleta lechera. ¿Puede llamarse a eso los tesoros infantiles? Recordemos esto: “una mujer se desafía entre la pared y la luz”.

Mientras cacarea la nostalgia en forma de patrón, la ancianita descansa un poco el peso del canasto; “sus” pies tienen líneas de páramo y tierra. Las personalidades ya están dentro del edificio de la Inteligencia de Aduanas; el olor allí adentro se parece al interior de un banco, belleza y fatiga.

En la calle anterior, una imagen de lo mejor del cine latinoamericano: una mujer con el busto casi por fuera, en tacones y falda de jean, que exhibía sus pezones a través de una malla negra que traía por camisa, corre detrás de un amigo que le ha robado “su” desayuno; el animal corre con el buñuelo en la boca y la mujer se detiene abruptamente a media cuadra y le grita, con voz grave y masculina, al perro: “¡Perro ladrón!” La tetona es un travesti; se le ha roto “su” tacón. El amigo pasa de calle, esta vez despacio, más tranquilo; sin dejar de mirar a la tetona, se ubica en el lado lateral del edificio de la Inteligencia de Aduanas y termina de comer “su” alimento; orina en el suelo, era una perrita.

En la entrada de la Inteligencia de Aduanas, los cristales dan la impresión de que todo se trata de algo generoso para la ciudad; detrás de la puerta, los oficiales, varios entrenados por la SS, tratan de estrechar la mano de la Procuradora G..., pero a ésta la lleva su guardaespaldas a las escaleras que apuntan al tercer piso, hacia el casino privado; nadie puede tocarla y los oficiales muestran una notoria tristeza por no tantear a “su” más admirada líder. Chicos, ¿no sienten risa? Resulta curioso ver cómo el acto de matar se encomienda a los adolescentes, pues esos oficiales apenas rozan la mayoría de edad y ya tienen el permiso para matar y cooperar en la matanza obligatoria: ¡pum!, ¡ta!, ¡pum!, ¡ta!, ¡ta!, ta!, la pistola sobre el vientre. Firmes, firmes.

Nueve mil millones para la remodelación y reambientación de ese tercer piso, ¿qué puede saber un perro de cifras?, no presten atención a eso, mejor presten atención a esto: “El casino debe ser acorde a los estándares de la Procuradora”, decían los concejales que aprobaron el proyecto. ¿Nueve mil millones para eso? ¿Para la recreación nocturna de las chicas polis y los polis más destacados? ¿Guerra contra el contrabando y los festejos? Por eso los perros empiezan a robar el desayuno de las prostitutas, chicos; por eso, luego, ante las cosas cocidas y como ejemplo de las grandes capitales, pronto vendrá algo llamado “sanidad animal”, ningún perrito andará por las calles, todos se transformarán en gamines con puñal que se revientan en las capitales de la desigualdad, en medio de salchichones importados y de edificios de cristal; no dejen que el cielo los orine, chicos; a veces no es lluvia lo que cae.

En lo alto del edificio colindante, un letrero gigante hace revisión ocular: LOS JARDINES. Parece una película sesentera, de aquellas en las que la explotación del petróleo hacía aparecer espacios y pueblitos antes desconocidos en los mapas. Hace años nadie sabía sobre la existencia de ese lugar. “¿Los Jardines?”, se preguntaban los incautos vecinos del mono lanudo. ¡Ahuyentaron a los monos!, le pagaron a un “maestro en arte” quinientos millones para pintar con adornos indígenas las paredes con olor a cuy asado; mientras muchas señoras caminan descalzas pidiendo limosna frente a las imágenes del artista, maquinaria internacionalísima explota Los Jardines, aparece la remodelación de la Inteligencia de Aduanas, del casino privado y de algunos putiaderos. Era tiempo de que la Inteligencia de Aduanas tuviera su propio casino. Casino, casino, lo que quieres ver, lo que quieres oír, casino, casino. ¡Militares y casinos!: chicos, bailen, militares y casinos, militares y casinos, militares y casinos, na, na, na, na...

Huevos rotos en los parques. Después de reventar a palo, garrote y pisotones, los productos que muchas señoras utilizan para comercializar en sus tienditas, las chicas policías deben descansar sus botas para volver a abrillantarlas, deben verse siempre bellas; deben tener un casino. En el tercer piso de la Inteligencia de Aduanas, el casino parece confortable para la Procuradora:

— Esto está bien, tiene todo el ambiente *decó* de cierta parte de Atlantic City, —dice la señora, en medio de una sonrisa que estira su labial verde, — es un buen lugar, acogedor, pero algo frío para mi gusto; esta temperatura no me permite pensar con claridad.

— Eso no es problema, señora —, responde con timidez el oficial de la SS encargado del bar.

En ese momento, el barman oficial digita cierta combinación algorítmica en el monitor de la caja y la temperatura empieza a incrementarse con levedad; un viento cálido llega a las mejillas de la Procuradora, quien asiente con gratitud:

— ¡Gran movimiento!, me encantaría tenerlo en mi cuartel privado.

— Gracias, señora, — dice con orgullo reverencial el oficial, que sale del bar con intenciones de estrechar la mano de la Procuradora, — déjeme agradecerle su invitación, por favor; muchas gracias, señora, mu...

Al alegre y casi lloroso oficial, antes de que llegara a un metro de la Procuradora, lo reduce, con una magistral técnica de combate libre y varios golpes al abdomen, un hombre de chaleco negro y ojos amarillentos, que estaba detrás de ella, invisible como un ninja. Ahora el joven oficial llora, esta vez tendido en el piso; con timidez, orgullo, lástima, con no sé qué sensación, el oficial trata de levantarse; en seguida, el hombre del chaleco le dispara a quemarropa tres tiros en la nuca. Inmediatamente aparecen oficiales de la SS y lo arrastran por el piso alfombrado hasta una puerta con el letrero “exit” en verde, el mismo verde del labial de la máxima señora. Como si nada, otro oficial ocupa el puesto de barman. Se complica la situación, pues la Procuradora pide un trago.

— Deme un güisqui triple, por favor.

Lo dice con el rencor total de una mujer odiada por la mitad del mundo y amada por la otra mitad, naranjota. Se quita los lentes de contacto; se perfilan, entonces, unos ojos sin color, chicos.

— Se da cuenta, oficial, ¿oficial...? —, dice la Procuradora, — dígame su código nominal.

— Selfish Rosca, señora; Ramón Selfish Rosca.

— Oficial Rosca, se dio cuenta de que, al que reemplaza, pretendió tocarme, ¡darme la mano! Ese ignorante, ¡ah!, tratar de tocarme... —, sonrío, — yo hablaba del sistema operativo que reguló la temperatura; ¿pensaría que hablaba de él? —Sonríe de nuevo, esta vez suspirando.

—Deme otro trago, igual al anterior.

El nuevo oficial no intercambia miradas con la Procuradora, se limita a limpiar algunos rastros de trago que cayeron del dispensador. Suena musiquita, algo de *pop surcoreano*.

Empiezan a reunirse personas en torno a la Procuradora G...; son los santos sabios y algunos oficiales de la SS que le han asignado como guardias personales; se condensa un aroma a perfumes mezclados con orina; alguien enciende un cigarrillo, se disipa la fragancia con el humo; un leve olor a estiércol fresco cambia en el olfato de todos. Uno de los sabios se quita la barba, otro se cambia de lado el sombrero puntiagudo. El santo 3333 y el santo 2222 se toman de la mano, para luego darse un apasionado beso, babean un poco. Un santo sin camisa, con un talismán cabalístico, según creo el santo 8888, que tenía en brazos a un perro chihuahua negro, disecado, con una gargantilla de oro grabada con el nombre: El Patas, este santo permanece en su lugar sin hacer ademán de unirse al grupo, parecía nostálgico.

El grupo, en su mayoría conformado por los primeros once santos sabios y jóvenes oficiales armados con sub-ametralladoras y engalanados con implantes, medallas y anillos de oro, se reúne en la Mesa de juntas del casino, un gran naipe, la reina de diamantes, se sientan en lugares numerados del 0 al 33, hacen el Juramento a la bandera y uno de los sabios, vestido con un plástico transparente que permite ver todo su horroroso cuerpo flaco, da la orden, hablando mediante eructos, de empezar a deliberar sobre los siguientes procedimientos sociales, que también se proyectan en la mesa de fibra de carbono:

- A. La limpieza social quincenal, como proyecto turístico. Dejar en las calles a los gamines que hayan donado el cerebro.
- B. Gasolina y medicinas gratis según el nivel nominal (exclusivamente para los congresistas y los altos mandos de la SS).
- C. Incrementar el auxilio económico a las familias de los ex-políticos (lo que incluye detener la repartición de migajas para el 60% de la población sin acueducto).
- D. El uso de sencillas lobotomías en las escuelas, pues es necesario exterminar toda clase de paganismo. (Desayuno escolar incompleto).
- E. Cobrar el impuesto D376MP (multa y humillación por mirar con sentimientos negativos a líderes, santos oficiales y a las señoras policías).

Después de otro trago y un brindis en nombre a la memoria de *su* excelencia, el santo Ezequiel, la Coronela municipal se desabrocha sin ningún prejuicio la camisa y le muestra sus senos al grupo; los senos se proyectan hacia la mesa, enfocan sus pezones directamente, se propone un brindis por el color de sus pezones: ¡A la memoria de los pezones oficiales! Las discusiones tardan varios minutos, no muchos; nadie toma agua, beben únicamente de sus copas de champaña, fuman de sus cigarrillos blancos;

series de algarabías, pausas, aplausos. Elaboran un Acta de aceptación de los puntos, firmas, y vuelven a brindar.

De algún modo, confuso, histérico o, quizás, pacífico o alucinatorio, la perrita ladrona de desayunos se encuentra en el lado oscuro de ese tercer piso (¿cómo llega un perro hasta dónde tiene que llegar?), en una esquina donde no llegan a detectarla ni cámaras, ni vigilantes, ni las máquinas infrarrojas; la amiguita aguarda a que suceda algo que sólo su pensamiento canino puede comprender. Los perros suben hasta los lugares más vigilados. Perro, chicos, perros.

La Coronela municipal aplaude con avaricia y luego se quita el resto de la ropa con euforia. De repente, cada uno de los que conforman el grupo empieza a seguir el ejemplo de la Coronela municipal, algunos se quitan toda la ropa, con lo que inhiben toda posible atención hacia al lugar donde se encuentra, casi oculta, la perrita.

La Procuradora G... permanece impasible en su silla; viendo con duras críticas el registro de los pezones proyectados todavía en la mesa, bebe un poco más de su copa burbujeante. Suena algo de la Fania All Stars, invitan a bailar, se reconcilia el ritmo en los cuerpos desnudos, nadie puede tener erecciones, es un acto punible; todos bailan, los cuerpos gozan, ningún fallo se excita. Un santo, que se ha terminado de quitar la ropa, ostenta las gruesas joyas en su pecho peludo y salta de alegría.

Varios oficiales, muy jóvenes también, traen una carretica con muchos galones de lo que parece alcohol casero; uno de los oficiales se queda absorto con los ojos fijos en los senos de la Coronela, ella se percata de que la está observando y le hace una seña a otro oficial, que está junto al bar. Trueno brillante: el joven que observaba los senos de la Coronela cae chorreando sangre por un agujero en su mejilla, cae al suelo ante el temor manifiesto de su compañero; con rapidez, también lo arrastran por la alfombra.

Un oficial de alto rango se acerca a los galones de alcohol y levanta uno con fuerza para bañarse por completo con el líquido agreste, baña con alcohol al santo que está a su lado. Otros dos, también de alto rango, lo repiten.

Todo un banquete de carnes crudas se pone ceremonialmente en la mesa. Cabezas de chivo, ojos de vaca, tentáculos de calamar, orejas de caballos, cuernos de toro rellenos de sangre, cerebros, hígados, corazones de varios animales, filetes de res, de cerdo, de iguana, trozos de chigüiro, cuyes pelados sin empalar, serpientes endulzadas, camarones, langostinos y otros manjares crudos aparecen desde compartimientos dispuestos en la mesa.

Es el momento preciso; mientras los altos mandos, incluyendo a la Coronela, que ha cargado ella misma un galón de alcohol casero para bañarse con él, continúan con su diversión sin prestar atención a nada más que a sí mismos, a sus juegos, una pequeña sombra se desliza sobre el piso mojado hacia el lugar del banquete. Despacio, despacio.

El momento esperado, chicos, el momento para huir. La sombra cuadrúpeda se desliza entre los chorros de agreste olor vertical. Llega debajo de la mesa. Inicia la estrategia. La sombra se incorpora, se dispone a morder algo, lo agarra, cuando la Procuradora G... se interpone con un hacha ante sus colmillos, la clava en la mesa cuando parte por la mitad la presa que la amiguita intentaba morder.

— ¡No te vas a robar nada de mi mesa! —, le grita la Procuradora G..., mientras trata de acertar un hachazo letal en la cabeza de la perrita. Falla, pero la perrita acierta en una segunda mordida y se lleva algo de carne cruda, esquivo con sagacidad a la Procuradora, que la persigue con el hacha; es lenta, trata de desclavar el hacha de la mesa, entonces la perrita aprovecha la situación y desaparece entre los cuerpos desnudos, evita las luces rosadas y verdes, corre entre los galones de alcohol casero que se derrama.

Escape de la Inteligencia de Aduanas, en una huida hacia el aire; en medio de varias piernas de oficiales atraviesa la ladrona; en el casino sigue sonando la Fania; la perrita huye a su falta de hogar, vuelve a su bosque, a su montaña, o tal vez a su calle oscura, sin más que un robo, ladra, aúlla de alegría con el pedazo de vida que ha robado entre sus viejos colmillos; corre, intenta volar, para que reaparezca su hogar ausente.

En la calle, al lado de otra viejita, con un vestido de colores de lana distintos y con otro paradigma en su canasto, la amiga desgarró el botín con sus colmillos, muerde, come, come, es feliz, come, gruñe, come. En el cuello peludo, una medallita resplandece suavemente, con un nombre: Iris; ¡qué bonito nombre para una ladrona!

La Procuradora está furiosa y permanece con el hacha en la mano; decide no bajar del casino; en lugar de eso, regaña a la Coronela municipal por su exhibicionismo y añade otro punto a su lista de procedimientos:

F. Sanidad animal inmediata.

Tarántulas en las axilas, o los monólogos de Nina

El amor no puede ser un calabozo. Maneja, lúcete, cuenta las teorías que nunca vas a aprender, vigila, vigila mucho y ejercítate. Además, este mundo no está hecho para las mujeres feas, lo dicen las cámaras; y lo sabemos bien, no existe ninguna mujer fea. Mírate en el espejo; tan sólo pobreza y envidia; distancia de la voz, la piel y el Monte de Venus, envidia en los músculos extasiados. ¿No? Una patoja sin dudar se hace una reconstrucción corporal, ahorra, trabaja duro, trabajo desapercibido, en un banco, ahorra hasta conseguir la cirugía, la rama; nunca va de vacaciones al doble monte; en lugar de eso, con la cirugía busca conseguir marido y felicidad, vinos, sonrisas eróticas y un gotear inexacto de orina; dos fracasos antes de eso. Otra vez la elegante envidia.

Menos mal que no soy tan patoja. La condición vigilante de las ciudades del futuro se vigoriza hasta en el corazón de las mujeres que lo tienen todo. Las cámaras robóticas. Un niño muerto arrojado en la cabellera fría de la calle que intenta ocultarse de las sombras como un manjar para los perritos hambrientos. La Procuradora G... y la nueva pena de muerte, porte legal de armas desde los quince, el ejército te espera, no faltes; ¡ojo, ojo!, nadie puede cuidar de ti en la cumbre del pecado, la cumbre del anillo homotético, aborto legal para los pastores y el clérigo; hay mucho oro, dice el institutor Walter Bautista, ¿es cierto eso de su desaparición? No lo he visto en años; las monjitas procuran beneplácito íntegro en su mañana de asbestos en el cielo y la penumbra maliciosa en la telaraña en el último puntito del espejo.

No importa la construcción del rostro si el atributo es evidente, un buen trasero desbarata toda la cálida lluviecita en el momento de percibir la belleza innegable de un rostro. Seucy, Medea y Lady Macbeth metidas a la fuerza en una cápsula por nuestros oídos. Parece que no; nunca fue así, fue mediante una lipo.

En esta ciudad vale más el nombre de una liposucción o el del obispo que Shakespeare o Yurupary. O-B-I-S-P-O. Nadie lee sin tener bufanda y el lujo de una mochila de la Casita de la Cultura Privada. Acá, en Fosa, la verdad la conciertan gamonales y mujeres celosas que habitaron antes en la montaña. La Virgencita estampada en las mochilas de los consumidores de aguardiente y cigarrillos. La cirugía estética en promoción. Los penes mecánicos también leen los almanaques, mujeres distraídas, fotografías y masturbaciones con manos engrasadas, semen manchado de grasita, viola y luego arrepiéntete, ya tienes iglesia, ya tienes salvación,

mecánica manual, el ideal del fiel, de los expastores bazuqueros y el obispo libre todavía; lamprea menor; poderosos virulentos y la lengua genial del dinero y la pornografía; no, son héroes, Nina, son héroes. ¿Por qué pienso en una cirugía estética, ah, Nina?, tu trasero está por desgarrarse, ¿será por eso, por el desgarre de las órdenes?

Nina, a ti te corresponde pronunciar el cuerpo. Antes de salir siempre nos dicen: “Dios me la bendiga y me la lleve por el buen camino, m’ hijita”; ahí está la sexualidad, en el camino, en la bendición, en el “m’ hijita” que te hace sentir sexy, Nina, sexy, mamita, sexy, aunque ese camino sea tropezarme con el retorcido del tío J..., que, sin dudar, sin ni siquiera llegar a saludarme, me besa y me hace el amor mal, me da en vivo en su casa y después me blasfema en nombre del filósofo Bunge, “el acreditado, el inmortal”. Entonces, la sexualidad me corta, me penetra y se seca las babas. XXX. Siglo XXI. Vivimos en el XIII, con garajes eléctricos, putas a domicilio, Nina, ¿cuál tiempo; decime, cuál puta y tiempo? Entonces el tío J... se devuelve a Madrid a su segundo posdoctorado y yo me quedo clavada en su enfermedad teórica, *hamor*: porque la “h” no altera el sonido, pero se clava en la imagen del organismo como un erecto e invisible bípedo.

Antes, junto a Chuck, no pensábamos de esta forma, Nina; éramos algo felices, ¿no es así, Nina; no es así? Había un punto ciego para el amor, por allí se nos salía un poquito el corazón, ¿recuerdas, Nina; recuerdas?

Pero no todos podemos robar para evitar el abismo primigenio: ser arrendador de alguna casa con filtraciones en tiendas edificadas y prostíbulos de ex-alcaldes y Amigoides Sociedad Anónima. De alguna manera, deberíamos preguntarnos si se puede vivir sin satisfacer el sexo de un cerdo, de un cerdote o de un cerdito, Nina; pregunta, Nina, ¿cómo se debería vestir para pensar? ¿Maquillajes y sexo? ¿Látex y sexo? Culo, nalgas, piernas, tetas, ¿qué son esas palabras? Para los expulsados de la Sociedad del Derecho y Ciencias Dominicales, como tú, Nina, zapatillas altas, un Gaultier, flores rojas, carro bermellón y sexo. ¿Qué sería de los expulsados sin las asociaciones ultra-neoliberales y protomarxistas? El secreto total de la apariencia está en los Palacios de justicia, habrá que tener cuidado con eso. Mientras tanto, nosotras, por aquí, sodomizadas, dándole saludos a la infección y recordando a las tarántulas... no tenemos otra opción que seguir perdiéndolo todo, entregándolo todo. ¿Qué? No tienes besos para hablarme con exactitud; Nina, sólo habla, transforma con el viento el lugar que viene hacia ti; eres fuego, eso lo sabes.

Es común darse cuenta solemnemente de la importancia del daño, siempre se tienen varias voces en la voz saltada de lo único. ¿No entiendes, Nina? Obligatorio que

empecemos a imaginar elementos nuevos. Diez nazis clásicos vestidos de pastores del partido azul con elementos protomarxistas en sus tarjetas de crédito se adulan entre sí para impresionar a una jovencita, a la que luego todos van a acuchillar en su virginidad, ¿te acuerdas, Nina? Una visión espeluznante en la irradiación evacuada de las futuras invasiones. ¿Invasión, virginidad?, eso ya no existe, ahora es ayuda humanitaria y urbanización. Me avergüenzo de esta jodida clase dominante; Nina, ¿por qué piensas todavía en cirugías estéticas?

¿No te das cuenta? Me muevo, me muero, nos vaciamos, saco hacia afuera la orina, la saliva, la gota y la palabra: recuerda, recuerda el cetro purulento, vigilante, mordedor, musculoso y silencioso; te vio y te enlagonó el solitario trasero cuando eras niña sin decir ni una sola palabra. Recuerda al perfecto Dios salvador, nunca te salvó de que te penetraran; sencillo, como relámpago barbudo se desvanecía en nuestra imaginación.

“Dios me la bendiga, hijita; Dios me la bendiga, hijita”. Recuerda, Nina; recuerda las noches de una luna inmóvil cuando pudiste retornar al sentido común y pensaste que en este lugar la educación va de la mano con los cuerpos sagrados, las chicas policías, los puristas, los ultraconservadores, las nalgas enormes, los actores mejor pagados y los periodistas nazis. Aunque los elegidos digan la baratería discriminatoria transmitida por nuestro tío, el doctor J..., “Todo está mal por no leer autores del realismo científico”. Rectangulaciones desesperadas de la cosa en la montada. Te penetra y tu papi no está, te penetra y tu mami no está. Tranquila, mi papi todavía es jovencito, debe estar en el calabozo. ¿Estará con mi mami? La celda de las niñas es más limpiecita. ¿El doctor nunca ha estado en el calabozo? ¿Estará ensayando para ser alcalde? Pero eso fue hace muchos años.

No. Recuerda mejor lo que hablabas con Chuck, (en un bosque, de tarde, mientras las moscas giraban alrededor de nosotros):

— A veces, a veces, lo importante es que tú y yo sabemos que a muchos doctores se les explotó el corazón hace años.

— Sí. Tu tío debe ser el más afectado en eso. Sabrás que ellos nunca han estado en un calabozo. No les interesa la realidad, por eso tu tío se dedica a la ciencia exacta de juzgar: llevar una corbata melón al Palacio para no llevar nunca su sabio culo al calabozo. “Dios me lo bendiga, mi doctor; Dios me lo bendiga, mi doctor”.

— Tienes algo de razón.

— Todo es un beneficio para la empresa ridícula de comprobar a quién le importa un trasero, tu santa expresión imaginada. Según la prueba, según la prueba: antes del

grito es requisito almacenar y transferir: agruparse para dirigir, transmitir el conocimiento del sistema, comprar telas finas, hacer estratificaciones, jerarquías, ser líderes, cigarrillos blancos...

— Para los hombres, ¿y para las mujeres?

— Es mucho más complejo.

— ¿Como un enjambre de bichos feroces? ¿Cuál es el futuro en el que nos ven los santos señores; de qué manera, dime, Chuck, de qué manera?

— ¿Quieres mentiras o señalamientos?

— Chuck... no dejes de ser sincero conmigo, nunca dejes de serlo.

— Gallinitas culeras. Voceras de las niñas grandes, de las más culonas, las aprobadas por los huevos hinchados, primero sofisticadas y luego fanáticas del jipismo, de las pelucas, los baños mal lavados, las gónadas de alguien, jeans apretados; luego, intento de lunática, amante de un buen falo como columna vertebral, sólo de uno; luego, senadora de la República, asesina alternativa, rectora mafiosa de universidad, pensionada de la SS u otras cosas famélicas y añejaditas. Todo eso, en pantallas biológicas y otros *modus operandi* que se comen en la frontera para ustedes las mujeres; sólo para ustedes, las mujeres.

— Chuck, sos un malparido, hijo de puta; estás loquito, loquito, pero, por más que leas, no sabes nada de mujeres, nada, eres tan idiota en eso.

— Nina, lo sabes bien, idiota está el Saxon, y más loco se hace al creer que tú estás enamorada de él. Deberías hablarle.

— No. Claro que no. Me gusta que me piense. Eso me hace más hermosa, ¿no lo notas?

Aunque algunos sacan provecho de su vencimiento, como el tío, el doble doctor J..., que en su soledad fragmentada en la ciudad de Boston, casi a los cincuenta años, bailando música electrónica, electrodance, electrodark, encontró a una mujercita que le cambió su vida, Lolita, un travesti sadomasoquista (lo digo porque, en su apartamento, el doctor tiene fotos enmarcadas donde ella casi siempre lleva pieles de cocodrilo, máscaras de cuero, plumas de dodo, látigos de capitán y un tranquilo escote de seda para engalanar sus senos cicatrizados por la inserción de silicona); Lolita, que le enseñó al tío que había olvidado para siempre su amor en Colombia y que allá en USA él sería capaz de consultarle a los ángeles, que sólo entienden si les

hablan en inglés, por el destino que le ha hecho falta en este país. Al doctor le queda mucha artimaña por delante.

Ahora me encuentro en la fluyente teoría *hexacta* de vestirme sin nada de pasado, de amor, puro flujo, barro en la realidad:

— ¿Cómo debo aparentar mi condición seis veces comprobada?

— Nina, la coja Nina, aprobada seis veces, por mí, por su sangre.

— Me hago dulce por el culo. Me hago muerte por la noche. Me hicieron normal, regular, estudiante, ama de casa, sujeta, fea, mujer y diosa dócil como tu esposa.

— ¡Realismo exacto! Olvida eso y lee a Bunge, ¡lee a Bunge! Tu vida es una película con final moralista. ¿Tiene sentido lo que haces? ¡Normalízate! ¡Empieza por amar la sodomía, mi cojita hermosa!

— ¿Así?, nosotras no sabemos nada; usted no sabe nada.

— Mi coja socrática. Te parece a lo que dice el periódico, aunque sepas que ninguno dice algo diferente a cabecillas narcoquirúrgicas; lo sabe más que nadie,

— Sí, porque usted es crítico, analista, comprobador, concejal, casi pedorro, casi lector, madre postiza; usted es todo para mí.

— ¿Eso cree?

— Sí, usted es todo. Coreografía, ganas de puerco hornado y nada para bajar el mote.

— ¿Mote?

— ¿Y... no sabe qué es el mote?

— No, coméntame.

— Ya sabe, el relámpago clave para demostrar la dominación eclesiástica, neocancerígena o neoliberal: neo, neo, neo, neo-aparición, el apretón de manos, Nixon y Presley, Lennon y el Che, Yoko Ono comprando bigotes de un muerto, Dalí cobra, el ultrahijueputa derechista y el ultrahijueputa izquierdista y el ultrahijueputa del centro, un hoyo trasero hediondo, el del eje que dirige todo, Uribe y más guerra en las Coreas, emociones fuertes, el papa del partido conservador que abraza al marxista de boca negra, la moza y la novia, la Virgen y el dada, el perro maricón y el perro arrecho, el comunismo vaginal y el abolengo unido de los falos.

— Brusco, brusco, Nina, brusco. Mi *family* me heredó este apartacho, los dólares y la camioneta, pero yo soy radical de corazón; a diferencia de los Corrales o los Solano, yo sí me considero protomarxista; así que, así, ven, déjate por atrás, por atrás...

—No, no, no, ¡no, tío!, otra vez no.

— ¿Un abrazo? Sí, guapa.

— Dónde quedó el paraíso de los recuerdos en cumbia y la mentalidad de tener un procedimiento, una garra, un embolse, una tarde. Todo, sí, usted también es todo para mí, doble doctor: la verdad, la migraña, la peste, la ferocidad, el sabio, el duro, todo, todo. Pero ¿qué?, usted sigue normalizando el periódico, dice y aprueba para que todo parezca normal, plantilla, persona, bala, pelota. ¿No se cansa de joder a su sobrina?

— ¡Lee a Bunge, *baby, my baby*, lee a Bunge! No me vengas con esas cosas, lee, *my baby*, lee a Bunge.

Cuarenta minutos después te encuentras en una camilla donando sangre, preparada para tomar yogur por enésima vez.

— ¡Así te saboreo el alma!, coja de mi pueblo... ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

—No me gusta que me trate así.

— ¿Sí? ¿No te gusta, consorte encajada? Toma, bebe algo de ginebra con cerveza, toma, toma.

— ¡No! ¡No me gusta!

El anuncio es diferente a lo que divulga la Iglesia del Séptimo Tercer Día, movimiento apocalíptico donde YA nació el otro nombre de los enésimos, Elohím, Jehová, Yahvé, Craist, los santos culos enésimos, y Buda, el Jazz, Bob Marley, Los Simpsons, el logo de las gaseosas y el logo de la SS. ¡Púdrete de día!, tremendo fiasco, la Biblia para pegarlo, el librito azul de los benditos, el evangelio según la tarde, el cactus hecho espinas, la experimentación poética del patinador, el *skater* del apocalipsis higiénico: “Yo ya no tomo sangre”, “Yo ya no tomo sangrecita”, “Tengo labios”, “Me hice un nuevo culo en el tercer culo”. No, no, no, no. Joaquín, Joaquín, Joshua Josiastés, John. La comunidad del ejército futurista, la comunidad del ultracapitalismo derecho: el temido apocalipsis donde no hay orinales cienciológicos y el ÚNICO intelectual que dice que eso es un timo es Bunge, el eco de la democracia, democracia radical, mata punkera vulva hedionda, democracia en los *piercings*, democracia en la canonización, democracia en los milagros, democracia en las catervas, democracia en las mafias, democracia en los comerciantes, y aun así,

negatividad pasajera. No seas tan boba, no ves que el desgraciado mundo se está muriendo con los pantalones abajo. “¿Cuántas viejas te has comido hasta ahorita en un culo de hombre? ¿Ah, cuántas?” Nada parece lógico si no tiene encima un método, nada parecerá ilustrado si la caca temporal del adefesio dual que siempre caga se queda en el siglo XIII. El baño, el baño, necesito un baño, con la falta de agua potable en la era de las armas bioquímicas. ¿Dónde escuchaste eso? La ilustración se quedó inmutable mientras limpiaba la grasita de los baberos de Pantagruel, el papi, el único que supo en realidad que en el 2012 el mundo no se iba a ver como diarrea destructiva; teología y varios apocalipsis como alimento empresarial, el miedo a que se arruine el mundo inicia la sabiduría frenética de los aparatos de rescate, los garajes se llenan de sectas, de jipis y Mussolinis disecados, de vejetes de cuarenta que se creen niñitos por exceso de taurina en los huevos; manufacturas regionales en el cine, estabilidad y paneles de seguridad.

El posdoctorado en Neurociencia y Tecnologías Sociales de nuestro ilustre tío J. Corrales Solano jamás le sirvió para curarse de las almorranas de seis centímetros a causa del *stress* blenorragico de una que otra metida de veinte centímetros en los bares de Boston y de Zuyexawivo. Se supo luego por ahí (en el Agujero, en los excelsos bares de la frontera, en los pañuelos, en la boca de las mujercitas mitomaníacas, todo se sabe) la última de sus decepciones: lo dejaron la esposa y su hija por aburrido, por faltón, por aguardientero, porque nunca se atrevió a escribirle un poema a su amorzote, porque nunca le dio un beso en público a su hija; esa fue su última sorpresa; de ahí en adelante lograba con lujo (su carro y sus músculos) y con clases particulares de yoga toda la satisfacción personal que las vulvas pueden otorgar. Yoga, vulva, yoga, clase, vulva, todo bien, yoga, estarás bien. Su esposa era una ingeniera bioquímica, con voz todavía de niña, aunque sus arrugas dijeran otra cosa; no aguantó más, estaba huyendo de la castración, se le fue con un entrenador de fútbol infantil en un taxi conducido por un musulmán recién llegado al pueblo; el entrenador también era guitarrista; esa noche, mi tía, la ingeniera, hizo su primer trío; al parecer le gustó porque de inmediato cortó relaciones con toda la familia. Al profe J..., después de eso, le pasaron hepatitis C, pancreatitis regional, boñiga líquida durante años y, hasta ahora, soledad cultivada, extrañezas, misterios y huidas del silencio eternizable, muchachitos discipuloides y leche fermentada extra-endulzada. Ahora, con su hostigante erección, lo tenemos aquí detrás de nosotras, jodiéndonos el cuerpo y el olor; su pene me desagrada, me fastidia, es una ofuscación con la que quisiera acabar.

— ¡Mujer, sáciate de tu cojera!; ¡no sabes nada negro o blanco de mí, sobrinita ignorante! Mujer, ¡sáciate con brandy, toma, bebe brandy con aguardiente!

— Trataba de decir que... decía que...

— ¡Cállate, mi pastusita! Ya te dije que tú no sabes nada, yo soy el doctor, yo soy el sabio; lo que tú haces no es lógico, no es lógico.

— Pero no me diga eso... Ya le dije..., yo no..., yo no...

— ¡Cállate, zorrита! No me vengas a hablar de fantasías estúpidas... eres aparente..., eres convencional..., complicada, pastusita, ¿sabes cómo hacerlo ajustado?... ¿Sabes cómo satisfacer a un hombre?... Bebe, bebe; bebe ron, mucho ron.

— No me diga así, no ve que yo lo quiero..., y yo no...

— ¿Síp? Lo que quieres es esto: ¡toma!, ¡toma!, ¡toma!

— Me besa tan feo como siempre..., y le dije que no..., no me estoy sintiendo bien.

— ¿Nop?... ¿Nop? ¡Muack, muack!...

— ¡Me está lastimando!

Continuamos con la clase de yoga, donde el objetivo es romperte el cráneo. La rutina de dominar el agujero con cosificaciones monetarias es evidente en esta puerca compañía colectiva, Nina Solano; el apellido es un campeón de telenovela en el futuro de la desilusión. ¿Con qué rima mi apellido? *Lacra Punch S.A*, *Velones bobos de hoy* y *Boy Chica X Ltda.*, *Black Evil Cock Inc.*, *Forever Castra Boutique*, *Cabalgatas para la élite*, etc., Solano, Solano... el apellido es el lujo de las perritas de las senadoras, Monita Spears, Lunita Paredes, Cosita Trejo, Sashita Brown, los mejores concentrados y rutinas en salones de belleza animal. Separatistas ilustrados hasta en los caninos. Sectarismos del rechazo. Señoronas que van al Congreso a defender ideales del medioevo, de la Inquisición, del machismo, de los libretistas galardonados, como nuestra mami, Nina, como nuestra mami, a defender sus compañías de gas fosgeno y clínicas privadas.

Las mejores camionetas y el mejor perico. Mujeres con el alma de petróleo, amantes de los carros de lujo, el vodka y el cigarrillo mentolado, uno que otro soplo desde los labios de su querido amiguito y ya, estuvo el sexito con las muchachitas de la lipo. Nina, Nina, ponga atención, sexo y médicos graduados en las universidades más costosas del país transformados en seis años en los más execrables tiranos. Puro lujo, cadenas, anillos, calzoncillos con diamantes, ropa para meditar, carros y muchas, muchas acciones en los cabarets, en los griles, en los putiaderos, en las casitas de viejo romance. Por supuesto, el condón es el protagonista en todo, Nina, en todo: condón de ángel, condón en *roll-on*, condón en polvo, condón en gel, condón virtual.

Fosa se llena de asistentes informáticos, asesores de imagen, profesionales en redes de fibra óptica, dispuestos a cumplir sus sueños: usar condón y luego no volver a usarlo para contraer matrimonio con una mujer blanca, que tenga un apellido propio de España o de la capital de un Estado de USA. Sacerdotes, arrendadores, monjitas, contrabandistas, abogados, profesores evangelizadores y cabrones comunitarios, todos son nuestra familia, Nina, nuestra familia. Otros, analfabetas por gusto, que abandonaron la escuela para desvirgarse en los prostíbulos de la Quinta, ahora alcanzan a dominar barrios enteros, a formar charcos de hechos reales. Todos ellos son nuestros fuertes vecinos. Vecinitos contramarcados.

Aprieta las manos con ligereza; aprieta las manos, una y otra vez. Apártate con la respiración. Recuerda: yoga, yoga, yoga, yoga, yoga, yoga. Te están penetrando y no hay amor, no hay amor, Nina; te penetran, mejor piensa en algo diferente, Nina, en algo diferente.

Olvida el sitio de la caída, la tenencia de un cuerpo de mujer destruido en tus dedos, ya no tienes cuerpo, te lo quitan a cada segundo, con cada gota que sale de tus poros. Nadie puede burlarse de ti. Ingéniate hasta la risa, Nina; hazlo, para que nunca seas la misma. Nina, con nuestro tío hemos aprendido la ética y el amor del cosmos griego. De la gala. De nuestros papitos, de nuestra condenada explotación; hemos aprendido el amor y el odio. ¿Por qué no te muerdes un poco tú misma, qué te queda de odio, qué te queda de amor? Deberías confiar en los cantos que no te atreves a oír. ¡Deficiencia de voltaje! Las clases de yoga impartidas por mi tío, por el santo doctor, en realidad no están funcionando.

— ¡Me duele!

— ¿Sí? ¿Te sufre la piscina? Yop, yop... te estoy cogiendo. ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! Estamos tan emplazados.

— ¿Por qué es así, tío; por qué?

— Porque tú, sólo tú gozas..., ¿nop? Estás más aguada que este aguardiente; toma, bebe, bebe, dame un beso, ¡muack! Bebe, bebe aguardiente.

— ¡¿Por qué es así, doctor?!

— Vamos, deja de quejarte; ya con esta es la milésima vez que te cojo. Así que... ¡toma!

— No..., me está lastimando..., me hace daño..., tío..., tío.

Otro minuto y el dolor no pasa ni con el yoga. Arruina los sueños del que se cree seguro de sí mismo. Trátalo como él te trataría a ti. No dejes que la normalidad en los infiernos se aparte de tu porvenir. Eres una mujer. Nina. Nina. Nina. No deberías dejarte dañar el sexo por las emanaciones y el sudor de ese imbécil. Toma tu vida en serio. Deja de estar asustada. Exaltémonos con el aullido del perro, con la garganta roja de los gallos, con la babosa que anochece en tu jardín, asimismo con el hipnótico murmullo que no existe: el de los dioses hablantes, porque si algo hemos aprehendido de la inducción líquida de los verbos es que la luna desde mucho antes se llama Quilla y nunca se ha necesitado decirlo, y en este umbral, para embriagar a tu enemigo no hacen falta luces, los agujones se encuentran bajo tierra, las no-letras en el abismo, las espinas de las flores, las cuevas del alacrán y las peleas con ortigas. Toros de luz inimaginables que, cuando los veas, te van a hacer impropio, te van a retorcer el intestino. Te van a montar mil y una noches en mitológicas manifestaciones, como dicen los gatos: sin remordimiento, *baby*; sin penitencia, coexistes consciente de lo que pasa ahora mismo, ¿o no? ¿No me entiendes?, ¿cerebro objetivo?

— No me hagas sacarlo...; déjalo ahí, Nina, pastusita, palma, carro..., déjalo ahí..., me vas a reventar el condón..., déjalo ahí..., el condón...

— ¡Ya basta!

— ¿Sí? ¿Estás molesta, sobrinita? Toma, bebe un poco de vodka, es ruso.

— ¡Sí!... ¡Ya basta! ¡Miserable, ya basta!

— Toma, toma; bébete, entonces, este tequila, es mejicano, toma, toma.

Ya entiendes la forma en que te mira, las botellas de trago en frente no lo disimulan, te quiere matar. Mejor vístete y regresa a tu casa; allá nadie te haría esto. Sabes bien que eso no se puede, ya nos rompieron el alma hace años. ¡Nina! Deja de usar tu carne como dolor y belleza. No te dejes violar de esa manera. Dame una mano. Deja de joder. Olvídate de la acreditación, así no se deben cumplir los sueños. Por más generoso que sea ese doctor, no es nadie para explotarte así, ni porque sea familia. Tu sexo tiembla, Nina. Tu sexo se derrumba. Todo empieza a verse feo, Nina. Nina. Piensa en los sueños que preceden a la excitación. Desaparécete.

*Lunática ascendente te transformas
Esta noche única en la mañana
Para tocar tus labios con el sexo
Incorrecto de fresas y bananos solitarios
Sin poder olvidarte*

Huyamos para siempre
Te necesito
Alma mía todos los días
Siempre amiga y escapatoria de los miserables
El adiós de lo certero de tu final
El adiós que se repite en nuestros dedos
En la memoria asustada con tu ausencia
Adiós tan cerca
Te necesito
En besos y dolor
Adiós en cada esquina
Adiós en la pesadilla quemada
Igual y diferente al placer perseguido
Al emblema del insecto y de los años
Ausencias poro a poro
Sin mí inundándote en el orgullo
Tú, deseando la fantasía del sol
Lo saturado y venido como impotencia
Pasión ligera de la luz
En enmudecimientos de las nubes
Otra vez
Te necesito
¿Insolación en la muralla?
Ligera tardanza de mi corazón
Bestia y flor de mis días
Otra vez
Te necesito
Aunque no te necesite en nada

— Al quedarnos sin nervios, sin poder ver nada más que lágrimas anidadas por buitres. — ¿Ese era el poema que hizo Chuck para nosotras? ¿Lo puedes recordar completo? ¿Por qué lo dices ahora? ¿Nina, no puedes estar contigo misma sin sufrir? No será mejor salirse del llanto en medio de las frutas dulces que nos falta probar, en sonrisas; ¿por qué no te imaginas un melocotón, te has comido alguno? A diferencia de las frutas, ese hombre no te gusta. Tiene las piernas cortas, olor a cigarrillo, huele mal, tiene partículas de putiadero en su nariz, mal aliento, mal aliento, alma descompuesta, pelos en el alma y el moco que le llega hasta el bigote, moco y bigote de ayer. Nina, no te alborotes. Mantente en calma, en este abrazo con nadie, con nadie, Nina, con nadie, con las señales de las guerras, con lo que no dijeron miles de veces cuando dormías: amor; en su lugar decían: “La duda de haber venido, sexo solamente”, “Estás tan buena..., dejemos los bluyinazos”, “Hay que insistir, me lo tiene que dar..., tercera borrachera”, “Eso, así es, así es..., tu primera cogida”; todo eso te llevó a esto; no, no es cierto; fue nuestro deseo, nuestra curiosidad. No llores

el sufrimiento a tus agujeros, nunca lo hagas, Nina; la gracia de interpretar una canción para la gente desilusionada, ¿te acuerdas, Nina? ¿Nuestra primera cirugía, nuestra primera cirugía? Fue para quitarnos la mancha roja de espinillas que nos cubría toda la cara. Narizona y con acné vulgar; mala suerte que se recompensa con el cuerpo, una cintura pequeña, piernas largas, glúteos grandes y senos firmes.

La primera cirugía fue costosa. Casi doce millones para la señora Silvana Brooks, especialista en cirugía estética, nigromante y adicta a las ceremonias pagadas de yagé; ¿te acuerdas, Nina, el pedazo de bejuco que tenía colgando en su oficina? Tan irónico, ahí supimos cómo era el bejuco, en una clínica estética, tenía un color viejo, ¿te acuerdas, Nina?, el bejuco ya no olía a tierra, olía a clínica, a pisos limpios, a desinfectante, al blanco de hospital. ¿Te acuerdas, Nina?, la doctora Silvana Brooks, hermosa señora, a pesar de estar rodeada de cosas que parecían de sanatorio, escalpelos, batas, anestésicos, gasas, pagos, libros en inglés, costosos, libros con imágenes de senos, nalgas e implantes, antes y después, bisturís de colores, a pesar de todas esas cosas, siempre la acompañaba el aroma a iniciado, creo que a brujita de la SS.

NueveesenciadelosAndesyuna + pachulí + ambildeguaico + fluidoderrositas + montecortado + nochedesalivaguardada.

Encantadora señora, trasero postizo y fe selvática. La doctora Brooks, dueña de toda una clínica, siempre tenía tras cada palabra una sonrisa; su cabello rubio hasta la cadera redonda, santa y salvaje, hablaba de una herencia nórdica superpuesta a los enormes senos que aumentaban la voluptuosidad de su presencia. Fue mera conexión, mera suerte. Le vimos los formidables senos, ¿te acuerdas, Nina?, se los vimos al desnudo en una noche ceremonial. Senos en el viaje, ¡qué senos! Ni siquiera nos dimos cuenta de que se trataba de ella, creíamos que era una montaña que había venido con las tetas al aire.

Tres totumitas de yagé, música, palabras, silencios, caminos, sendas, orificios, cerros, vomitaditas, flores, insectos y allí estaba ella, desnuda, sentada viendo hacia los eucaliptos que sonaban como un ruidoso río, como una tranquila laguna, como zorros o escorpiones que caminaban por las estrellas; sentada en un charquito oscuro, desnuda entre el viento de los altos árboles, la belleza de la doctora era una pera de arena sagrada entre las dunas del desierto de la oscuridad de árboles y sombras; la luminiscencia de su piel, entre tanta oscuridad serena, entre tanta alucinación y náusea del viaje, no podía detener el morbo saliente (intenso) de los ojos en forma de espiral cromática y tortugas, ¿te acuerdas, Nina; te acuerdas?; sus senos eran como una serranía, eran monstruos anaranjados rabiosos y cubiertos por oscilantes

apariciones blancas, brillaban, eran pura luz en el éxtasis básico de un viaje como la telaraña; las tortugas caminaban despacio con nosotras, pequeñas tortuguitas se desplazaban hacia el punto ciego de nuestra alma; caminábamos despacio, despacio, Nina, despacito, dejando huellas en los planetas espías, que nos miraban desde la cima de los árboles en sombra, planetas en forma de monitos con lanzas en espiral que brincaban sobre los eucaliptos negros.

Luego, tras un pequeño lapso de virilidad alucinada, llegó el ayudante del taita (el iniciado, el sagrado, el hermano mayor del Vaho del Aire) a pararse en el desierto y echar sahumerio con rezos neo-cristianos; en seguida dañó todo el color, ¿te acuerdas, Nina? Se embobó un ratico en rezos tratando de disimular el brillo de los senos de la doctora; llevó la mata de viento y todo; echó sahumerio y continuó cantando el “Padrenuestro” desde un caballito de mar. Cuando se acercó a la tierra negra, unas tortugas de caparazón tatuado con triangulaciones ignotas salieron de unos huequitos y empezaron a morder el espacio, la sombra y el rostro del santo iniciado. ¿Te acuerdas, Nina?, el infeliz no sentía las mordidas, ni las mordiditas, pero con cada mordisqueo sangraba, como que algo sintió y, entonces, le puso su ruana a la doctora, que tenía los ojos cerrados en las longitudes de su núcleo.

El iniciado, el bendito de la ceremonia, se ensalivaba los labios sedientos, trataba de limpiarse, pero se esparcían por toda su cara los sudores rojos que fluían desde sus ojos y desde los huequitos que le dejaban las mordidas de las tortugas.

Las tortugas más grandes y las otras tortuguitas empezaron a morder de nuevo la cara negra y sudada del ayudante bendito; entonces, el discípulo, el iniciado, resplandeciente de sudor, empezó a hablar de una extraña moral, contra nosotras, ¿te acuerdas, Nina?; parece como si de nuevo no sintiera las mordidas de las tortugas, tenía una expresión triste y holgazana; nos decía en tono baboso: “La salvación está en el sagrado remedio”, “El sagrado remedio, el sagrado remedio, el sagrado remedio, remedio, remedio, remedio”; se limpiaba las babas para decirnos: “Sólo en el remedio, ahí salvarán su espíritu”, como si nosotras fuéramos las malas, ¿te acuerdas, Nina?; “Para eso deben dejar de escuchar esa música, no escuchen esa música; deben dejar de pintarse las uñas de negro; esa música no sirve para nada; usted es muy bonita, yo la conozco de antes; usted me gusta mucho, debe ser el ejemplo para las mujeres, es tan bonita, debe curarse con el remedio; cuando entró, yo miré sobre usted demonios de doble cabeza, demonios malos, malos; ¡tiene que salvarse!”, toda esa *shit* nos decía mientras las tortugas lo seguían mordiendo; otras babas secadas a la fuerza con el brazo, y siguió: “Yo me acuerdo de usted, usted es tan bonita, tan bonita, tiene toda la belleza de la exprovincia; yo puedo guiarla con el remedio, yo puedo enseñarle el camino del sagrado remedio, remedio, remedio, remedio”. ¡Como

si nosotras fuéramos las únicas enfermas!, ¿te acuerdas, Nina? El iniciado acariciaba nuestras manos con intención de algo preparado fuera, al otro lado de la experiencia del bejuco, en completo sudor, goteando rojo hasta el suelo; de repente, en un acercamiento suyo o en un descuido nuestro, el iniciado trató de darnos un beso en la boca. ¡No! Nina, ¿te acuerdas?, con sus labios sudados de rojo, de angustia, boca de gusano disfrazada de *otra* salvación. Nina, Nina, ¿lo recuerdas?, náusea alterna desde el alma, chispitas de náusea en la cara del iniciado, del elegido.

Luego del vómito, le dimos un puño bien dado en toda su salada y salvada cara de espíritu comestible. ¿Te acuerdas, Nina? Un puño en la cara para parar la jodedera. Un puño en la nariz de la salvación. No hay nada peor que un hombre que se cree santo, que está iniciado en un culto y vive arrecho, con enormes cantidades de semen y esa clase de salvación guardada.

Estábamos entre los destellos de un lugar de nubes indeseadas por el viento, era excepcional para probarte a ti misma, tuvimos la fuerza y la voluntad, creo que eso fue la enseñanza del bejuco, entonces, se abasteca la complacencia y la fantasía de sentirse poderosa, lagartija de dos cabezas, lobo níveo, el último jaguar sin niebla y sin montaña. Todo fue como debía ser.

Mientras la doctora Silvana, ya tapaditos sus senos, bailaba el Padrenuestro cantado, como si estuviera en trance, el elegido nos decía: “Nunca tendrá otra oportunidad de salvarse, señorita grosera; el remedio ya no estará para usted, ya no habrá remedio para usted”, terminó por decir el iniciado, el predestinado, tan parecido a una lombriz sudadita.

— Eso, así, calladita, gozando, sin hablar, así, así...

— No..., deténgase..., ya..., no.... — Y el día que piensas que ya todo terminó, te das cuenta que el resto aún está por venir. — ¿Te acuerdas, Nina? ¡No vayas a llorar! Oye, mejor recuerda la peste de nuestra familia, mujeres honradas, hijas, hermanas, madres amadas, fervientes en el culto, comisionadas siempre de caridad para el GO y la SS. Cabello y extensiones de otros lugares encima de nosotros. Dayana, la mayor, se fue a Santa Marta, a la casa de su novio; mi papi la echó de la casa porque quedó embarazada a los trece, ¡primera vez y listo! Los hombres simples no aguantan más de la primera vez. Allá perdió el bebé en una clásica acción de muerte, sólo repetida en este país: una bala perdida. No, eso no deberías recordarlo; no, eso no, Nina, eso no. Mejor piensa que Dayana ya es toda una abogada. Mujer dura.

Y nosotras... de eso que no se diga nada, somos repulsivas. Piensa mejor en Verónica, nuestra hermanita, que quedó embarazada a los veinte, cuando estudiaba

Cine y Comunicación Social en el Claustro de la Capital. Mucho perico, mucho sexo con adolescentes, a los diez y ocho rehabilitación, a los diez y nueve más perico. Dinero, perico, dinero, doce millones para rehabilitarla; ¿te acuerdas?, eso lo aprendió de nosotras, mami, papi, dinero, perico, inhalación, tranquila, mami, tranquilo, papi. No más, hasta que se preñó de amor mientras inhalaba cocaína antioqueña. ¡Qué suerte! Mujer bendita. Con ella aprendimos la complementariedad del colesterol: “Estoy muy rechoncha; no, falta otro poco, vamos a inhalar un poco más”. Perico. “¿Estoy hinchada? NO, te falta inhalar un poco más.” Perico, la última vez. ¿Te acuerdas, Nina? Lo dejamos atrás yendo a los mejores restaurantes y teniendo sexo con hombres mayores, ya solitas, sin amigas ni amiguitas. De treinta y tres para arriba. Los señores ni cuenta se daban que habíamos estado en el CETRES en rehabilitación. Sexo adulto. Fiebre de juventud. Dolor, pastillitas y fuerza. “Cuidarse requiere fuerza”. Cuerpo hermoso y reproducción de cuerpitos musculosos, ¡qué rico, Nina; qué rico!

“Vamos al cubo de acondicionamiento”. “Le diré que me gaste una chaqueta y unas zapatillas”. Sexo adulto. No aguanté los falos allá, en tanta sanidad. Mi hermana salía con dos señores al mismo tiempo, uno de cuarenta y uno, y otro de treinta y nueve. Me los cogí. Tal vez, por eso dejamos de hablar con Vero por casi tres años.

Ahora, nuestra sobrina, Luz Sarita, es muy linda, no se parece en nada a Verónica ni a los viejos de sus padres, pero nos preocupa la mala educación de esos viejos hacia la niña: mi hermana la divierte regañando a su bebé. ¿Niños pariendo niños? Ese es el destino para nosotras, Nina; que no se te olvide eso. ¿Recuerdas? A veces, la niña nos llama en lágrimas y me dice que le pegaron, que ninguno de sus papás llega a la casa y que la mamá está con el señor del arriendo gritando en el cuarto; que antes de entrar al cuarto, mi hermana le pega cinco con la correa y dos con la hebilla, que le pegó en la colita y en la espalda; que el señor del arriendo se fue y la mamá está tomando otra vez, sin ropa, encerrada en el cuarto; que un papito llegó y ahora está pegándole a la mamá. ¿Niños pariendo niños?

Nina... ¿todavía me escuchas? ¿Estás bien? Ese hombre es feo; sí, tiene dólares, pero sólo es eso, dólares, nada para nosotras. Necesita un exorcismo sumerio. ¿No lo crees, Nina? Sabes que, con todo lo que hace, él quiere matarte; que su familia lo está esperando en casa, tu prima, tu tía, incluso su otra amante; sabes que se acostó con nuestra amiga, con Sandi, los vimos hacerlo, nos obligó a verlo cómo se lo hacía, cómo humillaba a Sandi una y otra vez frente a nuestra mirada, la maltrató como a nosotras; estás al corriente que incluso tú, la última vez, no pudiste moverte con tranquilidad. No eras tú, no eras nadie; quedaste deshecha, odiada, espantada, aborrecida de ti misma; te dejaron sola y enferma. Ni siquiera juntas pudimos

caminar sin quejarnos. No está bien; Nina, sabes que no está bien que sigas haciendo el amor con ese señor; él no merece tu cuerpo, tus suspiros, ni tus lágrimas. ¿Por qué lo haces? Sabes que todos los mensajes apuntan a eso, voces dóciles y entrepiernas reforzadas.

Pensábamos que nuestro pronóstico era la recuperación; lo pensábamos con Dios, con el apoyo de amigos y miembros de muchos GO: GO santos misericordiosos, GO milagros médicos, GO arcangélicos, GO mundo material, GO gnóstico, GO escolares, GO milagroso de Buga, GO santo pecado, GO fuego eterno, GO asamblea divina, GO importantísimos, GO enrojecimiento, GO picazón, GO prurito, GO rasquiña, GO, un leve pero incómodo flujo blanco entendido como frescura que le sonríe a la vida. “Entrenamiento de pantorrilla”. “Importante tener los bíceps firmes, sin flacidez, para que nada te afecte, bíceps firmes”. “Devoción y abdominales”. Sexo adulto. “Glúteos y sin preguntas; soy el mejor, soy el mejor trasero del mundo”, entrena, entrena, entrena. A dónde vamos: de nuevo el ideal griego... *Narcisos gym...* el mejor trasero del mundo.

Nina, estamos en un mundo donde nos implantan cosas hasta en el culo, queramos o no; las lobotomías todavía se descubren en nosotras, denuncia a quienes no se lavan los dientes, pago obligado a las empresas de salud. Implantes, labios, agrandamientos, encogimientos, reducciones, ensanchamientos, organizaciones, suturas, cicatrices, correcciones, aberturas, bisturíes, anestésicos, líquidos, sueros, sangres, inflaciones, escalpelos, reajustes, rebajas, cosidos, uniones, salvaciones, espejos, marcas, ¡hasta remedios!, estar bien, sentirse bien, vivir bien, hacerlo bien. A la mierda el bien. Zona de rebajas en las cirugías. Clínicas en abundancia, “implantes mamarios y pectorales con el 50% de descuento”, “reducción de maxilares y blanqueamiento de dientes con el 30% de descuento”, “sólo por hoy, 60% de descuento en aumento de cola y busto”.

¿Qué hacen tantas clínicas en las esquinas? ¿Y la doctora Silvana? ¿Cosas de la cultura? No me atrevo a afirmarlo, la cultura subdesarrollada. Aumentan y vienen europeos y norteamericanos sofisticados, llegan rojitos y monitos, con gafas oscuras, camisas polo rosadas, shorts, mal aliento y pecueca, a acompañar a sus mujeres a las promociones o, en un buen porcentaje, vienen sin ninguna duda moral a alargarse el pene, a ensanchárselo, a agrandarlo o a cambiarle de color, a depilarlo, a infertilizarlo por diez años, subdesarrollo en oferta. Y vienen los norteamericanos a incrementar la demanda; vienen incluso afroamericanos y famosos raperos. Excelente propiedad quirúrgica de la evolución. “*Hey, men, are you there?, this is a fucking city, is great, is cool, is a fucking city*”. Parece un villancico. Y vienen... pero hay que tomar la situación en serio. Estamos siendo explotadas por el sexo: explotación, explotar,

explosivo, descargue, estalle sensacional. Pero duele, duele como un abandono, duele como la familia, duele como el tío que está...

— ¿Ya te calmaste, encantadora cojita de mis males... ya te calmaste?... Ven, amémonos otro rato; toma, bebe algo de vino; dejemos la cólera para otro Hollywood, ¿síp? Venga mi materia de cabello rojo, toma algo de güisqui.

— Viejo cerdo...

— No me vayas a decir que no te gustó... ¡Muack, muack!... si llevamos más de unas horas... si yo fuera el de la culpa, hace tiempos que te hubieras ofendido...

— ¡No me jodas, viejo *fool*!. Me voy.

— Usted no se va a ningún lado, pastusita.

— ¡Suélteme! ¡Suélteme, viejo cerdo!

— ¡Ja, ja,ja, ja, ja!... crees que me vas a dejar así... ¡Ja, ja, ja, ja, ja!...

— Ya no aguantamos, estamos demasiado agotadas.

Nos conocimos más a fondo en la *web*. Lo virtual era nuestro “diálogo”. Desde lo virtual me ayudó a realizar unos trabajos de la academia de muy buena manera. Cordial, respetuoso, considerado, cortés, como era siempre en sus clases. “J. Corrales”, escribió con marcador rojo en su primera cátedra.

— Pero, ustedes, queridos estudiantes, díganme, doctor Corrales.

Fue una maldición, clases con nuestro tío; en realidad, fue lo peor. Las molestias no se tuvieron en cuenta, las diferencias de opinión, los señalamientos, incluso las tortuosas lecturas de los Códigos civiles y penales durante ocho horas seguidas, no eran una molestia que agravar. Éramos casi sus aprendices anónimos. Nunca nos llamaba por el nombre; nos felicitaba, con una magia incontenible desde su panza, desde la coagulada porción grasienta de su esférica criminalidad. Dos años después nos contactamos por *chat*. Era un caballero en todo el sentido de la palabra; sobre todo detallista y con buen sentido del humor. Bromeamos, hicimos comentarios sobre la familia, sobre nuestra tía, sobre la realidad del país, sobre la economía, sobre *reggae* y música electrónica; hacíamos muchas bromas, tenía una capacidad incomparable para hacer chistes; “cachos”, como él decía.

Así, nos encontrábamos todos los lunes a las diez de la noche en el *chat*; en un principio no creía que el tío nos estuviera molestando; no, no a mí, su sobrina, su

familiar y una estudiante del común. No, no lo creía. Pronto, una noche de febrero, salimos al *Future Z pub* (un *pub* en el pueblo; imagina, Nina, un *pub*, ¡un *pub*!, Nina, ¡un *pub*!, un bicho producido por las excavaciones calientes de la élite inglesa en un pueblito de batallones y aguardiente, sacudido en las montañas sublimes, sí, nevadas, rocosas, templos del colibrí, y también en los Andes, un *pub*, un maldito *pub*, Nina, un *pub* andino: animalejo importado, elitismo entre campesinos, un campesino lleno de billetes que bebe cerveza importada, otro campesino sin billetes carga bultos de papa, todo pasa frente a frente, la derrota como novedad, la derrota, Nina); perdón por distraerte, Nina, pero sí, fue una cena inolvidable en ese puta *pub*; la comida afrodisiaca, la carne fresca y los tragos más caros:

— El mejor vino para una mujer tan divina, sólo el mejor vino para la mujer más guapa de Fosa — dijo él.

Me puse la falda del grado para verme nefasta, para provocar; las zapatillas de tacos altos, labial tenue, los rastros de la pestañina barata y perfume italiano de la bisabuela.

— Estás muy guapa — me decía, perseverante.

En ese momento, no me importaba lo que el doctor asumiera como su vida; era un caballero, expandía en aires de colonia los silencios incógnitos que me importaban. Al escuchar *reggae* en español:

— El “regecito”—, decía él, — ¡qué bello el “regé”, preciosa, tan hermoso como tú.

Luego de salir del animalejo importado, me llevó en su camioneta blindada hasta el Matadero Distante de la calle principal; todo era bello, era tenue, subliminal, estaba un poquito tomada. Parábamos siempre en rojo y jamás arrancaba en amarillo, daba paso a otros carros y no aceleraba demasiado. Allí, en el Matadero Distante, listo, Nina, listo, en el batallón, ni más ni menos, nos hizo conocer un Apache por dentro, incluso nos dejó encenderlo; era enorme, negro, con armas a los lados; cuando se encendieron, las hélices agitaban las hojas que estaban en el suelo para formar remolinos que hacían palpitar de sangre y deseo nuestro corazón enjaulado en el Apache; se elevó un poquito, pero se elevó; el ruido del motor era incomparable; antes nos habíamos puesto los cascos, junto con el sistema de radio-transmisión; por allí me dijo:

— Estás divina, eres la mujer más guapa de todo el continente; como quisiera que fuéramos más que familia, más que amigos —. Risa mentolada, cancionero de algodón melancólico. Con la excitación que me produjo escuchar el motor, tuve que

darle un beso; fue un beso interesante; la verdad, fue un beso interesante. Hacía un año y dos meses que nada de nada; nos excitamos apenas logró mojar nuestros labios con su semi-áspera lengua, tal vez porque fumaba “desde los once”, como me dijo en el *pub*, mientras fumaba el mejor cigarrillo de la importadora...

— El vino es puro deseo —. El beso fue igual, logró encender la pasión que guardamos por tantos días. El detalle era lo que importaba; además, aquí en Fosa, ¿quién te lleva a encender un Apache? Nadie. El detalle puede ser importante; es la puerta segura a la noche de la dualidad. Mientras las hélices se detenían, me dijo:

— Quiero estar esta noche contigo, hermosa; Nina, hermosa.

No tuve más alternativa que corresponderle esa misma noche. Me lo hizo de inmediato, me lo hizo todo: el vino tinto, el detalle, los mariscos peruanos, el deseo reprimido, su cortesía, todo confabuló; con su estrategia, quizás, para que en la primera cita pudiera tenernos como mujer y que le entregáramos nuestro deseo desnudo, nuestro cuerpo todavía tierno. Antes, sólo habíamos hecho el amor un par de veces; él, a lo mejor, miles de veces. ¿Te acuerdas, Nina, te acuerdas? Ahí, en el piso del Apache, con un movimiento imperceptible para mí, el doctor Corrales bajó su mano por tu vientre y tocó tu sexo húmedo con su dedo. Nos asustamos un poco.

— Lo siento —, le dijiste.

— No hay problema, princesa.

Estabas, en realidad, muy mojada; me percaté de eso en el momento en que tenía todo su dedo dentro de ti y trataba de introducir un segundo dedo; te besaba con euforia; de inmediato te mostró su miembro enrojecido, que dirigió hasta nuestra boca, ¿recuerdas, Nina?; con algo de miedo, pero, invadida por el deseo de sentir un cuerpo de verdadero caballero, lo besaste. En él sentiste el calor único del sexo de un hombre, el olor que nunca antes se había expuesto a nuestra curiosidad tan de cerca. Tratabas de ser delicada con tu boca, pero el doctor trataba de ser lo contrario, lo introducía todo, hasta hacer que te dieran náuseas. Era extraño; te sentías indefensa, desnuda y excitada en un batallón (o matadero; en realidad, no sé de qué se trataba: ¿tú lo sabías, Nina?). Una ironía relativa. Un blanco impreciso se nos insertaba en el alma, un miedo en la parte baja de los muslos; el temor de tus manos, de tus labios desordenados hacia afuera. “Me va a hacer llorar”, pensábamos.

Cosas feas: la loquera del cuerpo que no ha recibido amor, los maniáticos que se relajan sobre la tierra, gasolina, bestias con ojos de nubes, nubarrones rojos, como en esas películas de escritores que se silencian entre fracciones de medusas y cangrejos

calientes. El artista inmoral que cambia la rutina de su vida para tener su primer beso. Nos procuró asco, pero nos gustó; saliva sin paz, humillación; sabemos que dar un beso es humillarnos; aun así, lo hacemos, es el instinto del asco; varias cervezas y el alma baja con la orina como vigilancia en la puerta del baño. En ese instante nos reconocimos como la desgracia altanera de las hijas de la náusea, como hermanas de todas y de todos. Una sola boca; con nuestra boca inoculada de sedimentos blancos y micro-conductas móviles, nos dilapidamos como objetillos del teorema ADOCTRINAMEPORFAVOR. No sabíamos dar un beso allá. ¿Sabes dar un beso allá, Nina? Tal vez; tengo el alma en la punta de la violenta oportunidad, lejos, expuesta en la tramposa lámpara y en la migaja del daño.

Estamos en la era del orgullo mutante, la apariencia de la exactitud y la vanidad comestible. La era del Mayor Eunuco.

— ¿Y tú, Nina, respóndeme, sí sabes besar? — Porque él sí que sabía besar; era una despreocupación con dientes, lengua, vanidad, lo mejor del batallón o del Matadero. Los vínculos entre nosotros se hundían con la ropa hacia el suelo; podía ver a las mujeres, antiguas caminantes, llegaban ahí, remaban, nadaban, trataban de cruzar la función de los flujos. El día duerme empañado en la ventana. No necesitamos ayuda. Lo hicimos. Promesas inválidas; cojas, impedidas de volver a repetirse; la satisfacción del tiempo, luego el inconforme olvido. Peligro del irresistible cuerpo desnudo a punto de reconocerse como otro, como una fuerza de la vida atenta sólo a amarte y a olvidarte en la inclemente fatiga. Deceso enternecido en cercanías volcánicas, la tarde, algunas lágrimas.

La colonia esparcida en el cuello de nuestro tío aromatizaba los vellos de su pecho, me picaba, me aturdía en la fantasía, rayos en mi boca, me ardía, maripositas me quemaban, lubricadas en sudor. Trataba de apartarme con sutileza, aunque fue predecible. El doctor nos besaba para accionar en mediáticas convulsiones el cañón de su violenta pasión:

— Princesa, eres hermosa; princesa, eres toda amor.

Mi oscuridad no lo resiste; nos abalanzamos piel a piel, en un beso largo, apasionado; de improviso, él hace un movimiento de ñoño asustado, seca sus babas con su antebrazo, se muerde el labio inferior, pone mi cadera de lado y me penetra rápido con su miembro, lo hace incontables veces, una y otra vez dentro de mí con rudeza; sus labios se deslizan por mi brazo hasta mi hombro; luego, como caído del cielo como lluvia ácida, me obliga a besarle las axilas. Las axilas, alcalinos reflejos del oscuro refugio del sudor, ¡qué especie de goce estaría acostumbrado a sentir el doctor!, la rareza de los vellos del cuerpo. Su sobaco triste, peludo, aromatizado de

colonia, traspasado de sudor, era la muestra pluviosa del éxtasis y del desenfreno. Los pelos absorbidos en el sudor se establecen en mi gusto para provocarme un gemido de incertidumbre. Mi nariz se estremece, la mano del doctor me estruja desde mi nuca para postrar todo mi olfato y mis labios en su zona axilar; vellos y sudor a la vista, como enemigos. Trato de pensar en algo que disimule la condición del éxtasis en piezas: una guitarra; algo, por favor. ¡Una guitarra, por favor! Las tarántulas se nos vienen encima, sudadas, interesadas en el cuerpo y en lo que dices sudar como alma. Las partículas del desprecio. ¡Tarántulas, tarántulas, tarántulas!...

La primera vez lo dice todo: si algo huele mal, olerá así para siempre; esas son las reglas ilegales del sexo. ¿Reglas?, una escatología para andar con piñas enormes en los bolsillos, ¿piñas?

Broken heroes: la canción no se acerca a la idea fresca que es capaz de mostrar su culo desnudo en un Apache militar. Mejor, corre, corre, que el infierno se acerca. Trasero triple. No te dejes engañar por el soleado día, todo transcurre y cambia, nada es preciso, la noche es inhumana, el amanecer es temible, sólo los héroes mueren ahí; tienes que ser más que eso, tienes que ser colmillos, Nina, tienes que ser garras, tienes que ser alas, plumas, aire, Nina, tienes que ser aire, árbol, hojas en el aire, cazadora, ¿o carroñera? Nina, mira que eres un ave con colmillos. Muérdelo, acéchalos, cástralo, vuélvelo a morder. No comas basura, no te dejes meter basuras. Jode a la infección; Nina, jode a la infección. No dejes que siga actuando, ¡cástralo, Nina; cástralo! Rebota de furia; Nina, pregúntate hasta cuándo, hasta cuándo, *Broken heroes*, hasta cuándo nos romperán el alma, Nina. Hasta cuándo. Levanta las gotas al cielo, míralo, atrás de la noche y el dolor; existe el azul, más cielos azules profundos vanagloriados de azul celeste, Nina, más cielos azules. Atrévete a mostrar el color a tus ojos, deshazte del oscuro complemento de la materia, del sexo-detalle, de la importancia, del régimen, del autismo, del entrenamiento; Nina, la disciplina nos está haciendo daño, ahorita mismo, ¿no lo ves, Nina, no lo sientes?, no ves que nos está haciendo sudar el alma, el poco cuerpo que nos queda... nos está metiendo el sexo en el cerebro, Nina; nos está ayudando a morir esbeltas, estrellas, hermosas; Nina, estamos en el régimen de la autodocilidad y el doctor nos inhuma el falo y nos infecta de exactitud, Nina... el devenir en los músculos serán los gusanos... ¡Lo dirá el tiempo!, los gusanos, la muerte, el entrenamiento, la estupidez de haber perdido el tiempo...

— ¿Usted me fascina, Nina? ¿Sí? Deme un beso, ¡muack, muack!

— Ya estoy cansada... estoy cansada de que hable así...

Nunca es tarde, Nina; aún podemos caminar sin rastro por el granizo, pisar las tristes rocas del cielo sin que nadie nos siga. El secreto de nuestra edad es que podemos

ocultar las lágrimas en la belleza sin ninguna clase de entrenamiento. Asesinemos con fuego el remordimiento que nos incendia el mañana; mañana no podremos recordar, no queremos recordar. ¿Qué importa que seas una especie de intelectual gloriosa que después se hizo guerrera? Antes: “No, no puedo salir, estoy estudiando”; ahora: “Es viernes, ¿quién bebe?”; y ahorita: “Vamos al cubo de acondicionamiento, tomemos sólo agua”.

Nina, Nina, busca la entonación para girar el mundo; estamos vueltas *shit*, el recuerdo de lo que está pendiente todavía, lo que quisieras recordar hasta en tus huesos, el amanecer, la niebla, la ciudad dormida, los perritos salvajes, el cóndor y las águilas que nunca viste; las alas, Nina, las alas y el árbol, Nina, los recuerdos ansiados para sentir hasta en los huesos.

Mátate con el fuego rezagado en el impedimento de quemarte viva; recuerda lo inexcusable, el deseo; desea el recuerdo querido y ausente, los cantos, las fiestas, las piernas que corren, los saltos, las caídas, los pasos alrededor del mundo, las estrellas derrumbadas, las risas del rocanrol, el fuego, las sombras en colores, los pueblitos en el verde, las montañas, Nina, las montañas, las imágenes vivas en batalla, nunca con aspiración de morir, el canto, los cantos de las montañas, lo que quieres ver, el anhelo de recordar, la vida, Nina, la música y la vida. Atestigua con tus lágrimas cómo pelean las nubes contra la realidad; es la tristeza del cielo, la tristeza de los animales, nuestra tristeza en incesante contienda allá en las nubes, las nubes del día, las nubes de la noche. Nuestro cielo, nuestras nubes, nuestra tristeza, es lo único propio y en común, la nación de nubes de tristeza.

Una gota de sangre se te sale del corazón, la ves que resbala por tu piel hasta tu sexo, por el trigo, por la papa, por el río, en una tacita existe un río de papas; ahí te das cuenta del lugar de la tierra, el camino rojo está siempre en el Sur, en la batalla de las nubes, en las imágenes celestes, inundadas, locas e ilusionadas en los huecos de un colibrí violeta. (Me estoy dando por vencida, me duele, me duele mucho estar así). Por acá no existen los cuervos.

Las aves negras tienen picos anaranjados. Oscuridad enfrentada con el hilo de la lluvia en la madrugada. Ojo de otro ensoñador de la voluntad enlagunada, ojo anaranjado con la razón del amor en cada pluma. La despedida. La omnipotencia, el cielo cubierto de lengua y reptiles trepadores. El cuervo está muy lejos del chihuaco. Las emanaciones de la perversión siempre serán distintas entre tantas combinaciones de corazones.

El sufrimiento no es igual que la tristeza, el primero exprime la garganta porque quiere, es independiente de los gritos que lo provocan, un visitante permanente, a

veces como insomnio o pesadillas, desaparición y retorno de las raspaduras. La tristeza es el vacío de todo lo conocido, la reconstrucción de un sí mismo cuando nunca se encuentra; nadie está en esa frontera sin cabeza, ni siquiera la incomunicación; en ese lugar sólo existen nubes. El abandono de las palabras, el momento para empezar a vivir, para no quedarse quieta en los agujeros de la simple soledad; es el salto, el salto a la casa incendiada, al llanto inoportuno, encima de nada, debajo de la única tierra, muriendo en transparencias desconocidas, ¿sutil se viene el incendio? No lo desees en tantas noches, espera a la luna creciente. Desea la luna creciente.

Llega y vuelve a desaparecer en el sonido brillante de los saltos hacia el amor de ojos tristes. ¿Serán los ojos tristes siempre del amor? Atrás de ti, las piedras te dicen adiós, te susurran mientras aparece la luna: *No more pain!* ¡No más dolor! No más corazones destilados, no más libertades suprimidas, no más cuerpos autoindulgentes, palabras sin destino, palabras sin oyentes.

El breve desayuno de los diablos siempre es de mujercitas desprevenidas. Y los diablos tienen cara de *hippie*, de sabio, de libertario, de héroe. Sexo, rico, picazón. Amoxicilina, jugo de caléndula, Amoxicilina, picazón. El mejor caballero, el mejor músculo, sexo, Amoxicilina, picazón. Fuera de todo esto, los niños esperan a su madre, ella trabaja hasta la madrugada, siete mil pesos por hora, la madre se auxilia con las guitarras de antaño, las penas humanas usurpadas y recobradas en un posible paraíso, donde ella y sus hijos puedan patearle el culo a los giles que no le pagan por su trabajo. La leche sube todos los días, el pan cada día más pequeño. ¿Cuánto pagas por el agua? ¿Cuánto pagas por la vida? ¡Qué dulce frescor!, ¿verdad, frescor?

No. Sucede que el amor se afirma en aspectos desiguales. Como en la gran inversión de una nueva hectárea de tierra para alimento de ganado y en la mínima inversión de una correteada para robarse un cuchillo y así proseguir con las corridas.

En las sonrisas de los soles bajo rostros sin egoísmo, en la súplica mortal, bebida etérea de los animales, dar un beso sincero, lamer con delicadeza el rostro que se descompone en el corazón, a veces se alista en la maleta para viajes, un maquillaje para pasar desapercibido en las primeras flores o a través de una convulsión cualquiera. La tierra es de nadie, no tiene dueño, y aquí los pocos patrones de la tierra trabajan para conseguir maquinaria.

— No somos más que criminales para esta ciudad; siempre seremos un rechazado o un anuncio de sonrisas pueriles. Como dijo una vez un viejo amigo: ¡Suerte, doctor, suerte para siempre!

— ¿Qué estás tratando de decir?; Nina, ¿me vas a dejar así de excitado?

— Siempre he estado sin usted; siempre me las he arreglado para creer que usted es un espanto, una infección, un virus, una propaganda.

— Nina... ¿me vas a dejar entonces así?... ¿Síp?

— No, doctor J...; le estoy amargando la vida un poco... usted mismo me enseñó: Si dejas al amante, ojalá sea a las malas, ojalá sea sin alma.

—Nina... no me dejes así, entero... estamos amándonos, ¿o nop?

— ¡Deje de ser bobo! ¡Usted me repugna!

— ¿Bobo? No será en el sinsabor de vernos siempre como los únicos amantes...

— ¡Idiota! Los amantes son apariencias del sexo, son manías de la consideración... son tristes y malos besos... una borrachera, una sonrisa, usted es un guayabo, no más...

— Nina, ¡muack, muack!, un beso... ¿Síp?

— ¡Deje de hablar como si estuviera chateando! ¡Idiota! ¡Bobalicón! ¡San Bobo! ¡Bobo! — Reacción demencial.

¡Nina, Nina, Nina! ¿Eres capaz de probar las lágrimas de quien te está haciendo daño? Puedes probar el nombre de la penitencia mientras tu corazón se evapora con esta violencia; ¿quieres ser un holocausto para los bastardos de este régimen? No es una ocurrencia, no es un personaje, es la experiencia del tráfico interior, de las acciones interiores, de las acciones evasivas, de la conveniencia errática y mítica de los criminales. Eco resucitado en lava futura.

Los volcanes, la familia y la prostituta, la cucaracha gigante dormidita en los edenés de la inutilidad; no sólo con perfumes sino también con deseos, la criaturita descansa y recae en la cama. (En guitarra, los acordes más simples son los más tristes).

¿Es así en la realidad notoria? Imagínate a Jimmy Page sin La menor, a Hendrix sin el Sol mayor, a Reed sin el Re menor... todos seríamos una verdad reclutada desde los pantalones sucios... hombre, la verdad, es muy triste; todos seríamos hombres; la roca intercede por las lágrimas dulces del terrible escándalo; hombres, hundidos en las amígdalas de los desquiciados mejillones. Hombre. ¿Qué, no sabía que usted era un marisco? Hombre, si no te matas, te comerán algún día con salsita, cebolla y todas esas cosas. Narciso, marisco, en esta tierra te comen vivo sin importar la corriente

religiosa o la santa cresta de punkero. Eso está bien. Ojo con eso; los yoes son una cosa desagradable. Hombre, marisco, hombre, Narciso. Vamos a amputarle el amor.

— ¡Ah! Entonces, Nina, ¿vamos a jugar así?

— Yo nunca he jugado con usted, nunca.

— Pues, no te vas a ir... no te vas a ir... estás en el más allá... no puedes salir ilesa de aquí; las botellas aún están llenas. Tienes que tomar más.

— ¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

— ¡Deja ese cuchillo! ¡No vas a salir de aquí, pastusita de mi amor!

— Malnacido... ya te dije que yo no soy de esa puta ciudad... ¡no soy nada; ni pastusita, ni nada! Nada... nada... nada... nada... nada... nada... ¡nada!, ¡nada de eso!

— ¡No!... ¿qué... ha... ces..., Ni... na? ¡No!

— ¡Yo no tengo tierra... viejo muerto... Yo nunca he tenido tierra!

— ¡N... n... no!...

— Te veo bloqueado, contraído en el infierno, viejo muerto...

— ¡Nina... Ni... na!...

— Te vas... te vas solito al infierno... andáte y me saludas a los expresidentes.

— ¡Ni... ni... ni... na!... (Todo va a acabar en este momento). Lo duro es salir adelante. ¡Fuego, Fuego! Abandonar el cuerpo de la familia para limpiar nuestras lágrimas sin ninguno de los besos habitados por la sangre.

La fuente de la soledad es una triste placenta cercana al placer; nada de goces interminables, nada de complacencia, un cuerpo aplicado a la derrota. Nos alejamos de la posibilidad de llamar a alguien; nadie pasa en las calles de la ingratitud, nadie puede ayudarte; el tiempo merece ser un piojo solitario, el mugido de un parásito cuando la noche estalla al reventarle la sangre de su interior, sangre que no era suya; los tigres sagrados no salen por ninguna parte; no, Nina, ¿no lo ves? Nadie está contigo; esta es la casi-soledad, el olor alcanza su salida al mundo sin ayuda; la descomposición y la comodidad nunca se suspenden en la vuelta del tiempo. Estás atado y pudriéndote en una jauría de puertas, feroces puertas.

El tiempo no va a ser igual; será tuyo, Nina; ya no es el tiempo del doctor, ni el tiempo del placer familiar. ¿Sabrá que lo matamos nosotras solitas, que lo acabamos de matar? Pobre tío. ¿Cuánto tiempo puede permanecer un muerto sin oír a nadie? Él nunca lo sabrá. Nunca sabrá que está muerto; nadie hablará con él, así debe ser, pero nosotras aún podemos retornar a la vida. Aún podemos nunca rezar por nuestras almas, nunca hacerlo ante un dios familiar. ¿Estaremos perdidas? ¿Tenemos que esconder este cuchillo? ¿A dónde iremos ahora?



Caminante del Sur, carboncillo sobre papel.

SEGUNDA PARTE

Neuroclasicismo: ¿Por qué usted confía en los payasos?

— ¡Ah... ah... ah!... ¡Sí!... ¡Ah!... ¡Sí... sí!...

— María Dolores; mugroso nombre, nombre que quisiera olvidar, sólo espero...

— ¡Ah... sí!...

— ¿Qué putas haces?

— Nada, sí; nada, siga, siga, sí, sí...

— Ayer, en el recorrido de una caricia autofingida inmortalicé su rostro, entre vapores, mordido por los dientes de un animal metálico, pude recordarlo con intestinal cercanía; sus ojos oscuros y felices, las delicadas pestañas delineadas, el aliento triste, semifétido y borracho de su voz, su difícil muerte. ¿Una mamita borracha que se lanza al fuego más raro? Creo que alguien no puede morir quemado sin antes haberse tomado el vaso con agua de alguien o intentarlo, para no perder la posibilidad de reconocer su pasado, su origen, su pobreza, su familia, ¿lo que no quiso perder? ¿Crees tú que alguien pueda morir y crecer entre tanto olvido? ¿Entre los mejores?

— ¡Ah! ¡Eh!... ¿Qué dijiste? En realidad no te oí, ¿podrías repetirme cómo se llama? Ya... me vine, sí; ¡qué excelente paja!... Un olor me... ¡viene de mis huevas pintadas de tricolor! ¡Vaya que es asqueroso!... pero, a la vez, es algo fresco... ¡qué rico!... ¿Qué aroma tan espeso es ese? ¿Carne con pólvora? ¿Gas pimienta con leche de cabra? No. Huele a atún con mayonesa rancia en papel regalo. Burrito con lechuga y lactosa. Burrito seco, adolorido, carnoso y hecho salami, salchichón, salchicha y otro embutido de lo mismo.

— No me hables de carnes clasificadas; sabes bien que los uso para calmar la rabia pendeja que tengo contra los de la SS; mejor guárdate esa *shit* de pene; ahora mismo, voy a meter esta piedra rezada en el ojo de cualquier ser dependiente de los motores. Ya vas a ver. El humo de los combustibles tiene cansados hasta los puntos de mi ombligo. ¿Vas a venir o tienes miedo?

— Yo ya me vine.

— ¡Huevón!

— Vamos, vamos, porque lo sabes muy bien: miedo ni a nuestros patrones que legalizan la motosierra con eso de los DTP. Mucho menos a los de la SS.

—Dispositivos Tecnocráticos de Protección, nene, ¿es que no sabes nada, o qué? Tanques, metralhas automáticas y muchas cámaras para los duros; protección, protección, ¿dónde putas es que vives, ah?, ¿no vives en Fosa o qué?

Nos movemos por una calle muerta hacia el parque, colores de peces descabezados nos rodean sin darnos cuenta, pescados del cemento que miran con sus ojos amarillos a los haces de luz que emiten velocidades enlatadas; uno de ellos se acerca, el color se intensifica y se puede alucinar con salsas agridulces y babosas omnipresentes; nos hace gestos de amistad, nos ofrece su mano; no hay problema, del mismo modo está vivo y el calor es algo que nadie tiene derecho a ocultar. Se esconde de nuevo en sus particulares ojos; el amarillo es el color donde se inician las cenizas, un llamado al incendio. Por suerte, en este lugar, en esta calle, a ninguno de los seres que la habitan le interesan mis pensamientos; es más, en esta calle el pensamiento prefiere dormir junto al hombre que se cubre el corazón con un periódico manchado de aceite y malas noticias. Se abastecen los sueños del hambre, la suerte es quedarse tranquilo en el suelo hasta que una enorme y querida rata te mordisquea el pedacito de oreja que le faltó la noche anterior.

— ¿Ocultarse como una mancha de la calle? Creo que sólo entre unas cálidas y porosas piernas, de una chica *hippie*; de esas probeta, por ejemplo. Mejor vamos por unos Kimbolitos de Sabiduría.

Supongo que El Riñón tiene razón; en verdad, el amanecer es azul cuando tus ojos descansan sobre una piel pintada con colores de música setentera; una mujer puede parecerse a un templo en el que puedes quitarte toda la ropa, babear, sentir, sembrar, morder, pujar y hasta correr en las clandestinas oscuridades de sus sótanos. Mujeres probeta, esenciales para que la violencia no sea tan miserable, para que muchos asesinos (legales o ilegales) refresquen su descomunal ansiedad.

— Allá se le prohíbe la entrada a personas como nosotros —. El Riñón señala con cierto fastidio la cúpula del templo; al lado, la única librería de Fosa, la librería del obispo, tiene pegada en el centro de sus puertas la frase: “Sellado. Inteligencia Aduanera”.

En el parque, varias policías escupen y observan cómo algunos niños juegan con una pelota de fuego debajo de la estatua, cabecean, la detienen con el pecho, la hacen rebotar con sus rodillas; ninguno parece tener quemaduras o padecimientos de la piel; eso sorprende a las policías, que se marchan y continúan escupiendo por el lado

oriental del parque. Las policías son horrendas; culonas, pero horrendas, aunque una parece estar buena para un rato; tiene un trasero gigante.

— ¿Nos sentamos en la banquita que siempre está sola o en otro sitio donde a nadie le importen nuestros grandes zapatos descoloridos? — pregunta El Riñón con un algodón de azúcar en su mano derecha. Pasan tres aves por encima de la cúpula.

— Lo que quiero es escuchar un poco de música —, contesto a la pregunta de El Riñón. La pelota de fuego pasa cerca de nosotros, mientras un alarido se impone en nuestros oídos. Parece la aguda inconsciencia de una niña con delirios y caprichos que ninguna madre puede comprender.

— Mira cómo se revuelca esa niña —, me dice El Riñón, con una expresión sonriente. En el lado norte del parque, una niña no deja de gritar mientras imita una frenética convulsión sobre el pavimento; no lo puedo negar, es algo gracioso; la niña se golpea la cabeza y sus gritos logran fuerza y dolor.

— Mira, mira —, dice El Riñón, alarmado; una mujer con arrugas en su frente se acerca donde la niña lanza sus gritos; tiene una cantina metálica; le dice algo a la niña y riega un líquido, que parece leche, sobre la damita; se detiene un segundo para luego saltar hacia el frente y detener las convulsiones que se descubren en el suelo con un suspiro lácteo de desesperación. Otra mujer, con menos arrugas, pasa sobre el charco blanco y hace gestos afirmativos con su cabeza; la niña la mira, exhala largamente y sólo puede levantarse hasta perderse en la oscuridad de sus ojos cerrados. Mucha leche en el suelo. Varios espectadores sonríen y murmuran al mismo tiempo sobre la leche derramada y los llantos de la niña, ahora blanquita. ¿Me surgen preguntas sobre las formas que brotan de las arrugas de la viejita? Puedo percibir cómo el algodón de azúcar que El Riñón sostiene en su mano cambia de rosado a verde.

— ¿Quieres un poquito? —, me dice, sin dejar de ver las gotas blancas que caen por el vestido de la niña, que ya ha interrumpido sus gritos. Ahora, unos perros se apoderan del espacio central del parque, las mujeres y las lechuzas pasaron; una perrita blanca, herida en la cola, con señales de violencia, parece que está causando el alboroto canino; ahora unos ladridos se imponen, pelean, se muerden, se acorralan y empiezan de nuevo. Un perro, cuatro, siete perros luchan por entrar al sagrado cielo de una perra; el más grande le ladra algo a El Riñón.

— ¡Sólo un hocico puede salir victorioso! —, exclama El Riñón, con la boca rosada.
— Así sucede en todas partes: en el batallón cuando se tienen enemigos, en la cantina

cuando llega una señora maquillada, en la cárcel cuando te cogen los negros de la Costa. A veces me encolerizo porque muchas veces pasa en mi cara.

Un enorme canino de pelaje pardo se mantiene muy cerca de su objetivo, lo olfatea, lo lame, lo acaricia, suspira, gruñe, hasta cuando empieza una ferocidad cabeza a cabeza, que los seres con colmillos han experimentado a secas; múltiples mordidas se reparten en el centro de la plaza; el charco blanco, antes sobre el cemento, ahora hace parte del pelo de muchos perros; asombra un poco ver como las cosas de afuera se mezclan a través de sus colores.

— Epifanía estalinista —, diría el filósofo Ramón M. M. de la sagrada Villota.

— ¿Cuál filósofo?, ese *man* no existe. Eco y vómito, “caneca” —, diría el poeta que vende los kimbolitos en la Panamericana; ladrido sin respuesta, gruñe el perro enorme que se detiene ojo a ojo para ladrarle a El Riñón; le ladra como si lo conociera, como si lo odiara.

— Sí, es irónico, el perro más pequeño jamás se queda con el botín — dice El Riñón, con sus labios untados de saliva coloreada de rosa. — Debe ser angustiante que no te dejen nada que morder. El perro grande se come todo y, además, me insulta con sus ladridos. Perro mal... ¡Toma! Una piedrita justo en ese hocico peludo. La mejor terapia para superar una pérdida así es meter el hocico en algo conocido y tratar de buscar el árbol primigenio, el que ningún hombre, salvaje de dos patas o perro callejero, ha orinado jamás. Ese perro perrito seguro me vuelve a buscar; verás, viene que viene... Olor atmosférico de los años olfativos... sin orines, sin sombras coaguladas que te hagan golpear a la belleza —. El perro le muestra los caninos. El Riñón prosigue:

— Esa palabra atrae pestilencias a mi nariz. Belleza... María Dolores es el aroma que trepa por las incineradas fosas de mi rostro, esferas donde se originan los pelos sin tinturas, tan oscuros y húmedos como las lombrices que se enrollan bajo tierra, que suben por los pómulos descompuestos y proporcionan ese temible color que se empasta a un ojo muerto; lombrices, lombrices, todos parecemos lombrices —. El perro gruñe otro poco y se marcha.

Son las dos de la tarde, ninguna carga y ningún malentendido; el sentido del sol está bajo el templo; sobre la estatua y las paredes sudan por los ladrillos de las casonas neocoloniales; manchadas tejas de barro, marrones y amarillas, sobre portones eléctricos y alarmas infrarrojas. ¿Cuál será el secreto guardado en sus cocinas?

— Debe ser la mejor cocinera del mundo escondida en una minifalda — dice El Riñón, con sus labios azules, ahora casi negros.

La tarde parece la misma de ayer; el templo en el mismo sitio, las mismas palomas que se entretienen con las honestas disposiciones de los niños; el mismo borracho tendido en la entrada lateral del templo, taxis que esperan a un lado de la carretera, el mimo de la camisa rota, un charco humeante al lado del borracho y ese intermitente eco que no para desde ayer en la cabeza de El Riñón; parece que lo tuviera grabado en el acetato del cerebro, resuena, resuena y resuena:

— María Dolores... María Dolores... María Dolores —. Me cansa demasiado la repetición de ese nombre; no por su significado, que ni siquiera conozco, ni me importa la madre de El Riñón, sino por el repertorio de imágenes que ese nombre trae a mi recuerdo, a mi estallido. Me siento extraño, como si una nube microscópica de ántrax circulara por mis pulmones, me derritiera un poco la sangre y el aire; un tenue mareo se instala en mi cabeza, se detiene el eco por un segundo y otra vez empieza el acústico tormento.

— Pareces triste, marica —, me dice El Riñón, cuando arroja el palito del algodón con una terrible seriedad.

Le comento en un tono singular que debe ser por la falta de descanso, por el insomnio, por el ruido, por el olor de esta repetida tarde, por la paranoia: las noticias, las informaciones, los chismes, los rumores, la farándula, los presentadores, las presentadoras, y por el hambre muscular, sobre todo por el hambre muscular nos parecemos cada vez más a militares disfrazados de payasos.

Anotación uno: la seguridad de la inocencia se descompone poco a poco con un tampón. No se trata de jugar con los aires de un silencio sin antes hacerlo gritar, ni siquiera de dolor, porque un grito puede terminar con el llanto que aún no ha comenzado. Un gato está alerta, algo se mueve y desea comerlo; el ratón tiene la boca abierta, espera la llegada del gato. Por ahí no hay ninguna forma de temor.

Estamos con más sed que la tarde anterior; una persona de cierta obesidad viene hacia nosotros con una masa de grasa en su boca; su cabeza, engalanada con una gorra de lana amarilla, sigue el movimiento de una libra de basura que sus manos acaban de arrojar al suelo; luego aparta sus ojos y nos mira con una duda sinvergüenza: desde su trasero, cubierto por pantalones cortos, se origina un fuerte soplo, soplooooooooo. El Riñón se mueve hacia él con serias ganas de matarlo; lo detengo:

— Guarda al fastidioso —, le digo con sutileza en su oído. El sujeto se va, y señala con una sonrisa los enormes zapatos de El Riñón. Se burla.

— No creas que sólo se está burlando de mi atuendo — dice El Riñón. — Sabes bien que tu disfraz es peor que el mío; además, sólo por eso no le hice nada, porque me gusta ese olor a carne cruda que camina, jazmín y basura que emana de los pasos de un ser cualquiera. Además, creo que la SS siempre me ha estado siguiendo, siempre ha estado escondida conmigo. Ese tipo menesteroso no soportará la ira de Yisuskraist IX, hijo de Jehová C-22 y las piernas de Sor Juana. ¿Te imaginas si Jehová le lanza un pedo a ese idiota? Creo que se le hincha cada orificio del cuerpo y... el olor... te imaginas el olor de un pedo de Jehová —. El Riñón se tira al suelo y se revuelca en su lodosa risa. Parece un cerdo vestido de colores, un cerdo muy feliz.

El comentario de El Riñón hace que busque razones absurdas para comprender una posible contradicción a la tristeza, pero... es algo que llega y sólo puedes apretar los dientes y olerla, apretarla y tratar de desecharla; en eso, las narices se desgastan con ácidos sulfúricos y a veces los ojos, que ya no son duales, se deterioran en un tormento de sal y agua.

— ¿Has puesto un poco de sal en tus ojos? —, me dice con una última risa. — Se suprimen las lágrimas ordinarias y viene la acogida de la saliva en el cuello, un nudo sabor a vinagre rojo sale como lágrimas; el otro ojo tienes que dejarlo quieto para no mortificarte tanto; tienes que echarte sólo un poquito de sal en un solo ojo, cubrirlo con una capa, no más.

— Ya vengo —, dice El Riñón, que se levanta con prisa del suelo y camina en dirección a la estatua del parque. Mea. Unas señoras pasan y voltean su cara con repugnancia. Pienso que los brebajes tristes pueden repeler a los seres que más sufren de felicidad, por eso El Riñón corre sin voltear la vista a mi sitio, viene subiéndose la bragueta. Un pájaro verde con una larga cola negra huye del árbol que está frente a mí; parece perderse en el follaje verde-luminoso que se extiende con el viento.

Anotación dos: dejar atrás lo que se vuelve dolor, incluso el estúpido moralismo de creerse artista; un amor no deja de reaparecer; el arte, los golpes, las lombrices, la acidez, la disentería y la libertad esperan que reaparezca la parte física. El tiempo del amor agrio todavía se despedaza en el arte faltante. Una solitaria lombriz crece dentro de un estómago seductor. Vientos desde el intestino.

Pensé en acomodar mi traje con las tendencias de los payasos inmortales, los Kiss, Hulk Hogan, Coco Chanel, Charles Chaplin, Silvester Stallone, Terminator, el cine

puro, la resignación pura, la moda pura; pero la realidad es otra. Lo puro baja en círculos por el inodoro.

— No puedo desprenderme de esa inútil diferencia que me invade en cada intento dinámico — dice El Riñón con insolencia; — que me hace pensar que lo que hago, lo que no hago, lo que pude hacer, no depende sólo de mí, de mis palabras ni de mi peluca, sino que cada acción que se realiza en el mundo hace parte de él, del mundo, de algo que tiene muchas cabezas y fauces vengativas, celestiales; con peluquines, pelotas por ojos, orejas negras, pieles blancas o azules... narices rojas con pequeñas pecas grises... Sí, el recuerdo fúnebre de mi madre, de una sola mujer, que es todas las mujeres. Una obra de gracia y de dictaduras, un ejemplo que los sicoanalistas tienen muy señalado: Narciso es el cuento predilecto de las dictaduras —. Alguien pasa al lado de nosotros despidiendo olor a cigarrillo de las empresas del expresidente; debe ser un pseudo-comunista con oquedades llenas de vello.

— Mira a esa mujer, parece que no tiene ropa interior —. El Riñón le silba varias veces, — creo que es extraterrestre... Ah, no, es que está fumando... mmm... ha sido la merodeadora de la Stella... la vieja moza del finado Chamorro; ahora es perfiladora del Laboratorio del Crimen de la SS. Vaga de buen renombre. Stella Simbaqueva. Perrita ultrafeminista. Militó en el protomarxismo que dirige el CETRES. Stella Simbaqueva, la misma que fue secretaria de ese sótano de colegio.

En eso estoy de acuerdo con El Riñón; una mujer así no puede pertenecer a este mundo; los implantes y el cigarrillo no se pueden mantener al mismo tiempo. Tal vez por eso, como me ha dicho El Riñón, la vida de su madre, María Dolores, fue corta, tormentosa, llena de furia, una vida que se embarcó en el sendero gradual del descanso al saber que a su hijo lo habían transformado en eso, en El Riñón; otra víctima del malestar de los cerebros, miles de cerebros cabezones que se desquician para totalizarse en una sola cabeza; eso debe pesar tanto que muchos tienen que recurrir a la experiencia de la desaparición para liberarse de un recuerdo angustiante: nadie puede verse madre de alguien como El Riñón; debió verse horrible, como un monstruo cubierto de gasas sucias, en el espejo, con más de un par de ojos; pero así vivió ella, con diferentes ojos cada día, sorprendiendo al espejo con sus puños, con un indefinido rencor.

Pero ya es suficiente por hoy (algunas moscas giran sobre las pelotas de carne de mi traje, se les está cayendo la pintura). Hasta la grasa inerte se pudre con tanta injusticia. Deber de comenzar con las palabras olvidadas, eructos. No quiero que los pensamientos tristes me alejen de lo que aún no ha venido; será mejor que respire profundo y presione cuatro veces mi nariz chillona; sí, así está mejor. No podemos

estar tristes; mañana, otra vez, tenemos un interrogatorio en el Centro de Condena Moral, somos seres de la buena política.

— Los niños del secretario no van llegar —, dice El Riñón, que ha sacado de su traje una bolsa mediana de confeti; — parece que los desgraciados contrataron a otros animadores para su cumpleaños —, prosigue y lanza los papelitos de colores al cielo, que ya se prepara para el frío del atardecer. Unos piecitos descalzos pasan por el lado sur del parque: son tres pequeños guiados por el hambre y por una mujer, que parece más hambrienta y sucia que todos ellos. Uno de los niños, con la boca abierta, dirige su vista hacia nosotros y presiona su naricita con un gesto insomne de alegría. El Riñón sonrío y me toma de la mano. Vamos hacia ellos presionando nuestras narices rojas.

Llegamos donde se encuentran los pequeñines; El Riñón empieza con su rutina de globos, hace girar los colores inflables y empiezan a surgir jirafas anaranjadas, perros azules y rosados, gatos verdes y negros, un marranito amarillo y varias flores y espadas rojas; luego, lanza el confeti hacia el cabello de los niños e interpreta con su pito una vieja canción: *Memory hotel*; intento acompañar la canción con mi pandero, con movimientos uniformes de mi peluca, con dulces y gomitas que aparecen de los colores de mi traje. La señora salta, abraza a El Riñón, los dos ríen a carcajadas; en el fuerte abrazo, El Riñón se traga el pito y tose, la madre golpea la espalda de El Riñón y el pito sale disparado hacia el suelo. Más globos zoomórficos aparecen de las manos de El Riñón; con un poco de babas coloridas, que se desprenden de su boca maquillada; los reparte entre los niños y el viento. Como si no les importaran sus ojeras, los niños bailan y, por un minuto, el hambre deja de golpear sus estómagos y de mortificar sus gases; son ojos sonrío con una extraña y exagerada esperanza, una visión que hace de El Riñón el payaso más irónico del parque.

Nada de eso que consideramos alegría durará por mucho tiempo, lo sabemos bien; por eso invitamos a los niños tristes a conocer algo más efímero, una gran cena en el mejor restaurante de Fosa.

— Es una promesa, niños; vamos a comer algo —, les dice El Riñón. Nos marchamos del parque con el recorrido de una brisa que nos empuja con levedad hacia nuestro destino; ahora creo, a través de la brisa, que todos tenemos un vacío, ya sea en el estómago o en el corazón, un exagerado o minúsculo abismo que crece y se reduce desde su abertura.

— Vamos, ¡nuestra cena está a doscientos metros de jirafas! —, expresa El Riñón, mientras señala hacia el oeste con una jirafa anaranjada.

— Señor payaso, pregunta uno de los pequeñines, ¿cómo se llama usted?

Los ojos de El Riñón se detienen en una nube negra que parece que sorprendiera al tranquilo cielo del atardecer; un golpe de su memoria le ha acentuado la jornada del remordimiento.

— Ehh..., pues..., mi nombre, amiguito, es... el payasito Ene-ene —, dice El Riñón con la rebuscada expresión de un mal ventrílocuo. Pero eso a los niños ni siquiera les molesta; una ilusión es una ilusión, ninguna payasada puede reventar los globos que sostienen la corta existencia material del alma... Una sonrisa, la apariencia del alma viene al mundo como los globos que sostienen los niños, en una dimensión hecha a partir de respiraciones, de colores, de ruidos, de la miserable tristeza y de la frágil sonrisa, de un eco, de una improbable dirección. Podemos ver destellos en los niños, que son revelaciones imprecisas de esta apariencia, pero muchas veces nos olvidamos de que muchas cosas de este mundo pertenecen al aire, incluso nuestros nombres.

— Mi nombre es Martín — dice el pequeño sin ninguna timidez. — Ese de allí es mi hermano Víctor K., y ese mi hermanito Lucas V.

— Y de tu madre, ¿cuál es su nombre? —, le pregunta El Riñón al niño, señalando a la mujercita que acompaña a los niños.

— Ella no es mi madre — le responde el niño, mientras niega con movimientos de su cabeza. Ella es mi hermana Sara L.

— Hola, Sara —, le dice El Riñón a la mujer y le presenta con su mano derecha un pequeño ramillete de flores, — el payasito Ene-ene, preciosa; ¡mucho gusto! — La mujer sonrío, percibe el olor de las flores y estornuda cuatro veces consecutivas. El Riñón parece más estúpido que nunca; si no tuviera esa cara de matón corrosivo, de gorila arrecho, de Goliat de cabaret, sería algo más...

Los niños ríen; todos desnudan los dientes negritos, al tiempo que El Riñón le da disculpas y le ofrece un pañuelo a la mujercita.

— No, el repertorio de quejas y flagelos no; no, no, no, no —, susurra El Riñón, mientras le brinca el ojo derecho. La mujer, sin otra expresión, le dice:

— Gracias..., pero... creo que nos hemos visto en el Edificio de gobierno, o en alguna otra parte, en el Centro de Terapia y Rehabilitación Espiritual, ¿cierto?

— No pongan esas caritas, ya vamos a llegar; además, yo ya no ando en rehabilitación, hace mucho que salí de ahí —, dice El Riñón y descubre el perfil de su sonrisa. — No, yo no la recuerdo, señorita, y yo no voy por el CETRES —, termina

de decir, mientras muestra una sección faltante de su dentadura; lugares negros y viscosos se pierden en el interior de una lengua seca y pálida. — Ya vamos a llegar —, repite El Riñón, mientras salimos como una verdadera manada hambrienta del parque.

Les digo a los niños que el sitio (el restaurante *La madriguera*) al que vamos es uno de los lugares más famosos de por ahí; les hablo un poco de las delicias que allí preparan, del olor a cebollas saladas en fuego de tulpa que sientes cuando entras por la puerta, de ese extraño calorcito que viene de la cocina, del humo que se escapa de los asados y se introduce como un conejo por tu nariz.

— Eso que dices, payasito, de verdad que nos da más hambre —, dice uno de los niños, creo que era Lucas; la voz del pequeño me recuerda a un niño que encontramos ayer y estaba así, igual de hambriento; casi podría decir que se trata del mismo niño, pero las diferencias o similitudes entre dimensiones y tiempos nunca han estado en mi cabeza, ni siquiera en mi peluca pluridimensional; creo que es común darse cuenta que los viajes en el tiempo se logran todos los días, a cada hora o minuto; sólo basta con escuchar un viejo acetato, o la emisora de la Universidad, allí sí se puede escuchar la vieja escuela de la música; al fin de cuentas, la música está hecha de tiempo, pero eso a nadie le importa, mucho menos a algún misántropo enrarecido de esta jodida dimensión. La maleza artificial que viene con tragos baratos no sólo se consume a las flores que muchas veces vomita cualquier gordo que reparte panfletos de brujería, de la misma forma que las mercancías coloridas de vaginas artificiales se tragan a los muchachones que odian a las flores después de haber retorcido sus frágiles senos, pero, en este caso, los niños aún están pequeños y las mercancías no se atreverían a meterse con ellos si El Riñón está aquí; maligno, El Riñón es una bestia cuando se enfurece.

Una noche de abril de la semana pasada, y con cierta lluvia en las calles, que no permitiría que ningún payaso mantuviera intacto su maquillaje, en una esquina cercana al Monumento del Poeta Insolado, diez minutos después de haber salido de *Cementary Gates*, un puto bar *grind*, nos encontramos de frente con tres mimos. La noche estaba clara y, mientras yo me arrastraba por el jardín en el que El Riñón me dejó tirado, podía ver las camisetas rayadas de los mimos que rebotaban contra el brillante pavimento, las rayas blancas se quedaban insertadas entre las líneas y fracturas de la calle; mimos que volaban gritando. Esos personajes dejaron de ser mudos por unas dos semanas; eso lo digo porque la Sexta estuvo libre de mimos durante ese corto tiempo; después llegaron con pedacitos de esparadrapo en las cejas y dos enanos de respaldo; El Riñón, sin ninguna vergüenza, les dijo que cuando quisieran les repetía la dosis de palabrina reforzada, la cosificación farmacéutica que

se administra mediante puños, puteadas, quiebramalabares, patadas voladoras, daños en el cuerpo, y que tiene la facultad de hacer gritar a los mimos y a otros seres del enmudecimiento...

— ¿Ya estamos cerca? — pregunta Víctor K.—, ese restaurante parece que queda muy lejos.

Le respondo que todo tiempo de cambiar requiere de paciencia, de extrañeza, hasta de soberbia y de tranquilidad. Que todo cambio exige un soplo de imaginación y silencio, aún más si se trata de comida fresca y calientica. Sara me mira con ojos de no entender nada. Parece que piensa en el modo en que nos reímos:

— Risas por todo, risas por nada, tostados deben tener los cerebros —, leves balbuceos en los labios de Sara. Se oye el ladrido profundo y resonante de un perro.

Anotación tres: en los efectos de una salida a la nada se debería buscar un poco de luz para no tropezar con los sustratos de una imitación. A los caminos de la nada, además de los ciempiés, los imitan las aves de corral. Un viejo pavo tiene sexo con una gallinita de campo. Los tres cerditos miran el espectáculo y el lobo no cesa de aullar en el baño.

— Hay que tener cuidado al defecar en los baños de los restaurantes; sobre todo usted, señorita de largas piernas —, le dice El Riñón a Sara. — En los baños de los bares, una mujercita se despide de su mejor amiga y entra a Waterloo, un teatro-bar-restaurante-piscina, con “la mejor” orientación elitista, en el que hay que tener por lo menos tres tarjetas de crédito para poder hacer algo allí, un antro de diablos gallinazos y armamentistas de la capital. Todos sabemos eso, pero lo que no sabemos es lo que se oculta en el baño de mujeres.

— ¿Qué? — dice Sara, con una mirada inquieta —. Dígame, por favor, qué es lo que se oculta en el baño de mujeres.

— Espinas con sangre — interviene El Riñón con dramatismo. — Sí, espinas del árbol de limón, alfileres, agujas hipodérmicas y pedacitos de lata untados con sangre de roedores (ratas de hospital y de consultorios). Hemorragias punzantes con fobias, bubas y fiebres.

— No entiendo, ¿qué es lo que trata de decir? —, pregunta Sara con sutileza.

— Eso no es algo que veas todos los días — le dice El Riñón, — es algo que se hace para perjudicar a los otros, como la policía paramilitar, las centrales de inteligencia, los movimientos sicariales, los Departamentos de seguridad, los vegetales mal

cocidos, la leche cortada o las fosas comunes; pero en el baño de mujeres sólo hay una persona encargada de hacer daño cuando te vigila el vigilante. Una sola persona se encarga de untar las espinas, las agujas, con sangre de ratas de alcantarilla para que empiece un nuevo ciclo de dolor e injustas condiciones de morir. Nadie sabe lo que pasa en las calles de Fosa, nadie.

— Ustedes hablan sobre cosas que nadie entiende —, nos dice Sara, con unos ojos de plena desconfianza.

Parece que a los oídos de un criminal vestido de payaso, las palabras de un simple niño no le afectan en nada su pesada convicción. Matar, joder, amortiguar, depravar, pervertir, defender, proteger, servir, nunca lamentar. De igual modo, seguimos caminando. En el pecho de Martín, en su camiseta ocre, mugrosita, reluce una pequeña bandera extranjera con una carita sonriente estampada. Sus boticas con luces me gustan mucho, brillan con colores rojos cada vez que da un paso; en su cabello de grasas castañas se purifica una doncella de olores esperanzadores, algo floral, pero a la vez viscoso y salino; como un hermoso pez fuera del agua. Pienso que ese niño no tiene más de ocho años y, con todo respeto por los poetas y asesinos jóvenes, este niño tiene la valentía de un tiburón en las profundidades. Delante de nosotros se detiene un carro, que vocifera en bajos las canciones champeteras. Todos vemos el estremecimiento del carro con algo de intolerancia, excepto el pequeño Lucas, que parece que mueve su cuerpo con una agradable perversión.

El rostro de El Riñón parece enojado; ni siquiera su maquillaje puede disimularlo.

— Esto lo guardé para ustedes, maricas de la SS — dice El Riñón, que lanza con violencia algo en dirección al carro, — ¡Hijos de la gran...!

Un globo lleno de pintura, orines, ácido muriático y muchos rezos, estalla en el vidrio trasero del carro y hace que los tres, cuatro, cinco ocupantes del vehículo salgan de inmediato con sus puños cerrados. Entre ellos, una mujer, negra, con bárbaras caderas (la tanga azul se destaca en el jean roto), senos de lujo entre cadenas doradas. Ella se queda viendo la gran mancha que ha dejado el globo de El Riñón. Los hombres hablan por radioteléfono, hay disparos al aire.

— No me gusta nada lo que están haciendo — nos dice Sara, con miedo en su expresión.

Batalla épica en el mundo de la calle; la fila hacia el dolor es corta; hay expresiones de bravura, golpe, solemnidad. Golpe, golpe, golpe. Al puño de El Riñón lo reconocen como “la decimonovena maravilla del mundo”... parecen unos caballos

que riñen por montar a la yegua indicada, sólo una para seis sementales excitados. Nada se exhibe mejor ante el miedo que la sangre del otro en los puños, sangre desconocida, sangre en el pavimento. La mujer caderona grita con euforia, apunta hacia donde se libra el combate, pero sólo hace disparos al aire. Los cuatro afros manan sangre de la boca o la nariz; El Riñón quiere sacar su cuchillo; en un intento por imitar a los personajes más bravos del cine hollywoodense, le lanza una mirada a Sara y le dice:

— Llévate a los niños de aquí, nena.

— ¡Contra la pared, puticas! — exclama uno de los que se bajaron del carro.

Los niños y Sara alcanzan a alejarse un poco, cuando se reinicia una gresca apocalíptica entre un enorme payaso y cuatro hombres rapados, hombres-bestia de trencitas blancas y piernas musculosas. Uno de ellos, el más pequeño, se abalanza contra El Riñón y tras él siguen dos, con bates de hierro, tres, todos. El más grande viene con la cara destrozada hacia mí, pues El Riñón ya lo ha golpeado; mis enormes zapatos tiemblan. No son tan grandes como él.

— No dejes que te pateen, Andrés — me dice El Riñón, mientras saca otro globo del bolsillo de su pantalón.

El globo estalla en la cara del hombre que venía hacia mí, le deja chorros de pintura azul en los ojos; creo que las palabras de El Riñón son como un himno de guerra:

— No dejes que te pateen —. Me preparo para combatir por primera vez en mi vida. La vida de un temeroso debe durar más en un pueblo ocupado por señores y navajas. Me golpean una sola vez y caigo, atendido como cobarde apreciado por todos. Para llevar la contraria a todo lo que es fácil, no sé cómo llegaron, recibo el apoyo de los niños: “¡Qué bien!”, pienso, “hasta los niños tienen que ayudarme”.

Puedo ver a un viejo, que se oculta, de piel trigueña, con bigote, vestido con una camiseta con el logo de un centro comercial ceñida a su barriga y, al parecer, sudado en las axilas y el cuello; se encuentra del otro lado de la calle, se detiene a observar como pasatiempo atrás de un vehículo estacionado y creo que piensa para sí:

Esos del gobierno... son una shit, siempre se la pasan jodiendo, ya quisiera yo tener una escopeta para terminarlos a todos de una vez. Payasos maricas, se van a hacer matar como güevones. Vea. Tienen huevos grandes los hijueputas payasos. ¿Qué será que hacen? ¿Qué? ¡No!..., esos, esos cuchillos son de las fuerzas armadas, esos payasos de shit deben haberlos robado... creo... ¡ZZZZ! Ahora, esos negros sacan pistolas; mejor me pongo atrás d' ese árbol. Parece que son de la SS.

¡Uh! Tremenda puñalada. Ese payaso... definitivo... tiene un entrenamiento del Putas. Es bueno; el otro parece un integral marica, no se mueve para nada. Vea. Ahora sí. Ese negro está puto, seguro lo vuelve una shit..., y maquillada. Hasta la peluca le van a destrozár. Desde que no disparen los negros, todo está bien. Los laberintos que tiene la vida, ¿no?

Esos negros parecen policías, seguro que sí, que son policías. Y esos niños... ¡qué será que hacen en medio! ¿Por qué defienden a ese payaso marica?

Régimen de hijos de puta, siempre hay un conflicto que se resuelve con muertos. Se matan como en cualquier matadero. Y lo que es más hijo de puta es que culpan a la droga, a las putas, hasta a los indígenas y exiliados, de todas las putas hazañas que ocurren en este pueblito, pueblo sin varones. Ojalá Cristico venga pronto.

Parece que los negros de la SS conocen a esos putos del gobierno. Vea. Ese puta... payaso vicioso, ¡cómo reta con ese cuchillo! Vea. En este pueblo, el respeto parece ser algo que se gana con payasadas y entrenamiento. Bien, parece que los negros de la SS se van en el carro. Pero... ¿Por qué no dispararon? ¿Por qué dejaron al negro herido ahí en la calle, y a ese otro? El del gobierno se burla en la cara del hombre tendido, parece con ganas de rematarlo... El otro payaso tiene mucha suerte; si los niños no lo hubieran ayudado, seguro que estaría peor que ese negro. Mejor, me voy. No quiero ver cómo acaba esto, no quiero ver ese final. En lugar de eso buscaré a alguna mujercita para robarle el cabello. ¡Sí, sí, sí! Hoy creo que le toca a una piscudita de arriba; la dejaré calva, ¡eso sí que lo quiero ver!

El gordo se marcha en un trotecito ingenuo para tanta grasa.

Después de algo de humillación y muchas risas descaradas, puedo agradecerles a los niños por haberme salvado de la pesadilla de pelear.

— Muchas gracias por pelear por mí, caballeros —, fue lo único indigno que pude decirles; parecía un barbudo de biblioteca.

Me gustaría pensar que estoy en otra parte, en atmósferas frías, como en las afueras de las casitas multicolores de la Quinta, bebiendo aguardiente en frente para ver quiénes ostentan la virilidad nacional; pero me encuentro jodido, como el personaje de un cuento que siempre está abandonado en un charco negro e inmundó.

—No dejes que te pateen —.

¡Shit, puta shit inerte! A veces se puede contemplar con más templanza la magnificencia del cielo; a veces, cuando estás herido y orinado, en la misma abertura

de tus bajos temores hueles el interior de tu singular temor y se evapora. Igual que hoy, es la medianoche del desaliento, me duele la cabeza y el brazo derecho, soy demasiado débil para pelear, sólo puedo ser una alimaña de la traición, abeja que pica por atrás, un puñal que se desliza en los temores solitarios de un ciego, una completa escoria, cobarde sarnoso; tan inútil, como un pesimista que compra la lotería, pero el ejemplo que los cobardes tienen de mí será de un tono maravilloso y sugerente: podrán preguntar:

— ¿Qué tienes de marica?, ¿eres tú el payaso marica? — Entonces, me preguntaré por las cosas inquietantes que no he querido recordar para nada, ni mis puertas desestructuradas, las hojas en blanco dañadas por el sudor o por las manchas de licor, el pánico, las aberturas, las cortinas con olor a carne, el gato destripado en el garaje, la tierra, la madre de El Riñón... María Dolores; sí, él mismo me lo contó, el acto original del asadero, por qué tuvo que morir de manera tan espantosa, tan infeliz. Un asado de mujer, lanzarse al interior del horno donde giraban los pollos, nada que un caníbal de Fosa no quisiera comer. Aunque estamos ante una forma antihigiénica de la alimentación, los momentos en los que pude llorar por eso se me olvidaron tan pronto como el llanto de este mismo niño lo calmó una mano extraña, negra y extraña, parecida a la mano del hombre que se arrastra por el suelo.

Despacito se apodera de fuerzas indecentes y grita:

— ¡Dioj mío, Dioj mío! —. El Riñón lo ve mientras limpia su cuchillo. El negro habla con El Riñón, parece suplicarle, pero su saliva fusionada con sangre le limita la elocuencia, le suprime el aire de las fosas nasales para revelar la sangre atormentada, no sólo proveniente de su boca: desde su abdomen, una línea roja y negra se inserta en el dolor del hombre. El Riñón lo mira con desprecio, con una burlona sonrisa maquillada.

— ¿Te duele, Carlitos? —, le pregunta El Riñón al hombre, — ¿te duele, Carlitos?

— No hagáj nada má... Kinde... Ya es tajde pa' ti — responde el negro, con cierto egoísmo, con el dolor; — eh... kkkk... kkkk... iinnnn... dddd...

— ¡¿Cuántas veces tengo que decirles que... no me digan así?!

— ¡Déjalo! ¡No lo mates! — interviene otro hombre con la ceja abierta, que se limpia la sangre de los ojos.

— Ustedes, no son nada — dice El Riñón, mientras saca el cuchillo del cuerpo del sujeto que parece que muere y se dirige amenazante hacia el otro tipo.

— Kinde, ya tienes que parar, tienes que reconocer lo puro — le dice el hombre de trenzas, retrocediendo.

— ¡No!...

— Espera; no entiendes que el gobierno es ahora *puro*; mira al presidente, mira la música, mira la selección...

— No, estás equivocado...

El Riñón golpea al hombre con violencia con una patada voladora; caen, la espalda de los dos suena como un tambor dentro de un tanque de agua; El Riñón se levanta primero, pateo, pateo, y sus enormes zapatos coloridos se manchan de sangre a cada golpe; la respiración de El Riñón se acelera mientras disminuye la del hombre de trenzas, casi inconsciente; golpe a golpe el silencio de la calle difunde manchas en ecos resonantes hasta la completa estupefacción de los niños juguetones, que ven con horror la escena de vulnerable codicia. El Riñón sigue golpeando al hombre y, de vez en cuando, voltea la vista hacia los niños, parece que los invitara a patear al hombre.

Sara se acerca al Riñón:

— ¡Ya es suficiente, basta! —, le grita. El Riñón da un último y certero golpe. La cabeza del hombre vibra junto con el pavimento; todavía se sienten los zapatazos de El Riñón resonando en el aire. Mientras estoy en el suelo, puedo ver los ojos de Sara, que son una maravilla inigualable; parecen tan oscuros como la noche que pasa incesante.

Cesa la situación épica. Los hombres se recogen entre ellos, se cargan, se abrazan, huyen. Los niños respiran agitados y me levantan del suelo; El Riñón se acerca para arreglarme la peluca, que estaba fuera de lugar.

— ¡Güevoncito! —, me murmura en el oído. — ¡Vamos! — dice, con las manos llenas de dulces. — ¡Ya estamos preparados para comer!

Los niños y Sara no dicen nada. Sólo siguen la fría expresión de El Riñón con sus ojitos desconcertados; se toman de la mano y avanzan con cautela. Caminamos detrás de él.

Anotación cuatro: la noche llega, el asesino te mira por la persiana. Una patrulla de policía pasa con un cadáver sin nombre; tratas de cerrar la persiana, pero los ojos que están afuera te saludan; tú te sonrojas y dices: “¡Hola!” Luego lo comprendes: en esta amigable luz, EL asesino puede ser aquella mujer que tanto deseas; hasta un animal acuático, una tortuga o un perro.

— Ya es hora, Andrés —, dice El Riñón, — ya me cansé de los mocosos; vamos a seguir los protocolos de la SS —. Quién hubiera pensado que la suerte no se trata de sonrisas, sino de una boca pintada que hace daño sin ningún tipo de vergüenza. Salir con trajes surgidos de la pesadilla de un libretista ebrio que devora chicas tristes o desorientadas como un payaso asesino es algo común en la escena tragicómica del cine, pero esto es serio, somos dos. Nada que alguien con las piernas cruzadas bajo su escroto de suprema pureza pueda entender; esto es real, no es el “campo de los sueños” ni la dualidad homosexual de un promiscuo paranoico; es la vida misma con sus máscaras del desastre, una diferencia que se pudre en el último lugar de la tierra.

— ¿Sabes quién anda matando a los niños por la noche? —, dice El Riñón, en un tono de burla, pero esta vez los niños lo oyen. Lamentable *shit* la que se vive detrás de la libertad; si no me equivoco, alguien saldrá herido, muy herido. Debajo de un edificio de bancos o al lado de cualquier autopista aparecerá el gemido de un impaciente y miserable ser lleno de muerte y colmillos.

Alma estúpida. Los niños no tienen nada que ver con nuestro precario pensamiento, los niños no tienen la culpa de que seamos unos asesinos, unos criminales, unos malnacidos, unos despreciables seres llenos de miedo, de armas, de hambre, de muerte. Ellos no saben el porqué de nuestra miseria, de nuestro mundo carcelero. ¡Los niños no, por favor! Los niños no conocen todavía la historia del horror humano, los niños todavía no han aprendido a matar.

— ¡No lo hagas, no lo hagas! Los niños deben vivir y ser felices, deben aprender a vivir, a sentir, a soñar: el único deber. ¿Por qué nos hemos olvidado de eso? Los espacios de los niños, los espacios de vida deben crecer, deben estar a la altura del cielo, sobre la tierra, jugar, cantar, volar sin necesidad de alas o motores; los niños, ellos no merecen esto, no merecen que este mundo los meta de cabeza en el horno de los decapitados, no merecen nada de lo que hacen los hombres. No creo que las cosas que hacemos tengan una causa que se justifique en estanques morales; es algo que, por sentido común, se hace, por innatismo, por estupidez, por la necedad del alma humana. La única conclusión que depara esta noche es esta: el alma es, sin misterio alguno, un fragmento de materia estúpida que jamás ha pensado en los niños. Alma egoísta, alma de hombre.

En Fosa nada tiene por qué mortificarte; es decir, todo te mortifica. Y ahora la mano de El Riñón ya se encuentra alrededor del cuello de Sara; tan hermosa, ahora la veo que enrojece de rabia y con cierto y mortificante dolor. Los niños se quedan aturcidos, atolondrados, boquiabiertos; sólo el pequeño Lucas logra desentumecerse y viene de inmediato a defender a su hermana, pero la enorme mano de El Riñón lo

levanta por el cuello, sin preocupación o consideración alguna; el pequeño suspira con espuma en la boca y unas lágrimas que corren despacio hacia la mano de El Riñón.

“Lucas, no te mueras tan rápido”, pienso, mientras veo que Víctor y Martín salen corriendo. “Corran, corran rápido, que no los alcance”. La verdad de la guerra consiste en saber que los héroes son unos verdaderos asesinos, como Aquiles, como Héctor, como el mismo Ulises; como los policías que encarcelaron a un joven poeta y lo mataron a bolillazos; como los que les disparan a estudiantes y a bachilleres desde Apaches camuflados de nubes; como los creyentes que rehabilitan “al pobre” por no rezar el Credo con utilidad; como nosotros que dejamos que se mueran los sueños, los niños, los osos, las dantas, los viejos.

Sara mira a El Riñón con verdadero odio, con verdadero rencor; las lágrimas acompañan su sentimiento, su expulsión sísmica, su experiencia de náusea.

Veo a mi derecha. Un ente de madera viene arrastrándose hacia mí en forma desesperada, tiene algo en la mano; me equivoco, sólo es sangre que a lo lejos parece madera. El mismo color y nadie se arrastra, sólo es la imagen móvil de un cuerpo inconsciente; es sólo el maldito miedo que siempre me invade en un traslado como este. Los ojos de Lucas vacían su brillo en la odiosa risa de El Riñón. La noche trae problemas, a veces inimaginables; no es sólo cosa de soplos o alientos o mucho menos de evocaciones políticas. Los ojos de un niño se evaporan mientras los demás seres de la noche sollozan de placer en lugares que cambian sus luces: en el mar, que sólo está a tres horas en bus, una profesora de biología, que tiene más de cuarenta años, ve el océano por primera vez.

— ¡Tú, Andrés, marica, risible!, ve por los otros — me dice El Riñón con soberbia y seriedad. — Yo voy a agujerear a esta tipa por un rato.

Lo que ocurre merece un título en una tragedia: el enano de los zapatotes. Soy una miserable escoria del mundo, como los vagabundos que se masturbaban debajo de los periódicos sucios para luego comer papel mojado. Me quito las penas del ojo y puedo sentir que mi corazón bombea sangre como una batería enfurecida. El teatro no puede simularlo: los ojos se preparan para matar. ¿Qué color es? ¿Cuál es la similitud con el cielo? ¿Qué acción tan excretable cometimos para hacer esto? ¿Hablamos de colores?

Flora me dijo una vez que el infierno no es algo de fuego ni de diablos, es algo de amor, demasiado mortal y bello, por eso tormentoso; un lugar parecido a los cuentos de romances imposibles, habitado por los amores que quieren vengarse, que quieren ver cómo te hundes en el infierno que te construyeron en Fosa. Nada parecido a esta

noche de orines sueltos, cuando la muerte parece cercana, insaciable, farandulera, anda por las calles en busca de modelos, de músicos sin talento, de naturalistas, sodomitas, criminales de bellos rostros, mujeres vampiro, taxistas promiscuos; pero esta noche no, pues hoy el plato principal de la muerte es la inocencia, la cara dulce de la vida, la sonrisita de varios niños. No se puede confiar en un puto par de payasos. ¿Por qué no entendieron eso los niños antes de embarcarse en esta insensible noche de muertes? Imagino el imperio de los tucanes, la semana santa de las aves, el vuelo, las alas, cosas vivas con alas, leyendas que vuelan, cosas llamadas a volar.

Debes tener el brazo fuerte para despedazar la inocente mirada de un ave; a veces, una pequeña hacha puede ser de utilidad, pero es una herramienta difícil de cargar. Resulta mucho mejor llevar escopetas o ametralladoras camufladas en uniformes de alguna brigada o escuadrón de policía. Recuerdo que de niño mataba pajaritos que se posaban en los árboles, me encaramaba a los capulíes a ver cómo se comían por poquitos los que les daban sus padres; luego me acercaba a los pequeños y los cogía del pescuecito con ternura; sus plumitas cafecitas las recuerdo todavía, tan suavecitas, con olor a capulí maduro, a aire, a libertad, plumitas que después quitaba una por una: les arrancaba el color despacito, despacito, pluma a pluma; los pajaritos sólo chillaban un par de veces, sus ojitos rojos y negros me miraban con inocencia, sus pupilas se dilataban y contraían de manera incesante; sentía que sus ojos me maldecían en lenguaje animal, maldecían mi alma, la ignorancia que circulaba por mi alma. Por eso les quitaba más y más plumas, a uno, a dos, a cuatro, a muchos pajaritos. La más estúpida de las razones. Después, les tomaba fotografías, les quitaba el poquito de aliento que les quedaba. Me demoraba toda una tarde encima del capulí, me comía los capulíes que estaban cerca de mí, luego me meaba desde arriba y podía escuchar cómo caía el chorrillo en el suelo. Las aves me temían; después de unos meses de horrendo frío, los pajaritos ya no picoteaban en los capulíes del pueblo; volaban un poco más hasta el pueblo vecino y dejaban que los capulíes maduros de mi pueblo cayeran solitos para estropearse en el suelo.

Pero nadie tiene la fuerza para desplumar aves tan grandes. Nadie, ni siquiera El Riñón. No, ya no, ya me cansé de este jodido modo de trabajar, trabajar y trabajar, de esclavos a triple esclavos; ya no seré su conejito, ni su objeto sexual, ya no dejaré que me dé órdenes. Debo buscar a los loritos. Debo ver el rastro de los orines de niño, debo (debo, debo, ¡nos embargan y continuamos debiendo!) seguir el consejo de Flora:

— Vete a la mierda, pues ni siquiera eres un hombre.

Anotación cinco: puedes subastar tu cuerpo, tu sexo, tu sexualidad, el himen o el semen, pero no puedes comprarte con las mercancías. ¿Ahora puedes entender de una vez por todas que tienes el alma invertida? No, todavía no podemos sentir lo único que nos mantiene vivos. Un radio que canta canciones para nebulosas ojeras de oro y nada y conjuraciones que viajan por el pico de una paloma. Puede ser que el tiempo del camaleón llene sus tetas con silicona. Por supuesto, la decisión, hasta ahora, nunca ha dependido de ti.

El malnacido de El Riñón está a punto de clavar su fastidioso cuchillo en el centro de la noche: Sara, de ojos casi rojos, se perfila a recibir el aturdimiento anestésico de un crimen penetrante; la acaricia como sólo El Riñón es capaz de hacerlo, la lame con injurias, le reprocha haber caído de manera tan fácil en sus pelotas:

— ¿Sí ves? Por eso no salgas tan de noche... y mucho menos tan hambrienta... tan buena... tan sexy.”

— Pero si está toda sucia, toda fea; ya no la lastimes, Yara...

— ¡Ni por el putas! ¡No lo digas! ¡No me digas así!

Algo semejante a minúsculas perforaciones en el estómago de la mujer tendida ahora en el llanito, puedo ver cómo sale rojo de la punta-cuchillo-brillante, rojo que brilla y baja; el metal no aparece, espeso a lo lejos; El Riñón contempla el deslizamiento del color; se persigna, al parecer, varias veces y se quita la narizota del mismo color que ahora tiene su cuchillo. Parece que quiere contemplar el rostro de Sara de frente, sin la máscara que eligió para hoy. La imbécil causa de un idiota, querer salvar a alguien y estar tan lejos, la inlograble satisfacción de un cobarde.

De repente, puedo ver una figura que golpea la cabeza de El Riñón con velocidad; el golpe hace que El Riñón se toque la peluca. Al parecer se rasca con delicadeza. Es una expresión cínica del panteísmo, de la sagrada Orden, no sé, pero los antiguos dioses al parecer están en todos lados: con un gran salto, un perro muerde el cuello caliente de El Riñón; el perro que vuelve, los colmillos y la muerte como retorno; en ese instante, Lucas aparece de entre las sombras y hace el deseado sacrificio.

— ¡Tomá, para que sigas hablando *shit!* —, dice Lucas, con aguadas palabras Lucas.

— ¡Hola, hola!, pero si es el pequeñín que quiere más globitos —, dice El Riñón, a la vez que con una mano trata de liberarse de la mordedura del perro, mientras con la otra, irónica, saluda rascándose la cabeza.

— Vos, maldito, ¿qué le hiciste a Sara?...

— Con eso no vas a acabar conmigo... ni creas que eso será suficiente...

El Riñón tartamudea algo imperceptible y mira su mano. Entonces, sucede algo extraño: El Riñón suelta su cuchillo, cae de rodillas y ve a Lucas, que muestra una débil sonrisa de entretenimiento televisivo.

— ¡Tú! ¡Pedacito! ¡Alegría celestial! ... ¡Mierda, mierdita! ¡Qué bien!... ¿Así que... el perro era tuyo? Sabía que ese animal me odiaba... lo has hecho vos, y ese perro marica... matarme en este parque... Fosa es toda tuya... ¡ja!... y de tu animal... ¡Bien hecho!... pequeños maricas... todas las gallinitas de este pueblo sabrán que por fin se deshicieron de mí... pero ten cuidado... mataste a un empleado del gobierno... mataste al mejor —, tose, — ... los buscarán...

La carita de Lucas se enfurece y corre hacia El Riñón, que todavía está de rodillas contemplando el hocico del perro con incredulidad. Lucas saca con fuerza el cuchillito clavado en la peluca de El Riñón, grita con miedo, algo de canibalismo y debilidad, para insertar de nuevo la punta del cuchillito ahora al otro lado de la cabeza del payaso; lo repite un par de veces, grita, establece un nuevo grito y una nueva inserción del cuchillito. Flit. Flit. Flit. ¿Hace música o ritornelo? Una soberbia *shit*, que el nihilismo no podría entender.

Un apagón detiene la violenta expresión defensiva de la inocencia de Lucas. El parque ahora es insano y oscuro; sólo los inacabados gritos de Lucas tienen algo de eco. Hortaliza, ahora y siempre en una probabilidad científica: es ciencia, es factible de investigación y de las ciencias antropológicas y forenses (está por ahí la sentencia “no científica”, ¿no?). En el suelo gime Sara, con dolor y sangre en la boca; tose un poco y trata de hablar, pero la sangre en su boca se lo impide; sigue tosiendo, escupe con dificultad, gime, llora. Seca su llanto. Balbucea palabritas parecidas a espacios blancos de fortuna:

— ¡Para que vayas sanito al infierno, maldito payaso! Pensabas que seguirías haciendo *shit* a la gente del parque. Te vas muerto y sonriente, payaso del gobierno. Bastardo; la SS me envió, embustero... yo... ¡Señor nuestro, escúchame, yo maté al Kinde! ¡Yo soy el mejor!

La caricia tibia de la sangre baja por la frente maquillada de El Riñón, que todavía parece tener esa sonrisa insolente y desgraciada, pero, insoluble y carcajeado, el espacio está muy oscuro, así que no puedo ver los hechos con claridad.

Narrador cieguito: habrá que conseguir gafas Ray-Ban y una camioneta roja que te ubique en los parques para pedir limosna. Narrador confundido: como Héctor Lavoe

embalado de cocaína que se tira desde una ventana. Narrador puro: pesimista inalcanzable que grita: ¡amo la ciencia! y luego toma en su casita leche deslactosada y se limpia la cosita con papel higiénico perfumado con estampas de perritos y elefantes. Aunque... parece que alguien grita junto a Lucas. Sí, son otras voces, idénticas en violencia, parecidas en llanto. Son los hermanitos de Sara. Parecen voces de cachorros hambrientos. Perros y niños gruñen entre las intensidades de oscuro pelaje para encontrar el soplo de verdadera e irremediable noche; chuzan el cuerpo de El Riñón innumerables veces; muerden, orinan y cantan peor que cualquier pesado esclavo o vendedor de “ellos” en libros de Melanie Klein; gruñen y apuñalan el cuerpo con básicos ejemplos de claridad neurológica.

Perro incapaz e inútil: *Helter Skelter* en la nevera y, en seguida, idolatría religiosa, paseítos en bicicleta. Perro sin herencia: sin hogar o parricidio, neutral como piojo. Perro dogma: que tiene enormes hemorroides y no quiere utilizar sábila. Nada pasa ni ha pasado porque la historia, ya lo sabes, se dinamiza constante y con injurias en los pabellones de la imagen. Pero el cuento es otro; los niños no son para nada unos imbéciles, mucho menos los perros; tenían planeado todo, todo, todo, lo tenían clarificado a partir de un método diferente, más jodido; sí, el mausoleo de los héroes sólo será de ellos.

Latido rotundo: expresión idiota de un bebé que ama a sus hermanos, que en complicidad con los perros de la calle sobrevive aun hasta con hambre, pero aquí en el parque de Fosa, arrojado de manera cursi, arrastrado en el mundo de las rameras baratas y los purismos, sigo convencido de que soy un cachorrito que oye el infantil sonido de una guitarrita desafinada, pequeño pendiente como lavandera de lo que no me importa, mía, la baba sola y ajena a mí. Las acciones parecen irremediables, pero sí, queridos señores del papado, de la alcaldía, de la presidencia, de las aspirinas y las sodas, sí, sí, a los perros como a los niños les adiestran el alma; lo que el estudioso Walter Bautista, embutido intelectual, en sus monografías y cigarrillos de multinacional, no supo decidir: ¿o alma o ganas de cagar? La perdición de leer sentado. ¿Qué quiere? Perritos entrenados que muerden el hambre de los parques.

Dos sesiones en una (el terreno aéreo)

— Todos tienen cara de jíbaro en este lugar. Y ese término tiene más de diez significados; yo necesito al noveno, al *dealer*.

— Parece que no está, momia; parece que no va a estar.

— ¿A quién buscan? ¿A la nenita tromponcita?

— Y, como dije, todos parecen *dealers* de cualquier clase de producto; pero la hembrita comerciante no parece estar. Mi jibarita, mi jibarita.

— ¿La tromponcita que vende? Tal vez se encuentre revolcándose en la inmunda lactancia de la tristeza, con otro antílope de la misma clase; primera clase comercial, es una perra.

— No hable así, Nina. Usted tan bonita debería tener cuidado con esas palabras; debería pensar con las manos, en un bosque, quizás...

— No, Saxon, no me diga cómo hablar; todos los putas hombres, antes de venirse dentro de las nenas la primera vez deberían pensar, pensar; intentarlo, aunque sea. Ahí la magia no existe, excepto por lo que se viene.

— En Fosa, casi todos somos hijos de la primera relación sexual; casi, casi.

— Es muy fácil decir eso, momia; con tantos guaguas, sólo es posible la hambruna en masa. El trago de contrabando no lo calma todo.

— Sexo, loco Saxon y Andrés, como lo ven en televisión; sexo y vente adentro, vente adentro. Culea y vente. Demasiado fácil. Y negar toda satisfacción es la esencia de la resistencia; léanse el Fausto para que lo entiendan. Me resistes, me hablas, me llamas, me clavas, me sumerges, me lo haces, me gusta, despacito, me gusta, me besa, lo metes, una vez, todo, sí, todo, me gusta, sí, la baba, la injuria, la hondura, me gusta. No estás. Nena, nena, nena, nena...

— Ya, mi bella Nina, no se enfade, no se enfade.

— No, fresco, loquito, fresco; ¿quiere un besito?

— ¡Bueno!

—Pero, dígame que soy bella.

— Eres fuego, Nina, eres la más bella.

— Sí; no te vayas a alojar, Nina; no te vayas a alojar acá... Laguna, una palabra con varios significados; me quedo con el tercero: un lugar donde se puede conseguir humo ilegal, explosivo y oriental, yerba de la Sierra Nevada, de los montes, montes, coca del Norte y base del Occidente...

— Cambiando de tema, ¿si pilló?, momia, en la ruta, el parquecito que hizo el gil del ex-alcalde: en este invirtieron mil millones; dos meses llevó y la escultura abstracta, hecha por un artista de no sé qué parte del mundo europeo, ya la destruyeron; los niños lo hicieron, niños de escuela. Dejan una escultura al alcance de los niños y la hacen con materiales que ni la lluvia resisten. Es una mierda el arte importado, pura *bull shit*.

— Por eso, mis muchachitos, los baretos suben diariamente de precio, ¿no creen?

— Tiene razón, Nina, guagua linda, tiene razón.

— Jibarita, jibarita, ¿dónde estarás, dónde estarás?, no te veo, no te veo.

— Escuchen, mis guaguas; escuchen, les cuento algo; para quienes no sabían, para los bruticos y tapados, como aquí la momia del Van Halen, ya sé dónde se clavaron a la niña Jose: en el antiguo Chorro.

— ¿Quién, quién? — pregunta Nina, cuando enciende una papa hecha pipa.

— Hasta por detrás debieron darle —responde el loco Saxon, — el mismito actor del homicidio de la niña Jose. ¿Quién le daría después?

— ¿Cuál niña Jose, la estatua que le falta como emblema a Fosa? —, dice Nina, soltando el humo como una locomotora; — ¿dizque la mujer más hermosa de la historia de Fosa? No creo.

— No es para tanto — digo, cuando recibo la papa de las manos cálidas de Nina; — fue hermosa, debió serlo, aunque raro lo que hicieron con ella.

— ¿Qué, qué? —, pregunta de nuevo Nina, con sus ojos brillando por el anhelo de oír una respuesta de leyenda; — decime, Andrés; ¿qué le hicieron a la Jose?, decime.

Nina me jala del brazo con gracia y fuerza, me hace mover la cabeza e intercalo la mirada con el cielo y el suelo a la vez; fumo, luego Nina me quita la papa. El loco Saxon tararea algo de Deep Purple: *Sail away*. Buen tema.

— El Van Halen no sabe nada — responde el loco Saxon con una risita de niña mojugata o de muchachito come mocos; — ese te está mintiendo, Nina; ese no sabe nadita, nadita. Mi Nina bella, créame, ¿sí?; ese no sabe nadita, nadita, de lo que dice.

— ¡Bueno, bueno! — digo en tono de burla. — En realidad, no le “hicieron” nada; es que antes, con el viejo Chuck, leímos por ahí, especulando no más, que los patriarcas de la época la ofrecieron como regalito sexual para el señor Libertador, y que él mismo aceptó a cambio de que lo hicieran atravesando lo que antes era una laguna cercada de totoras, El Chorro, que dice el loco Saxon.

— ¡¿En serio?! — exclama Nina, con algo de sorpresa y dulce fiesta en su sonrisa, que expulsa humo azul hacia el aire; unos pájaros se apartan.

— Usted que le cree al Van Halen; Nina, no le crea; estico ni siquiera lee; leerá el gil del Chuck, por eso huele a libro mojado, pero estico siempre habla de cosas que no sabe; nada sabe, nada sabe esta ñanguita.

— No, es cierto, es cierto; la ofrecieron casi como un regalito para la noche; casi como una puta, entregada en un acto honorable, claro. Todavía estaba en ese tiempo El Chorro lleno de agua, y dicen que el Libertador cruzó el lago de lado a lado sólo para clavarse a la nena. Que la llevó a una islita llena de totoras y allí se la comió, en un ritual masón o algo así.

— Si en ese tiempo estaba El Chorro llenito de chapil, debió bebérselo todo el ejército del Libertador, ¿sí o qué?; debieron quedar chumadotes y dormidos —dice el loco Saxon con risa entre dientes.

— ¿Se imaginan cómo quedaría el nombre de la Jose o los comentarios que este jodido pueblo chismoso haría de la Jose? —, dice Nina con cierta preocupación; — de puta no la rebajaron, eso es seguro, y el Libertador, ¡qué grosero!: lo hubiera hecho sin que todo el pueblo se enterara, sin ritual, ni nada de esas pendejadas masónicas, con lo chismoso que este puta pueblo es.

En ese momento, por el sendero de atrás, Vaho del Aire, poeta y carroñero, que se hizo decolorar los bigotes para aparentar los de Charly García, aparece con bufanda de lana anaranjada y negra, nos mira con cierta rabia, con esas mochilitas que venden con la imagen de la Virgen atravesada en el pecho; se acerca a nosotros con mirada de mujer asesina, se levanta las mangas de su chaqueta de colores ácidos, y el bigotudo intelectual nos dice:

— Por favor, jovencitos, no me hagan malas interpretaciones sobre el patrón Libertador; no me hagan malas interpretaciones, ¡¿sí?!; no quiero que confundan la

historia, ni mucho menos la fama del prócer de nuestra liberación y ejemplo y fuerte de toda Fosa. Por favor, no quiero que se lo confunda con algo falso; él es el Libertador y, sea lo que sea que haya leído usted, él es el Libertador, por eso puede coger o se puede acostar con quien él quiera y en cualquier lugar. La libertad es su causa y ejemplo, y de nadie más. Él puede y podrá hacer lo que se le dé la gana, él es el Libertador. No joden a nadie por eso, y ahora van a joder a un héroe muerto. ¿Sí?, y mejor se callan o vamos a tener problemas, serios problemas.

Siete macancanes aparecen inmediatamente después de que el Vaho del Aire termina de proferir su discursito; uno de ellos es el hijo del locutor de la verdad; el hombre se arregla la bufanda. Nina, arrugando el entrecejo, le habla con algo de sátira y brusquedad:

— ¿Qué, quieren tropelear, o qué?, niñitas feas; ¿qué, qué quieren; a ver, qué quieren? Mariquitas, niñas cobardes.

— Mejor cálmese, señorita — dice el hijo del locutor de la verdad tratando de burlarse o de menospreciar a Nina; tiene una camiseta del equipo de fútbol del Valle; — esa renuencia derechista es sospechosa, como para acusarla ante la SS; mejor quédese calladita.

— Sí, perrita; quédese calladita —repite otro intelectual, que se ubica atrás del de bigotes decolorados, que parece enfurecerse más.

— Se van a callar, perrita conservadora; su refugio es la incapacidad — dice Vaho del Aire.

— ¿Ves?, ¿si ves loco? Este hijueputa, a mí, no me va a venir a encarar ni a decirme... y que “conservadora” —, dice Nina, en el momento imprevisto en que le conecta una de sus rodillas a las gónadas del chico de bigotes. ¡Clun! Vaho del Aire lo siente en toda el alma de los huevos. El hombre da unos pasos hacia atrás. Quienes acompañan al golpeadito en los testículos se activan, cierran sus puños y vienen hacia Nina, con la intención de romper algo de su cuerpito.

— No, no nos comportemos como champañas abiertas — exclamo, sin saber lo que pasará; — si nos vamos a picar directamente, no toquemos a la nena. Démonos sólo entre nosotros.

— ¡Ni mierda! — habla un intelectual, con gorra blanca, mientras intenta golpear a Nina.

Chispas que repelen el acto. Hay una división.

— ¡A ver, a ver! —, interviene oportunamente el loco Saxon, con *su* machetico de confianza; — a ver, a ver, mis guatas, mis jodidas sinvergüenzas; eche para allá mi cuche, eche para allá, eche para allá, no se haga dañar esa cabeza; poeta es que sos, ¿no?, ¿poeta?, ¿poeta?, eche para allá.

El loco Saxon saca chispitas en el viento mientras los siete macancanes y el Vaho del Aire retroceden. Los cuerpos disgustados van retrocediendo poco a poco y entre puteadas se retiran; al parecer las chispas del machete fueron demasiado para ellos. Se alejan con unas últimas puteadas.

— La alegría es la paranoia de toda convicción — dice Nina, casi sonriendo.

— Si ven, mis guaguas —, nos habla el loco Saxon, al ver cómo se aleja el grupito de hombres; — parece que toda esa gente, emocionada por el origen ideológico, sólo se prepara en vida para pelear contra el sabor a otra palabra. ¡Ay, ay, ay!, la gente de varios partidos, partidarios, partidistas, camisetas, banderas, colores de la muerte obligada, tatay esa *shit*.

En el lugar todos hablan del puto machete de Saxon; el régimen los hace desear un artefacto igual para que funcionen bien las soluciones diarias: izquierda, derecha, centro, tal equipo, este no, este sí, “el del alma”. Todo sigue igual; ninguno de ellos mira hacia el interior, hacia los huecos de cada quien.

“Heavy lacrimógeno” en el fin de siglo

La radio transmite consumos en frecuencias: “...se presume que hoy, 20 de diciembre, el gurú de la cábala, Henry Comfrey, se encuentra en la capital colombiana y ofrecerá una conferencia sobre el año 2012 y el fin del mundo. Se espera que los interesados en la filosofía, la religión y el tema del apocalipsis, se congreguen esta tarde en el auditorio del Museo Internacional a las 4 pm... entre otras cosas, al contrario, al reverso, los esperamos esta tarde, con nuestra presentadora Dorita Klausman, desde Fosa, con “el cielo de las nubes verdes”, recuerden, “el cielo de las nubes verdes” con Dorita Klausman; mientras tanto, se vive una tarde soleada, bella y calurosa en Cuba por la visita del Papa... carisma, esperanzas, humildad y cambios son los centelleantes deseos del Papa en sus oraciones por el pueblo cubano...”

— IDEA PURA: un cuarto grande donde los amigos de la sabiduría se reúnen para designar la canción del cerdo mediante metodologías objetivas. ¡Denuncie! ¡Denuncie!: yo ya no creo en eso, rector.

— ¡Claro, claro!, pero tenga en cuenta que, para los artistas de pelo largo, existe otro salón: el Calabozo del Ch..., un pedacito de ruinas modificadas a placer por el antiguo régimen liberal, reubicadas por el alcalde y por el obispo, que todavía conserva ese carisma de los europeos, pero de esos europeos regionales y nazis, canosos, con pipa y anteojos para auscultar, como docto experimentado, los nombres que en la tarde matarán o condenarán al arriendo. Pero no nos salgamos del tema aún, airoso y frenético; el tema nunca es fundamento de algo, persiste, se envuelve, toca, se cierra, vuelve a persistir. Como una disentería por gaseosa negra y alcoholes, ¿me entiende?, que luego te obligan a defecar en las proximidades de un baño conocido.

— Mi familia no tiene casa arrendada.

— ¡Qué! ¿No me está entendiendo? ¡Qué bien, qué bien!, tener casa en este tiempo apocalíptico es como tener salvación. Dígame... ¿sí sabía usted que El Calabozo del Ch... es la vivienda que no se cansa de servir de hogar a muchas obras inútiles y depreciadas y es también una dependencia lógico-religiosa del CETRES? Aunque según el famoso científico, el doctor Walter Bautista, ninguna de esas obras podría llamarse “lógica” entre la paupérrima arquitectura de la teoría regional. Es obvio para una persona como usted percatarse de que se necesitan más avances de la ciencia y la

tecnología, llamadas a doctores, investigación científica, memorias de los procesos, arranques de los motores, negación de telepatías, descubrimiento de timos, militantes de la horda antifascista, el informático, el investigador, el entrenador de instrumentos, el ingeniero, el médico, el abogado, el juez, el personero... a esos los necesita Fosa para cambiar.

— No sé, algo me parece raro ahí... entre tanta ciencia y esas vainas de “timos” y comprobadores de mitos, los que usted nombra, todos esos caballos gastan recursos y plata que se necesita por acá, como toda plata, plata de nadie. Y la casa era de mi abuelo, que ya se murió; se la robó en las revueltas de las empresas captadoras de dinero, hace algunos años. Ahora es mía y de mi esposa. Ya no presto atención a los dineros malgastados en programas de televisión.

— Pensé que era suya; como tiene ese vehículo tan lujoso.... Aunque, resolviendo el asunto, mi estimado señor, he venido a mencionarle, con todo respeto, señor Ignacio... sin más rodeos..., ya no podemos dejar que su hijo siga con nosotros en el colegio; ya no, ¡lo siento!

— Ya sabía que eso que decía era una total mentira. Hacerme venir desde el nevado de Cumbal sólo para decirme eso. Y mi carrito no es lujoso, simplemente me gusta tenerlo limpio.

En la radio se oye: “... ahora, los dejamos con esta canción de Los Nocheros, disfrútenla”.

El especialista Tobías F. Chamorro, rector del afamado Colegio Ambrose Victorino Morris Enríquez, mastica tabaco en pasta mientras analiza con profundidad los actos del otro señor cuando recibe el discurso; arruga con innegable fiereza la frente brillante, su cabeza refleja cierto brillo en el escritorio oscuro. Al otro sujeto, la canción que suena en la radio, al parecer, le ha producido cierta rebelión económica:

— Tenga usted en cuenta los bonos extras que le he dado al colegio.

Abajo, jugueteando con la mano derecha, cruzado de piernas, con los zapatos lustrados, el rector replica:

— Señor Sanshi, nadie como yo sabe sobre los problemas inherentes al espíritu humano; sepa usted que, antes de ser educador, me dedicada de lleno al sagrado suplicio del camino de Jesucristo, nuestro Señor. La batalla contra la mundanidad era con el mismo demonio de mi interior, con la conciencia humana de los placeres inmediatos. El espíritu es fuerte; hay que hablarle en latín; pero su hijo, señor

Sanshi... para él, el latín “sólo lo entienden las focas”, y el templo de nuestro Señor es un “mal Ibuprofeno”; dígame, señor Sanshi, ¿qué opina sobre eso?

— Pues, mi hijo... cierto es que piensa eso... en realidad, por eso pago esta pensión mensual tan costosa, para que me ayuden a saber qué es lo que él piensa... algo... mejor... señor rector... cuénteme por qué abandonó usted el sagrado camino de Dios — dice Sanshi, mientras le prende fuego al cigarrillo que había sacado de uno de los bolsillos de su gabán negro. — ¿Desde cuándo está en la famosa y ruda Sociedad Etflica de Fosa?

Con una sonrisa mediocre, el señor Chamorro le responde:

— El camino de nuestro Señor lo dejé porque me sentí ineficaz en ese camino. Me venció mi humanidad. Mi preocupación por la juventud, por hacer de nuestros hijos el correcto remanente del Señor. Pensé, en ese entonces, en la Sociedad Etflica, y pienso todavía, que mi fuerte y agraciado espíritu es el indicado para realizar esta labor tan dura. La juventud es mi tesoro. La Sociedad Etflica es sólo una herramienta para vencer la parte pagana que circula por Fosa.

— ¿Como la SS? —, dice Sanshi, exhalando con paciencia el humo del cigarrillo, — digo, ¿una herramienta?; en definitiva, no pudo entregarle su alma a nuestro Señor. A mí también me parece un camino de mucha disciplina; la SS, la Sociedad Etflica, todo eso me parece de mucha disciplina. Una noticia sobre las almas no se entiende de inmediato.

— Puede ser; sin embargo, me siento feliz con mi decisión, aunque los objetivos de la SS son muy diferentes a los de la Sociedad Etflica; con su ayuda, con las adulaciones de todos los miembros conscientes e inconscientes, en ese transitar he corregido en mí, y en todos los niños que entran a esta institución, toda, pero toda la parte pagana. He corregido toda esa inútil convicción; sobre todo esa fracción demonólatra del indigenismo anterior, que tanta herejía transmitía a nuestra juventud.

— Hablando, entonces, señor rector, de mi hijo Yaraví, ¿no pudo entregarle su alma al colegio; él es de los demonólatras que usted dice? Él me ha dicho que... todavía le prohíben dibujar o escribir poesías... incluso que le prohíben leer a autores clásicos, como el marqués de Sade; incluso se reprime la lectura de autores tan clásicos como Nicanor Parra o Nietzsche. Parece como si ellos nunca hubieran existido o escrito, como si algo dentro de estos colegios los quisiera borrar, censurar, o algo parecido. ¿Eso pasa siempre en Fosa?

— No hablemos de metafísica o de literatura, señor Sanshi; en su debido tiempo, me sentí a gusto al conversar con usted sobre mis particularidades, pero ahora sostengo que se ha propiciado un declive en nuestro argumento. Estamos en el terreno en el que me capacité; la educación déjesela a los capacitados, esta institución forma en los valores humanos de la exprovincia; debe de sentirse satisfecho con eso. Además, en ningún reporte de disciplina se trata de “lo que piensan los estudiantes”, sino de los actos, las acciones, la justicia, que han hecho. Eso debe saberlo como padre de familia, las acciones prevalecen antes que la imaginación o los pensamientos.

— ¿Actos? ¿Pensamientos? ¿No es así, entonces? Mi hijo me ha dicho con sinceridad que... la profesora de filosofía... de una asignatura tan importante para el desarrollo de este pueblo... filosofía, escuche rector, le estoy hablando en serio...

— Lo escucho, señor Sanshi.

— Que esa señora, les ha prohibido tajantemente leer el Zaratustra, porque se podrían convertir en seres que viven debajo de los puentes, contrabandistas, taxistas bazuqueros... o algo peor.

— ¿Su hijo, sincero? No, no es así; su hijo miente de manera descarada, es hábil en eso. Le recomiendo que trate de conocer bien los actos de su hijo; ahí está la sinceridad humana, en los actos del hombre. Por otro lado, el Manual de Convivencia del colegio es muy ecuánime, señor. Todas las expresiones del pensamiento son bienvenidas. Y usted muy bien entiende la importancia de dar cabida a lo estipulado en el Manual; le cito la línea que... en el Capítulo seis, de las faltas gravísimas, dice: “No se podrá asistir a clase bajo efectos de alcohol u otras sustancias sicotrópicas”.

— Pero, señor rector, mi hijo no estaba borracho o no había consumido eso que usted dice. Simplemente leyó un fragmento de una obra literaria... pues, ¿qué tiene de diabólico eso?

El rector se rasca la nariz.

— Le sigo citando: en conjunto con otros “problemitas” del Grado Décimo, su hijo cometió otra falta gravísima: agredir a los docentes, trabajadores y estudiantes de la Institución. ¿Usted sabe lo que eso indica, señor Sanshi?

— Entonces, fue en ese orden. Rechazo de pensamiento y violencia, puño y pata de los vigilantes. Ante eso, tenga en cuenta que no fue una agresión física, sino verbal. A nadie le gustaría que le digan: “loco”, “puta drogo” o “drogado cabrón”, por compartir la lectura de una novela.

— ¡Eso no es una novela, no es nada! ¡La literatura contemporánea no es nada! Ya pronto tiene que salir del currículo del Ministerio; la literatura sólo nos sirve para comparar ortografía. Además, señor Sanshi, hemos sido muy pacientes con su hijo. Sabrá bien que en estos cuatro años le hemos soportado todo: su alevosía, su grosería, su pelo largo, sus grafitis, sus pinturas obscenas; sobre todo, su música satánica y todas esas ridiculeces de malandro, todos esos atributos del modernismo que acaba con los espíritus de nuestra sociedad. Todo eso le hemos soportado. Todo eso.

— ¿Le puedo preguntar algo?

— Sí, dígame.

— ¿Usted tiene hijos?

— Esto no viene al caso, señor Sanshi... pero, sí; tengo un hijo, Tobías; debe estar en casa. Está impetuoso por viajar fuera del país, a estudiar algo de sistemas.

— ¿Y... usted cree... que todo en él... va por buen lado?

—Evidentemente. Tobías puede ser algo enamorado, pero fue el más inteligente de su clase... todo lo contrario a su hijo, Yaraví, que tiene todos los aspectos malvados del mundo.

— No le creo. Él es un buen guagua; puede ser algo caballo, pero es un buen guagua. Allá en la casa nos damos cuenta. ¿Ha leído lo que escribe? Lo soportará el Calabozo del Ch...; pero ustedes no hacen nada; ni siquiera con las cuotas tan elevadas de la mensualidad escolar, que en realidad son cuotas altas, altas.

Con esta imagen, el rector se pone de pie y, con las manos sobre el escritorio, exige con voz enérgica y patética:

— ¡Señor Sanshi! No le permitiré que interfiera con la institucionalidad del colegio; la deuda escolar es lo que está liberando a la educación de los sabotajes intelectuales y de las ideologías fascistas. Este es el futuro para todos estos civiles. Pregúntese cómo sería el mundo si no hubiera préstamos y créditos para que nuestros hijos estudien.

Se hace un silencio incómodo entre los dos interlocutores. El radio lo aprovecha con cierta interferencia: "...apagón general mañana viernes, 21 de diciembre, desde las cinco de la mañana; la empresa eléctrica de Fosa hará mantenimiento de la fuente en la sede central; se espera que el servicio de energía regrese a las siete de la noche... En otras noticias, se anuncia convocatoria para proveer de empleo a los habitantes de Fosa y de toda la exprovincia: atención mecánicos, barrenderos, lavadores de carros,

cortadores de madera, lijadores, obreros de la construcción y recicladores, se requiere un solo empleado por cada una de las labores antes mencionadas”.

Chamorro abre un cajón de su escritorio, saca una botella de *Blue Label, made in U. K.*; acto seguido, en su mano izquierda, aparecen dos vasos, una jarra con hielo, unas pinzas de aluminio y dos limones.

— ¿Le apetece un güisqui con hielo? —pregunta, mientras suspira por el rincón agudo de su ano intoxicado. Discúlpeme, pero necesito evacuar un aire liviano; no hay problema con eso, ¿verdad, señor Sanshi?

El sonido no lo disimula para nada; ha sido una ventosidad casi visible y sonora, que se retrae de la más insana ansiedad, se purifica, se comparte, mueve hasta el humo del cigarrillo.

— No, me gusta seco —responde Ignacio Sanshi, quien mira de reojo los morados labios de Chamorro; — pero eso que hace es algo vergonzoso.

— Créame, la vergüenza es algo desconocido para muchas personas, mucho más acá en Fosa; por tanto, excúseme por lo anterior; señor Sanshi, el Consejo Directivo, la Junta de padres de familia y las directivas, asesorados por un colegiado externo, tomaron la decisión, como procedimiento de la acción re-educativa, de negarle EN DEFINITIVA la matrícula a su hijo. Yaraví no volverá al Morris Enríquez — dice el rector. En la radio se oye: “...noticias nacionales... se está investigando cuál sería el animal que causó el accidente aéreo; se presume que fue un gallinazo o una garza. Los cadáveres están siendo recogidos en el mar por los cuerpos de rescate...”.

Beben. Chamorro mira los ojos de Sanshi y trata de oprimirlos desde el alma. Luego, le sirve otro trago, aunque lo maldice en silencio:

— ¿Seco?

Le ofrece el vasito, perdido en el humo azulado y en la oscuridad de la oficina. Sanshi sopla un ligero toque de humo, recibe el trago, sopla con fuerza encima del trago antes de beberlo, y adelante. Mientras baja el brazo, Sanshi piensa: “¿Será que este viejo loco quiere más plata?” Las cosas parecen refrescarse con el trago; el humo en movimiento se calma en la atmósfera, al aire lo mueven las exhalaciones de Sanshi, que, a propósito, dice:

—Señor Chamorro, ¿le parece si enciendo otro cigarrillo?

El rector parece asentir con la cabeza. Baja las manos y busca algo en los bolsillos del pantalón caqui.

— ¿Me disculparía usted un instante, señor Sanshi? —, dice, sorbiendo algunos mocos de la nariz. Arrastra un poco hacia atrás su silla y se levanta con cierta serenidad en la sonrisa:

— Iré al baño; discúlpeme por un momentico, señor Sanshi.

Sanshi observa cómo la alfombra no retiene las huellas del rector, que se retira hasta una puerta contigua, ocre, sin nada que la distinga de la oscuridad; cierra y pone el seguro. “Es casi un fantasma”, piensa Sanshi, mientras observa con curiosidad la oficina. Ya son cuatro veces las que ha estado aquí, en la misma condición: disciplina, academia, valores institucionales, con la suerte de oscuridad agradable para un discípulo de la teología evangelista. Encima del escritorio resalta una fotografía de Chamorro con el actual alcalde y el obispo; los tres sonrían, como si invitaran al desafío. Al lado de esa fotografía hay un óleo del anterior Papa, con su sonrisita angelical y su enorme joroba hecha de pecados humanos. Arriba, otro óleo, dividido en dos por una línea de oscuridad; parece un militar angloamericano. “Lleva... ¿tapabocas?... ese símbolo... parece un... antiguo soldado de la SS”, murmura Sanshi, apretando los pies uno contra el otro. La tos de Chamorro tras de la puerta interrumpe la visión de Sanshi. Tose varias veces. En el baño parpadean, desde los ojos de Chamorro, sustancias prohibidas, pruebas de orina, órdenes de laboratorio.

En seguida, sale Chamorro con un aroma a desinfectante, ladrillo, ácido clorhídrico y colonia. Se limpia un poco los labios. En la radio, ahora dicen: “...el párroco de... un pueblito de Risaralda fue condenado a doce años de prisión por el asesinato de su esposa y de su hija... el *stress* de su relación, un embarazo no deseado con otra mujer y su oficio como sacerdote fueron las causantes del crimen...”. Chamorro se sienta otra vez ante su escritorio y, algo sonriente y con arrogancia en la saliva morada de sus labios, pregunta:

— ¿Usted recuerda por qué cerraron la frontera con el *otro país*? —, tose un poco más y un poco de humo gris-amarillento se le escapa de la boca; es un sapo amarillo el que croa en sus labios.

—Lo recuerdo bien; creo que fue porque el presidente de ese entonces formó toda una bronca con el presidente de allá.

—Tiene razón, pero no es del todo así. La verdad es que el expresidente formó un ejército narcoinsurgente para dar cacería a los jefes de otro grupo, de los mismos, que se presumía estaban en territorios de la frontera. Los persiguió, los localizó, acabó con todos, se acabó el conflicto. Dos meses de supuesta paz y, después, llegamos a esto. Conflictos diplomáticos, sobre-abusos de poder central y municipal,

ordenamientos territoriales absurdos, corrupción política extrema, privatización de las estructuras, implantación de reservas nucleares para países poderosos, más de cien bases militares extranjeras, prostíbulos, maleantes, ladrones, armas en cada familia, hijos bastardos por doquier...

— ¿A qué viene todo eso?

— Le estoy diciendo, señor Sanshi, que la educación funcional y utilitarista del Morris Enríquez, en este cordón de violencia, es el único lujo que tiene esta sociedad.

— ¿Y... es necesario mantener esta matanza intelectual?... ¿o qué?

— Tal vez no logré explicarme bien... señor Sanshi, no me malinterprete; lo que trato de insinuarle es lo siguiente... el problema es de cada persona; no es ni del país, ni del contexto, es de cada persona, del espíritu de cada quien... hasta los locos o rayados tienen un lugar en el mundo; claro, siempre y cuando, con mucho fastidio lo digo, señor Sanshi, sus padres puedan pagar por eso.

— Pues, sea claro, señor rector.

— Usted sabe, es algo de suprema importancia...

— Dígame lo que necesita. Sea claro.

— No quisiera serlo; siento algo de vergüenza.

— Dígame, señor rector, qué es lo que necesita para que mi hijo disfrute de su derecho a la educación. Sea claro.

— Está bien, señor Sanshi... quiero que me siga trayendo esa excelente base de coca; es un excelente producto, con el que se hace el mejor *crack* del mundo. Cada mes, por favor, señor Sanshi, cada mes. Así, y creo que, sólo así, le daremos una solución al inconveniente que se ha presentado con su hijo.

— Y... ¿cuánto quiere cada mes?

— 300 gramos, a partir de ahora mismo.

— Ya no siento vergüenza ahora.

— He dicho lo que tenía que decir.

— Ha dicho *crack*, ¿por qué no dijo bazuco?

— No hace falta, usted me entiende, además *crack*, suena algo decente.

— Quizás de otra parte. Entonces, teniendo en cuenta eso, usted me garantiza que mi hijo se graduará sin ninguna complicación.

— ¡Obvio! Eso sí, habrá que efectuar algunas correcciones académicas, disciplinarias y terapéuticas para su hijo. Tendremos que ser mucho más rigurosos con él. Lo recomendaré con la SS.

— ¿Le parece prudente envolverlo en ese mundo?

— Ya le dije; a pesar de que su hijo sea un problema, un antisocial, a pesar de que la realidad sea así como es, aún hay lugar para él en la SS; combate, actuación y modelaje, son las artes requeridas para este tiempo.

— Entonces, no hay nada más que hablar, me retiro. Aquí está el primer encargo.

— Empezaré con el saneamiento de su hijo desde hoy. Hablaré de inmediato con el CETRES; ¿cuento con su aprobación?

— No le diga nada de esto a María Dolores; ella odia todo lo que tenga que ver con el CETRES y la SS.

— Tranquilo, señor Sanshi; su esposa no sabrá nada, tiene mi palabra. Antes de que se vaya recuerde esto: *Algunas naturalezas no tienen otra elección que ser criminales públicos o víctimas secretas*. Debe saber quién lo dijo.

Sanshi no dice nada; en su lugar, saca del bolsillo izquierdo de su gabán un paquete envuelto en cinta aislante amarilla, lo pone sobre el escritorio y, sin despedirse o darle la mano al rector, sale de la oficina. El olor que acompañaba al rector cuando salió del cuarto que se oculta con la puerta ocre se percibe con discreción desde el paquete. Chamorro respira hondo varias veces, se tranquiliza, hace fuerza desde el vientre, tiene ganas de defecar, contrae, aguanta la sensación de evacuar el miedo, despliega su ansiedad y sonrío con algo de malicia. Guarda el paquete con recelo en uno de los cajones, con llave; luego presiona el botoncito rojo de un intercomunicador y dice en un tono imperativo:

— Señorita Stella, si ya salió el señor Ignacio de la institución, llame al joven Yaraví Sanshi, de Décimo Grado, a mi oficina, y a la profesora Hilda Estupiñán, por favor...

Después de un rápido ejercicio de recuperación momentánea de plenitud y control de náuseas en el baño, Chamorro se prepara para recibir en su oficina al estudiante. Antes de entrar en su prediseñado diálogo, se mira en el espejo, se limpia con el dedo

los dientes, sonrío como si tuviera el poder total en sus manos. “Ay, el joven Kinde”, piensa para sí mismo; “esta vez será el castigo más conveniente para él”. Se dirige de nuevo al escritorio, mira el radio y lo apaga.

“Lo voy a rapar...”, termina para sus adentros, “le voy a cortar, yo mismo... ese maldito pelo de miserable rebelde”. El rector le da una oportunidad a su aliento con la mano, se garantiza que huelga bien. Sacude sus manos en el pantalón, lanza un aplauso tirado de elementos sintéticos y se dirige hacia su escritorio:

— Señorita Stella, por favor, haga seguir al estudiante —. Momentos soñados; un equilibrio entre silencio, ansiedad, vértigo, se mueven como un insecto en la espalda del rector. Se abre la puerta. Una mujer en minifalda roja dice:

— Doctor... aquí está el estudiante... pero, la profesora Hilda no vino hoy a trabajar.

— ¡Imposible! ¿Hilda? En veintiún años, ella nunca ha faltado a clases, nunca. ¿No llamó por teléfono?

— No, doctor; la profesora no llamó, para nada.

— ¿Sabe qué, rector?, deberían jubilar a esa vieja monja de una vez; perder la juventud en el vino del Señor es algo que enloquece a cualquiera a temprana edad —, dice el estudiante, que entra y se sienta en el mismo lugar donde hacía unos minutos estuvo su padre.

— Lo siento, doctor; se entró sin haberlo anunciado —, dice la secretaria con algo de miedo; — ¡grosero, como siempre!

— No se preocupe, Stella; acabe con *eso* rápido y regrese a mi oficina después, por favor.

—Sí, doctor.

— ¿No me diga que usted es doctor? — le pregunta el estudiante al rector, que mueve sus fosas nasales tratando de movilizar algo dentro de su nariz.

— Cierre la puerta, Stella; ¡gracias!

La puerta se cierra; el rector ve cómo desaparece la minifalda de su vista y en un tono más fuerte exclama:

— No sea estúpido, Sanshi, no me haga expulsarlo de inmediato y ahora mismo; ¿no se da cuenta que ya no hay nada que se pueda hacer por usted? La cagó completamente y nadie le va a limpiar esa cagada ahora.

— Pero, dígame, ¿en qué es doctor?

—Yaraví Sanshi... eso a usted no le importa; simplemente escúcheme, Yaraví: usted me está jodiendo; en serio, me está provocando un acto soberbio, Yaraví; me está buscando y el CETRES y yo tenemos la solución para usted, tengo la cura definitiva, tengo el enderezamiento para la dosis del mal, ¿sabe?; además, tengo la autorización de su padre para detener su espíritu, y sabe a lo que me refiero.

— Un edema en el espíritu...

— ¡Sanshi, Sanshi, Sanshi!...

— No me llame por mi apellido, llámeme Kinde...

— Yaraví Sanshi o, mejor dicho, Kinde ¿no?, Kinde, Kinde. Apodo de consentido, de alma desordenada, sin firmeza, sin disciplina... ¿qué se puede esperar de familias con historia sin cabeza, sin culo y sin vida; la historia de niñitos como usted, sin educación, sin abuelos, sin mayores que los reprendan, siempre pendientes de la brutalidad y la grosería? Nunca tuviste una mano firme que te reprendiera, nunca te disciplinaron como se debe.

— Ya sé, debe ser doctor en educación...

— No me está escuchando, ¿verdad, niñito consentido? Eso es lo que le pasa, es un niñito consentido en busca de su curvatura; mocosos hay muchos y reaparecen a cada momento, mocosos del común... ¿No vas a examinar tu vida para que veas lo que te sirve y lo que no? Examina tu vida, Yaraví; escoge lo que te sirve y lo que no; no hagas sufrir a tus padres, no me hagas sufrir a mí.

— Sí, por completo, doctor en educación, con estándares internacionales...

— Mira, Yaraví, eres un mocosos altanero y mezquino, lacra vacía del mundo, nada que un poco de corrección terapéutica no pueda arreglar...

— No me llame Yaraví; dígame, Kinde.

— Ah, se me olvidaba, Kinde... ¿qué significa?

— ¿Es un doctor en educación y no sabe sobre el Kinde?...

— ¡No me joda, Yaraví, no me joda! La ciencia de tu pecado es simple: mocosos soberbio, amigo tonto de la risa estúpida y el grafiti...

— Sí, sé que en eso soy brutal...

— Mocosito soberbio, nadie te ha dicho que pintas mal y que escribes peor que las basuras drogodependientes...

— No me mire así; mejor preocúpese por la señora Hilda, la viejecita jodida, la profe viejecita que ya no puede venir a trabajar porque se la comió el lobo...

— Dime, entonces, ¿qué paso ayer en clases, a la cuarta hora?, dime exactamente ¿quién le faltó el respeto a la profesora, quién fue, ¡ah!?... Yaraví Sanshi, dime de una vez, ¿quién fue el mocoso?, para castigarlos juntos a los dos.

— Nadie. ¿Usted cree que alguien le faltaría el respeto a esa viejita? El lobo siempre lo ha traído ella: le pasa la tiza, le limpia la mesa, le sacude el borrador, le califica los trabajos, le soba la espalda, le seca las babas, le hace muchas cosas...

— No seas tan petulante; nada de gracia tiene lo que dices... mejor, dime de una vez, ¿quién le tocó el maldito trasero a la profesora?

Una sencilla sonrisa sencilla aflora en la expresión del estudiante, que hace con seriedad una pregunta:

— ¿Será por eso que no vino a trabajar? ¿Sólo por un trasero maldito, un maldito trasero?

— Oye con atención. Hoy, tu padre y yo establecimos un pacto de disciplina para ti; entiende ahora la situación, Yaraví; oye bien: desde mañana, un terapeuta del CETRES vendrá a *charlar* contigo. Tres terapias por semana, desde mañana. ¿Entiende ahora su situación estudiantil, situación que en este tiempo es lo único que importa, tu saneamiento? ¿Sí puede entenderme ahora?

La expresión del estudiante es compleja; un silencio permite que el rector ría con descaro; sin ningún disimulo muestra su diente de oro en la abertura integral de su boca. Ahora detiene su apertura:

— La profesora Hilda le ha enseñado a la mayoría de padres de familia que componen esta comunidad; le enseñó a tu padre, a casi toda tu familia, ¿no lo sabías?; todos la conocemos, todos hemos recibido su respetable instrucción, todos hemos aprendido los valores de la exprovincia gracias a ella. Entonces, no puedo entenderlo, ¿por qué, Kinde, cierto, quiere romper con esta simple y necesaria tradición, por qué quieres dejar a un lado las costumbres de tu pueblo para parecerle cada día a un drogo de otra parte?

— Yo no hice nada de lo que tenga que arrepentirme, nada — dice el estudiante; — lo que pasa es que, para este pueblo, leer literatura extranjera es algo malo, dibujar

anatomía animal sobre los santos es algo malo, escuchar *rock* en casa es algo malo, dejarse el cabello largo es malo, pasear por ciertos barrios con una camiseta negra es supremamente malo; dígame, señor rector, entonces, ¿qué es lo bueno para este pueblo? En este pueblo no se puede adoptar una forma elemental de música, carece de designación.

— No utilice la retórica conmigo, Yaraví; ese es un arte que únicamente los que gozamos de cierta categoría del poder podemos acreditarlos; para ustedes, los mocosos marginales, es una acción sin veracidad, nadie va a escuchar la retórica de un mocoso. Mejor dime, no te gustó la idea de las terapias, ¿verdad?

— ¿A quién le va a gustar que le quemem el cerebro con pastillas, con humillaciones, con golpes y electricidad? Mejor, respóndame, ¿qué es lo que quieren hacer conmigo?

— Es necesario, Yaraví; eso es lo necesario para iniciar su adecuada rehabilitación espiritual. Aquí, en el Morris Enríquez, estamos para atender las necesidades del próximo futuro del país.

— No, no, para nada, señor rector; eliminar la imaginación, la sensibilidad animal, las manchas del alma, no es algo necesario; es una operación terrible; eso es lo que es, algo inhumano.

— ¿Inhumano? Inhumano, ese concepto se define mejor con lo que usted hace.

— ¿Qué, conocer la literatura universal, leer algo para todos, para destapar algunos oídos?

— ¡Aprovecharse de los demás y dar mal ejemplo! Eso es lo que hace siempre, contradecir las tradiciones, rechazar los Mandamientos del Señor, rechazar el paraíso, burlarse de la autoridad, dejar de ser hombre, parecerse a una prostituta, dejar de ser un varón, dejar que su alma se condene para toda la eternidad. Esa es la maldad de los jóvenes como tú, la parte pagana que tenemos que erradicar.

— Pues prefiero estar condenado en otro lugar a estar en un lugar en el que solamente estén usted, la profesora Hilda y San Pedro: ¡qué aburrido resulta eso; ni siquiera los ángeles se les acercarían!

En ese instante, el pulso del estudiante se incrementa; “un volcán prostituta”, piensa; luego, le llegan algunas imágenes evasivas: una cucaracha gigante en la silla, a su lado, la gran cucaracha brillante, que oscila entre el negro, el marrón y el rojo; la criatura descansa sus patas inferiores; debajo de la silla, entre las patas de la silla y las

de la criatura aparece deslizándose una mujercita desnuda (bella y pecadora) que representa la mutación y lleva consigo una escarapela entre sus senos: Laboratorio de Procesamiento de Semen. En seguida, el rector oprime de nuevo el botón que le permite comunicarse con Stella, su secretaria:

— Señorita Stella, haga pasar al representante estudiantil del Grado Décimo, por favor.

— Así que va a traer a la Lechuza Ahogada — dice el estudiante, mientras se rasca las medias blancas. — ¿Usted cree que ese le va a decir lo que pasó? No esté muy seguro de eso; aunque no nos llevemos bien, él es mi compañero

— Como quiera, Yaraví. Manolo es un estudiante ejemplar, lo que lo hace confiable y dependiente de la autoridad; será un buen abogado, ya se lo he dicho —. Se relaja y escarba en sus fosas nasales. — En una conferencia personal, me habló sobre la urgencia de que usted cambie, de que usted se vuelva su espíritu lúcido. Todos, ¡escúcheme, Yaraví!, todos: su familia, la sociedad, todos en el curso, todo queremos que su espíritu recobre la lucidez —. Desde el intercomunicador, con un poco de interferencia, se oye:

— Doctor Chamorro... el estudiante... Manolo Sáenz... no vino hoy a clases... envió una excusa médica.

— Ese muchachito; ¡ah, bien pensado!

— Pero aquí está el estudiante Vladimir Kuru.

— Bien, bien; hágalo pasar, entonces. Gracias, señorita Stella. Tienes suerte —dice el rector, dirigiéndose hacia el estudiante, — te salvaste de una denuncia formal. Ahora vamos a ver y analizar la primera circunstancia que definirá su reacondicionamiento; es necesario que lo haga.

El estudiante siente un miedo que circula por sus pulgares, siente punzadas en sus huellas digitales, oye el canto de aves en el cielo, el sonido del agua que cae sobre las piedras, el viento que sondea el espacio de los abismos, las moscas, las abejas, una avispa en su oído izquierdo. Se abre la puerta y un jovencito de cabello oscuro, con la cabeza agachada, entra. Levanta un poco sus ojos miel para ver la sonrisa amoratada del rector y el cabello largo que le cae por la espalda a Yaraví.

— Siga, siga, joven Kuru; siga, adelante — le dice el rector con cierta amabilidad pretenciosa; — siga, cuénteme a qué debo su visita.

— ¿Usted no fue quién me llamó, señor rector? —, pregunta con algo de nerviosismo el estudiante que acaba de entrar; — vengo porque el Coordinador Sáenz no me dejó entrar a clases; dice que venga a hablar con usted.

— Ah, ya veo — responde el rector; — entonces, venga, acérquese a mi escritorio y le daré una nota para que la lleve a sus padres.

El estudiante camina con pasos temblorosos; intenta alzar la mirada pero, en seguida, se encuentra con los ojos brillantes de Chamorro, lo que hace que la baje de nuevo y retorne a sus nervios iniciales. En ese momento, Yaraví le dice algo:

— Hola, Kuru, ¿ya acabaste tu poema?

— No, estoy tratando de mejorarlo — responde.

El rector mira sorprendido a los dos estudiantes y exclama:

— ¡Así que tenemos más de un artista en la institución! ¿Es esta la forma en la que corrompes a tus compañeros, les enseñas a escribir poemas; ¡qué infantiles que son los jovencitos de hoy! Mejor lleve esto a sus padres y permanezca el resto de la jornada en la Sala de Espera.

— ¿Qu' es? —pregunta Kuru, con las palabras arrastradas.

— ¡No le interesa! —, exclama el rector; — es algo para que sus padres conozcan el motivo del porqué no se le permitirá la entrada a clases hasta que se pongan al día en las cuotas de la mensualidad escolar. Ahora, váyase. Siéntese en la Sala de espera sin leer, sin hojas, sin lápiz. ¡Vaya! —. Kuru abandona la oficina del rector sin levantar la mirada.

En la oficina, el aire está completamente viciado; Yaraví tose un par de veces. En el aire se respira la soledad y la fiebre. Parece como si el pequeño estudiante, que antes había entrado, nunca lo hubiera hecho; era como esas figuras opacas en los puntos ciegos o en los puntos desalojados de toda entrada. Cierran la puerta. El rector refresca su garganta con un gran, doloroso, último trago de su vaso de cristal engalanado con cubitos de hielo que se derriten.

— Sabes, Yaraví, lo tienes que hacer —, le insinúa el rector con malicia, para volver al asunto que estaba tratando con el estudiante; — para poder continuar con tus estudios en esta institución, tienes que cambiar tu apariencia, tienes que ser una persona normal, tienes que ser como todos los ciudadanos de la exprovincia, tienes que respetarte, respetar a la institución y al país. Desde hoy, tendrás que cambiar, Yaraví; te harás un hombre honrado, un hombre ejemplar.

— ¿Y cómo va a pasar eso?

— No, no lo haré yo, lo hará usted mismo. Tenga.

El rector le enseña unas tijeras al estudiante, que tienen el logotipo de la SS. El estudiante recibe el infierno.

— No me mire de esa forma; con esto usted dará el primer paso; tome, hágalo. No tenga miedo, piense en su bienestar, piense en su futuro.

— Este es el proyecto de su país justo, un país de animalitos sin creatividad —, responde el estudiante cuando toma las tijeras del escritorio. — Usted no estaba vivo en los setentas o en los noventas, ¿cierto?; parece que no sabe de Pink Floyd o de Nirvana, ¿cierto, doctor?

— Te representas en ese patrón de dudas tan desfiladas; no lo hagas... eso que leíste en el curso, dime, ¿para qué te sirvió?; ¿para qué sirve leerles poemas de prostitutas locas a una partida de mocosos como usted? ¿Cree que con eso va a tocar el corazón de sus compañeros o va a hacer algo por usted o por el mundo?

— No importa, y los poemas no necesitan tocar corazones; el mundo a veces necesita palabras, sin necesidad de imponer ayudas... usted... usted no se imagina la lata oxidada que llevamos por corazón.

— Entonces, ¿lo vas a hacer?

— Si eso es lo que quiere el mundo, si eso es lo que quiere mi familia, si eso es lo que quieren mis compañeros, pues bien; pero lo hago como una advertencia; si quieren que sea ejemplar y respetable, pues bien, seré el mejor, seré el mejor ciudadano de Fosa, seré un verdadero ejemplo para todos, un verdadero ejemplo para todos.

— Así lo quieren los dirigentes, chicos: de izquierda, de derecha, de centro, de santo, de pastoreo, de ojerizas, de puertos, de flirteo, de comunión, de instituciones, de precios, chicos, de puro precio; el impuesto será algo siempre dispuesto. Enajenación, eso ya está en jet del chocolate francotirador. No le interesa llamar brincos en la composición de las piernas; el estudiante es un criterio de los moldes para pasteles, pero este estudiante cambia su mirada a un polo magnético diferente al agua o al hielo; nada, las focas o las lobas se adoran en latín; acá ocurre algo raro, hundido diez mil metros debajo del lago más serio, combinado, abierto a la nueva maldad. ¿Qué vendrá para Kinde después de las terapias?

Entre lágrimas, furia, respiración agitada, los cabellos negros ondulan hacia el suelo vigilados por la mirada sarcástica de Chamorro, que sonríe con gratificación desde sus labios intoxicados y morados. Una obra de arte se ha creado a partir de la mutilación obligada; el rector está satisfecho, la Sociedad Étlica también. El estudiante sale, la oficina del rector vuelve a ser el centro y la galleta del encierro. La institución sigue en su jornada de aprendizaje; silencio en los pasillos, en las cámaras, en los alambres de púa, con pedazos de botellas de vidrio en los muros, situación en desarrollo: todos son capaces de denunciar y de delinquir. Mientras baja las escaleras, el estudiante puede ver cómo dos pintores, con colas de ratas, que exigen mucha carroña, mastican chicle y borran con pintura blanca el grafiti ubicado sobre la estatua del clon de la Virgencita. Manchas de colores acrílicos, figuras, garabatos eléctricos; en el lado inferior, estas letras:

“El corazón duro tiene un cráneo artificial; busca la sarna de tus oídos y sácala, extirpación del rector de la santidad”.

Casting para un retrato porno (más de trescientas niñas muertas)

Musiquita *pop*, “Rasguña las piedras”, un negro con chaqueta de cuero la sigue con un tambor. Orishas rocosos. Danzantes del ballet nacional, treinta de ellos y una grabadora. Una descendiente de los antiguos enanos celebra un rito de purificación mediante el consumo continuo de aromáticas de cedrón, oraciones a cada cosa que ve y mucha miel de abeja. Inspiraciones apoloéticas. Varios cigarrillos humean, una escena delictiva tallada en el Centro Cultural Privado: Al-Puch encima de todos, ciertas plantas trepadoras, luego los perros y las sanguijuelas, las costillas por fuera, cascabeles, cráneos, una motosierra biodegradable, Bush I con la insignia de las Águilas Negras de Vargas Llosa que lamen coca con Pablito Escobar bajo un kiosco emberá, un cocinero de brujas disfrazado de Chupacabras con el cráneo del Hombre elefante que imita al Hamlet del cine mudo, Einstein abrazando a *Little boy* en bragas y zapatillas, con un tanque de guerra que cuida de él, el corcel de Bierce sentado que medita y juega póquer demasiado solo, el algodón de azúcar de Lovecraft con una mancha de moho en forma de tarántula, la calva de Mussolini en un portarretrato, el caballo mágico de la patrulla de la otra vida, el Ferrari de Gabo dentro del Submarino amarillo de los Beatles, el pajarito idiota de una hechicera menopáusica, un perro sin ojos, el oficialísimo Naranja con pañales y babero, Tarzán vestido como hombrecito capitalista, Garavito y otros campesinos violadores, San Pedro, la calva de Lenin, el malgeniado corazón de un cangrejo violinista, un testículo del Libertador, la garganta de Celia Cruz ¡sin azúcar!, un testículo de Agualongo, un señor enruanado con un cuchillo y sonriéndole a un ojo gigante que lo mira desde una antena satelital, el Nietzsche bonito, el del sanatorio, Anubis montado en el águila calva y picoteando al Monstruo de los Andes y a otros santos violadores; abajo, muchos mártires modernos: carros de fórmula uno, motos a pedido, depósitos de billetes, cajas fuertes; más abajito, al final, tres camaleones grandes, un enano desnudo y con sombrero vueltiao y ciento quince camaleones pequeños. Como posibles enunciados: la estaca del insecto, pollos, lubricantes naturales y condones no tóxicos *Mister Big*: “*to be with you*”; asadero El Burdo de las pensiones, Brochetas de saltamontes, cucarachas y camarón artificial, El Palacio de la grasa; posibles localizaciones: Derecho a la Moda, Ropa y Predisposiciones, Sello Militar y Los neorrastrajos, Ropa Caliente, El Esqueleto de las Lavanderas. Suena un buen *reggaeton*, los danzantes no se hacen esperar, le suben a la grabadora y bailan apretadito. Todo parece cada vez más real, fanatismo HD, declaraciones de amor de las babosas y de quienes vomitan babosas, su reproducción incesante y la doble cara frente a cada pelvis. Pre-ña-te, baila, *baby*,

pre-ña-te, pre-ña-te. El próximo *reggaeton* del presentimiento: todas las armas y las joyas que puedas meterte por el culo, todas las armaduras y aderezos que puedas meterte por el culo, nena. Todas las joyas y armas que puedan alcanzarte en el culo, nena; acompáñate de padres y adultos, que te vaya bien, échate la bendición. Pre-ña-te, baila, *baby*, pre-ña-te, pre-ña-te. No hay ningún responsable conocido; la temprana edad es una golosina para los violadores y, sí, en Fosa, como en L. A., como en N. Y., como en *Fuck my heart*, como en tantas ciudades de la salvación, hay muchos violadores de gallinas y afectuosas camionetas con crónicas del Gigante Privilegiado, motor abusador y el amigo del motor abusador. Matarifes en hermandad. Un clon del crucificado llega desde el norte.

Cornelius, Bote, Lanza, Jornalero mediocre, Reputas, Riñón, Necio boca de infección, Adoquín, Burrero, Salomón, Michel, Vlur, Clas, Guitarro maestro, Loma de la verga, Pulga, Tétano, Cábala, alguno de esos nombres va a escoger el Kinde para su rostro rehabilitado; de ahora en adelante, nada de aire o color del colibrí, pura satisfacción para la SS. Rehabilitado. Matón de la Santa Sede, pero por un tiempo, lo esencial: asesino del Primerísimo Estado, un hombre virulento, superhablador, sin hambre y escandaloso. Eso quiere decir: algo dispuesto a matar, solo, desalmado, rehabilitado adecuadamente, metodológicamente instaurada la cura e idea de la seguridad, mucho más cerca del fantasma y bendecido por la Procuradora G..., algo que pueda empezar la vigilancia de todos los kilos de C. de H. y de Morfina, cámaras, lentes, zoom, panfletos, asesinatos, prohibiciones, santificado sea tu nombre, patrañas para resaltar entre los demás, habladorías para cortejar bobitas cristianas, mentiras para las puticas borrachas, vigilancia de cerca a las vaginitas, cámaras en el baño, instrucción a militares del oficialismo, entrega de armamento a mujeres campesinas, futbolistas renegados, dinero, GPS y radioteléfonos. Pre-ña-te, baila, *baby*, pre-ña-te, pre-ña-te, pre-ña-te, baila, *baby*, pre-ña-te, pre-ña-te.

Bienvenida, toma asiento, ya tocará tu turno. ¿Ya hiciste la oración del día? Primeras cien mujeres, no sientes nada, a veces se te irritan los testículos, a veces se te inflama el recto, no es más; luego, las segundas cien mujercitas sí te traen algo de problemas, te vuelves insensato, un Mejoral, un Distrancito, un Dolex, un Asawin, empiezas a perder sensibilidad, hasta te enamoras. En ese relámpago, una mujer, la doscientos uno, vigila de cerca tu cuerpo, te quiere para ella sola, para ella, para su satisfacción; empiezan, entonces, a vigilarte muy de cerca. Las mejores poses, las perfectas felaciones, los mejores ejemplares de goce, espectáculo, distracción, incomodidad, cámaras, *baby*, cámaras. El pasado de la cirrosis irlandesa se consigue; un sombrero chino del futuro para ajustarlo a su frente y así abrir los sentidos como un leopardo enjaulado. El amor al tiempo te vigila. Puedes seguirlo hasta el encierro-entierro, *baby*; te recomiendo que reces antes un Yo pecador, les hagas crujir la cura a los

publicistas, busques la báscula de los poetas oculta todavía en el inframundo (pillarás, Las Ranas, *baby*). Una hoja en blanco atravesada por un cuchillo de aire fresco, almendras y palabra; ¿la vas a firmar, *baby*?, el contrato finaliza, fotocopia de la cédula, listo. Penetra la piel de los hombres para intentar lo que a ella le han hecho. ¡Bienvenida, ven, acuéstate!, ¿estás bien?, ¿cómo te llamas?, déjame ver tus senos, ¡*okay*!, están firmes, algo pequeños, pero tienen buen registro; bien, una fresita de la calle, muy bien, bella, puedo imaginar tu delicada vulva. Bájate los pantalones, muéstrame lo que guardas allá abajo, no te pasará nada; sólo he estado con trescientas mujeres, nada puede pasarte, soy un narcotraficante, un simple guardabosques; además, aquí seremos los primeros en alumbrarte. Vamos, sólo es una fotografía.

¡Perfecto, un sexo con pocas penetraciones anteriores, una importante donación alimenticia para SANA!; por eso, le hago yo primero; el infierno represado lo agradece. Una gotita de su interior emana en el límite inicial de su sexo; atención inmediata, dulce y lenta penetración.

¿Dónde se ejercitan las bacterias? PERRO ambulante, tensión hembra, vulva de hombre sobre cocos y mentas. Vuelve a convocarse el nivel — inmundo — en el mundo de las serpientes. Inútil, uña, cabra, codo, o al menos que tengas algo que comer: aparece SANA con un hombre a su lado, es un santo; le dice con reserva al hombre:

— Sal a matar a los de sangre pura, sobre todo a las mujeres.

Esa es la orden de la SS. ¿Un Hitler autóctono? SANA, y hasta lo imposible, lo haré, le dejaré a esa chica, porque alguna vez el Kinde, el hombre junto a SANA, ahora, sano, rehabilitado, dejó su casa y la cosa por nada, se unió a los carniceros y al robo, la carne, el trabajo, la dosis de terapia, la miel, la recompensa, por nada. Una vez más, el aire nunca dispuesto para los inocentes, el pago, la contratación, el sulfuro en los dientes. Robos, porque no hay trabajo y la pereza nos obliga a joder al débil; trabajo, trabaja, tirano, con moral de amo; como los dirigentes de mi escuela: SANA, la mayor figura de la coerción y la dominación unidimensional envía al cuerpo falso del Kinde a la calle, a cumplir la orden programada. SANA, santo director y afamado productor de pornografía, logró para el Kinde un mundo donde no hay papel para limpiarse la cola, donde no hay plata, no hay espacios para aprender a hacerse un barquito de papel. No hay pintura. Amputación: una palabra antes: los títeres vienen por pedazos para encerrarte en los Calabozos. ¡Qué felicidad ver los sueños hechos realidad!

Ahora, ¿cómo te sientes?, ¿estás lista para ir con SANA? Está en la otra habitación. ¿Lo viste?, salió hace un momento; debe estar concentrando la sangre en el glande,

preparado para convertirte en una mujer bendita, para llevarte a conocer los lugares del divino, del castigador. Me alegra verte sonreír. *Sigue*. La mujercita entra, va desnuda, con su sexo húmedo, inundado y dispuesto. SANA necesita medicina, una orgía de mujeres. En su habitación hay dos mujeres más, también desnudas, que se besan mientras sostienen unos peluches; el retrato de Elohim barbudo enceguece la cordura. No hay nada más que decir; SANA recibe a la mujercita con su mano derecha y la invita a pasar; atentos a la destrucción distinta y curiosa, la mesa central se llena de sexos dispuestos al sacrificio, al desbloqueo, a la ayuda humanitaria. El santo SANA se quita el corbatín negro y verifica la humedad, la inundación en la entrepierna de la mujercita, recoge trazas del líquido que le baja por las piernas y lo unta en la parte calva de su cabeza. Constantes caricias y hundimientos dactilares entre las dos mujeres. El pastor ubica a la mujercita en el centro de la mesa, entre las dos mujeres, las pone abriendo las piernas de cada una, les examina el sexo de manera consecutiva, analiza el color, el espacio, la dilatación, el tránsito. No hay retorno, la oración del día, la oración para sentir lo profundo, Santo Padre, “*Back breaking blues*” de Big Joe Turner, relación estrecha y estuvo el momento preciso; lo hace para deleitar su santidad; cada una recibe en *Blues* y el combustible adecuado para su salvación; la penetración se intercala, derecha, izquierda, centro, centro. SANA lame las teticas de la *baby* con una suavidad morbosa, le escupe dentro de la garganta para inmolar el dedo en su anito fulgurante; ¡oh, *baby*, es un santo, es un santo! Santidad, Blues, Cristo, Desesperación, Enigma, Blues, Blues ¡No, no, no es un pastor, es tu pastor, es nuestro pastor!

Comesanos piel a piel

PICHINGO. Esa palabrita escandaliza a más de un doctor; vivos o muertos, los escandaliza. Pichingo, y corren las universitarias a lavarse los oídos de la cultura. ¿Por qué escandaliza? Si eso es la forma del progreso. Vea, el intelectual vendedor de kimbolitos, con su amigo, el escritorzuelo peludo y desdeñoso de su ciudad natal, pagan para comer pichingo travestido en la esquina del parque de Apolonia; sí, se ejercitan en el *Narcisos gym* y venden kimbolitos juntos, y juntos tienen sexo oral. Es una palabra de amistad. ¿Cómo, se escandaliza el lector de Rimbaud? La palabra no se repite, pero esta vez sí, pichingo. ¿Se escandaliza por una palabrita el crítico ultraliberal? Pero si esa palabra es la esencia del conflicto, la estupidez amarilla y la añoranza de promiscuidad que usted tanto adora... P... P... P... P...

Y ni qué hablar de la otra palabra profana, señores de la barba academicista, mejor tápense los oídos: CHEPA. CHEPA, CHEPA, CHEPA, hay que decirla tres veces para que aparezca. CHEPA, CHEPA, CHEPA. Recuerde esto: nunca le diga “quiero probar” a un vejete de más de cuarenta; ignórese y vuelva otro día. No sea idiota, no le regale su juventud ni su chepa a los viejos, pues ellos ya tienen una; deben dedicarse a otras cosas, y usted también. La sopa absurda del “peor es nada” puede esperar un poco más por usted; tiempo y cenizas es lo que sobra. Hay muchas cocinas dietéticas en Fosa.

— ¿Dónde compraste la merca, Saxon? Dime, ¿sabes algo sobre dónde pueden estar los treinta kilos de heroína?

— Y vos, ¿quién sos?

— Eso usted lo sabe, pero eso no debe importarle ahora; lo que aquí le importa es qué es usted para mí.

— ¿Y, qué soy para usted, señorcito?

— Un simple objeto de estudio, un importante objeto de estudio. Así que... lo preguntaré una vez más; ¿dónde compran la merca, y sabes algo de la heroína?

— No sé..., *man...*; no sé..., la H... aparece y se va por sí sola; además, vos no ves que lo que le hace más daño al mundo es tu actitud.

— Mira, si no me lo dices ahora, me lo dirá tu amiguito.

— No..., *man...*, venga, venga, deje al Andrés quietico; venga, venga le digo.

— ¡A ver, decime! Dígamelo de una vez.

— Venga, venga.

— ¡Decime!

— ¿Qué te voy a decir, bámbaro? Si ustedes saben dónde quedan todas las ollas, ¿por qué joden tanto?

— Para que te quede claro, aquí se respeta a la autoridad. Agentes, ¡golpeen al custodio! — Botas lustradas contra un cuerpo que está amarrado de manos y pies. Pata, patadas.

— No, aquí no se respeta nada; se teme a la autoridad, se le teme al asesinato justiciero, se le teme a los apellidos, se le teme a la cultura oficial, se le teme a todo, todo se termina en Fosa, todo termina aquí.

— Agentes, ¡golpeen de nuevo al custodio, otra dosis de golpes para él!

— Claro, bambarito, ¡otra dosis de nación, otra dosis de nación, por favor!

— Le diré algo: aquí entre nos, yo soy el mejor teólogo y criminalista de la Inter-Nacional, la mejor U del país, a donde sólo vamos los mejores, los que conformamos el centro de la democracia; pero estamos en el Calabozo del Ch..., es otro sitio, mi lugar de trabajo, y esto, después de todo, termina por imponerse a mis acciones; lo mejor es trabajar; he firmado un contrato con la SS, por eso tengo que obligarlo a hablar, tengo que hacer que se respete mi lugar de trabajo.

— ¿Un contrato? ¿Y eso qué le da?, ¿tarjetas de crédito?

— Mira, Saxon, o mejor, Olimpo, ¿así te llamas, verdad?; mira, mira, puedes salir de inmediato si me lo dices y nada les pasará a ti o a tu amiguito.

— No, bámbaro; no, no le diré nada.

— Hombre, ¡no seas tan pesado, no ves que estás en una situación poco favorable! Piensa un poco, estás poniendo en una situación desfavorable a tu amigo. ¡Traigan al otro! — Chifla. — ¡Hey, tráeme al otro!, mientras... Saxon, dime, ¿te gusta el olor violento de este lugar? Es el olor de los orines de todos los hombres, pues todos los hombres se han meado aquí.

Las gruesas túnicas de cemento se pulverizan en gránulos amarillentos arrojados al aire en el pasar de las horas, se forma un avestruz de polvo en el orificio sanguinolento de la retina, las tejas sucias del Calabozo no muestran más el cielo azulito detenido por las nubes empastadas en varios colores, también los ojos rojos de ave negra. Las paredes muestran mucho cansancio. Una baldosa blanca conserva la defecación de los moradores al Calabozo como si estuviera exhibiéndose en una vajilla para la realeza.

— ¿Violento? Si usted es quien me está pegando, caballo; aunque no lo haga usted mismo, usted es el que me pega, maricón.

— ¡No me digas así! ¿Quieres que te rompa toda la cara, o qué?

— ¡Bámbaro! ¡Maricón! ¡Pirobo!

— Despacio. Con palabras vulgares no ganarás nada; ahora eres mi objeto de estudio, sólo mío; ten en cuenta que yo soy quien vigila y señala las pautas para las agrupaciones satánicas, homosexuales, andróginas, puras y eróticas de toda esta maldita ciudad; yo soy quien anuncia los fenómenos sociales y cómo controlarlos. ¿No me has visto en el Canal del Obispo? Yo, escúchame, yo tengo un sueño; yo, yo ocuparé el lugar de SANA, muy pronto; seré el mejor pastor; ¿no ves?, ya tengo mi propia iglesia y mil cuatrocientos millones de euros en donaciones. Estaré cerca del décimo Jesús y de los expresidentes, en lo alto, mientras vos te pudres en mis oraciones.

— ¡Upa! Ese sueño sí que es chiflado. Se nota que trabaja con el obispo.

— ¡Cuidado con lo que dice, Saxon, cuidado... tenga cuidado! —. Un golpe con una macana en lo que quedaba del parietal derecho. — Tenemos que ser personas de bien, discípulos del buen Señor, calmados, tranquilos.

Llega un aspirante a oficial de la SS; apenas tiene la mayoría de edad; tiene un barro enorme en el labio superior, habla con expresiones militares mientras tira mi cuerpo inconsciente a los pies del teólogo.

— ¡Señor!, le traje al otro; señor, estaba gritando groserías en la celda de mujeres; estaba diciéndoles algo, que dizque “chepa”, o algo así, señor. Me tocó reducirlo en la celda para mujeres; no sé cómo entró, pero tuve que reducirlo para traerlo hasta acá, señor.

— ¿Sí ve, señor teólogo?, ese Van Halen, ¡qué verraco!, ¡ese sí es un verraco! — exclama Saxon con la sangre negra en la sonrisa; un dientecito oscurecido, negro,

limita con los agujeros de dolor en su boca. —Dormido con mujercitas, eso es Van, bien, momia, bien, bien. Y, ¿sabe qué?... joven teólogo, usted es un gil, un gil completo, un verdadero gil.

Así, los derribados también pueden soñar, en un amargo pasadizo policial, con el chicloso sabor a piso limpio de las palabras que pueden oírse; hay un robo que fagocita en el eco mientras la sangre gotea entre los dientes del loco Saxon como el castañetear de los pétalos del presente. Los hombrecitos pierden la conciencia en el suelo, mientras el teólogo reflexiona acerca de los tatuajes de Saxon, pues parece que ha encontrado algo interesante para su estudio.

En la cantina específica, anclada en el misterio de la cascada, siempre una iglesia, con un dios loco en la entrada, impresiona con el reloj de polvo angelical...

Las calles del sucio y del santo (niñas que amamantan niñas y las Procuradoras obligan a disfrutarlo... y esto no es una jodida autobiografía)

Para el atraco. Esa frasecita es el sentido común en las calles de este pueblo, agobiado por los templos del arriendo. Letreros y Calles de la noche. Tres. “La ciudad que nunca duerme”, “pueblito neo-paisa”, “las Vegas chiquito”, “ciudad de putiaderos”, las pocas calles que atraviesan el cuerpo urbano de este territorio límite. Fosa, fosita, fosota, Fosa, el eterno Matadero, el batallón y botellones de aguardiente. Batallón, militares, logísticas, entrenamiento, casinos, humo de pollo, ropa extranjera promocionada por ex-asesinos del monopolio, cerveza importada en balcones costosos, muchos nombres de bancos, más humo de pollo, casi mil policías a mediodía (les tiembla el culo trabajar en la noche), bares-restaurant con derecho de admisión, almacenes de calzado, refugios sexuales, casinos con derecho de admisión, humo de pollo, atracos a toda hora (ATH), policías con camisetas mojadas, mujeres, con tetotas de pezones oscuros, que cabecean en sus borracheras con dulces niñas de teticas pequeñas. Es una locura ebria con hambre de pollo. Tienes que pedirle mucho dinero a papi si quieres tener novia por aquí; tienes que invitarla a comer pollo, el santo pollo; los que te van a robar lo saben, pero como papi no está, nunca ha estado ese gil, ni tampoco ese objeto de reconocimiento... me voy a buscar al loco Saxon para molestar un rato en la noche de la villaviciosa. Vicio. Villaviciosa, Fosa, Fosa, Fosa.

¡Qué rico! En las noches se exhibe la corrupción en forma serena. Los costosos bares se llenan de chicas policías que ya cumplieron su horario de trabajo, se embriagan con el mejor trago, rodeadas de cámaras de seguridad, las mejores mujeres, los mejores hombres, la mejor ropa, el mejor calzado, la mejor colonia, la mejor iluminación, es decir, el mejor culo. No te extrañes si todos los personajes que te encuentras en la oscuridad tienen acento de otras partes del mundo, lucecitas del delito, amenaza del acento, todos imitan acentos paisas o neoyorkinos para provocar miedo, miedo, miedo. Existen muchas oscuridades, ¡ojo con eso!, es decir, muchos acentos en el culo. Horror de voces mimetizadas; como Arnoldo Zaa, que se fue a estudiar a una ciudad antioqueña por dos años y llegó hecho todo un paisa, en hablado y todo, humillando y haciendo gestos de desprecio a los que decían “chichai”, “chucas”, “tatai”, o simplemente no tenían ropa de tal puta marca o billetes de 50 dólares en los bolsillos. Allá aprendió a ser un profesional muy ejemplar en procesamiento de evidencias, aprendió también a bailar salsa brava, salsa en

discoteca, salsa brava con negra, a jugar fútbol en canchas sintéticas, a presumir de su conocimiento, sus carros y sus santos (parqueaba el carro frente a las canchas de fútbol para que todos vieran que ya había aprendido a jugarlo), y a casarse con la mujer indicada, poseedora de un apellido que hiciera rima con el suyo, una esposa para aumentar la potencia de su casta; ahora, cuando roza los cuarenta, se divorcia por segunda vez y se monta una floristería de flores importadas, claveles *made in France*. Nada para admirarse en este pueblito invadido del glamur, el corazón tísico y la opulencia. *High vision, heaven vision, carpe diem...* Bienvenidos a Fosa.

La disciplina de los cuerpos desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, entrenadores podridos y fracasados, como si entrenar los bíceps les diera más cosecha de vida; ojalá hubieran sido campesinos, allí sí les servirían tantos bíceps. Casaca de plumas. Licra morada. El cubo de acondicionamiento. Metodología y Purificación. Tenis norteamericanos hechos en Vietnam. La remisión espontánea. “Ojalá no me encuentre con nadie”, pero nunca pasa eso, en un poblado donde una sola calle es la rutina de la movilidad es casi imposible no encontrarse con seres y bestias; en el mismo tiempo, pasado y futuro caminan con faces inconstantes. Disciplinas estéticas, disciplinas cosméticas.

Niños que antes jugaban con carritos de plástico, ahora son animales musculosos que sueñan con cogerse a las niñas que pasean embarazadas; las cogen pésimamente, por eso las mujeres en Fosa están tan tristes. Los músculos de los niños frente al espejo; niños con cuellos musculosos; músculos y formalismos en el cuello. Niños estúpidos que descubrieron la vida a los veinticinco, en la primera borrachera de escape de su secta real, dolarizada, ejemplar, que se ponen como griegos de Hollywood en el cubo de entrenamiento, de lunes a viernes, indios hermosos con puntualidad y ansia taurina, “quiero ser un toro”, con fe en los pastores y devoción a los entrenadores, y el sábado preguntan mediante los agujeros virtuales: “¿Alguien quiere tomar chervechita?” ¡Qué estupidez tan grosera! ¡Ridículos! ¡Hijos de puta! Otros, vejetes convencidos de que todavía son adolescentes adinerados, en continua reproducción, olvidados de su alma a punta de comerciales oscuros y estúpidos, babosos que luego voltean para verle el trasero a las nenas y calificarlo con risas morbosas.

En realidad no sé quién entrenará para ser el más estúpido; tres entrenadores musculosos entrenan desde temprano. El cubo de acondicionamiento, la participación del público y de los niños; aeróbicos, danza árabe, *spinning*, máquinas de lujo y muchos espejos, espejos. ¡Narcisismo del Putas! Narciso negro, narciso indio, Narciso mestizo, Narciso mulatito y zambo, negrito Narciso, el indio que quiere ser Narciso. Músculos, músculos, músculos, y a entrenar, a entrenar, ya no queda nada,

estamos en la misma nada, soy nada, estoy en nada, nada, ¿qué putas será la nada? No les importa, a entrenar, a entrenar, “directo al gym”... *Narcisos gym*... “mi cuerpo debe ser el mejor”. Hijueputas narcisoides.

Escupo al aire, ¡vamos, hijueputa, que me caiga en la cara! Y pasa, pasa.

Niñitas corren bajo la estatua de la mujer preparada para el sacrificio, duro recuerdo para las mujeres: una niña con manchitas de tierra y lodo de leche en la cara cuida a otras tres niñas que juegan en las afueras de una casa de citas; putiadero, bueno, putiadero, allí todas llevan ropitas sucias con estrellas de mar en las cabezas; sus cabecitas son océanos contaminados que resguardan a las últimas estrellas de mar.

Varios letreros despliegan la credulidad en los estereotipos: *THE COOK, cocina-bar, comida latina y tailandesa, niñas universales, discretas y dispuestas, servicio las 24 horas*. Tres mujeres amamantan a sus bebés debajo de un arbolito casi seco; parece un concurso lácteo, los amamantan por unos cinco minutos y luego se paran a trabajar, venden dulcecitos y ambientadores. *BIG SHOOT: el imperio de las tangas y los cacheteros dulces, atendido por falos negros de ojos azules*. El Espíritu Santo toma cafecito en su oficina con tamales huilenses. Transexuales sin colegio y travestis de paso o, ¿cómo les digo, señor sabio de la barba?, ácidos posados con maquillajes baratos, seis en minifalda y tres con los yines rotos en las nalgas, posaditos en el parque central; algunos de ellos salieron de las veredas en búsqueda de un príncipe azul y ahora están acompañados de antiguas familias de ladrones que beben desde pequeños licor de contrabando. Maquillados con la educación de la Cápsula edénica, ocultan un cuchillo en la minifalda, los transformistas (hombres y mujeres en una sola bestia, que trabajan duro para la operación modificable), anuncian su autonomía en un trabajo perseguido y requerido por los policías. Algunos vienen del centro, de arriba, de Zuyexawivo, de Tuluá, de Bocas del Toro, de Bogotá, de Buga, de Bello, de Valencia, del Urabá, de Maicao, de Girón, de Caldera, de Pamplonita, de muchas zonas de conflicto, ciudades preciosas o no, en conversaciones con el militarismo pornográfico, el bazuco y el café, mucho café, café, café; luego van a Quito, a Lima, a Guayaquil, a Montañitas, a Asunción, a Montevideo, a Buenos Aires, a Cuzco, a Ibarra, a Ciudad del Este; pero no hasta el Brasil, ni en broma, allá ya hay mucha competencia. Lo digo por algunos, como Pachito Stronger, que ahora es Luzbella, “la diáspora”, que parecen oriundos de Fosa, pero no lo son. Recuerdo que con el Stronger jugábamos fútbol en las calles sin pavimentar, era el mejor arquero de El Chorro. El otro día hablamos, me tocó gastarle algo de trago, y me habló sobre su comienzo; ahora dice que quiere tener su propio putiadero. Es el mismo sueño de los chavales de Fosa, de los jovencitos pulcros de Fosa; trabajo rudo con tantas bestias de la niebla. A Stronger, ahorita no le queda sino el mejor, el in-insensible e inmenso

goce en colchones de tiempo pagado. ¿Ella, él? Son rótulos que nunca han importado, pero Luzbella Stronger sólo recibe efectivo, dólares, euros o pesos, lo que el cliente tenga en los bolsillos.

NO: dígame no al contrabando de licor y, sobre todo, no al consumo de estupefacientes; consumamos lo nuestro, campaña por la defensa de la Sociedad Etflica.

En Fosa, el suelo de las calles está hecho con ese pavimento crudo, ese reforzado con sangre y borraduras. Los gauchos de la pampa suramericana decían que nunca se sabe lo que puede ocurrir; por eso, como precaución, llevan siempre un cuchillo. Aquí es lo mismo; es preciso perder luchando y un cuchillo, a veces, resulta necesario, aunque sea de metal oxidable. Esto es mortal para trajinarlo en Fosa; en el parque central toda apariencia es peligrosa, pero, sin duda, en las calles aledañas lo es aún más. Salsa romántica, *pop* de cantina, *black metal*, ranchera, un *heavy speed*, una tecnocumbia, vallenato, *electrodark*, se sintoniza en el audio pirata de las esquinas, todos portadores de filosos cuchillos. Dentro de las discotecas, más cuchillos; los niñitos de cuarenta y siete, con las pistolas del papi, bailan y se creen bellos, muy bellos.

Imaginen sólo la puta estatua que engalana el centro del parque, Apolonia, una mujer amarrada y ubicada para que la sacrificara el ejecutivo del momento, por el futuro del orden y la satisfacción, la putería, la viejita dispuesta a que la consumieran las llamas de la inmortalidad, quemada en la hoguera de la ley, como estatua eterna, frente a todas las personas de este frío pueblo. Ley, hoguera, Inquisición, cajeros automáticos. La mujer, consagrada al espectáculo de la muerte en público, señala algo, ¡la puta estatua señala algo!, es puta y puta masonería; su dedo, manchado por las defecaciones de las palomas, señala el segundo piso de un edificio, “Salón Ceremonial de los Santos de los Últimos Días”; en el primer piso, un banco con los colores de la bandera del país. Bancos y edificios de bancos, enfrentamiento liberal-colonial en pleno centro de operaciones. Cajero automático (ATH), Atraco a Toda Hora. ¿Qué putas estará señalando, qué tesoro aguarda para esclavizar a alguien?

La estatua puede representar una expiación común en tiempos de brujas, elegía del castigo pagado en relación con el insigne presente, mujeres golpeadas en nombre de la SS: la Santa Sede, para ofrecerlas al dolor de la piel quemada en medio de la bendición de los fieles y los infieles que pronto tendrán miedo. Hay que hacer las cosas que dice el alma, lo que incluye tirar la basura hacia el olvido; propagar el miedo, propagar la bendición; templos y corrupción en cada parque, por eso los GO, los putos Grupos de Oración, los grupitos acreditados, los productores, los producidos, los importados, los putos grupos de oración, invadieron cada cuadra del

pueblo. Garajes cristiano-protestantes, garajes cristiano-fundamentalistas, judíos latinoamericanos, mormones-realmente gringos, *krishnas*-ortodoxos, garajes con la imagen de un pastor centroamericano, de un triángulo con un ojo en el centro, retratos de Vishnu azul, de un pastor norteamericano, barbas, oro, anteojos, corbatas, más oro, referencias bíblicas, todos con el mismo mensaje: “Consume Dios, consume capitalismo, así seas vegetariano”. Pasteles de soya y capitalismo, pasteles de carne y capitalismo, Krishna *light*, todo hacia el mismo agujero, todo. Pastores benditos que ya dejaron a un lado la pasión. La cagada. Pastores con mucho criterio, más de doscientos pastores para hacer marchar a los zombies devastados en las calles, por la ausencia de dirección, por los prejuicios de los ejecutores de las leyes, el apoyo a las grandes tiranías y las pulcritudes del ejemplo policial.

Oración por los que se acaban en el túnel. *La SS lo espera, hágase santo soldado, vote por Charles Von Dabal para el Senado.* En estas calles hay mucho dinero, letreros con mucha mierda y un solo vicio, mucha salvación.

Niñas de diecisiete con varios hijos, que esperan la limosna diaria. La calle, la noche, el mediodía; sólo hay que esperar a que inicie la devastación cotidiana para recoger a las ovejitas tristes. Una camioneta de policía último modelo pasa a cien por hora echando *reggaeton* a todo timbal. ¡’Jueputa, qué viva el *reggaeton*! Dios, la poli y los pastores siempre van a esperar a los caídos.

La vida es una molécula, pero pisoteas las plantas y los animales que intentan pasar la calle, santidad molecular. Y en estas calles te encuentras caídos a diario: borrachos, analfabetas, campesinos, pedazos de río, herejes, danzantes paganos, perros de cuatro colores, marionetas, vagabundos, caminantes, *punkeritos* malabaristas, metaleros con vinagre en una botella, rocanroleros desempleados, vallenateros precocidos, nenas locas, nenas hundidas, nenas de la carretera. Niñitas con hijos, mucho *reggaeton* en esos culos, mucho *reggaeton*. Niñitas que paren niños. ¿No has visto lo que pasa en las calles de este pueblo? Fosa... Las nubes de los poetas en septiembre, pero nubes de fluidos rojos y transparentes cada tarde, cada día, cada puto día. Así es el recorrido de la santidad y la trombosis. Ve, crece, conviértete en un trabajador y deportista, acondiciona tus músculos, consigue cosas costosas, como una mujer con hijos, estudia en instituciones privadas, cástate, vístete con corbatas y saluda a todo el que pase a tu lado, saluda a todos, ten más hijos, saluda, saluda, moneda, billete, cara, otra cara, cuenta, caso, respeta, persígnete cada vez que pases por una iglesia, duerme tranquilo, muestra que eres un ser utilizado, demuestra que morirás ordinariamente con lágrimas secas en el corazón. Ahí, único y salado, ya estarás hecho, comestible, fuiste todo un hombre. Un verdadero hombre de Fosa. Una vida lamida en un balbuceo eterno y aburrido. Y letreros, letreros: *JUSTICIA RESTAURATIVA: aquí*

mandan los arrendadores, la justicia entra a la nueva era, los crímenes se pagan con dinero, asesinar sólo le cuesta cien millones, nada que perder, ni siquiera la libertad. Llámenos, la Sociedad Etflica lo apoya.

Por otro lado, tenemos que compensarle la nieve a los volcanes. Vean a ese perro que duerme en las calles, un páramo debe imponerse en su sangrecita caliente.

Calles. En la primera, hay una línea recta que te lleva a todas las demás calles. Un batallón es el orgullo de todas las balas ocultas en los bolsillos de los tumultos. En este pueblo, es imposible perderse. Los antropólogos ultraconservadores enseñan por televisión neo-cristiana, más de veinte canales en nombre de Jesús VI y de Jesús IX, el Canal del Obispo, Atenas TV, el Canal 44 de la Fe y la Verdad, el Canal Celestial, el Canal de la monjita calva de Israel, y otros veinte canales de sutiles lobotomías para controlar los miedos de Fosa con las meditaciones de los antropólogos de *Discovery*; el problema de la Verdad y el de los pastores que descubren muestras de satanismo inútil en todo, en la ropa, en los peinados, hasta en los saludos, en los símbolos de las rocas y en los cabildos.

Calle hueca, calle mierda, calle vacía.

Va a amanecer; si no puedes dormir, sal a la calle, sé el primero en respirar. Calle hueca, calle mierda, calle vacía.

Ahora que lo pienso... soy Andrés Van Halen... es difícil decirlo, nada es más extraño que tu propio nombre, tu nombre, tu propia lejanía. Nací en el Valle, en los espacios incomprensidos de este puta país, desafiado por los carteles a mediodía, en los días duros. Allá, escuchando buen *rock* en español, lo clásico, Obus, Tren loco, Héroes, Ángeles, Ratica, pero en realidad soy de este pueblo, acá están mis amigos, mis recuerdos, también mis ilusiones, el buen *heavy metal* y mis putas nubes sin color, nubes tristes. Me cambié el nombre, porque mi padre fue un desgraciado que dejó morir a mi mamá en manos de las Corporaciones de la salud; era un poeta, alguien que se la pasaba en “tertulias y bohemias” para adjudicarse una palabra fuera de lo común; nada bueno salía de su imaginación chinchorrera y comía demasiada fritanga de ardilla y conejo. Labios morados, inicios de ceguera y aliento a licor, combinado con muerte y agua; hablaba sobre enfrentarse a las misiones evangélicas y ultraconservadoras de la época; le encantaba hablar de la historia conservadora, luego hablaba de corroer y oponerse al neoliberalismo. Apenas dijo eso, un expresidente ultra-neoliberal de ascendencia mongoloide, el tirano más grande de este puto país, le hizo publicar y además le escribió el prólogo al único libro que mostró al mundo, *Casitas verdes y poemas hermosos de la comarca*, una verdadera *shit* engalanada en papel de mediana calidad; tomamos aguapanela dos meses, porque el

viejo se emborrachó todo ese tiempo para celebrar la publicación de ese libro. Le dije la última vez, mientras hablábamos del futuro, que su libro era una torpe condescendencia, un bodrio sin estilo ni música; que debía verse esa película vieja, en blanco y negro, en la que aparecía Elvis, en la que él mismo se daba cuenta de la mierda que sonaba en esa época, que debía subirle el volumen y el tiempo a la vaina, que este pueblo no era ninguna “comarca”, que los tiempos cambian, que mire afuera cómo se queman las mariposas y que empezara a pensar en la mierda que hicieron de Fosa, que ahora es un pueblo abandonado, un pueblo fantasma, un sumidero bendito para los semidioses de la explotación. El lugar está en el corazón de cada uno, se incendia como lo hicieron las tierras antiguas. Sin colonia, sin seguridad.

Después de eso, dejamos de hablar, nunca más lo hicimos; él se dedicó a aprender a tocar el charango, mientras yo crucé la frontera para encontrar una suerte diferente, sin tanta sangre nacional de militares dispuestos a darte por el trasero. “*Jailbreak*” de Thin Lizzy, buen mensaje; la zona es fuera de las jaulas, incluso fuera de este pueblo.

Una calle, la misma calle; Fosa es insoportable, la odio y, tal vez por eso, siempre la extraño.

El amanecer, qué frío es amanecer solito en el camino de mucha gente.

Tenía sólo catorce años cuando murió mamá, que tenía una pequeña úlcera en el estómago; la operaron un 12 de Mayo y el infeliz del doctor le dejó un mendrugo de algo, de plástico, de gasa, de algo, en su interior; después de la operación, el doctor se fue de la ciudad. Ahora tengo dieciséis y una muerte indefinida. Como dije, mi padre es un desgraciado.

Las calles son un voraz recuerdo; todo flota en ellas, hasta la memoria de un golpe, de un pasado. Calle hueca, calle mierda, calle vacía.

El loco Saxon no está. Caminar solito palabra a palabra. Esperaré el lapso en mis pasos fuera de tiempo; no sé hacia dónde ir, amanecer fulminante, a pie, el reino celestial cambia muy rápido; caminas un rato, de pronto amanece, caminas otro poco y el sol te desintegra.

Niños que cruzan la frontera. Aquí se pasa el tiempo con la vida en desesperación. Una niñita amamanta a otra niñita, la comunidad lo apoya. Es hermoso, ¡jueputa, qué viva el *reggaeton* y la poli!... a la mierda todo ese apoyo.

Lágrimas promiscuas de mujeres con ideales de gasolina: pasan el puente en los carros de la familia para comprar licor importado. Vodka, tequila, cigarrillos ultra

mentolados, lo más solicitado. El puente tiene vigilancia: dos retenes compuestos de docenas de policías, perros antitodo, radares, rayos X, básculas, guantes blancos y vaselina internacional. Las mujeres son las primeras para la requisa, rubias, morenas, pelirrojas, todas con implantes y ganas de trabajar; el oficial de la requisa lo hace despacio, con sentimiento, con algo de profesionalismo. Ni siquiera se dan cuenta de que soy menor de edad. El paso está abierto, las nubes también siguen mi dirección.

Sólo tengo algunos pesos que alcancé a ahorrar; tendré que buscar una alternativa de transporte. Los rostros en la frontera son totalmente desconocidos: parece como si ya los hubieras visto, aunque en realidad ninguno de ellos, tampoco tú, tengan claridad en la mirada; se mueven con prisa, se van de este país, llegan a este país, se van de la vida y vuelven a la vida, son retornos de la mortalidad sanguinolenta compuesta por entrecruzamientos de piernas, sellos turísticos, cafés, chochos, grasas, camarones, chicles y mentas. Aliento de viajero. El aliento de la libertad. Francia, Inglaterra, Suecia, Finlandia, China, Canadá, Alemania, Japón, Chile, Noruega, Dinamarca, Austria, México, Italia, Rusia, Australia, son algunos de los veloces territorios circulantes en la frontera, todos ansiosos de algo, de locura, de viaje, de sabor, de música, de sexo y de paisajes. La locura de comprar la locura. Discotecas, casinos, prostíbulos, mensajerías, expendios de licor de la frontera, diversión, emoción internacional, alcohol, alcohol, alcohol. ¡La Sociedad Etflica, carajo! Calle hueca, calle mierda, calle vacía. Espero algunos minutos hasta cuando aparece un recuerdo; claro, es maese Shakespeare: el licor es un consejero en quien nunca debes confiar.

Pasa el tiempo y el medio día se hace un poco caluroso, el sol pica por la caída de sus rayos en forma de espinas, espinas de luz que causan sed, algo de felicidad, calma y gratitud. Pasa algo conocido. Es el enano Smith, dirigente táctico del CETRES, el Centro de Terapia y Rehabilitación Espiritual. Lleva, como siempre, su peinado de mocosos pudiente, sus lentes de contador público, su clásica gabardina, una camiseta con Stalin estampado y el clásico pantalón de paño importado de los miembros del CETRES, los tenis blancos y una botella de algo debajo de su brazo derecho; junto a su corazón estilizado por botellazos de perdición lleva su alma en supremo orden y el botón rojo con la bandera de China; el olor del enano se acerca pretencioso hacia mi sombra.

— Hola, Andresito, ¿cómo me le ha ido en este día soleado? Lo veo algo serio y cabizbajo, ¿está colgado, o de guayabo?

No le digo nada, trato de tomar algo de aire desde el lado opuesto para olvidar su olor a brujo uniforme. ¿Por qué será que este olor es ahora tan común? *ABOGADOS CLAMOROSOS: el ejercicio de la justicia nunca fue tan barato. Llámenos; por*

pocos millones le revolvemos el asesinato o la masacre de ayer; siempre ganamos, siempre.

— ¿Estamos tristes por un individuo, o por algo fuera de la lógica de los penes? No creo que Andresito se encuentre triste por cosas tan insignificantes como la soledad, ¿o sí?

El enano Smith ha sido alguien con mucho patrimonio; estudió medicina, historia, psicoanálisis, antropología, botánica y contaduría; sólo terminó la última, con la que heredó los negocios de su familia, estaciones de gasolina y cultivos de arveja; ahora es un importante miembro del Partido Corazón de las Roscas y las Calorías; es el privilegiado del Centro, pero, en realidad, es un fastidio hablar con él.

— ¿Quiere un cigarrillo? ¿Un cigarrillito? Así que el cuarto poder no quiere hablar conmigo; pues bien, me despido, entonces; tengo que atender unos negocios de suma importancia en Quito y creo se me está haciendo algo tarde; la casta intelectual, el sexo de varias fanáticas del sistema y mujercitas pagadas por el Líder SANA me esperan; nos vemos, Andresito.

En serio, no hay nada peor que un enano liberal-ultra-socialista-fumador-enviciado-de-cigarrillos-de-una-transnacional. Contribuye directamente a las arrugas de los hijos imperialistas, ¿o no? ¡Bobo, rebobo, el hijueputa!

— No, no, mentiras. ¿Qué lo voy a dejar solito al Andresito? Hoy, querido Andresito, me voy a comer a hartísimas chibolitas del país de la frontera, cholitas sabrosas, ¿quiere ir? Lo comisionaré con flores del local de Arnoldo Zaa, muchas pautas, muchos protocolos, muchos métodos, nada que usted pueda contener en la guanábana de su corazón. ¿Ya ha leído a Neruda? Eso sirve de mucho para dominar a los imbéciles; venga le recito.

¿No les digo?, ¡qué bobo el hijueputa! El corazón es una guanábana, espina, blanco, pepa, negra pepa, guanábana. ¡Enano marica! ¡Vamos, entonces!

— No, espérese un momentico, Andresito; tomémonos unos minutos para entregar el universo femenino a nuestros pies masculinos; además, tengo algo para contarte —. La sátira incluye la pauta de desaparecer en movida múltiple de los entendidos y aprobados, salirse en un taxi lleno de perversiones e irnos hasta donde los animales esperanzadores se masturban en bares de la Quinta; de la frontera hasta la Quinta sólo hay cinco minutos;

— ¡Taxi! — Luego nos llegan las felaciones en grados de labios embriagados; muchos segundos de eso.

Un vehículo amarillo se detiene frente a nosotros. Subimos, arranca con prisa. La calle pasa y se ve a los caminantes de la frontera. “Yo soy la voz que clama en el desierto”, se lee en un letrero de cartón dispuesto en un lado de la carretera, lo pasamos rápidamente.

— ¿A que no sabes la mamada que le saqué a un paciente, digo, a un individuo, a punta de metodología?... Un regalo en tu nombre... a punta de metodología... te lo digo, Andresito, te lo digo... el individuo era tu ex-esposa; ella me hizo sexo oral; ¡claro, todo!, a punta de metodología... así como lo oyes, Andresito; tu querida amada con su lengua en mi falo... llevaba dos meses en terapia; la puta estaba buena para mandárselo; por eso voy a gastarte el pasaje y la comida, me dije... la muy puta lo hizo, el mejor oral de mi vida... para abandonar el tratamiento, no hubo problema en eso; además, los padres, ¡ricachones de mierda!, los Monroe Lazos, pagaron por adelantado todo el tratamiento y aceptaron la cláusula de no devolución del dinero si el tratamiento fallaba; ¡maricas de corazón liberal; pagan por adelantado millones sin importarles nada, ultra-burgueses de mierda!

Es imposible este puta ideal de creerse líder... más enanos se comprometen en la piromanía del excitado; las más grandes caídas atormentan el cuerpo armado de políticas radicales...

— Creo que, sin ofenderlo, Andresito, también se lo hizo, digo, el oral, al doctor Bastos Ming... y al doctor Robles Butler, al doctor Ruano Nicholson, al doctor Moldava Fuentes y al doctor Vix Lo-Tse.

¡Un enano y otros luchadores de la patria insinúan con una sola boca la gracia de tu nena!... Una caca donde los dirigentes de colectivos ideológicos, Grupos de Oración, aliados radiales de la Santa Sede y todas y muchas de esas basuras demandan actos de sexualidad, de espíritu, de silencio, de dominación, de gemidos a sus requirientes, colectivos llenos de *shit*. El pastor derechista se come a las niñas por tríos, el líder izquierdista les rompe el ano a varias chicas, el sacerdote liberal se come a las otras vulvas inocentes, el ex-alcalde se come a las otricas vírgenes, los polis se comen a las gallinitas como desecho y el hijo del alcalde y su amigo neonazi se comen a las niñitas que sobran, ¡un clima perfecto! ¿Ejemplaridad? Si un líder ha penetrado al ochenta y tres por ciento de las párvulas del colectivo, por favor, por los animales que esperan a su mami, no dejen al líder de la bandera rojo-azul o al de la placa de poli que continúe con sus penetraciones, ¡nos joden la ternura, nos joden la afección! ¡Nos están secando la entrepierna! ¡Enano marica, vámonos de una vez!

— ¿Sabes, Andresito?, no perdamos más el tiempo; mejor nos marchamos a Quito de una vez, antes de que nos requisen los chapas de nuevo. ¿quiere chochos?

Enano buena gente.

— Y... ¿con quién dejó encargado el CETRES? —, le pregunto, con inquietud ansiosa. Pito del taxi.

— Con el doctor Georges Claudel; él sabe bien cómo desempeñarse en mi ausencia; él sigue al pie de la letra la metodología que se aplica en el Centro; por eso es tan efectivo; además, y no le vaya a decir a nadie, ¡el pendejo trabaja por nada!; le gusta el dolor de los individuos; sin nostalgia alguna, hasta les regala terapias, que luego se le descuentan del salario, todo para que los individuos lleguen curaditos a casa. Por otro lado, el doctor Walter Bautista está perdido desde hace meses, aunque, ahora eso no debe importarnos.

— Bien; entonces, vámonos; busquemos el planeta de los elegidos.

Grandes letreros: el mejor detergente, botellas de seis metros llenas de aguardiente y ron, medias para mujer, casas en Madeflex, préstamos bancarios, zapatillas, joyas y la devolución de “su” dinero; únicamente publicidad para los entumidos. El taxi difunde mal olor desde el asiento delantero. Pasamos por la calle abierta al mundo; un gran cartel, con la imagen de otra niñita que amamanta a otra niñita; la administración estatal lo apoya, *Sanidad Social*. Mientras pasamos por el enorme aviso, el enano Smith empieza a hablar:

— ¿Sabe Andresito?, lo más rico de dominar imbéciles... es la corrupción del alma de los vecinos; todos los testimonios son de bienestar y bendiciones para la secta, para el negocio, para la institución; nadie puede testificar contra una obra de salvación, nadie. Todos ven al CETRES como algo necesario; por eso pusimos la estatua del Cristo crucificado en la entrada: desde allí ya respetan los protocolos, desde la entrada —. ¿Qué putas dice este bobo?, pienso. Un letrero: Hotel Momento Familiar. Los vendedores de cine pirata vuelven al futuro antes que las salas de cine. Depredador I, II, y III en el mismo disco; nunca en cinta, sólo en películas piratas, eso ya es un adelanto. La calle suspende el tránsito en la atención de las cabezas, las palabras no esconden nada.

— Estreno, estreno, estreno; quiero inhalar algo de periquito; sí, sí, ¿señor taxista, podemos parar en ese hotel un momento, por favor? Pare aquí, pare aquí — dice el enano Smith. — ¿Sabe otra cosa rica de dominar a tantos imbéciles?... La plata; ¡ay, Andresito, la plata!... Date cuenta: me pagan todo en efectivo, incluidos compra de libros, matrículas de siete asistentes, viajes en primera clase, almuerzos en dólares; bueno, no te diré el total, pero es algo muy bueno sólo por viajar a Quito a fornicarme a varios espantapájaros y a esas viejas y putas sicólogas; claro, tengo que aprenderme

algunos artículos de la Constitución, algunos Decretos, algunas citas del POT de Fosa, de desarrollo cognitivo; pero, bien, por dentro nada es lo que parece; venga, bájese aquí conmigo; le mostraré polvito de buena calidad, sin Mexana; venga, acompañeme —. El enano da órdenes, hace guiños, reparte sonrisas y señas al taxista, que acierta de inmediato con la dirección que le dijo el enano mediante lógica simbólica.

Calle arriba, una gran cuesta de cemento, la otra calle. El enano endereza la bandera de su botón antes de bajarse del taxi, saca unos billetes para dárselos al conductor:

— Espéreme unos cinco minutos; ya volvemos —. Dos letreros publicitarios al tiempo:

LOS CORAZONES BLANDOS, el nuevo lugar del amor, el motel perfecto para su amor.

MUERA POR LA PROCURADORA G..., los niños correctos nacerán por ley entre los niños acabados.

Seguimos hasta la entrada del hotel Momento Familiar y caminamos por un sendero adornado con flores; ante una tiendita saluda el enano:

— Buenas tardes, ¿está el patrón por aquí? Buenas tardes —. Una señora, de aspecto senil, lo saluda; a su lado, una niña de ojos verdes intenta dormir a un bebé en sus bracitos; la viejita nos mira con desconfianza, luego le hace señas al enano Smith para que entre a la primera habitación en el pasillo; la niña sonríe cuando me mira, sus ojos verdes son como esmeraldas todavía en el centro de la montaña. El enano toca la puerta:

— ¡Siga, siga! —, dicen desde adentro. Smith abre la puerta. Un hombre de bigotes, sentado en una mecedora, vestido con una camisilla blanca, pantalón azul y chancletas, saluda al enano con reverencia:

— Hola, buenos días, señor Smith; un placer verlo de nuevo esta semana —. El enano pasa su mano derecha sobre su pantalón para luego extenderla al hombre de bigotes. Se saludan, se muestran algo de deseo reprimido con seria hipocresía; comentan algo sobre el clima y el enano me presenta:

— Discúlpeme que sea tan grosero; vea, un amigo de la ciudad, Andresito Van Halen —. El viejo de la mecedora me mira con recelo; parece que no le gustó que estuviera con el enano. Los bigotes se levantan y le preguntan al enano:

— ¿Cuánto va a querer hoy, señor Smith? — El enano me mira y responde:

— Unos veinte gramitos; tenemos un viaje a Quito y necesitaremos algo de compañía, atención y seriedad, algo de concentración y embale —. El hombre se levanta de la mecedora, se acomoda las chancletas y camina haciendo un gesto de esfuerzo, abre un closet de madera, en el lado derecho del cuarto, pone sus manos en el cajón central, lo abre y dice:

— ¿Veinte gramos, señor Smith? Aquí tiene —. El enano le pasa un billete de cien dólares y se despide. Sencillo, suerte, hasta pronto.

— ¡Que tenga buen día, señor Smith! — Hotel Momento Familiar.

Mientras salimos, la señora de la entrada no está, y tampoco la niña zarca: parece que sólo fueron fantasmas; caminamos con tranquilidad, el enano tiene su mercancía. El conductor del taxi nos espera; observa la intensa satisfacción del enano y enciende de nuevo el motor; una fotografía, claro, la del obispo, resplandece, hace un agujero en el asiento. El enano no duda en probar el polvo empaquetado en bolsa transparente, se pinta las encías de blanco fuera del taxi, cierra los ojos, ahora dentro del vehículo, el otro lado; cierra los ojos, moja sus labios con saliva seca y me dice:

— La dominación de imbéciles no es algo que pueda hacer todo el mundo; se necesitan recursos, pero, sobre todo, fama, renombre, *marketing* neuronal, fama, renombre, Andresito, renombre... con eso dominas a los imbéciles con efectividad, nadie puede identificarte, nadie puede testificar en tu contra... No hay ninguna acción criminal en la dominación de los imbéciles, Andresito; drogados, leprosos, ladrones, maricas inútiles, bazuqueros y yonquis homosexuales, todos con dinero; el dinero hace por ellos lo que sea, oye la radio, oye al Locutor de la verdad, las conversaciones; no tengo nada en contra de los homosexuales, Andresito, nada, nada, pero también pueden pagar por eso —. Se moja de nuevo los labios, el conductor pone música, “Una aventura”, del Grupo Niche; el enano sacude los hombros en señal de agrado por la canción, sonrío, toma aguardiente y sigue: — Yo no soy como los demás doctores del CETRES; escucha esto: la Procuradora G... acaba de firmar el Decreto para iniciar de nuevo un *Index Librorum Prohibitorum*, con quema de libros en la plaza y todo, y, el mes que viene, va a promulgar el Decreto para que todas las mujeres tengan su primer hijo antes de los quince años, van a implementarse la inseminación artificial y otras metodologías. Calcule, Andresito, los costos de esos Decretos; algunos disfrutan con destrozar la integridad de los pacientes, otros gozan provocando pesadillas; yo no; yo no, Andresito, yo no soy así; yo, sencillamente, quiero que nuestro Centro sea siempre el mejor Centro de dominio espiritual —. El enano toma de la media de aguardiente que llevaba bajo el brazo, bebe:

— ¿Quiere un poco?

— Noooo, gracias; déjelo ahí no más, beba, beba.

— ¿Quiere un cigarrillo?

— Nooo, gracias; fume, fume. Usted allí siempre fumando por el bienestar del sistema —, le digo, con sincero desprecio, aunque no parece importarle, pues se echa un pase hasta el cerebelo y, entonces, al verlo, pienso: ¡Cigarrillos blancos de multinacional! Pura *shit* ripiosa, adoración de los gremios ultraderechista y ultraizquierdista (lo sé porque esa marca de cigarrillos tiene en la cajetilla la imagen del partido azul-verde y encima la foto del obispo), y del peor marica, Smith, privilegiado enano del Centro, que fuma como loco para *distinguirse* entre la sutil y consciente colaboración soberana.

— ¿Has leído el Capítulo siete de *Rayuela*, el ícono de la simple erotomanía latinoamericana, hecho por el mejor narrador de la Argentina?

— ¿Qué, ese también lo usa para dominar imbéciles?

— No, no piense eso, Andresito; lo digo porque es muy efectivo y... para ser sincero con usted... lo utilizo única y exclusivamente para las mujeres... para un besito, un ajuste de cuentas con el falo, para comerse a una neo-feminista, para una paradita beneficiosa... y... para no alargar el asunto..., ¿sabe qué?, utilizo a Benedetti... las domino en una sola noche, con “Visceversa”, con “Utopía”, con un vino seco, con una emoción, una salsa bien pegadita, una bachatica, ¡qué rico bailar bachata!, un beso, un postre de leche, más vino, algo de aguardiente, algo más de *Rayuela*, y, de pronto, si todo sale bien, algo más de vino, si alguna consume periquito... ¡todo está listo, se echan como locas en cualquier lugar!

No me sorprende la idiotez de este enano maldito, pues es un terapeuta del Centro; al fin y al cabo, una brutalidad a escala. Policía cara a cara, líder central, católico sin previo aviso, catedrático, máxima autoridad, cabecilla, ministro, monarca, comerciante, concursante, pendejo de sobaco conservador y nalgas liberales, asesino que cumple las leyes, lombriz del formol, simio demócrata, obispo, ultra-reservista, *clown*, chef, rector, obrero de los peches a medias, borracho de la ofuscación, caza lagartijas, enviciado de multinacional, bolita de mierda, cualquier calificativo para entender a este enano es insuficiente.

— ¿Sabe, Andresito?, he dejado de necesitar el calor humano; 1812 es el número de mis entradas al sexo casual y el parrandón de los viernes; debería intentarlo, crecer en el número de sus penetraciones; es algo que hasta el CETRES no entiende... no sabemos por qué está tan podrida el alma humana, no lo sabemos, por qué nos

quejamos, por qué nadie se queja; ya no creo en nada, en nada, Andresito; ya no creo en nada que no sea mi sabia ideología, en nada —. Parece que este enano no tuvo hermanos, nadie lo necesita, parece un pene de burdel con ansias de masturbarse en las líneas blancas cercanas a su cabeza. Empieza a decir poemas de memoria: ¿será poeta?; tal vez por eso Chuck insulta a cualquiera que le diga de esa forma. Poetas y chorro, casos retirados y conocidos.

La sombra de los recuerdos atormenta desde el lado derecho la profusa incertidumbre de los ojos. ¿Y si no tienes ojos? Como quienes cargan la pesada cruz, los santicos y las Virgencitas en semana santa. Acciones para hurtar reflexiones ante eso: todavía en el pueblito, la velocidad del taxi es ajena a los pestañeos que perciben la realidad; cada pestañeo es una sacudida a la realidad.

Las imágenes de la calle no siempre se exponen, se camuflan en juegos de niños sedientos de precocidad. El taxi baja y un amigo va subiendo por la avenida, una imagen casual, indispensable para nadie: el loco Saxon, que va por la Pana antes de la frontera, con sus zapatos agujereados por la sinrazón y el abandono, camina e inhala Boxer en una bolsa rosada, bolsa de sueños y maleficios. “Yo soy la voz que clama en el desierto”: el loco Saxon lleva colgado este letrero de cartón; su cara parece negra, se carboniza desde el pedazo de alma que todavía le queda.

— ¡Pare, maese, pare! —, le digo al conductor que detenga el puto taxi.

— ¿Qué pasa, Andresito? —, me pregunta Smith.

— ¿Paro? —, pregunta el conductor, que ve por el retro con malicia.

— ¡Es el loco Saxon! —, le digo al enano Smith.

— Si el hombre se quiere bajar... que se baje —, le dice el enano al taxista. El vehículo detiene el motor.

— ¡Saxon, Saxon! —, pero, sin detenerse ante mis gritos, el cuerpo del loco Saxon se aleja por la frontera, hacia el sur; caravanas de miedos a alta velocidad pasan y parten por la mitad su espectro carbonizado. Una fila de tractocamiones se cuadra en el lado derecho de la vía; en el otro lado está el abismo, el cañón del río, y el loco Saxon, exótico y gótico en la magia absurda de la ciencia infinita, tiene los pelos parados con pegamento, verticales. Tratamiento para la quiebra, piso de madera, centros paranasales llenos de pegamento. No es fácil borrar la amistad de un golpe; hay un vínculo anormal en eso, demasiado anormal.

La vida fluye, no se detiene, se retuerce, se sitúa en los planos insolentes del sonido y el deseo; quieres vivir, tú, despreciable detractor del mal, tú, animal de la fragilidad que has querido renacer, el amo izado en la bandera del poco alternativo decomiso y violento actuar de toditos los años: hoy y siempre habrá un espejo que le diga a tus lágrimas que el Dios que siempre creíste vivo ahora está muerto, ¡dios! El podrido de Freddy Mercury (el que cuida carros en las funerarias) les lame la cabeza a los sabios del impacto: un cuadrado de LSD por las ciencias exactas, que es igual para todos los hermanos y hermanas llevados con seguridad al carajo por los pastores y los mensajes del cuerpo puro en garantía y con permiso. Ninguna misita de mitad de semana se puede percutir como un acto de salvación, en medio-miedo de tanta avenida del desasosiego.

Saxon se tira en el pasto que crece a un lado de la carretera.

Guaguas *Hell* (lo que hacen los perros por la Santa Sede)

Claridad y miedo, seamos astutos: hasta con música, se debe ser muy inteligente para resistir el pánico de los papelitos sobrios y la mitomanía. Los malestares y las leyes de Fosa. Todos mienten, todos fuman pistolos. El saludo respetuoso oculta una tremenda ranciedad. El Batman regional que abandonó la cacería de criminales para hacer música con adolescentes. Chamorrito se mete un pistolo en ayunas siempre que está de guayabo; se tuesta lento la voz; lo primero es ir a la nevera para meterse una chela. ¡Suerte! De dos bocados, bien fría. Si son más de las nueve, telefonea de una a su nena, Laurita, que siempre se viste con sus pezoncitos dispuestos a los endurecimientos del frío. Timbra dos veces el teléfono:

— Hola, mi vida, ¿tu papi ya se fue?

— No, mi vida, creo que hoy no nos vamos a ver, llámame en media.

— Bueno, mi Laurita. Suerte —. Chamorrito se toma otra cerveza, sube a su cuarto y pone *reggaeton* a todo volumen, llora un poco y se pega otro pistolo. El papelito de la muerte. ¡Suerte! Se intoxica un tanto el alma para llorar su tristeza con una seriedad congruente; susto al cien, risible para ser un mitómano y un mentiroso encerrado en la jaula de su cuarto.

— ¡Qué mierda! —, grita frente al espejo; le baja el volumen a la música; arrastra la r como su abuelo, el labriego exconcejal de la camioneta negra; como su tío, el aduanero, y su otro tío, el curandero, como neurona de la frontera o como lo que sea; su rostro guerrero, casi indígena completo, se resuelve en una mirada hacia sí mismo; mediante una frágil rotura en el brazo, se abre despacito líneas en el antebrazo con la daga que hizo bendecir en Londres en el 97, se corta con cuidado sin tocar el final del músculo, sólo la piel. Es demonio mestizo y cobarde, posmoderno y criminal; actor de la manutención del culo transcendental. De repente, cambia la música; Chamorrito pone un disco de *metal depresivo*, se fuma otro pistolo, puro *black metal* ritual. Con el corazón rancio de tinieblas repetidas empieza a pensar en la otra mujercita que lo hace cantar en tonos agresivos como un vampiro gordo y enamorado. Cambios bruscos; hace malas caras, gestos ridículos para estar encarnado en el pecadillo de permanecer paniqueado.

— Lloro porque vivo en la penumbra del dolor; Satán reparará mis lágrimas; escúchame, te suplica tu poeta maldito, el creador de las líricas malditas —. ¡Vaya

que es ridículo el vampirito del *reggaeton*! De esta forma, se abre una horrenda línea en el otro antebrazo. Marica normalizado. Se oye en las aberturas de la dermis, ajuste de cuentas entre *Dark Funeral* y *Mayhem*. Navegación e intento de incendio, prontuario amenazado por las llamas, bomberos siniestros que no acuden al lugar.

La sangre le chorrea hasta la hebilla del pantalón; está sin camiseta, se dibuja el pentagrama en el pecho con la daguita, se mete otro pistolo. Otra vez en el espejo. Se imagina que camina por la nieve de los Alpes, en una noche fría, bajo una enorme piel de oso pardo, con una espada y un cráneo de oso polar adornando su cabeza. La oscuridad enmudece su pasión, la voz se vuelve un minúsculo vómito sanguinolento. Se recuesta contra la pared de su cuarto; la oscuridad estremece con la luz del día en su habitación; de repente, una voz en la puerta:

— Tobi, mi niño... ¿ya vas a desayunar?

— ¡No, mamá! ¡Ya le dije que no me jodan! ¡Que no me jodan!

Entonces, la aniquilación aumenta. Se despliega la daga, esta vez con una fuerza sensata, por los antebrazos abiertos; toca un poco el músculo, el huesito. Le duele. Otra vez. Se hunde más, la sangre brota con cierta desmesura. Ora en silencio. Se dibuja con sangre extraños símbolos en los cachetes.

La música cambia repentinamente, de nuevo *reggaeton*. Chamorrito logra ponerse de pie, se mira en el espejo, le dibuja al reflejo unos cachitos rojos. ¡Suerte! Otro pistolo. Respira; contiene el humo y la triste náusea lo invade.

— Tobi... ¿estás bien?... Tobi, pórtate bien, ya no haga eso... recuerde el consejo de su padre, que debes estudiar para ser alguien en la vida; Tobi, te estoy hablando.

Vomita un poco y dice:

— ¡Que... no... me... jodan!

Tratando de pensar en Laurita, Chamorrito se desvanece en una náusea sin resultado. Otra muerte amarillenta, estupidez maravillosa sin mariposas. Precipitaciones que descubren lo insaciable. Pulso fuera. El vómito se mezcla con la sangre para hundir el deseo en un consumado delirio de fluidos, *reggaeton* y *black metal*.

— El viejo Satán debe estar encantado contigo, hijito —, le digo.

En ese lugar anestésico, sin agua, Chamorrito no puede ver su sangre. No hay sonido alguno en él. Un extraño sabor metálico lo invade por el ano comprimido. Se silencia.

Yo evito pisar las manchas de vómito y sangre; alzo un poco más el volumen para largarme de una vez con él al parque de los muertos.

La invasión, tan próxima como otra y otra dictadura, está llena de roedores y enterradores.

Antes de salir, me arreglo un poco ante al asqueroso suplicio de Chamorrito.

— Aunque hayas muerto, puedes confiar en mí —. Chamorrito sigue sin poder hablar. Una pesadilla durable hasta en la otra vida, ¿cuánto durará el enmudecimiento allá en el más allá? Esas vainas traen el dolor por un momento hasta aquí, hasta acá. Las vistas de la muerte te dejan sentir la sobredosis por varios sueños más. Hace algo de sol. Tengo que ir a Los Ángeles. *L. A. Woman*. Tengo la dirección de una mujer que vive en ese barrio. Puedo oír el río más abajo de aquí. *L. A. Woman* me estará esperando o, no estará en casa, será mejor apresurarme. El Chamorrito y los otros me siguen, caminando hacia atrás, con las vestiduras de su tiempo exacto. Ahora, soy un perro guía.

Llevo siglos haciendo esto. Es fácil cuando los corazones se suicidan de tantas maneras. La ciudad suicida, el amor suicida, el recuerdo suicida. Fosa, trabajo fácil. Una insoportable noticia. *L. A. Woman*. Camino sin problemas, lepras de libertad, el amor es un coche. De bajada, veo una señora descalza sentada en un andén; una chalina la cubre del frío, aunque seis dedos acompañan la dura piel de sus pies. Los Seis dedos de la calle.

En el camino hacia L.A., dos muchachitas llevan cráneos, húmeros y otros huesos; el robo de huesos del Cementerio Central es algo que lleva siglos en la historia del ser humano; las muchachitas lo hacen por puro fanatismo respalda-cristiano, lo que las familias ultra-burguesas del Centro de Terapia y Rehabilitación Espiritual llaman “satanismo”, u otra contribución a la pos-producción de la puesta en escena. Un método para estereotipar los agujeros, englobar muchas formas de estupidez, conservar la doctrina del pañal desechable y asumir una ancianidad sin sentido que mantiene la usanza papal, el diezmo, la súplica, el baldado de pobreza y el esparcimiento de la imbecilidad como “forma de juventud”. *Shit, shit, shit, shit*. Belleza suicida. Ahorcarse por tener el corazón desconsolado, mientras oye un *reggaeton depresivo*. Equivalencia de doctrinas. Parece como si las muchachitas no supieran que existen varios lados de visualizar el latir del corazón, no únicamente el que te dicen como alternativa para la ausencia del príncipe azul. Los huesos profesan un olor que duele y provoca placer. Ahora, dice una de las muchachitas, entre sus palabras de jeans rotos:

— Diosito, Diosito, ven, llévame lejos; Diosito, Diosito, ven, cógeme dentro; Diosito, Diosito, ven, oréame el orto; Diosito, Diosito, ven, ven, vení en estos huesos.

Otra canta para sí misma canciones de *black metal* vestida con un pantalón de cuero nazi hecho por su mamita mestiza:

— Tengo que temer sólo a mi señor el pútrido, sólo a mi señora la valentía, sólo a mi esperanza de tomarme otra cerveza.

Miseria cadavérica. Luego dicen la oración que el satánico más feo del mundo les enseñó y juegan a ser una parte eficiente de la cultura. Religión y fe. Muerden un sapo, se toman sus fluidos y su sangre, arrojan el cadáver del sapo y hacen lo mismo con un gato pardo; beben la sangre del gato en una copa plateada, se dibujan un símbolo en la frente con la sangre del gato; una de las muchachitas intenta vomitar, la otra la detiene. El símbolo dice representar a un elemento de la maldad, pero es más bien algo que influye innegablemente para que las cosas sean como balas; *shit*, el diosito clásico, el cuerpo del ser, la inercia, el maquillaje, el mismo acento, el cuerpo del Dios mutagénico. El pentágono, estiércol, papas, nachos, burritos, gaseosas, ópera, y otro modo de castañetear los dientes. *Las muñequitas de Nueva York*, las penas puestas en la calle un día de Semana Santa; dos tablas perfectas forman un círculo con el centro expuesto en un pedazo dorado y blanco, un ojo, un ancla reconocida en la contradicción, una rosa pintada con vinilo negro, un dibujo del macho cabrío clásico, un pentagrama sin ubicación simbólica, la foto de una mujer sin ropa interior, la foto de muchos hombres encapuchados, tiza, trazos con apariencia europea en el piso. Las mujeres se esconden en una esquina oscura. Los violadores asechan, se levanta algo de polvo y mugre.

Me acerco a las muchachitas y les pregunto su nombre a través de una anécdota contenedora de risas, el pasado, una memoria, una atractiva mirada de una de las mujeres:

— Estamos nerviosas; ¡no te vamos a decir el nombre de ninguna, perro maldito!

— Eso es mentira —, la interrumpe la del pantalón de cuero; — me llamo Dark Soul, y ella es la señora Sátira Insípida —. Las mujercitas tratan de esconder los huesos que traen como carga, huesos humanos.

— ¿Por qué llevan huesos de muerto a su casa? —, les pregunto tratando de respirar los miedos pasados del cráneo. — ¿No saben que eso les trae mal porvenir? Eso es lo dicen casi todos los jaguares.

— ¡Eso no te importa, perro! —, exclama con rabia una de ellas, para luego hablar, mientras mira con rencor a la otra; — estos huesos los llevamos porque queremos aprender cosas que para muchos son malas; sólo por eso. Y si eso no te gusta, me importa un culo lo que piensen los jaguares. Queremos aprender las formas de la Ondina y la Salamandra.

— ¿Malas? —, pregunto con algo de sorpresa; — eso que usted dice malo es algo chistoso, muy chistoso; piense en cosas de tierra, en algo realmente malo para usted; Sátira, ¿verdad?; así te llamas, ¿no es verdad?; ¿te has preguntado por los pasos que dejas en cada arrastre del alma?, porque cuando caminas arrastras el alma; ¿no te has dado cuenta de eso?, que tu alma se queda en la calle. Y eso que dices es de calles de afuera.

A la joven parece disgustarle mi presencia.

— No le creo, perro —, dice una de ellas, —se ve que eres un adoctrinado más, una puta cosa de la legalidad.

— No diga eso, señorita. Si usted pudiera ver lo que me sigue a todos lados, no diría eso.

Entro con los ojos abiertos a Los Ángeles; un conjunto de estatuas en ruinas se mantiene sólido en la entrada, varias veladoras y otros símbolos de la antigua Inquisición europea. El rostro de un hombre quebrado en dos, con enormes alas; a su lado, unas manos suplican algo, un rezo, una oración en latín; ninguna de las señoritas sabe latín, excepto por lo que dicen en esa oración.

— *Sopor aeternus, sopor aeternus*. La luminosidad tiene estratos —, dice la mujer más borracha; — tiene etiquetas, resinas, almohadillas protectoras y todo; hasta el perro muerto nos viene a ver.

Se ríe con soberbia (aunque sus lágrimas desechables tocan el interior de su henchida eternidad), expulsa aire y hace una extraña libación de sus labios hacia el suelo. No se puede ver a simple vista, no se puede probar.

— Mire, perro —, continúa la mujer, — los que ganan poco, en su mayoría vecinos de la ciudad, ponen velitas de cien pesos que se derriten rapidito. Los otros, los que llegan en trenes y en barcos, ponen veladoras de cien dólares. Nosotros, los que parasitamos, robamos huesos del Cementerio para no poner velas en las estatuas, para no comprar los colores de esta absurda paz, de esta preferencia por los muertos, esta paz en resurrección; ¡paz!, ¡paz!, la paz es sólo para los muertos.

— Piel quemada corren por el hospital —, dice la otra mujer, a la vez que bebe algo de una botellita; — Dark Soul, ¿no te parece que hace falta algo de pólvora?

— Tiene razón, Sátira, tiene razón; deberíamos prender algunos tronantes para molestar en algo este silencio grasoso y sagrado.

Una mujer joven tiene la excusa perfecta para acceder a la libertad del espionaje: la piel fría, las ganas de correr. Una palabra lenta en el coro de humo blanco. La mujercita más borracha empieza un diálogo sencillo:

— El Salvador entra en el abismo sostenido en hombros por los mancos.

— Así es, Dark Soul, el Salvador esté con ustedes; ¿te paso más velitas?

— No, Sarita, no; más velas no, Sarita.

— ¡Alma! ¡Carajo!

— Lo siento, lo siento, Sátira; Sátira, perdóname; Sátira, ya no vuelvo a decir ese nombre.

— Así está mejor; recuerda que muy pronto seré la mejor y la más joven constructora de armas sicoquímicas de la SS. Debes temer sólo de estar conmigo.

— Lo siento, Sátira, ya te dije; lo siento, por eso no hagas una catástrofe —. Las mujercitas se ríen en un amigable abrazo; las alas de las estatuas parece que se desmigajaran en cada segundo que permanecemos aquí, mientras ellas continúan hablando entre ellas:

— Mejor, vamos, Sátira, vámonos ya. Que este perro se quede solo. La bóveda desprende pedazos de Silfo en la ventana; vamos, vamos, si no esos vampiros pura sangre los van a coger.

— Sí, por acá se desdoblán muchas oraciones blancas. Esto tiene que ser territorio de los pura sangre. Y creo que este perro es un pura sangre.

— Suspiros curativos envueltos en algodón. Idioteces. ¡A la mierda los que se creen pura sangre!

— Caballos.

— Sí, caballos.

Las velas oscilan entre la inexistencia y la existencia del fuego, anuncian la alegría de desaparecer sin saberse escuchadas por los poderes virginales, superiores, que se invocan desde la estepa sombría y las hendiduras de las rocas, las ruinas, los ángeles deshechos por las oraciones. Las mujercitas siguen su camino sin despedirse o mimarme con sus miraditas de reojo. Ninguna solución ante la despedida.

— ¡Continúen calladitos! —, les grito a mis brutos seguidores.

Algunos no entienden el ladrido; entre ellos está Chamorrito, que se halla caminando entre la fe y el lugar sin sombra; el miedo parece acabarse en sus pálidas venas, pues parece que expiraron sus tripas catalépticas.

Más allá, un semáforo enrojece para asustar a algunos habladores de las esquinas, se ocultan de la luz roja cuando los ojos se escapan y se encandilan en los milagros de las velas de enfrente. La fotografía de un expresidente suscita un sinnúmero de maldiciones. Los ángeles, los expresidentes, eso es un espacio sagrado en Fosa. Pusilánimes familias los siguen sin cesar en una fotografía que antes se hizo por aquí. Las ruinas de los ángeles y las manos que suplican me recuerdan la palabra de las muchachitas, pero, tengo que llevar a una mujer esta noche al otro lado, *L. A. woman*, ahora puede estar en cualquier situación. Me apresuro, tengo que llevarla pronto.

La casa arriba, los ángeles abajo, *L. A. woman* está triste, está muriendo. Las ruinas están en una cama. Un hombre con cara de burdel pasa al lado de las ruinas, se une a un grupo de agentes de la SS que forma un semicírculo de cabezas de varios colores; en el centro del círculo, con gemidos lindantes con un dolor extraño e inesperado, *L. A. woman* suplica para que se disperse el semicírculo, para que pare la orgía, para que los hombres detengan sus violentas penetraciones.

Decisión para seguir con el tiempo; *L. A. woman* es un juguete con el hígado hinchado a punto de estallar y chorrear por el ombligo. Sorpresa: es Laurita, el amor de Chamorrito, la que se desangra en esta cama desnuda, en ruinas, violada por agentes del orden; después de que todo termina, duerme plácidamente en la ruina de un sollozo inescrutable, duerme pensando en nadie, en bolitas de estrellas que chocan entre sí, en universos de abejas y de elefantes. El grupo de hombres aún erectos, al parecer todos sargentos de la SS, se limpian el brillo todavía tibio del falo antes de subirse los pantalones. La mujercita se une a la fila; le pongo una sabanita para que no camine desnuda para siempre.

Death

Lo de Nina tienes que averiguarlo... ¿que qué?... Nina es un volcán disipado en el frente de la luna llena... sustancia de los cucarrones anormales... sin risa, sin ropa, sin nada... que tiene bolas de amor en sus manos de tierra sucia... porque su interior tiene todo, todo el fuego... nada abducido... es puro sueño... debajo del agua... ¿Hace tanto que no lo haces?... Es un beso directo... el sitio perdido en los barcos de pavimento que se atornillan en las nubes catalépticas... sí, sí, sí, en aparente muerte, nubes que muestran un arco iris finalizado por una montañita sin color, esperada en la niebla... mucho, pero mucho calor, color, calor... centro fuego en la tembladera de las piernas... ancestral... si sueñas con hacerle el amor a tu amada... hasta en tus sueños... hazlo despacio... hazlo como un tigre, como el halcón, como el águila...

— Tú sabes, hijo, Chuck, hombre... ya es hora de levantarse.

Aterriza la almohada y Chuck se baja de un cerdo negro que lleva un girasol en el hocico. Suena la alarma... “Son las seis”... “Hay que trabajar”. Un mal presentimiento acompaña la sensación de recibir la primera luz.

El hombre pestañea, afiches de Iron Maiden, de Motorhead, de Peste Noire, de Megadeth, de Rainbow, de Deep Purple, los revisa, los cuenta, pestañea otra vez y dice: “¿A dónde se iría Nina, ah? Ese beso me dejó pensando en algo cósmicamente impronunciable, sin orden material: allá debe estar”. Sacude la nariz, se toca la ceja izquierda, levanta los pesados “siete tigres” y se lleva las manos a la entepierna. “Está frío, hijo. Está frío”. Enciende la televisión: “Los Picapiedra”. Se lleva las manos a la cara y busca con sus ojos marrones la toalla. El hombre lleva una camiseta blanca con el estampado “Sister morphine”, en letras ondulantes entre púrpura y azul. La toalla todavía está húmeda. Siente algo de repudio, un malestar extraño, pero, igual, se dirige al baño.

Es un cuartico que está afuera, más bien parece una letrina tradicional: un plástico negro se extiende como puerta; hay que ponerle una piedra para que el viento no desubique el plástico. Lo piensa. “Mejor mañana”. Especula. “Mejor en la lavandería”. Se ubica en un lavadero que está frente al baño y se moja la cara. Utiliza jabón para lavar la ropa. Se seca con la toalla y corre al interior de su habitación. “¡Qué frío, qué frío!”. Abre la ventana que da a la calle. “Me enferman los Muertos agradecidos”. Cambia de canción: “Hey stoopid” de Alice Cooper. El intro y el deseo

de otra canción lo invade: “Burning our bed”. La cambia. Se pone sus jeans de siempre, sus botas texanas, una camiseta negra y su chaqueta de cuero. Canta mientras se toma un vaso de agua con pan de sal. Canta y piensa en los besos de Nina, en los amargos momentos que pasará el loco Saxon si se entera, en la única vía que tendrá esta noche si se encuentra con alguien más; sonrío, se baja el bocadito de agua para disponerse a salir.

Cierra la puerta de su cuarto. A su derecha un pasillo largo y oscuro que, mediante la luminiscencia que entra por algunos orificios de la puerta, revela una bicicleta: “mi santropel”. A su izquierda, con la luz de las seis de la mañana en una huerta, se puede ver desde ahí un árbol de chilacuán. Camina por el pasillo y una vocecita le dice desde atrás, en la huerta:

— ¿Ya se va, m’ hijo? —. Es una viejecita abrigada en un saquito de lana fucsia y una chalina negra que abriga aún más su vientre. — ¿Ya se va, Felipe, se va a ver con esa muchachita coja? —, le pregunta al hombre con una mirada inquieta.

— No, abuelita, me voy a trabajar, nada más; ya voy tarde —. El hombre deja la bicicleta apoyada en la pared y regresa para darle un beso en la mejilla. Es un beso sincero.

— Dios me lo bendiga —, le dice la viejita con una agradable suavidad. El hombre atraviesa nuevamente el pasillo. La puerta está agujereada por el óxido, corroída en la sombra del ahora en verticalidad. Sale con cierta sensación agradable en el rostro. Los carros empiezan la pitadera. Audífonos en cada oído, monta su bicicleta y se dirige a su destino. “Sigamos con Alice: *Why trust you*. La calle está mojada en las orillas. El aire fresco de la mañana, el rock en sus oídos, el viento que produce la velocidad de la bici, impregnan una rara expresión en la cara del hombre: felicidad, frío, fugacidad, finalidad. Trabajo pesado. Suenan otros tres temas de Alice Cooper en su dispositivo hasta cuando llega a “El taller de don Barba”, lavado de carros, soldadura, latonería y pintura. Trabajo pesado, lijas, sudor y poco presupuesto.

Las armas no convencionales (siempre llueve porque estamos desolados)

Nosotros hacemos la lluvia. La tristeza es el origen de las gotas de lluvia, es el deseo de llanto lo que hace caer el agua. Desde los brujos antiguos de los Andes hasta los pitagóricos, todos sabían de la cantidad de tristeza que se necesita para provocar la lluvia.

La estrella de manos frías... el aire frío de sus labios limpiaba toda la tristeza de mis noches... el aire de sus labios era mi música, mi temblor, mi burbuja de alegría... Pléyade... estrella de la lluvia, ¿por qué fuiste siempre una estrella? Extraño tanto tus labios, tu silencio... nuestro amor sin amor... nunca, nunca he dejado de sentirte estrella, mis ojos tristes, nuestra pérdida, nuestra libertad, mi tristeza... ¿Tanto dolor debe existir entre las estrellas y la tierra? ¿Tanto espacio, tanta fantasía? Es sólo una canción malgastada en la inmensidad de las alturas noctívagas, mucho más extensa que el azul o el blanco de la luminosidad... Estrella, ¿estás todavía cerca de este universo, cerca de nuestro amor asesino, mudo, suertudo, yuxtapuesto, extremo, temprano, sentimental, violento, atrayente, revelador, diario, desestabilizante y maldito? Intentaré no llorar más, pero es difícil; es lo que el amor puede hacer, es lo que NO podemos hacer por el amor, quedarnos callados... dame un poco de muerte, Pléyade, dame un poco de tu ruido, de tu brillo, de tus manos... de temible hielo sincero, un beso... dame un solo beso en esta tierra, sostenme en tus refugios de luz por una sola noche intranquila, ampárame en esta soledad tan insensata... Pléyade, no me dejes en esta tierra sin verte una vez más... estrella de la soledad más fría... ¿aún hace frío allá en tu soledad?

Aunque eso es verse como idiotas, preferir el llanto al silencio que viene con un beso es una espeluznante estupidez. Perder la poca furia para darle un final a algo, ¡labor de los burros cargueros de las penas completas!, final al amor. Darle final a algo que nunca ha comenzado. Es el final lo que viene en forma de crujiente principio, precipicio. ¿Por qué concibes en las realidades lo que no pintas sobre tus pieles? ¡Decirle un final a una mujer tan bella! No existe perdón para nosotros. Estamos en una cirugía sin anestesia, nos duele el cuerpo despedazado una vez más. ¿Sólo para darle final a algo? Las lejanías de un idiota que hace llorar a mujeres de ojos tristes: la literatura y la música en medio de la guerra. No existe ningún perdón para nosotros, sólo la contemplación de la lluvia en una soledad muda. Y algo terrible: *te amo más cuando dejo de amarte.*



Vacallo, carboncillo sobre papel.

TERCERA PARTE

Migrañas en el recto (el día que los Stones se vayan al infierno)

Recuerdo un día de Carnaval en el Parque del 20, cuando aún en esta ciudad no había castigo por tocar *Metal* extremo en público; un hombre con gafas rojas, espuma y polvo de Carnaval en la boca gritó:

— ¡Es mejor ser rockero que político! — esa frase, en apariencia inútil y patética, resonó en todas las fuerzas y gritos de cientos de hombrecitos y mujeres que, en esa existencia del Carnaval, prefirieron, al unísono, romper el cielo en sus vapores. El rockero le gritaba a la alcaldía que estaba en frente. El alcalde se emputó; de allí en adelante, sólo hubo *rock* ultra-cristiano en el Parque, pero varios se oponían a que eso continuara así. De esa clase de hombrecitos es Chuck; al contrario de los famosos adinerados (por lo general terratenientes, dueños de urbanizaciones, jueces del tinto, jurisprudentes, comerciantes de vulvas y traficantes de órganos), que pasean por la Sexta en sus Mercedes último modelo levantando banderas impresas con el rostro, el número y el partido de algunos hombres (y mujeres dominadas, muchas mujeres usadas por el coco de un hombre), con pretensión de continuar con su trabajo genealógico. Al contrario, Chuck es alguien que prefiere cocinar de manera empírica sus alimentos antes de regalarse a lo más fácil de la vida social y pedir comida italiana. Trabajo sin fuerza. Vagancia insolente que produce trescientos setenta millones suavécito cada quincena. Hay que levantarse. ¡De prisa! Hoy es día de votación. Vote. Bueno; en fin, Chuck es una momia, importante para el viento.

Cinco de la mañana. Baldosa, chicle, rastro, saliva, cemento, mucho cemento. Caminas, caminas, pero caminas sin miedo, eso garantiza la problemática. En esta elegante ciudad, Fosa, inoculada por los DDI, los Dispositivos de Dependencia Ideológica, todavía matan toros en público para los estratos de calidad 12 en adelante; los policías matan animales para publicar saludos, chismecitos e hipótesis en la Internet, luego se comunican con hermosas colegialas en los alrededores del 20 y las hacen reír con un helado de dos mil, o de a dólar, en frente, ojo a ojo, risa a risa; ninguna de ellas se da cuenta del asesino de animales dispuesto a matar otro tipo de inocencia; aquí existen, por ahí, en las direcciones de la diaria huida, Arriba y Abajo, regadas en el hambre, aún y desde hace mucho, miles de personas que se mueren de anhelo y desesperanza o se atragantan con el *smog* estomacal de los camiones y las tanquetas; miles que subsisten con las irónicas penas de una tiendita a base de productos de contrabando (cuya condena en la prisión municipal es de 5 años netos, cuando el asesinato infantil cometido por los chicos de abolengo se purga con 2 años

de prisión domiciliaria), otros miles que se han ido a vivir en cambuches al lado de fosas sépticas, cárceles, batalloncitos, el pequeño matadero o fábricas de enlatados en las zonas rurales, pero, aparte de eso, existe un gran número de personas, que son de lleno legales, educadas por mayordomos preparados en el extranjero: la Oxford, la Yale, la Harvard, la Cope, el Arca, la Élite, la Inter-Nacional, los Contratistas, quienes les insisten en que acudan a esas corridas donde se mata a diez toros por tarde. Hasta con método científico: 10 toros + 1 corrida = 10 muertes y 100% hijueputez. Tal vez por eso se los llama líderes, señor-doctor, santo patrón, dirigente máximo, comandante, MI comandante, porque, más que nadie, con la boca coagulada de ideologías, ellos son los que merecen el recuerdo, los coños y las súplicas de la gente. *¡Pobrecitos, los dioses!*

El olvido llega a ser un atrevimiento. La otra noche, con una excelente logística, organizaron un concierto en la calle principal, con el salsero de moda, salsa romántica para el gentío, por supuesto, ultra-cristiano, con el trago nacional más barato, con cientos de prostitutas invitadas. Mucha gente suplicaba que eso nunca acabara.

— ¡Qué rico! —

Al otro día sólo hubo doce muertos y unos pocos heridos a cuchilladas. Todos menores de edad.

En un tiempo (no hace mucho, en el año 2000 X-F-calibre 45, más o menos), se creía, casi se afirmaba que, sin pasar de ese año, el ser humano construiría habitaciones de lujo en la luna, hoteles, moteles, urbanizaciones, cárceles e instituciones, puteaderos estelares, hasta ollas de susto en la luna; ese hondo pensamiento frenó la construcción básica de cosas nuevas, permitió la censura y la quema de libros en las plazas, la destrucción de bosques y la reducción de acueductos para millones de seres terrenales. Veladoras sobre un armario de plástico a punto de incendiarse. Se cae la veladora, la ropita de las mamitas se quema, los bomberos están ocupados limpiando fosas sépticas de los ex-alcaldes. El humo, el humo.

En fin, eso le pasó a Chuck. Al viejo Chuck le pasan las mismas que a los emperadores romanos, sólo que al viejo Chuck le gusta el anonimato.

— ¡Ya vas a salir! ¿O también te preocupa dónde cagarán nuestros niños mañana? — me pregunta Flora con profunda seriedad. Su voz me asusta. Esa pregunta siempre la hacíamos cuando estábamos borrachos en La Madriguera. Ahora me doy cuenta de que llevo mucho tiempo usando el baño del primer piso. La voz de Flora me hace tener la certeza de que el inodoro no está del todo dispuesto a bajar.

— Ya te lo había dicho. Cerca a la ducha está el botón de desagüe — me susurra Flora en un tono delicado, como queriendo amansar una bestia; — no te preocupes por eso, en esta casa siempre suceden ese tipo de cosas.

— ¿Cosas o cagadas, querida Flora? —, le digo en un tono que me parece gracioso pero que, en realidad, provoca un silencio que incomoda más mi situación. No hay nadie al abrir la puerta. Salgo de prisa, no quiero que ningún olor toque mi sombra. Robo de auras, succión de amistad, cuide sus agujeros. Un fantasma construye infiernos para usted.

Es muy temprano para que los gallos canten, pero en esta sala cuatro gallos enormes cantan con un desenfreno que no puedo entender; se manifiestan desde sus crestas, es un juego sinestésico. Me visto de nuevo; el traje de artesano profesional es algo que se te ve bien si tienes una gran pena en tus ojos. Zapatos *Converse*, yines rotos, saquito de lana inca, chaqueta impermeable, plumita en la oreja. Algo sexual, sí. Me recuerda que... las cosas especiales que surgen después de ponerse un traje de adulto raro causan una alucinación más grande: sí. En abundantes rastas se junta un olor paradójico... sí... esta pinche pinta me recuerda a Alexandro Santamaría, el Gato Santamaría, gomelito universitario que hacía perder el efecto del dios africano en las periferias de un calvo normal. Con cuentos y comentarios del folclor de Etiopía y Jamaica pudo emborrachar a muchas niñitas y hacerles sentir un mal entero, pero mal, mal, rato en sus sexos. Tuvo sexo insano hasta con la preciosa de Laurita. Demasiado alcohol y susto (bazuco o crack o chirretismo, para los que no sabían): descubre la calvicie y muchas formas de cosmética. Entonces, hay que pararla. Vale. Bob Marley le pateará el culo allá en el infierno. La sobredosis del viejo Gato: el hijuemadre olía a muerto por dentro, aunque su exterior fuera el de un rastafari. Ninguna niñita se daba cuenta. Un completo falseto que decía que profesaba la leyenda del viejo Bob. Tocaba la guitarra bien, sí, pero era un rollo de *shit* que intentaba enamorar al mundo, ¡qué lindo! Ojos verdes y una barba que le llegaba hasta el pecho, un gorro jamaiquino que se ensanchaba con rastas postizas y palabras pegadas de mentiras no-africanas, joyas, materiales naturales y ansiedad, mucha ansiedad en esos ojos verdes. El tonto fumaba hierbita frente a nosotros sólo para disimular su olor a muerto, pero, en realidad, era un rastafari bazuquero. La suprema ironía entre leones calvos. ¡No hagas eso, por favor. No hagas eso!

— Y yo nunca quise ser calvo —, decía el tonto, — que lo sepa el mundo real, esto fue un accidente —, añadía el hijueputa.

— ¿En qué piensas? — y aparece Flora con suavidad detrás de mi oído. Pasa bajo mi hombro izquierdo y alza una sola ceja, mientras me ve en nebulosas atenciones. Me

parece que ella tiene los ojos más increíbles del siniestro y bajo mundo de las apariciones. Un muerto con ojos rojos, como el fondo de un volcán.

— No, en nada, en nada —, le digo y me voy detrás de ella, acompaño su pequeña sombra titilante, por un caminito de paredes sucias, húmedas y un poco enmohecidas; cada paso que damos es un paso desconocido, tercero, ajeno a lo que antes habíamos pisado. Nos detenemos ante una puerta entreabierta, verde y empolvada; desde la abertura se percibe una luz que proviene de un bombillo colgante. Se apaga. Se enciende. Se apaga.

— ¿Andrés, abres un poco la puerta por favor? —, me dice Flora con suavidad.

Una consistente capa de polvo protege el movimiento de la puerta, rechina; con un poco de fuerza logro una apertura que permite ver un estante de ollas y platos relucientes, un mesón de porcelana blanco con dibujos de frutas, zanahorias, uvas y tomates; a un lado reposa un bulto con papas enormes y consumadas de negro que alcanzan a desparramarse por el suelo, que conserva el polvo de la puerta, de la entrada, de toda la casa.

— Despacio, puedes poner esto por allá —, dice Flora y señala el mesón húmedo y brillante; — esta es mi cocina; no es como la de muchos fantasmas, pero me gusta mucho; por eso creo que sigo aquí; además, tengo algo que te he guardado.

Seguimos hasta el frente del mesón y puedo ver con claridad que es algo hecho por un verdadero escultor. Las placas de porcelana, al parecer grabadas a mano, muestran expresiones festivas de las deseosas frutas, fresa en una eternidad roja, cerezas relucientes, una sandía cortada en rojo y dividida en verdes, naranjas que parecen transpirar gotas de transparencia, pero lo más curioso es que puedo ver los ojos de un ratoncito que brillan intermitentes cerca a las cerezas, cucarachitas marrones y claras, bichos negros que trepan por las naranjas. Me parece demasiada sicodelia. Encima del mesón se encuentran ordenadas cebollas, pimentones, tomates, y un enorme cuchillo se ve entre los vegetales.

— Toma, toma esto, Andrés — me dice, con una suave nostalgia —. En el mesón aparece un pastel de color rojo, casi real, que huele a frutas y moho.

— Para ti —, dice con sutileza, — tiene tranquilizantes enteros; espero que te haga feliz —. Puedo sentir que esto es demasiado dulce e irónico para un artesano desempleado; algo extraño si hablamos de Flora, una muerta real entre los vivos irreales; pero no puedo resistir, contengo la sensación de asco y empiezo por la mermelada exterior... No existe duda, tampoco resentimientos, porque sabemos que

el mundo nos grita hasta en canciones que “recordar es vivir un poco”; otros piensan de un modo contrario, como una ecuación en que “la vida está hecha de recuerdos”. ¿Y quién soy para no cantar esas estupideces? Lo que sí es cierto es que me espera un presente inconcluso, incierto, como el mismo pasado que no se logra recordar.

— ¿Qué tal está? —me pregunta Flora, tal vez esperando que le diera una respuesta elogiosa, pero, la verdad, sabe a moho, a polvo, a cemento, a veneno.

Acabo de ver morir a varias personas a puñaladas hace unas horas; me dolía, de la misma forma que me gustaba, pero, ahora, en los labios, siento algo nervioso, fatal. ¿Cómo es posible? Es insoportable de creer, es el veneno; se siente en mi boca, en mis labios, en mi lengua, la sangre invisible de Flora. Sin el simulacro de rencores que alguna mujer anterior sintió de mí, ahora desaparecida, Flora se me aferra de más cerca y con invisible corporalidad, interpone una mano entre mis estáticas piernas; es dulce, rojo azulado; sus ojos cerrados me ven a través de sus invisibles pestañas, la piel de sus hombros es cálida como un monte de rocas a mediodía; quisiera tocarla, entrar en ella, hacerlo de inmediato, pero, al final, y como siempre, todo resulta un sueño pavoroso. Ella no existe, eran mis hombros; yo estaba solo, estoy solo, me toco, pensando en ella, mientras me contamina de más y más soledad. Respira hasta el fondo para despedirme con una caricia en la mejilla. Ella olvida todo. Nada queda en sus labios.

— Y... ¿Qué tal estuvo? — dice con serenidad.

— No sé; creo que bien.

— Sólo eso... ¡cómo quisiera que fueras un hombre de verdad!

— No, es que el sabor de las cerezas estaba como ocupado.

— ¿Ocupado?

— No, no, quiero... quería decir que estuvo de maravilla, despejado, como el cielo en la primera noche de luna llena.

— Empezaste a olvidarme otra vez.

— No, no te vayas; sólo quería decirte que fue lo mejor, lo esencial.

— Mejor será que te marches.

— Flora, un segundo seco; por favor, no te encierres otra vez, ven aquí, ¿Cuándo moriste? ¿Flora?

— Cierra la puerta al salir. Gracias.

— *Shit.*

No entiendo lo que pasa. El pasado implica una causa de olvido o, en el caso de Flora, una anti-adhesión. Creo que no se puede estar enamorado de alguien que ya no está en este mundo, al menos mientras seas joven.

La condición de asesino siempre será una condición que va a romper cualquier promesa. La traición, que no es más que un escape, una excesiva rueda en fuga que trata de desplomarse por un barranco hacia la espacialidad extrínseca de la humanidad, para bajar y aplastarte. “Sin remordimientos”, como dijera un bigotudo alemán.

Flora se encierra en su cuarto de dulces peluches necrófagos para despedazar ahora su única juventud. Creo que allá en ese cuarto no hay nada y ella desaparecerá totalmente al cerrar esa puerta.

Me agacho para observar por debajo, pero unos papeles (quizás periódicos) se ubican en la grieta inferior de la puerta. No puedo ver nada, el silencio se incrementa en las dimensiones de la casa, para mí la habitación es indefinida, para todo ser interior. No había nadie, excepto yo mismo. En esta apariencia temporal, me veo como un desperdicio de miseria ungido de esperanza, como una galleta dispuesta para una rata hambrienta. Pienso que ya no habrá agujeros de piel para depositar el estupefaciente de mis manos; al menos por un largo tiempo, el espectro de Flora vuelve a su encierro; ella controla el ritmo de su vida, de su soledad; quizás algún día retorne a su tiempo, a la vida, como un zombi, mientras tanto tendré que permanecer lejano a cualquier cementerio, hasta entonces.

Me alejo de la puerta de la casona del infierno y trato de reconstruir la expresión de mi rostro. “Hay que sonreír, así estés muriendo”, es una idea que sólo un asesino o un artesano exiliado puede comprender. Hasta Aquiles se cansó de ser un guerrero.

Al acercarme a la salida de la casa, un rectángulo blanco se desliza por debajo de la puerta del cuarto de Flora. Es una fotografía, en la que, escrito al reverso, se lee: “Eres una cosa rara... ¡cómo quisiera que fueras un hombre completo!”

Veó que la foto es del antiguo Templo del Abismo, que muestra la verdosidad de los campos, los grandes árboles que crecen y ocultan los caminos; atrás, la cascada artificial que todo el mundo daba por natural, árboles verdes, amarillos, y el cielo nublado y blanco. Arquitectura subdesarrollada, maravilla del mundo. Fotografía digital a color. Demasiado tecnicismo. Me apresuro a salir de la casa de Flora; como

siempre me voy con una triste expresión, con los labios secos y con ese raro olorcito a madera vieja y a paredes húmedas.

La fuente de la lluvia es a veces la tristeza. Lo sabemos bien, por eso siempre, al salir de la casa de Flora, llueve, así fuera la primera vez que toques a su puerta para darte cuenta de que nadie saldrá; sólo la lluvia responde, cae, se manifiesta como si Flora estuviera todavía allí en su casa, pero está muerta, su cuerpo ya no existe. Afuera, todo es una total intriga. Un espejo traza las líneas de lluvia sobre una babosa, se encarna en los ojos de un ser invisible, de un ser marchito, vapor, hueso.

Son las tres de la mañana; salí por completo de esa casa, al menos completo de cuerpo. Nadie camina conmigo, nadie me mira, por ahora; intento caminar sin frío. Al llegar al primer parque, de inmediato se hace visible el batallón, lo único que quedó de la “ciudad linda”, que para nada era linda. Ese puto batallón estuvo ahí antes de que naciera, antes de que todo pasara, constituyendo no sé qué tipo de apariencia. Bla, bla, bla, bla.

Hoy es sábado, por tanto los borrachos estarán en el segundo parque. Calle hueca, calle mierda, calle vacía, calle hueca, calle mierda, calle vacía. Voy hacia allá. Paso a paso, de acuerdo, todo bien; ahí está Chuck. Total videncia, ahí está el hombre con su chaqueta de cuero fumando un Pielroja con la mano derecha. Sentado en el redondel de un arbolito, me mira con sus ojos oscuros y su malicia siempre indígena.

Mientras camino los andenes, y como siempre hay rastros de sangre, pienso en el Templo del Abismo; calle hueca, calle mierda, calle vacía; antes de que pasara todo eso, era el sitio turístico por excelencia de la religión oficial. Y en serio que era una plena maravilla, una dualidad mágica que embrujaba el cansancio a cada paso. Todo era un ritual allí, el río, la montaña, la Virgen, la belleza, la piedra, el abismo. Me traía recuerdos en colores púrpuras.

Le digo a Chuck, mientras me acerco:

— ¿Te acuerdas de ese programa de TV que hicieron en el Templo del Abismo? Nos saludamos como seres amanecidos, con un abrazo y un choque de puños.

— Claro, viejo Van. Una vez hasta filmaron un programa de televisión allí... —, me dice y luego fuma de su Pielroja, — donde los participantes, como prueba dramática, tenían que comerse un cuycito asado, con papa cocinada y ají. Los malditos participantes tenían que ser del centro y del inter; los muy idiotas, con febrilidad, mostraban su barbarie, su asco, su náusea, frente al semidiós empalado. Maricones de Hollywood, de Sinaloa, de Bogotá, de París, de Barranquilla, de Zuyexawivo, de

Londres, de otras partes, sólo vomitaban antes de probar la tierna carne sacrificada para los giles. Maricones de verdad —. Chuck vuelve a fumar y sigue: — Figuras públicas, modelos, cineastas, actores, mujeres tetonas, políticos, mujeres culonas, todos vomitaban antes de comerse al menos una papita con ají. Miraban al cuy como algo supremo, inequívoco, inhumano, divino, que los devoraría por dentro; bestial, único, sobrenatural. La rata-demonio empalada, sacrificada para mantener lo exótico fuera del centro.

— Como siempre, eran personas pudientes, con el glamur de la política, riquillos dueños de edificios o aficionados al cine —, intervengo.

— Para nada, viejo Van Halen —, dice Chuck; — si miras, aquí en este pueblo sólo hay dueños de edificios, lotes, complejos urbanísticos, colegios, familias políticas; sobre todo eso, familias dizque pudientes, que llevan décadas en el poder y... ellos son los que adoran comerse un cuy completo, hasta cuy y medio o dos. Angurrias, angurrias.

— Pero ellos nacieron aquí —, le digo.

— Miráme a mí; yo nací también aquí, soy vegetariano y sólo como carne de cuy, pero a mí me gusta comerlo cuando estoy borracho y con hambre, para reponerme y aguantar otros chapiles, no para consumirlo como el “rico plato, típico de la región”, y luego bajarlo con Buchanan’s. Puro abolengo de europeo.

— De criollo expulsado de la masonería.

— No jodás, viejo Van Halen —, me dice Chuck; — más bien de esos nazis que llegaron al Paraguay y treparon por distintas partes de Suramérica dejando hijos bastardos.

— “Bastards”, como el tema de Motor —. Se siente como golpea el viento de agosto en la cara, se acercan los hielos invisibles de los Andes. Chuck me pasa una botella plástica.

— Al fin de cuentas — dice Chuck, tirando el puchito de cigarrillo al suelo, — con el desperdicio del mundo eugenésico, la propagación de los sectarismos redireccionados, la legalización de las armas de fuego y la prohibición de todo tipo de conciencia alterada y, por aquí, los pudientes, que se adueñan de la cultura, la ebriedad y las leyes, desvalijan el Templo del Abismo al instalar Mak-Happy, Butter Queen, Coken Fresh, frente de las veladoras y las máquinas de transporte humano; todos los alcaldes y sus llaverías se roban el petróleo de Los Jardines y, con la cagada del expresidente que cierra la frontera, esta fantasmagoría comercial ha mostrado lo

infernical que puede ser una *city* suramericana. El infierno con nubes de colores. Hasta el trago casero, el chapil, las puntas, el *waterfire*, que tenía más siglos aquí que las jodidas normas conservadoras, lo persiguieron hasta acribillarlo. ¡Juecudres políticos verde-ultra-liberal-conservadores de mierda, nunca entendieron que el chapil es una parte de la historia regional!

— Sí... camiones de la SS, camiones del ejército y camiones de policías llegaban a destruir las casas de las cuchitas que sabían la receta casera del licor y la fiesta y, de paso, arrastraban a niños chumados a la desaparición; allí empezó la destrucción de la Laguna y de El Chorro; no dejaron ningún rastro del chapil.

— Sí se acuerda, ¿no?, viejo Van Halen — dice Chuck, — estas calles nunca han dejado de ser una completa porquería... las pobres cuchitas no ganaban más que lo necesario para comer un almuerzo en familia y tomar café dos veces al día... eran familias de aquí..., del pueblo..., vecinitas que hasta te ponían más chapil en la botella..., y esta ciudad de porquería..., lambeculos de los paisas..., le pone el vello pelado a cualquier persona del centro...; más, si tiene uniforme o corbata..., le comen el orto a la falsa humildad.

— ¿Qué pensarían?, ¿que el chapil dañaría a la gente, o qué? Si el daño lo hacían otras cosas.

— Las jodidas armas... —, afirma Chuck con seriedad. — Las jodidas balas, viejo Van Halen, las jodidas muertes. Todos esos cabrones millonarios, desde el alcalde, las concejales, los traficantes, los duros de los asaderos de pollos, hasta el último de los vendedores de antigüedades, saben que el puto problema son las balas, las putas pistolas, las putas metralletas. Toda esa *shit* fácil de conseguir, de mostrar, de aparentar, de usar para matar, de vender, de liquidar. Toda esa mierda, viejo Van Halen, toda esa mierda.

Luego hablamos un poco sobre las dinastías egocéntricas de la televisión, para llegar a una conclusión: las parodias que mezclan famosos y gente del común son sólo para afirmar algunas estupideces. También hablamos del halago que todavía hay que hacerles a los criminales y políticos para que no te hagan daño, ni lancen a tu familia a la calle; sobre el modo de vida tan dócil que llevamos los de esta territorialidad fantasma; sin olvidar, claro, los viajes con guanto amarillo de los domingos...; hablamos y hablamos, antes de que el azul del amanecer se incendiara con la luz abrigada.

Salir a caminar por estas calles al amanecer, todos lo sabemos, es ir en contra de los panfletos, de las “limpiezas sociales”: cositas político-militares del batallón y la

burocracia. Calle hueca, calle mierda, calle vacía. Les encanta hacerlas cada seis meses por aquí. Y estamos en tiempo de limpieza, señores y señoritas. Y debemos mostrarles el cuerpo a los de la motosierra; nada de miedo, *baby*, nada de miedo; tenemos que caminar el piso de nuestro nacimiento, así que la hierba en las güevas y a caminar por las calles desoladas bajo luces de neón.

Caminamos por la Sexta. Baldosas resbalosas por la bruma del amanecer, vientos húmedos del Pacífico que se sienten hasta en el suelo. Caminamos, caminamos por los locales de ropa, cerrados, abandonados por el momento hasta llegar al montón de luminosos casinos que todavía siguen funcionando, los únicos 24 horas, que los operaban el gobierno y las bandas criminales departamentales que habían garantizado la corrupción total del patrimonio de la confianza. Caminamos, salimos del saldo de la calle estrecha; caminamos, el batallón todavía se huele en el aire. Las baldosas cambian, están limpias y un olorcito a pino de baño llega hasta nosotros. Los primeros almacenes de ropa se preparan para abrir sus ventanas diseñadas con sicologías, ¿serán por eso tantas máscaras en el alma? Los de esta ciudad tienen el alma muy cerca de la ropa.

Las calles se barren con detergente, en un ritual solitario que circula con oraciones para las buenas ventas; al correr bajo la escoba, la espuma es una frondosidad blanca que desciende por los rincones polvorientos y aceitosos del pavimento, arrastra la saliva del pasado, saliva blanca de muchas almas, que se reconoce en las vitrinas de ropa y maniqués. ¡En cinco cuadras de camino, más de setenta y seis vitrinas dispuestas a vestir el alma! Ninguna verdad a la vista, ¡no hay problema!; lobotomías, ¿a qué precio? Mujeres barren la vía con silbidos y ojos llorosos, se preparan para el sacrificio en una sola calle. Almacenes cerrados todavía, almas preparadas para confundirse a través de vestiduras, el tiempo corre. Mucha ropa para intranquilizar el relato de las identidades.

Al pasar por la calle donde perseveran los casinos y los casinos-cantina, el *Green Clouds*, uno de los lugares en perpetuo insomnio, nos encontramos con los acompañantes de la felicidad desmañada; dentro de los casinos coexisten moradores nunca antes vistos y, por ahí, el Calavera, que está con una mujercita sucia y desarreglada, con labial verde, pestañas postizas y un lunar enorme en la barbilla; el Calavera se limpia los mocos con el saco de lana rosada ajustado que lleva puesto y nos dice, con el flameante acento de galán nacional:

— Hola, papish... regalen la liguita para el Calaverita; tiemposh de no verlos, ¿cómo me lesh ha ido, papish?

— Pailas, loco; ahorita no tenemos ni unito —, le digo con amabilidad.

— No, ¿cómo ashí, ah? ¿No me digan que no me van a dar aunque shea un toqueshito de trago, ah?

— Calavera, loco, tomá, tomá —, le dice Chuck, y le da un sorbo de la botella de plástico.

— ¿Y para mi nenita, qué, ah?, ¿no me digan que me la van rosquiar, ah?... ¿Me van a dejar sin darle un besito, ah?

— Besitos sabor a chapil.

El destino de los amantes es encontrarse en diferente cuerpo y alma en la calle de luces artificiosas. Y, por aquí, las almas están consumidas. Se las llevó el *Green Clouds* a su interior. Ahí todo cristiano que ha apostado su alma, la ha perdido. Miles de cristianos encerrados en un sencillo vicio ludo-tecno-científico; seres gentiles que luego van a la eucaristía el sábado en la noche y ya están salvos de todo pecado, de nuevo. Y siempre reaparecen con los bolsillos llenos de dólares, para apostar otra vez. La generosidad de Jehová, de Elohím, de Yahvé, de Cristo, de Yisuskraist, del Jesús americano y del Jesucristo oriental es admirable. Calavera era uno de esos. Digno residente de la iglesia, ahora residente de los casinos y de la iglesia. Él sabe que tiene ganado un lote en el paraíso, por eso vive como chirrete de lunes a viernes y es puntual cada fin de semana a la eucaristía. La mujer que lo acompaña cambia cada semana. Dicen que les paga para que le chupen el dedo gordo del pie y en todo momento le recojan, en la caja de fósforos grande, la ceniza de todos los cigarrillos. El hombre era de familia pudiente, los Cepeda Jones, los dueños del mercado central. La plata, la carne, muchos arriendos que recibir; no sé, algo lo volvió adicto al susto, pero desde que permitieron “soplar” en los casinos... obviamente ya nadie se los mete aquí afuera. El casino vende y premia (hay premios de hasta cuatro kilos de susto, ya dispuesto en pipas) a sus clientes. Por eso, Calavera casi vive aquí, hediondo establemente a susto.

La mujercita recibe el sorbo de la botella de Chuck. No debe tener más de veinte.

— ¿Qué, papi?... Te gusté, ¿sí o qué?... Si quiere vamos para allá... —, me insinúa, como mujercita borracha, como emergencia sexual. El Calavera la regaña con la mirada, una mirada soberbia. No le dice nada, sino que, en lugar de eso, le dice a Chuck:

— Eshta shabe lo que le pasha shi me desobedeshe.

— Sí, gran marica —, le replica la mujer y le aplica una llave en el brazo de manera rápida; — ¿sí, maricón?; diles a tus amigos, ¿yo te obedezco?

— ¡No, no, no, mamashita..., no! —, dice el Calavera con dolor, en una pose complicada.

— Mejor nos vamos, viejo Van Halen —, alcanza a decir Chuck.

— ¡No se muevan, mariquitas! — dice la mujer con una sarcástica expresión y muestra, con sorpresa, un 38 corto en su mano derecha y nos apunta: — se quedan aquí a que aclare esto este otro mariconzote. Se quedan aquí.

— Ahora sí se puso jodida la cosa.

— Mire, señorita —, dice Chuck, para provocar a la mujer, — mejor, nosotros nos vamos —. Y, ¡ta!, la vieja dispara un tiro al aire.

— ¡Que se queden quietos, maricones; de aquí nadie se va ahora!

— Eshpereshe, mamita —, le dice el Calavera a la mujer que le retuerce el brazo, — tómelo con calma shí, porfa; venga, tómelo con calma, shí... Mi vida..., hoy no nos aloquemosh...; yo te amo..., mi vida...; yo te amo...

— ¿Cuánto me amas? — le pregunta la mujer.

— Yo te amo como el tímpano al oído, como la suerte al peligro, como la potenshia a la luzh...; yo te amo, mamashita..., yo te amo... como lash abejitash a las floresh, como los pájarosh al aire...

— ¿Sólo eso me amas? — le dice la mujer soltándole el brazo, mientras baja el 38.

— No, mi hermosha prinshesha..., eres mi levitación...

— Yo también te amo, mi Dieguito Jones —. La mujer, casi en lágrimas, dice que ya no más, que se van a otro casino a fumar otros sustos y que disculparán la joda.

— ¡Veeea, pues! —, me dice Chuck, — ¿conque el Calavera se ha llamado Diego? ¿Sí ve?, para que pille el puto abolengo.

— Pero... ¿saben qué? —, nos dice la vieja, — mejor se quedan con nosotros un rato. Vamos a tomarnos algo al Green. Vengan, amiguitos, vamos a tomar algo.

— No, no—, le dice Chuck, — mejor vayan solitos, y todo está bien...

— Ni mierda, amiguitos —, lo interrumpe la vieja, mientras moja su labio con la lengua, — vamos un rato adentro, vamos adentro —. La vieja, que aún sostiene el revólver, parece ahora impulsivamente loca. Con la mirada prevenida y lasciva, le da

un beso al Calavera y nos hace señas con el arma. Luego le da un beso soplado a Chuck. La suciedad le cae bien.

— Vamos —, nos dice la mujercita, con una coquetería de sonrisotas preparadas para el azar del casino.

Caminamos despacio, un metro delante de los enamorados, que respiran el aire contradictorio del amor al amanecer. Entramos al puto casino con algo de rabia. El casino, como siempre. “Abierto 24 horas”, dice el letrero en la entrada, que resguarda un negro de dos metros, enruanado. Las nubes se desordenan blancas, hoy parece que será un día soleado. Raro, raro.

— A vé’, ¿pa’ dónd’ e’ que van? —, nos dice el negro, con su bamba ensalivada —. La vieja, con energía, le indica:

— Para dentro, mi negro, para dentro; esta vez vengo con mi amorcito y sus amigos.

— Siga, siga pué’ — dictamina el negro, que tiene un gorro de lana con el logotipo del equipo de fútbol rojo del Valle.

La cosa pinta raro. Adentro todo parece la misma rutina del perdedor. Mujeres en bikini atienden con tragos de *whisky* en bandejas. Calefacción, mujeres en tanga con cantinas de perdición en las manos; ruidos de monedas, trutrutrutru, las maquinillas rodando con seres que depositan su alma en cada jugada. “Pierdes bobo, siempre vas a perder”, pero nadie oye. Una cruz esvástica en la pared trasera, abajito un reloj. Las seis y cuarenta. ¡Qué pena!... parece que me toca gastar el billetico en la ruleta.

— ¡Bienvenidos, siéntense! —, nos dice con amabilidad una mujer de unas tetas enormes.

— ¿Son de silicona? — le pregunta Chuck. La mujer sonrío y dice:

— Son cien mil, para iniciar.

— ¡Zzzzzz, nena! — exclama Chuck.

— No hay problema, mamashita —, dice el Calavera, — tome doshientos de mi amorshote, y los míosh...; venga, mi vida, shiénteshe con su amor, que la ama tanto...; no she imagina lo que shiento por ushted...; soy tan felish con su mershé...

La mujer de las enormes tetas sonrío sin problema. Chuck se sienta; una silla de por medio lo distancia del Calavera.

— Bueno..., tome, pues, nena —, le dice Chuck, y saca del bolsillo un billete de cien mil. — Le doy el billete que tiene impreso al coronel Naranjo. Ojalá me dé suerte ese desgraciado.

— ¿Usted, señor? —, me pregunta la mujer, mostrando su escote de alta satisfacción.

— A ver... —, le digo, mientras sacó los billetes arrugados..., — doce..., treinta y cinco..., cuarenta y siete..., setenta y cuatro..., noventa y dos..., cien..., cien dólares —, le digo a las tetas que sonríen.

— ¿Son de silicona, nena? —, vuelve a preguntarle Chuck con morbo y algún problema en las fugas de su mirada.

— *Okay*. Vamos a empezar las apuestas. Cien al diecinueve rojo. Cien al cinco rojo. Cien al veinte rojo y cien al veinte negro —, dice la mujer con astucia y profesionalismo. — *Okay*. La ruleta rueda, señoras y señores; estamos apostando. Juego, señores; juego —. Los rojos y los negros se combinan en trazos de velocidades que aprietan la ansiedad. La ruleta debe ser un modo seguro de perder la voluntad. Ruleta municipal. Ruleta regional, ruleta de la exprovincia. Suerte y abandono de la estrategia infinita para mantenernos pobres, rojo, negro, rojo, negro.

— ¡Bueno, mamashita..., échele energía al señor Krishna para que nosh dé suerte y grashia! — dice el Calavera, signándose una cruz en el torso.

— Claro, mi amorcito, *jhare Krishna, hare Rama, hare, hare!*... Usted sabe que este es nuestro juego; esto es sólo para nosotros, Diego; esto es sólo para nosotros. *¡Hare Krishna, hare Rama, hare, hare!* — ¡Qué cosa tan brutal! Krishna en los casinos de la ciudad de nubes de colores bendiciendo al Calavera, que sueña con comprarse muchos sustos para fumárselos en lata de *hippie*. Ojalá ganen y se enorgullezcan con aroma a muerte colombiana hecha con papelitos cuadriculados y ladrillo. ¿Acaso no sabías que las hojas de tus cuadernos viejos son los envoltorios de los sustos sintéticos? Claro, niños; las ollas de nuestra ciudad reciclan los cuadernos viejos y los convierten en envoltorios de susto. El destino de la televisión adelantado en el programa de hoy. La ruleta gira, la ruleta gira, la ruleta gira, cercada por los ojos inmutables del Calavera en una costa roja y negra contemplada a toda velocidad. Televisor en lo alto de la ruleta.

En el noticiero de la mañana, el desastre de la manipulación: “Noticias de nuestro contexto nacional: el Reinado internacional de la cumbia estuvo enredado; todos esperaban que la candidata de Palenque, afrodescendiente, fuera la ganadora, pero fue la representante del Vichada, una mestiza común y corriente. En sus primeras

declaraciones, la ganadora le envió el siguiente mensaje: “Me encanta ver que personas de esa raza puedan bailar ritmos diferentes a los legales”; la respuesta de la señorita de Palenque no se hizo esperar: “Esas declaraciones ofenden a toda mi raza, a toda la raza del país, a toda mi raza fuerte y guerrera”. Frente a las cámaras, las dos señoritas se agarraron a los golpes; seis días de incapacidad para el camarógrafo”. ¡Pailas!

— Ocho negro, señores y señoras; ocho negro, el número ganador.

— ¡Nooooo, no puede ser, hijo..., hijo... — musita Chuck.

— El juego empieza mal para ustedes —, dice la vieja mientras acaricia la cabeza del Calavera. — Nosotros le pegamos al color. Vuelve a jugar.

— ¿Y ahora, viejo Van Halen? — me pregunta Chuck, con algo de interferencia en su mirada.

— Noshotros nosh quedamos aquí —, interrumpe el Calavera y le da un pico a la vieja; — creo que esta mañana vamos a tener shuerte. La cosha pinta bien, la cosha pinta bien, mish rockeritosh.

— Esperemos el siguiente giro —, le propongo a Chuck, pero en realidad quiero largarme a cualquier parte, lejos de esta parejita; me aturde demasiado cariño, demasiada responsabilidad social.

— Echémosle energía, a ver si ganan en este giro —. La ruleta empieza otra vez. Mensaje en altavoz: “Esta noche tendremos al ídolo del pueblo Toni Michel Zorra en nuestro amado casino *Green Clouds*; no se pierdan esta noche en vivo a Toni Michel Zorra, el ídolo, cantando en vivo con toda su orquesta. Sorpresas y regalos para nuestros amados clientes. Esta noche, desde las diez, los esperamos, ¡*Green Clouds*, el sabor y el lujo de tu ciudad!”

— El juego empieza de nuevo; señoras y señores, hagan sus apuestas; cien al veinte negro y cien al veinte rojo, juega de nuevo —, dice la talladora.

— Espere un momento, señorita... añada doble apuesta al quince negro, por favor.

Entonces, aparece Lucio “Porchia” Benhertz, el proxeneta (y el ex-concejal) más reconocido de la ciudad, que tiene dos cuadras enteras de locales de trabajo sexual, los *locales multicolores*; un vestido gris con rayas negras y con corbata amarilla difunde el aroma de colonia importada hasta por el segundo círculo fuera de la ruleta. Un tatuaje con el caballito de Ferrari se impone en su cuello. Agonía en las pistas de la labor diaria. Dos escoltas (Bernardín, con gafas rosadas, y Abelardo, con gafas de

leopardo), lo acompañan; murmuran algo sobre el Calavera. Señales en la cara del señor Benhertz, unos arañazos en su pómulo y su barbilla, parece que los gatos de su casa (a lo mejor, de su trabajo) le aplicaron el castigo que viene después del goce ¿Qué le pasaría? No sé, pero ahora se encuentra apostando en la misma mesa que nosotros. Se sienta al lado de Chuck.

— Buenos días, señores —. Porchia nos refleja en sus gafas oscuras, con una sonrisa difícil. — Es una mañana para ganar; ¿cómo los ha tratado el casino; han ganado algo?

Porchia Benhertz es uno de esos hombres clásicos; se dice que fue cantante de boleros, pero no creo; suena a algo más propio, como el vallenato romántico a favor de las políticas de libre comercio, o algo así. Es también el líder de la Nueva Mafia, tiene el *yin* y el *yang* en todas sus presentaciones, bolsas, tubos, papeletas, bolas, pastas, pepas, pistas, pedazos.

— Muy bien, señor Lucio —, dice Chuck mientras enciende un cigarrillo; — apenas es la segunda apuesta; nada por ahora, señor Lucio.

— Hola, señor Lucio —, lo saludo; quiero decir algo más, pero al momento me interrumpe:

— ¿Quieren un poco? — y le pasa un tubito con cocaína a Chuck. El tubo está lleno. Chuck inhala por una sola fosa nasal y disimula gestos de dolor en la aspiración.

— Es el infierno — dice Chuck —, y lo peor es que lo puedes ver.

— A ver, zaaa... zaaa...; está buena —. Lo digo para complacer a Lucio, pero, en realidad, esa *shit* está malísima; está recortada con analgésico, mucha acetona.

— ¿Ustedes le van a hacer o se van a quedar estériles ahí? — les espeta “Porchia” a los dos escoltas.

— ¡Esa vaina me va a joder la nariz! — murmura Chuck.

— Sí, te va a dar gripa —, le respondo con ironía.

— Buenash, tío Lushio —, exclama ahora el Calavera, con notoria zalamería; — ¡qué plasher tenerlo hoy aquí en la ruleta; yo pensaba que estaba fuera de la shiudad; vea, le preshento a mi novia, Shilvia.

— Buenos días —, lo saluda la mujer, que intenta acercársele. En seguida, los escoltas se interponen entre la mujer y Lucio, la empujan hacia atrás con alguna brusquedad. El Calavera sonrío, con miedo e hipocresía.

— ¡Ya, ya!; sólo quería saludar más de cerca a don Lucio —, les dice la vieja a los escoltas.

— ¿Así que usted es Shilvia? —, dice Porchia en tono de burla.

— Silvia, señor; Silvia.

— Vea, mamashita, eshte esh mi tío, don Lushio. Lo reshpeto desde que nashí, pues fue el único que estuvo siempre conmigo y con mami Manuelita.

— Diego —, le dice “Porchia”, — siempre amaneciendo en estos lugares; nunca cambiará usted.

— Y... no me va a dar a mí un poquito de esho, tío; deme un pasheshito, ¿shí?

— Y usted, ¿qué me da? —, le pregunta “Porchia”; — mejor apueste, y si nos va bien, ya veremos —. El Calavera lanza la tristeza por la ventana.

— Muy bien, señores; vamos a empezar —, dice la tetona de la ruleta.

— ¿Y ustedes qué? —, nos presiona “Porchia”, — ¿no van a apostar?

— Ahorita estamos vaciados, don Lucio — le dice Chuck, con una leve risita entre dientes.

— Tenemos sólo para salir y tomarnos algo, no más —, le digo con algo de humildad fingida, que insinúa algo de complicidad.

— ¿A ver?, — dice “Porchia”, mientras saca unos billetes que tira sobre la mesa, — aquí tienen; apuesten, pues, señores.

— Gracias, don Lucio —, le digo, antes de entrar al desafío de la suerte manipulada, otra vez con causas filtradas. — Siete rojo y doce negro —. Allá vamos, con las manos sudorosas. La ruleta empieza de nuevo sus giros entre los corazones y la incertidumbre. Mientras la ruleta gira, “Porchia” habla con Chuck, sin dejar de mirar la ruleta:

— ¿Y... hemos hecho algo de orgullo o algo interesante esta semana?...

— Pues, la verdad, no mucho, señor Lucio; vea... le regalo este ejemplar de poesía.

— No, gracias; yo no leo literatura, y mucho menos poesía.

— Mmmm, pues, la verdad, creo que esto es buena poesía.

— No, gracias; sólo leo Ciencias exactas, económicas y, en su defecto, sociales. Los perritos de los masones rechazados y los vecinos poetas que publican los MALOS tratados políticos y las MALAS novelas y los MALOS poemas de sus hijos, no me interesan, no me interesan esas pendejadas; publicaciones para re-conservar la participación familiar en la cultura, la mierda de los museos privados, eso no me interesa.

— Mmmm, está bien, aunque esta no era poesía hecha en Fosa; pero, dígame, señor Lucio, ¿no le parece la poesía una ciencia social?

— No sea idiota, Chuck; ¿en verdad, cree en la poesía todavía? Culturita privada de los exprovincianos, de y para nadie más, cultura salvada, ¿cultura? ¿El vicio familiar? Las familias derretidas: alcaldes regordetes con la peor ortografía de la ciudad. Ejemplo espiritual, y eso que estoy en contra de eso, pero, me parece importante, la escritura manifiesta la condición del espíritu; Chuck, usted debe saber eso. Mala ortografía y asesinos que venden ropa. Líderes de bandas criminales que arman las grescas y los atracos en los billares. Niños con revólveres y granadas. Señoras con más cirugías que alma. Ganaderos y alverjeros que nunca han escrito nada más que su nombre, pero tienen suprema incidencia en el orden público. Carniceros dueños de los edificios de Fosa, “patrones” capaces de fumarse todo el bazuco de la ciudad en una sola noche; todos, todos, amigos del obispo... y usted, Chuck, ¿todavía cree en la poesía?

— Algo.

— No se deje llevar por esas cosas... será en Fosa el único güevón que cree en eso; escuche, como le digo a mis trabajadoras, y eso que la mayoría son poetisas, una y otra generación de poetisas, dóciles partos y entretenimiento; todas llegan a su naturaleza, a mi trabajo, a mi energía, a mis burdeles. Hay que saber administrar, Chuck, hay que saber lo importante de la vida, administrar. Es lo único que importa en tiempos de reinas y matrimonios por Internet; ¿no le parece eso una mierda? La administración, la comunicación social y la prostitución, ahí siempre hay vacantes; recuerde eso, Chuck, siempre habrá vacantes.

— En realidad, me duele bastante su modo de pensar, señor Lucio.

— No, no es ningún modo de pensar, Chuck; es el empaque de mi vida, mi apariencia, mi empaque, mi embalaje; piense en lo que le digo, Chuck: la fortuna de

la rectitud y de toda sociedad está en saber administrar. Definir la idiosincrasia como un espejo oblongo, como lo hacen los poetas, enfocado hacia un punto cardinal de dragones o alcantarillas repletas, como algo procedente de un sobaco o del pronombre “mi, mío, nada”, no es más que la corrupta taza de sal que va sobre los hombros de la niebla quesera.

Risas, risas, risas, tragos, tragos, ruleta, juegos manipulados, dos de tres, trago.

— No lo sé, no sé sobre muchas cosas; a veces pienso que soy un muñeco de guerra muy raro, que no ha evolucionado —, dice Chuck, tísico, como una estatua.

— No diga idioteces, Chuck. ¿Sí ve lo que le pasa por leer tanta literatura? No encuentra su función en el mundo. Acuérdesse de lo que le digo: usted tiene talento, no se arrepienta, viva por algo que le sirva, olvídesse de esos juegos de niños, encuentre su función en el mundo; ¡su función, Chuck, su función!

— Quince negro, señoras y señores; quince negro es el ganador de esta mesa —, dicen las enérgicas tetas de la talladora, desde su chalequito verde y negro, que tiene un amplificador de voz e introduce una pausa en el diálogo entre “Porchia” y Chuck.

— ¡Putá suerte! —, exclama de súbito el Calavera. Las vueltas y esos pases empiezan a marearme; me voy a jugar a las máquinas — ludopatía, señoritas, ludopatía —, y me abro un momento. Ahora Chuck se ve algo ebrio, amanecido, vencido, no sé. Intento caminar, para alejar mis piernas de esta incómoda expectativa.

— ¿Se va? —, me pregunta “Porchia”.

— No, te vayas, espérame un juego más, viejo Van Halen —, dice Chuck; — en otra hora recupero lo del embrutecimiento de la semana.

— De una —, le digo, — lo espero allá en la máquina de póquer; me voy a tirar los últimos pesos en esta porquería de casino.

— No se vaya sin despedirse, señor Andrés; ¿le apetece un pase? —, pregunta con malicia “Porchia”, mientras mira directo a los ojos brillosos, ansiosos y dilatados del Calavera. — Venga conmigo, vamos al baño y le facilitaré una mercancía nueva, sin recortar.

“Porchia” se levanta de su silla, toda la mesa vuelve a fijarse en algo diferente a la ruleta: sus bolsillos, sus dedos, sus mejillas. “Porchia” es un tipo bajito, con una ancha espalda de campesino carguero de papa pareja; la piel indígena alimenta la seriedad de sus rasgos, le proporciona una facilidad de sombra, hechicería y genialidad, e igualmente mucha desconfianza.

— Listo; vamos, señor Lucio —, le digo, despreocupado.

— Ustedes, espérenme aquí —, les dice a sus matones y se dirige directo al que lleva lentes en forma de corazón: — bueno, Bernardín, pásame el gramo de vidrio sin rayas, ¿quieres?, y ¡ojo!, ¿no?; ¡pilas, ojo, no sea marica!; dígale al Abelardo que eche mucho ojo, que no se distraiga, que estamos en alerta roja; que no se distraiga cuando yo quiera estar solo, que esté siempre atento, que ponga en práctica lo que le dice M-X.

El matón le pasa una bolsita, mientras le muestra una sonrisa blanca, blanca, totalmente blanca y llena de secretos homicidas. Caminamos sobre la alfombra verde, con el olor a cigarrillo, a maquinaria, billetes, monedas, plástico, dolores de varias épocas, no-palabras, no-conciencias, puestos electorales, urbanizadores, contribuyentes; todo el aceite y el alcohol se manifiestan en los tres pisos que componen el casino; llegamos al baño, no sin antes beber un trago servido por las mujeres en tanga ubicadas en hileras afuera, mujeres que parecen ser cuidadosas, delicadas; mujeres rojas, amarillas, negras, blancas, anaranjadas, rosadas, hasta invisibles.

— Vea la belleza de nuestro pueblo —, me dice; — para nosotros, toscos occidentales con apellidos indígenas, la belleza se formaliza siempre en un cuerpo, esta vez en un cuerpo blanco, mírelo; todos aquí somos campesinos ennegrecidos, por eso todos nos excitamos con las pieles blancas, con suaves hombros, con luminosas texturas, y nos enloquecemos con unos ojos azules, aunque sean de lentes de contacto; el azul nos enceguece; ojos claros, limpios, cabellos dorados, rosarroja, blancanieves, pieles pálidas; en fin, Andrés, todos esos falsos atributos que constituyen la belleza para nosotros, los toscos occidentales, la única alternativa de placer glorioso. Un ojo azul mata cualquier mancha oscura. Eso me produce escozor.

— ¡Gracias, nena! —, y le devuelvo la copa a la mujer en tanga y veo los lentes de “Porchia”, que reflejan el beso de dos mujeres que están frente a nosotros.

— Tiene razón, señor Lucio —. Y “Porchia” sigue:

— En fin, Andrés; para nosotros, la belleza sólo puede tener forma de hermosas mujeres blancas. Ahora, imagínese usted lo curioso de la forma como alcanzamos el placer: imagine que todos nosotros, obreros, mecánicos, albañiles, jardineros, vigilantes, restauranteros, sastres, labradores, trabajadores honestos, tuviéramos en nuestras casas una hermosa mujer de estas, bella, desnuda, siempre disponible. La olvidaríamos rápidamente, la odiaríamos; más rápidamente, la odiaríamos.

— ¡Gracias, nena; qué bella estás! — Otro trago para asimilar los comentarios de “Porchia”, que habla con gestos decididos entre las luces titilantes y la música tropical.

— Vea cómo pasan los hombres junto a la belleza —, continúa “Porchia”, — no pueden tocarla, no pueden tocar esos cuerpos; ellos lo saben, lo temen, pero aun así ven, miran, se comen con la vista los cuerpos de su deseo, y sólo así pueden imaginar sus senos desnudos, sus labios chupando pezones, sus penetraciones, inmediateces, besos, pezones claros y limpios, sudor en la boca, penetración, éxtasis, sudor de nuevo en la boca; bueno, usted sabe, Andrés; usted sabe. Luego descubrimos que todo era una película, una filmación y, a pesar de los conceptos que tengamos sobre la belleza, una belleza griega, blanca, occidental, rubia y muy puta siempre será mejor recibida por los ojos oscuros de un joven de este pueblo. Véalo, mire cómo imaginan los jóvenes de nuestro pueblo, mire su imaginación, mire, mire. Todos necesitan su propio puteadero.

— Supongo que en algo tiene razón, señor Lucio; apocalipsis y belleza, en todas las épocas, y no sólo en esta, siempre serán las palabras de moda.

Entramos al baño, de baldosas blancas y negras con una gran lámpara de cristal sobre el reflejo de los espejos; de inmediato “Porchia” se mira en el espejo principal, se acomoda un poco el peinado; alisa sus cejas prominentes, saca la mercancía prometida y dice:

— Esta es la forma de sentirlo de verdad; cientos de escopetazos en el fondo del alma; vea cómo se hace, présteme atención, señor Andrés: así se mete la coca cristalina.

En ese momento, “Porchia” se suelta la correa y hace que el pantalón gris caiga en el suelo; con serenidad, sin dejar de verse en el espejo, se relaja moviendo un poco las piernas; como de la nada, mete su dedo del corazón en su boca, lo humedece deseoso, lo mete con suavidad y dulzura en su ano, lo gira para dilatarlo por completo, saca su dedo y lo extiende; luego, abre la bolsita que su matón había acabado de darle e inserta el dedo ensalivado y un poco amarillento; el trabajo blanco se arrima, se incrusta en la piel, en el riesgo de la nada de su dedo; saca el dedo en blanco total, lo mira en el espejo y, con la otra mano, abre sus nalgas y busca el centro preciso de su ano, tantea, ubica, inserta, dedo en el interior, ano, interior, vuelta, deslizamiento, vuelta, blanco en la sangre del proxeneta; ahora, hace un gesto de placer seccionado; en su boca, en su labio inferior, se hincha un jarabe de placer total; remueve y gira su dedo en el entrañable centro de su ano, lo gira, cierra los ojos, los abre, se mira en el espejo. El reflejo de su frente en el espejo muestra cómo el sudor salta poro a poro y

amplifica el túnel de la estación de todos los anos. Labor terminada. Pase, pase, lo cierra.

—Esta es la verdadera forma de pegarse un pase de coca; apréndalo, Andrés, apréndalo. Ya va a probar esta perfecta nube, ¿la va a probar?

— No, don Lucio; gracias, ahí no más; bien que le metió el dedo a esa nube antes de metérselo usted por detrás; me hubiera dicho; ahí no más, muchas gracias, ahí no más.

— Si ese es el problema, tome, le doy mi tubo diario, este no lo he tocado —, dice con aliento sedante —. Lo recibo. Después de ver que se sonríe de placer por casi un minuto, en el que adereza su placer blancuzco con otros cuatro pases, esta vez por la nariz, se ajusta de nuevo el pantalón y me dice que salgamos del baño.

— Se reciben quejas de los nombres duros, sobre todo de los líderes ultra-liberales y los carniceros ultra-conservadores que consumen perico en forma normal. Aprendices activos del sistema —, dice el proxeneta, que camina deleitándose con cada paso. — Siento que la cocaína me desaloja con cada paso que doy, me desaloja el culo; es satisfactorio, muy satisfactorio, Andrés, pura y cristalina satisfacción.

Caminamos de nuevo por la alfombra verde. Chicas en tanga y un nuevo trago. Llegamos de nuevo a la ruleta. Momento breve de cine intoxicante. El Calavera no para de mover su pierna izquierda, tiembla como un martillo deseoso de golpear, tiembla, tiembla, tiembla, tiembla. Desea golpearme con la mirada, pero su nena lo toma de la mano y le da un besito en la mejilla; en ese movimiento, una pestaña se le cae y la parejita se agacha a buscarla.

— ¿Quiere un pasecito, joven Chuck? —, y “Porchia” le indica la bolsita a Chuck, que estaba hablando con la tetona de chaleco verde; — ¡está buena, realmente está buena!

— ¡De una!... zzz..., zzz. ¡Sí, esta sí que está buena! — Dos pases más para molestar al sobrino de “Porchia”. Los matones recuperan el lugar a las espaldas de su dueño. *Alejarse del espacio podrido* es el pensamiento del féretro hundido en mi cabeza amenazante; intento comentarle algo a Chuck:

— Suerte, Chuck, lo espero allá en la máquina —; se me mueve la cabeza, — hasta luego, señor Lucio; suerte, Calavera —. El Calavera no dice nada; ni siquiera me presta atención, pues no aparta para nada la vista de la bolsita de perico.

Me muevo. Las masas-máquinas nos secaron todas las alegrías en una fastidiosa y rutinaria esperanza. No vimos nada diferente a lo mismo; perdimos un peso, nos sobra otro. “Porchia” ganaba decolorándose en la química sin vitaminas, sus escoltas limpios coqueteaban con la tetona de la mesa; el Calavera le suplica con éxtasis, intercalado con tristeza y dulce hipocresía, la cocaína a su tío; la nena del Calavera se mira en un espejito oculto en un agujero de su bolso, lleno también de peligro, y se acomoda la pestaña. Chuck piensa en un demonio de humo, en algo inconcebible para él mismo; se agarra la cara como sosteniéndola, parece en caída, salpicada de vómito, duda y rencor. Un casino te pierde con facilidad el alma inundada de ropa. El tiempo pasa y se lleva las voces de los rostros amarillos y verdes. Cierra los ojos y piensa que el tiempo no pasa tan rápido.

Día fresco. Las unidades pasan con cucharadas de agua, destartalan la salud de los deseos inherentes al precio de las cosas. Uno, dos, cuatro, ocho, doce, veinticuatro. Probamos la colada de la triste esperanza; los casinos están llenos de esperanza, son el lugar de la esperanza; los que necesiten de esperanza deberían venir a orar a un casino: aquí hay mucha esperanza, facilidades de pago, formación personal, comidas rápidas, lavanderías, cines, co-creación de pérdidas, deshechos, lotes de dolor, cantidades de tristeza, deudas imparables, esperanza, esperanza y esperanza. Veinticuatro, cuarenta y ocho, noventa y seis, ciento noventa y dos. Esperanza, señoritas; deberíamos orar en los casinos, quiero gritarles a las muchachas en tanga. Altavoz-interruptor: *Exclusivo, exclusivo, esta noche estará con nosotros el ídolo popular Toni Michel Zorra; hoy y mañana, con nosotros, aquí en su casino Green Clouds, el ídolo, Toni Michel Zorra, en vivo; esta noche, mujeres gratis para los mayores apostadores, sorpresas, regalos, dinero en efectivo, fichas gratis, tragos gratis, todo para disfrutar esta noche con el ídolo del pueblo...* No se podría esperar más satisfacción. Ciento noventa y dos, trescientos ochenta y cuatro, setecientos sesenta y ocho, mil quinientos treinta y seis, suerte, suerte, nos vamos. Suerte, suerte, suerte. Con eso se puede comprar algo para la casa, invitar a un buen almuerzo a mis amigos, tomar algo, comer bien, relajarse un poco. Excelente, nos marchamos de aquí. Suerte.

El cielo de las máquinas y las putas nubes verdes se confunden con las afirmaciones pretenciosas sobre el enorme retrato en el vaho dulce y sintético del casino. Nadie parece haberlo notado. Las luces, el ambiente, el gran retrato de Agualongo, que me mira con soberbia; arriba, en el segundo piso, las camareras atienden con sus minifaldas a los voraces carniceros. Nada fuera de lo común. Mejor me despido de Chuck. Salir con ganancias de un casino es la verdadera ilusión de los imbéciles. Cirugías para el alma.

Alfombra verde, primero cambio, dinero, batalla, paisaje idílico.

— Bueno, viejo Chuck, nos olemos otro día.

— Bien, viejo Van Halen, nos olemos, dice Chuck; — me quedo con el señor Lucio a jugar otras partidas aquí en el *Green*.

— Y... ¿cómo le fue? — me pregunta con vanidad; — parece ser que le fue bien, ¿o no?; está sonriente, señor Andrés, ¿cuánto ganó?

— Tuve suerte esta vez, sólo suerte de campesino; ¿y el Calavera?

— Se fue a inhalar un poco por allá, en el segundo piso —, me indica Chuck, sin perder de vista la ruleta que todavía gira.

— Listo, todo bien. Me voy a dejar un detallito a la casa, ya nos vemos.

— Que le vaya bien con su detalle —, dice “Porchia” con seria exuberancia en los gestos de su mano; — y... saludos a su padre. Lo espero a usted también por allá en Noches de Babel, Red Paradise o en Manhattan Love; en los tres tiene usted descuento, lo espero en mi humilde área de trabajo; no se olvide, señor Andrés, lo espero por allá. Incluso, si quiere, lo espero en La Madriguera; la compré hace poco, no tiene excusas para no visitarme.

— Adiós, nos vemos.

Despedida inmerecida. No pensé en preocuparme hasta el otro día. El viejo “Porchia” la cagó. Mi padre, el viejo perdido en el charango, una molestia. No es el desgraciado de mi preferencia, no pienso perder el tiempo pensando en él. Esta vez lo certero es el obsequio para mi hermana y sus hijos. ¿Qué podrá ser?; no sé qué podría darle a ella; en realidad no lo sé, ni siquiera sé lo que le gusta de verdad; cambió mucho desde que entró a ese GO, el GO Adventista del Dolor del Mundo, pero es mi hermana; no debe despacharme a ningún sitio de los dolores, a ninguno. Siempre es confortable salir con ganancias de un casino, sutil derrota. Varios billetes impensados y amigos encerrados en ellos. Sueños encerrados en un desolado y cierto punto. Muchas luces en la escapatoria. Masas de comida apagadas en los espejos; nadie tiene ojos, nadie reconoce su apenada expresión.

En la salida, el negro ya se ha quitado la ruana y se despide irónico:

— ¿Me le jué bien, mi patrón? — Lo niego con la cabeza. — Que vuelva pronto; otra vé’ será, pué’ —, dice el hombre con un recogimiento de viuda mentirosa en el rostro.

El *Green Clouds* es el casino más importante de la ciudad; situado en plena Sexta, al lado de otras decenas de casinos, acaba con la conciencia de los transeúntes, a los que antes han devorado unos cientos de almacenes que imponen necesidades estúpidas en los ojos y en las venas. Ropa, ropa, marcas; ¿marcas de alma?; pienso en la mirada de Chuck cuando observaba los giros de la ruleta, se parecía a la de “Porchia”... se notaba más triste.

Las calles parecen quietas cuando las toca el intenso brillo del sol. Una sola calle para liberarse de los casinos y los almacenes de ropa, una sola calle para el batallón, la fiscalía, la policía, los asaderos de pollos, las compraventas, los bancos, la empresa de inteligencia, la empresa de espionaje, los templos y los garajes de Yahvé II, Krishna rosadito y Elohím L-52. Los andenes acopian rutinas fuera de serie, los seres postizos empiezan a salir de sus mansiones, ojos azules, cabellos rubios, medidas e ideales griegos, uñas, sexos, caderas, bustos, almas, rodillas, codos, todo, todo postizo. Piel de todas las sangres, con cabellos tinturados. Es una extrañeza caminar por el andén; ninguna escuela, ninguna oportunidad de algo diferente, nada para hacer fuerza desde la creatividad; lo único que abunda son las muestras del bambuco y la cumbia condicionada, casinos y academias de baile y modelaje, cultura vendida, cultura para exportar, grupitos de ballet folclóricos tan mínimos y remachados como sus ideales. Ciudad podrida en jugos de naranja, excepto por los apodos y los apellidos de los policías regionales que mantienen siempre a la vista el batallón. El aire resopla hacia el antiguo Chorro; allá queda la casita de mamá, donde ahora vive mi hermana. Ella está embarazada; será su tercer hijo, espero que sean una familia feliz.

Una tienda, *La fábrica feliz*, ¿qué podrá ser? Muchas cosas para niños, para niñas, le llevaré... le llevaré... este conejito de peluche, y otro para mi sobrina, ¿le gustará? No hay opción; será un peluche algo digno para los niños y las mujeres radiantes de vida.

— Son treinta mil —, me dice una viejita con serenidad en sus ojos. Salgo, la misma calle, desde el *Green* hasta L.A., esta vez con peluches en mano; la calle, al parecer, huele a lo mismo; sólo al acercarse en silencio, para evitar la molestia de los motores, se pueden distinguir los olores del tiempo; cada cuadra tiene diferentes tiempos moviéndose en ellas, diferentes tiempos, diferentes distancias y movimientos.

Carros que venden agua con sábila, uña de gato, boldo, laurel y remedios fluidos para la úlcera estomacal, el guayabo, la impotencia y la gastritis. Dos gatos se lamen las patas, un desayuno rápido para los taxistas y otro día para escupir las calles.

Este barrio nunca será como antes. Desde aquí se puede ver el Río Florido, el alacrán formado de abismos, el inmenso cañón de las flores y los peces de arco iris, el sonido

elemental. El Chorro, buen nombre para un barrio maldito. Sí, acá vivió el mismo Lucifer; llegó patojo de allá abajo; se bañaba a diario en el río, maldito y blanco entre los cerdos, que luego hicieron hornado. ¿Tanto calor hace en el infierno? Este barrio se conecta con las tinieblas; un túnel subterráneo trae a todos los demonios hasta este pueblo; si no los dejan bañar en el río, se enfurecen. ¿Será por eso que la gente deposita su temor en ciertos barrios? Los capulíes vibran con cada emisión sonora del viento. Se siente bien escuchar el rugido del alacrán.

Antes del barranco se encuentra la casa de mamá; la puerta está abierta; una camioneta con vidrios polarizados está afuera, parece que hay gente dentro de la camioneta; es raro, ¿sale humo desde adentro?, ¿humo? Me apresuro a cruzar la puerta, el humo es espeso; en la entrada, mis sobrinos lloran con desespero.

— ¿Qué pasó mi amor? —, le pregunto a mi sobrinita.

— Mi mami nos regañó, nos sacó un rato de la casa —, me dice.

— Pero, no llore; tome, le traje esto, mire este peluche de bonito; no llore porque usted es muy linda; las niñas lindas no lloran, mi amor —. Observo dentro de la casa. Mi hermana arroja cosas al fuego, sale de mi cuarto con objetos en las manos y los lanza sin compasión; aumenta el humo, humo gris y negro.

— ¿Pasa algo malo, Anabella?, ¿por qué quema eso? —, le pregunto.

— ¿Usted por qué nunca me dijo que era satánico, ah, Andrés?, ¿por qué nunca me dijo que era satánico? —, me pregunta con irritación y angustia.

— ¿Qué? No te entiendo; yo no soy así, Anabella.

— Andrés, por favor, no me mienta; en el Grupo de Oración nos enseñan que Dios no acepta a los jóvenes que escuchan esa música; menos a quienes tienen esos diablos pegados en su cuarto, esos son actos de satánicos.

— Anabella, no te entiendo, no; esos son..., no, esos son mis discos, mi música, ¡mi música! ¡Hermana, esa es mi música!

— Agradézcame, Andrés, que esto es para salvarlo; el pastor me dijo que estaba condenado, que así empezamos a salvarlo.

— No, hermana, no así, no así. ¿Por qué me hace esto? Nunca pensé que..., mi música, mi música, Anabella; ¡mi música en el fuego, no, no! — Parece ser que la enseñanza de ese GO es quemar la música, es quemar todo lo diferente a sus “enseñanzas”, sus putas enseñanzas: quemar, ceniza, destrucción, piromanía.

Pyromania se quema, Def Leppard, ¡mierda, no!, no pensé que Anabella se dejara lavar el cerebro de esa forma tan tonta. El pastor, o el dirigente de ese GO, debe estar satisfecho: otra imaginación erradicada, otra contribución a la ignorancia y a la miseria, suscripción a las revistas de administración, algo de descuento.

En ese momento, como una imagen intermitente, tardía, espectral, desde la sala, aparece un señor con bigote hitleriano y mucho gel en el cabello, vestido negro, corbata melón, zapatos lustrados, camisa blanca y un relicario de oro en forma de cruz. Me mira, se hace la señal de la cruz, le da un beso en la mejilla a mi hermana, se aproxima hasta mí y trata de tocarme el hombro. Ahora lo recuerdo, es el pastor del canal 60, el Canal *Vision Hope*, veinticuatro horas de alabanza, oración e incienso; es el puta pastor SANA.

— Hermano Andrés, soy Sandor de los Nibelungos, director del Grupo de Oración al que pertenece su hermana. Estoy aquí para interceder por su espíritu.

— ¡Usted no es mi hermano! —, le aclaro con cierta condescendencia.

— No le responda de esa forma al pastor —, interviene Anabella, y lo toma de la mano.

— No es necesario, Anabella; nuestro hermano está en camino de salvarse, es normal que se sienta extrañado —, le dice el pastor mientras le besa la mano.

— ¡No me vengán con esas locuras; nadie se salvará si le cree a gente como usted, SANA de mierda!

— ¡No diga esas cosas, Andrés! —, interviene de nuevo Anabella, esta vez con intenciones de regañarme; — el venerado padre Sandor está aquí para ayudarte, para ayudar a toda la familia, ¡para ayudarte, Andrés!

— Anabella, no seas tan bobita; este *man* lo único que quiere es que siga este pueblo como está, jodido, solo, pobre, hambriento, en busca de una esperanza extraterrestre.

— En nuestro Grupo de Oración, nadie puede tener hambre, pues el hambre es un pecado; todos gozamos de la riqueza del Señor, nuestro Dios —, dice el pastor con una tozuda sonrisa, — oramos y vivimos para mantener con nosotros toda la riqueza del Señor, sus frutos, su grandiosidad, su riqueza. Estamos aquí para liberarte de las influencias demoníacas, para elevar tu espíritu a la riqueza de nuestro Padre.

— Y usted cree que echándole candela a mi ropa, a los afiches y a la música van a salvarme, ¿o qué? — Mis sobrinitos lloran junto a la puerta principal; me miran con

tristeza, pero sus miradas cambian cuando ven al pastor, lo miran con cólera, con la inocencia indignada, hay lagañas de furia en los ojos de los niños.

— Lo primero que haremos es llevarte a rehabilitación en el CETRES —, dice Anabella, con una deliberada preocupación.

— ¡¿Qué?! — No puedo creer lo que pasa; el pastor se acerca con intención de abrazarme a la fuerza, se aproxima; su bigote me causa pavor, no puedo detenerme y con violencia lo golpeo en el rostro, encima del bigote, en la nariz.

— ¡Andrés, en serio que estás mal! —, grita Anabella, bastante alterada. El pastor no cae, simplemente retrocede y se ubica al lado de la hoguera de *rock n' roll*; segundos después, me dice:

— ¡Así que quieres pelear, ah, hermano? —, exclama el pastor con sarcasmo y los dientes blanquísimos; — en la Corporación Teológica nos enseñaron Artes del cuerpo, lo que te mostraré como el primer peldaño que debes aprender a escalar en tu camino de salvación; vamos, ¿estás listo?, te mostraré el dolor para que se incomoden tus demonios, pero no te confíes, hermano, he traído ayuda para eso. ¡Vengan, pasivos hermanos! ¡Necesito de su benevolente ayuda!

— ¡Hermana!, ¿por qué me haces esto? —, le grito a Anabella, — ¿por qué lo hiciste, hermana, por qué?

— El pastor examinó la casa; entró a tu cuarto y, de inmediato, vio varios demonios aquí, yo también los vi; entonces, me ordenó de inmediato que quemara todo esto; me dijo que estabas mal, que estabas poseído por esos demonios; necesitas ayuda, Andrés; necesitas ayuda y te rehabilitarán, hermano, ¡que Dios te bendiga!

— Anabella ya ha hecho lo necesario por usted, Andrés —, dice SANA; — mejor, hermano Andrés, dígame, ¿sabe cuál es el primer mandamiento?

— ¡No sé, pero en este puta país el primero debería ser el que está en quinto lugar; ¡ojo!, se lo recuerdo: no matarás, ¡y usted debería ayudar a cumplir ese puto mandamiento!

— Pasivos hermanos, por favor, empecemos la rehabilitación. Que nuestro hermano Andrés sepa que nosotros trabajamos para el futuro de este país y de esta ciudad, que nosotros trabajamos por un país justo. ¡Pasivos hermanos, empecemos la rehabilitación!

Tres hombres, también con vestidos negros, pero con corbatas rosadas, me destrozan la espalda a golpes. Es imposible pelear contra ellos; tal vez estaban en la camioneta

o simplemente aparecieron como espantos del humo gris. No me dejan caer, mis rodillas desaparecen, mis dedos se hacen invisibles, el cuello parece fuera de lugar, cae y golpea contra el pecho. Visión en unos guantes amarillos, que me sostienen, y otros me abren la boca.

— Estas pastillitas, te tranquilizarán, son completamente legales —, dice SANA, e introduce tres pastillas en mi boca; — te darán un poco de dolor de cabeza y dolor de estómago cuando despiertes, pero estarás bien, estarás despierto en el buen camino. Andrés, ahora emprenderás el camino de la verdad, el camino de nuestro Señor.

— Hermano, ¡que el Señor te bendiga!; recupérate pronto —, me dice Anabella.

En el fuego, en la hoguera, en la limpieza, la musiquita que había logrado conseguir se incinera junto a los afiches, Inquisición aún, quema de toda ilusión, las camisetas negras, los *cassettes*, los discos, los *posters*, todo se quema para purificar el nombre de alguien, o el de una institución; todo se quema para entristecer el alma de los nuevos leprosos, todo se quema para favorecer los almuerzos y los lujos de los pastores (¿o será que no es un lujo comer tres almuerzos divididos en platos de cien dólares, mientras otros “leprosos” hacen bolas de harina y arena para calmar el hambre de sus hijos). Triste final para la música. Triste ayuda para impulsar la ausencia y la indigencia de toda familia. Después de esto moriré y mi hermana nunca recordará el cabello que acaba de cortarme, que a mí me gustaba; en lugar de eso, preferirá la complacencia y la santa indulgencia de su pastor SANA. Me voy triste de mi casa. ¡Qué puta tristeza! ¿Mi casa? Un disquito, *Some Girls*, se derrite al lado de los labios pintados de Mick Jagger, quien lleva una peluca de mujer y oigo que me dice: “No te preocupes, estos orates siempre hacen lo mismo, pero, aunque yo hablo mal el español, mejor canta conmigo: *I wanna kiss you*”.

Al rato, se escucha que caen unas monedas al suelo, nada cambia de posición, me amarran un costal en la cara y no sé hacia dónde me llevan.

Palizas y policías

La administración y la sinagoga regional de los hombres rayados. Desde la radio, Giorgino Castello, el cantautor, el poeta, el hebreo, la locución y el tono ultraconservador que lo convirtió en el famoso exbibliotecario: “Yo soy la verdad de mi pueblo, yo defiendo a mi pueblo de los malos comportamientos, los malos ejemplos y la mala moral, toda la verdad está en mi programa; pueblo, escucha la voz de TU cultura, porque YO soy el mayor estudioso de la cultura de nuestro pueblo; vamos, un amén y un aplauso, en nuestras casas y en nuestros trabajos, por la Procuradora...”.

— ¡Ishhhh! Eso raya cabezas, ese es el aplauso a la corrupción, otro punto del terrorismo. Ese exbibliotecario sí es muy arriesgado, ¿no?

“Últimas noticias en Fosa”: un policía desactiva una bomba que amenaza con explotar frente a un grupo de campesinos que protestan por el maltrato que les dan las chicas poli; todo el proceso lo transmite Giorgino Castello: “En directo: la noble labor de los policías es la de salvaguardar a los buenos ciudadanos; les comunicamos que la Panamericana se encuentra cerrada y nuestros oficiales tratan de normalizar la situación; ante eso, el expresidente rojo se manifiesta desde la capital diciendo que es culpa de los terroristas de la selva; por eso, yo les aconsejo, mi pueblo, debemos escuchar al expresidente, sabemos que él fue el mejor y aquí, perdón, aquí somos gente de paz”. Suena algo de musiquita andina. “Continuamos con la transmisión desde la Panamericana: tres policías heridos hasta el momento, parece que los manifestantes están más violentos que nunca; esperemos que nuestras fuerzas policíacas controlen rápidamente la situación; ya decía el expresidente: hay que ser duros con esos piojosos salvajes. Mientras tanto... traje este librito, que saqué de mi antiguo trabajo y, junto con él, leeremos la lista de oraciones que nuestros oyentes han enviado para alentar a nuestros policías”.

Lee seis oraciones, acompañadas de un Ave María en latín y, después, la añorada y creo que mal sintonizada musiquita andina: “Música de mi pueblo, de mi cultura”, dice el exbibliotecario.

— Hace tiempo que no vengo por aquí. ¿Qué dice? ¿Y el loco Saxon?

— ¿No sabe, viejo Andrés?, el loco murió hace ya tres meses.

— ¡No!, ¿el loco Saxon?, ¡no jodás!, ¿en serio, qué es del *man*?

— En serio, viejo Andrés, el loquito Saxon se murió.

— ¡'Jueputa!... todos muertos... y el tiempo... ya ni me acuerdo hace cuánto se mató Flora... solita, en su casa... y ahora el Saxon, ¿qué pasaría?

El radio continúa:

“Se le advierte a la ciudadanía que no se acerque a la vía Panamericana debido a las protestas; mejor quedémonos en casa, *seguritos*, como dijo el expresidente, esperando a que la fuerza pública desaloje a los manifestantes; se le recomienda a la comunidad estarse quieticos en la casa, hasta que las cosas se calmen”.

— ¡Hombre, ya apaguen a ese cabrón! Sí habla *shit*... ¿no?... toda la radio en Fosa es una *shit*... — una pausa en los latidos del corazón y... —; hábleme en serio, el loco Saxon; no... ese maricón era invencible, ¿no?

En la única calle de este pueblo, 252 personas juegan a matarse; sólo 130 lo hacen en serio, pues llevan armaduras, salario, licencias, armas y entrenamiento. Dos exconcejales ultraconservadores les pasan billetes de cien dólares a quince chicos de El Chorro para que saqueen las tiendas del pan de maíz. Dos exconcejales ultraliberales les pasan los mismos billetes a otros quince chicos de La Laguna, un poco grandecitos, que hacen fila para recibir los billetes, billetes, billetes. Los chicos del agua sucia.

Al final, resultan dos cosas: palizas y más policías. Parece una propuesta que intenta sabotear la sucia libertad, enterrada; lucro para los Grupos de Oración. Pleno miedo rayado, en tiritas, con arena. Gratis, la propia zona de demolición, las manos. Sin caricias, reducen al mínimo su tormento: llevar la destrucción. Andrés parece que no entiende la noticia de una desaparición vista sin bola de cristal. Un amigo menos y más soledad; un partido bárbaro, chicos.

Se suspende un poco el interrogatorio y Andrés se sienta en el andén, con el alma moribunda:

— ¿Se acordarán que alguna vez fueron negros?

— ¿Cómo?

— Los cerdos, se acordarán que aun fueron más negros antes de nacer.

Andrés piensa en las capacidades del morbo, en la recolectora de basura que recoge los escombros del mediodía en medio de humos extraños, de motores extraños. No hay trabajo; hay calles limpias por horas, once, doce, limpieza aparente; a las tres de la mañana siempre encuentras sangre; los pastores, los líderes y los carroñeros lo saben; hay mucho trabajo para ellos, mucho dolor para enriquecerse.

Frente a un templo blanco, como si esta ciudad no tuviera más espacios para eso, un cúmulo de patadas se deposita en la espalda de un negrito que aúlla por ayuda. Le pegan como si fuera el último negro en el mito, como larva indeseable en el centro de las drogas, indeseado, indeseable, nunca oído, nunca bromas; hay que correr, hay que patear, hay que pegarle... no hay que, no eso, no eso, y ¿si no? La peor elección de todas, la elección de las glándulas eternas que gimen junto al real automóvil y las palizas de los oficiales a los negros; por ahí el Vendedor II; un amigo del negro pasa en bicicleta y no compra Kimbolitos:

— Hombre, son Kimbolitos de sabiduría, ¡de sabiduría! —. El amigo chifla como si fuésemos perros entrenados para ver detenidamente cómo patean en la cara a su amigo en el suelo.

— Kimbolitos, kimbolitos —. El amigo frena, observa, defiende su moral ultra, se afirma como capitalista y se marcha.

Andrés piensa: “Resuena la traición en estas calles; si el loco Saxon estuviera aquí, te ayudaría a que no te pateen la cara, pero a nadie le interesa la diferencia del mundo; al contrario, piensan que interesarse en eso es cosa de un enfermo o un drogo. Las apariencias del suelo frente al suelo.

Las chicas poli ahora tienen guadañitas para punzar dentro de los orificios. Aunque los garabatos del cielo se escriben mientras ves el amanecer que nunca antes has visto, el frío de la primera mañana sólo es una milenaria división para tu corazón frutal que se despedaza en la entrada del río.

Un gorila albino te ofrece loterías

Desconfía siempre del que más sonrío y aprende que no debes salir con vejetes que te ofrezcan plata, menos con neo-norteamericanos: son delicadísimos, se desangran por nada, los atracan de una, los ojean de una, los maldicen de una, los sapean de una, los militarizan de una. En la capital, hace unos meses le hicieron la vuelta a un agente de la CIA que trabajaba con el DAS y la IA: lo robaron, lo escupieron, lo mataron, todo eso, de una, y al otro día militarizaron la capital, capturaron a los asesinos y bien. Aquí, en el pueblito, van más de treinta y nueve (un muerto diario, desde hace un mes y una semana), pero en Fosa a nadie parece afectarle, ni al enorme batallón, ni a los políticos, ni siquiera a los teatreros, ya que no es un gringo, y puede ser cualquier ciudadano del pueblo que vende kimbolitos o canelitas en los parques; eso, a los de las direcciones centrales, no les concierne.

Refajo: si alguna vez estuviste cerca de explotarte solita la cabeza, fue esa noche injusta en que dejaste el amor furioso por una estúpida y escalofriante mordida, suave y común, de gatico resentido de ojos azules; el tío J..., el que nos sacó de la onda, el que nos dejó el alma con olor a huevo tóxico. En aquel tiempo, querías una hermosa y poderosa mujercita, aunque no se recuerda nada, sino lagunas y moretones, llagas desnucleadas, siliconas reventadas en un sistema polifónico de enmendaduras, televisores, colegiaturas, imbecilidades políticas y sueños devastados por tufos de modelos anoréxicas, serias depredadoras. Una imbécil caricatura de la voluptuosidad. Propagábamos el rencor, cuando la única razón para vivir se metamorfoseaba a tu lado en una piel delicada, invisible, bajo niebla, rosadita y hermosa, que desaparecía día a día en el mismo silencio violeta. Luego supimos que nadie caía con nosotras.

Ninguna mujer quedaba a nuestro lado. Cerca de la decadencia, unos ojos brillan para acariciarte, para mostrarte un poco las fauces de la inocencia y tú lo único que haces es meterte la mano a los bolsillos *viscososcuros* del alma e intentar maltratarla; con putrefacción exacta, golpeas la sonrisita que está a tu lado, la obligas a que te bese, le pones ese pene famélico en las manos, la fuerzas a que lo acaricie y no crees por qué está entumida. Ese pene rojo llameante le pasa tu calor, la avergüenza con las luces verdes, azules y rojas que destellan de aquí y de allá. La saliva de tu lengua pasa por su vientre, por sus hombros, por sus delicados brazos. Tu pene vibra, se lo muestras, una imagen plena del glande de plástico se extiende en gotas sintéticas de aceite para bebé. Sientes sus manos tibiecitas que tiemblan en el rollo empinado que toca ese sexo en total erección, pero ella, con su rostro maltratado, percibe, debajo del

plástico, tu olor sexual y desgraciado, rancio, queso desvestido en otras acideces. La haces ver como una mujer depilada, ya vieja y lastimada hasta en la cicatriz de su división de mentiras. Por eso se aleja de ti, prefiere hacer fuerza y apartarse del calor de tu acaecido cuerpo. De inmediato tu pene postizo disminuye su vibración.

Fuimos tan idiotas, como el diablo, el hollín o el ángel de colonia que me apura a descubrir lo que haces. La oscura patraña del silencio. El sexo no debe contener manchas blancas. Te lo dijo el mismo ángel de la colonia durante la noche en que te quitó tu virginidad de allí. Ahora te pones pálida y le dices:

— ¿Estás bien, Nina? —. Pero sabes que ese nombre ya no existe. Ya no hay ningún extraño con nosotras.

Una jovencita, en nuestro lado de la calle, se apresura a cubrir sus senitos desnudos, de hermosos pezones rosados y firmes *piercings* sobre una piel blanca, sin culpas, dispuestos a que los besen con magistral delicadeza; son senos vírgenes, senos que alguna vez quisiste, de temblorcitos en cada poro, de extrema suavidad comprometida con las manos, con el toque, con el tacto, que es doble en la piel, que procura hacer vibrar ambos sexos en cada cuerpo. Sabor a algodón de piña y caritas besadas de chocolate. Delicadeza de la lengua para que surja la violencia de la penetración y el pago. Por eso, nos pusimos senos de silicona e inyecciones que transmutaron nuestros labios en gusanotes rosados. Inconveniente para una acción que aún nos hace falta. Retorcido y deslizante en la garganta como jarabe antibacteriano, no supimos cómo escapar, nos perdimos en una sola calle, en primer lugar, al desconocer la inocencia que lleva a la misma lujuria.

Ya estamos viejas. Olvidaste la primera vez que estuviste desnuda con una mujer, lo difícil que fue verla también desnuda, contigo, contener la múltiple tensión y tratar de besarla para desvestirla con alcoholes profanos, con tus labios y tu aliento de bosques hinchados en amarillos y escarlatas; lo difícil de mostrar tu cuerpo por primera vez. Ver el sexo y compararlo, comprarlo, pagar, que te paguen, trabajo, trabajo; irradiación temporal de calor; cuerpo dispuesto a ser otro, a ser algo diferente por primera vez. Ver y sentir lo que antes era desconocido: sexo doble, multiplicidad de falos y agujeros. La suprema inconsciencia de hacernos mujer. Hacernos mujer: ¿nos hacemos mujer? Imposible. El temor de sentir un título diferente a la seguridad. Mastullido. ¿Qué es eso? Ni las mujeres lo saben. Niñita cogedora:

— Coger es una palabra indefinible —, nos decía el tío J... cuando nos sodomizaba.

Estamos muy viejas. No puedes entender las otras ciencias, las brujerías, ni las otras místicas. Todos nos van a dejar; todos, con alguna estrategia de la casualidad, nos

traicionarán. Lo que había aquí era antiguo, una muerte antigua. *Incendio dejado para otros*. Ballena asesina. Araña. Mono. Agua. Laberintos incomprensibles en formas geométricas, líneas en el desierto. Diferencia infeliz que declina las sonrisas en las praderas infértiles de los vientos y el desastre, la árida visión de las figuras de la inmortalidad. Diferencia entre las temblorosas paredes sepultadas en la fragancia de la desaparición. Veneración de las estrellas en flor. Cabezas enterradas bajo tierra, cabezas decapitadas.

En ausencia, lo sentiste, la evidencia fue ingeniosa, lo humano se sacrifica todavía en lo truculento del amor. Fiebre, sexo, marca, género. Cuando diversificas tu especie en el interior de una niña, por una única vez, no sólo proteges a tu familia, sino que contribuyes al alucinante compromiso del sacrificio. Pierdes, siempre vas a perder. Decapitación entera en el instante de penetrar lo temible del color rosa. Falo frenético de lo artificial, el artificio también de colores. La relación con los agujeros debe ser intensa, severa, inspiradora. El terror del cuerpo desnudo, el misterio más grande de la humanidad, nadie se reconoce allí. ¿Es un niño, una niña, un hombre, una mujer, un género, un animal? Aquí la muerte es una realidad diaria. Abres los ojos y ninguna mujer está a tu lado, sólo residuos de prisioneros. No eres ninguna mujer. Mujeres hechas prisioneros, pero la inconsciencia nunca es el final; muchas cosas *harán* parte de esta idea, de esta alucinación que los ángeles invaden. Lo sagrado de matar la propia idea de sangre. ¿No lo has hecho? Debajo de la arena está aún la más grande estirpe de la desaparición, los peregrinos de la muerte, de los festejos, de la ofrenda al susto, nuestra carne, nuestro sexo, la mujer que antes fuimos.

— *Hello, baby!, Are you real?* —, se oye cuando un gringo aparece de la nada. Estamos en la frontera, ¿sabes lo que es vivir en la frontera? Nacionalismos en mudanza. La avenida del sin-país (el *no-país*, para los que saben mucho).

— *Prosperity for you, my darling, ¿cómo estás?* —, dice el aparecido, — este sí seg un ciudad de ganadogues, de emprendedogues, de triunfadogues, de hegmosas mujegues —. Euros, dólares, pesos, en cada bolsillo de caprichos e inoportunidad. Un gringo repálido, con enanismo en las piernas y una espalda enorme, desde su boca cubierta de una barba rubia, me dice:

— *My dear love, how much for the night? Did you know this city?* — El valle fresco de las banderas tormentosas. El guerrero ancestral que no se rindió nunca al imperio Inca. “*Uncle Sam is always waiting for you*”, siempre a la mierda. ¿Ante este sí nos rendimos? ¿Sí, no?, como sea, todavía los perros ladran ante los antros de cabezas filudas. Yo era una mujer; ahora, sólo hay trabajo duro.

— *Baby, tell me, how much for the night?* —, me pregunta de nuevo el gringo, que es tan pálido como la pared blanca del Tropical Money, el nuevo casino de la Sexta. Las palabras deshechas, de los deseos que no llegan a su destino, se interrumpen en la guerra estúpida que pretende ganar la eternidad. Si te preguntan sobre la eternidad, diremos que es una guerra.

Necesitamos del frío para vivir, para ser siempre jóvenes, para no tener armas de fuego en las pinturas de los sueños. ¿Dónde estamos ahora? En la ciudad donde transitan todas las pesadillas. ¿Dónde estamos ahora? En la fluyente estepa del contrabando, compasivas, rotas, vulneradas por el tiempo, por la flexibilidad, por el agujereamiento y la carnosidad. Estamos todavía aquí, estamos todavía aquí, vivitas, batallamos por eso.

— ¿Cuánto tienes, gringo? —, le pregunto al espaldón pálido.

— Pego seg bravita, ¿no?... *My name is Francis Wolf... and your name?*

— Némesis.

Las nubes rojizas en el cielo anuncian algo de tristeza, los héroes rotos de la lluvia. Los lugares de la batalla enchufados en la niebla, sometidos a la intemperie de los enanos. Noche para suministrar lo empedrado en la trivialidad del sufrimiento, el cuerpecito del sufrimiento. Lugar que encontraremos agradable, tenemos que hacerlo así, para hacerlo nuestro durante todas las visiones de la noche.

— *You are a pretty woman, baby* —, me dice el que dijo llamarse Francis.

— Némesis —, le digo de nuevo, pero esta vez como un susurro. No lo puedo repetir. Nuestra vida se vende en la miseria de las alucinaciones que sólo pasan una noche y agradecen la despedida entre profundas cordialidades. Un gorila esta noche, batalla entre tantas oscuridades. Halagos llamados a venirse en la función de la creencia imaginada, imaginemos el problema de pensar en otro rostro mientras te hacen el amor. “*It is pretty cool*”, dirá el blancuzco Francis, el sonido de la trampa, del descanso, de la tinta y la sensación de la vuelta. Deletrea el amor: lo que suena al encender el fuego del enemigo.

La tenebrosidad se anuncia siempre en una escarcha roja; sólo tres estrellas brillan en la extensión del cielo; con rapidez las nubes embisten contra ellas y una a una se van acoplando al infierno de las nubes rojizas. Hundido, el sonido del frío, en ascenso, desde los pies; los planes de las bestias.

— ¿A dónde me va a llevar? —, le pregunto, con una mirada orgullosa —. Leve, el gorila albino suspira:

— *To the hell of steel, baby; don't worry; love to love...*

— Son doscientos dólares —, le digo, con serenidad.

— *Okay, my love* —, me dice el gorila empalidecido, mientras saca de su bolsillo varios billetes de lotería, — yo teneg algo mejog, teneg suegte; *lucky, lucky, lucky for you.*

Seguimos en batalla. La pesadilla consiste en que nunca puedes ver tu propio corazón; es algo distinto, como andar con una camiseta untada de gasolina, correr para buscar fósforos o chispas de guitarras eléctricas. El gorila albino te ofrece loterías, lleva cientos de billetes en un maletín que carga a la espalda. Detenida en una ceguera de batalla, pierdes la misteriosa realidad. Le dices que no, el albino hace gestos de no entender tu negación, se busca en todos los bolsillos, encuentra efectivo.

— *Do you want money, cash, ah, my love?* —, me dice el gorila con estúpida picardía.

— Claro, *baby*, claro, sólo efectivo.

La celebración de una mosca eterna. Una carta de los lugares jóvenes por una sola vez... una mosca que estuvo sólo por hoy en la espacialidad blanca, sin voces en los ojos, estática en los gritos, se percata de que la rapidez se confunde con la somnolencia hasta en las flamas asomadas en cada microsegundo, tiempo animal de su existencia, de sus aleteos, de sus sueños... toma el nombre de la mosca, toma el nombre de la mosca, ¿dónde estará tu voz? ¡Levántate! Toma el nombre de la edad imposible, el mar de la vida, la vida hasta el mar, ¿cómo es el sueño más simple en el mañana? Tus nombres perdidos en una mosca, moscas-en-vueltas de los complementos maculados; si hasta William Blake supo sobre la importancia de una mosca, ¿por qué, entonces, la complacencia de creernos animales sagrados?

Nos olvidamos de eso porque nunca fuimos tigres, ni lobos, ni caimanes, ni siquiera un tigre blanco; es más, ahora, ni siquiera podemos ser una mujer. Aunque una vez temblamos al vernos peces arco iris, luego colibrí, luego cachorro de zorro, luego flores, luego sudor, luego moscardón de alma negra y, por último, pez fuera del agua, que se ahoga, que tuvo un final como de raíces de árbol. El moscardón lloraba por mí, al ladito, completamente negro. ¿Por qué nadie piensa en ser un moscardón? ¿Sólo Kafka, un refugiado? Moscardón, moscardones. Piojitos (sin querer saberlo) entre los tigres. Ese es el lugar de la imitación: absorber la sangre de los tigres para emular sus

líneas, piojos atigrados; en el pupo está el secreto, el ombligo guarda la suciedad necesaria.

¡Qué va! El tigre te saluda, te enseña, te salva por momentos, te salva, te salva, pero eso no significa ser uno con el tigre en todos los espejos, el animal solitario que odia los espejos. El humano tiene más de moscardón que de tigre. La vanguardia de los tambores hundidos en las plegarias al crucifijo. Soledad envidiable. El moscardón se arrastra por todos nosotros. Todo sigue mediante giros en el mundo con las manchas de los alimentadores del cuerpo más puro. Las flores, el árbol, ¡los huecos subterráneos del moscardón!, eso lleva tiempo, eso lleva vidas y frailejones, música, pérdidas, estrellas, hundimientos, nieblas, moscardones, chinches, pulgas, frutas, nieve. Clásico: ¡ya no más! Entidades valiosas que pierdes cuando mimetizas al tigre de dos cabezas en la primera visita, lo crees tuyo, le impones tu lógica de mentiras y lo privatizas; ¡no te parece tonto, demasiado tonto apoderarse de la sombra del tigre sin antes descubrir con vergüenza que el laberinto de sus manchas sólo es un regalo temporal, temporal, temporal! Como el amanecer y el despertar. Señoras, volvamos a leer a William Blake, volvamos a comer flores crudas. Retornemos a la noche del primer vómito. Señorita, Némesis... Nina, Nina, estamos algo jodidas, ¿no le parece?

El gorila pálido hace lo suyo y me paga lo justo.

— *Good bye, Némesis; my love, you are a special thing, a young woman, pretty, pretty woman;* espejo que te ganes el boleto que te di —, me dice, como despedida, el gorila albino.

— Chao, Francis, cuervo y gorila albino; chao, *baby* —, me despido de él, con un beso en la mejilla. Y se va con una sonrisa de satisfacción, ¡qué bien! ¡Marica! ¡Gringo marica! Le dimos un polvo para que nunca se olvide de los lugares de su muerte, de los lugares del verdadero dolor; lo hice llorar, luego reír, luego llorar otra vez; me comí sus lágrimas, devoré sus alientos. Cruzará la frontera con mi recuerdo en todo su cuerpo, en las manos; mientras viaje, olerá sus dedos y recordará el sexo del no-país, en su piel blanquecina y arañada sentirá el olor de su muerte, el olor de los años perdidos en una sola calle, en las calles del amor, olor de la nada, olor de sus sueños, *streets of love*, pobreza, felicidad... inmutable viento, trueno, nubes rojas, esperanzas voladoras, ánimas terrestres..., pactos con suspiros inentendibles, con máscaras enfermas, con ciudadanos del terror... Minutos solitarios, en estas calles pasan perros de otros mundos que también se mezclan con los susurros de las montañas guardianas de la herejía..., la luna viene, la luna viene..., espacio tremendo en el cielo rojo, deja ver el oscuro fondo saturado de estrellas y allí..., la luna creciente..., ¡la luna creciente! Calle fría, soledad, espera, aliento y menta. Trabajo,

trabajo y algo para soñar. Trabajo elemental. A la expectativa de los hombres que vendrán...

Trabajo en espera, espera del trabajo, sustento, alimento, predicación, mal gusto, abolición, inmoralismo, porno, coge-coge, satisfacción para otros. Trabajo, trabajo incondicional. Lágrimas secas, un brazo deteriorado, maquillaje en otro lugar. Surge en la esquina de mi calle, junto al semáforo, Brandy Love, con su bolso de diseñador, que fuma un cigarrillo envuelto por ella misma. Las otras le abren camino a sus pasitos temblorosos. Una amiga de las penas fabricadas.

La calle tiene sectores privados, la calle también es una propiedad privada, señalamientos, permisos, hasta aquí..., hasta allá.

— Culpa indiscutible de los caminantes y nigromantes —, dice Brandy Love, con rabia en sus palabras arrastradas; mientras me lanza una mirada de odio y melancolía, fuma y dice: — ¡Qué!, ¿piensas igual a los de esta ciudad, que una trabajadora sexual es ignorante en temas de cultura general, que una puta no puede hablar con inteligencia, que una puta es el comienzo de lo indigno, de lo inmoral? ¿Una prostituta no puede saber lo que pasa en el mundo?

Brandy Love fuma su cigarrillo, con furia aletargada, con salpicaduras de fuego en cada resuello; gotitas amarillas se arrastran en su corazón para recordarle la fiesta y los dolores de la noche.

— Lo que sea, pero una puta no es el inicio ni el final de la ignorancia. Nadie es capaz de enfermar tanto del alma como los de esta ciudad. Pobres hombrecitos desvirgados en putiaderos, ¡qué lástima me dan los miserables! — me dice Brandy Love, cuando libera el humo.

En realidad, no sé si sus palabras resplandecen de sus actos o, simplemente, quiere desprenderse del olor de su último trabajo. Todos tenemos momentos imperdonables, de cambio, de mutación espiritual. *Time to change*. Dejar de ser lo que uno es para convertirse en otra cosa, más sustanciosa, más buscada, más aceptada por la sociedad. Soledad en reposo, soledad del arrastre, grito de humo en medio de la soledad comestible.

— Vive y deja que los demás se caguen de la risa —, me dice, y toda la calle la oye.

Somos las cosas inmoladas de los sueños, somos las babas de los flujos sagrados, somos una montaña todavía por existir como nevado, como volcán, como fuego imposible, como laguna. Somos nada, somos un minúsculo disgusto de la

inmortalidad, de la nada, de la fuerza, de la equivocación. Mujeres, sólo mujeres sin implantes, sin belleza, sin domicilio, esparcidas sobre el maquillaje de las calles.

— ¿Sabes, nenita?, yo tenía una casa, un hogar, una familia, muchos sueños por realizar — me dice, pues al parecer intenta dialogar conmigo; — yo tuve tierras, las más fértiles de estos putos rincones, animales, árboles, flores, hasta caballos y machotes deseosos de estar hasta el final conmigo. Yo era una india hermosa, la más bella, ¡lo sabía, lo sabía!

— Querida Brandy, todas las aves serán devoradas por el ojo del león —, le digo mientras saco un cigarrillo de mi bolso y se le paso, uno que recibe con su mano llena de anillos acerados.

— Leonas, Némesis, pero leonas con mucho corazón — continúa, con un nuevo cigarrillo entre sus dedos, — para la mordida inconsecuente del alma, para comerse todos los pedazos perdidos; ahí, uno se da cuenta que el alma pertenece al exterior, al tesoro derivado, carente de máscara sagrada, a toda la enfermedad.

— ¿Así que fuiste una india hermosa? — le pregunto.

— Claro, nena, claro; a los diez y ocho putos años de mi locura era la más bella, tenía una cinturita y unas tetas envidiables; a esa edad me dieron mis diez hectáreas de tierra cultivable, tierra para vivir, crecer y saber morir, tierra, tierras, las tierras prometidas; veinte millones de pesos, las bendiciones de todo el grupo y mis documentos de absoluta propietaria. Era la reina de la exprovincia, con muchos vestidos, y zapatos, era la más bella, por eso quería un novio de ojos claros...

— Como todas las estampas con vulva — la interrumpo.

— Pero fui la decisión de un brasier al revés, una mujer rodeada de idiotas —, continúa, como si no me hubiera oído; — nos consumimos en las heces de los que ya fueron, nos abastecemos en el amor de nuestros padres y sus enseñanzas, nos morimos sin darnos cuenta de que pensamos sólo pocas veces con nuestra voluntad, la audacia de los malignos placeres, la majestuosidad de verse como un tesoro, caudal, reserva, la estupidez de sentirse poderosa e intensa. Yo fui una india hermosa y me avergoncé de serlo. Una larva en este sistema de tetas falsas, docilidades y hechuras melifluas del pensamiento. Veinte millones para olvidarse de la tierra. Veinte millones para nada.

— Eso es común en Fosa —, le digo. Brandy fuma un momento y prosigue:

— Allá, en las afueras de Fosa, cuando cumplíamos la mayoría de edad nos daban una libertad incomparable; nos daban tierra, nos daban riqueza, nos daban nombre. Trago, amigos, dinero, religión, vuelo, santidad, sexo clandestino, amor sin importancia, sexo para elegir, pero yo quería un sueño puro: alcanzar la fama, los gustos del poder, la belleza de las potestades, quería ser la india más hermosa, la más hermosa, ¡vanidad, vanidad!

— Igual que yo —, vuelvo y la interrumpo, — yo creía que mi sexo era demasiado para ese pueblo..., me sentía extraña cuando tenía sexo con los hombres de Fosa, por eso terminé con el viejo J..., pues quería una puta verdad familiar.

— Yo quería unos ojos de color azul..., nenita, ¡el azul me embobaba! — me dice, — no el color oscuro de los míos; puede nacer, nenita, puede nacer, puede morir mil y una vez y nunca va a lograr encontrar el auténtico sentido de su indigencia, el arrebato indecente, la sonoridad en el espectáculo de tus súplicas; puedes sentir como todos los sucesos de su vida los atraviesan las virolas y los ciegos, las patojas, cojas, mancas, enanas. El hormigueo en párpados y labios para atreverte a decir que no eres nadie, que quieres tener ojos azules.

Brandy busca una salida para el humo a través de su boca, se molesta con el aire exaltado en su pelo rojo; el humo es una pintura entretejida en los comentarios de una mujer solitaria, vulgar, *killer*, negra con pelo rojo, radiante de oscuridad.

— Ya perdí lo que me quedaba —, me dice; — ya he perdido mi tierra, lo que quiere decir que ya perdí mi nombre. Mis padres me abandonaron para largarse donde los antiguos dioses, con mi tierra, con mis semillas, con las flores, con el agua —. Nadie sabe las causas por las que un corazón cambia su fuerza en rutina y abandono: se monta maquillado a una camioneta con los mejores licores para que lo absorba una sola forma de placer y de tristeza. En esta calle, una mujer se sube a ese sueño cada diez minutos. Once, doce, trece minutos más cerca del placer y de la muerte.

En ese momento, Kiri Bloom, que nos miraba desde el otro andén, al lado de otras nenitas y un travesti, con ganas de decir algo desde hace tiempo, al fin se acerca y dice:

— Nos golpean en la calle por encantadoras, nos pagan para perder y ser siempre perdedoras. ¡El aguante, el aguante, nenitas, el aguante!...

Dos hombres y una mujer caminan hasta el sitio. En seguida M-X, el perfecto estereotipo del hombre desarrollado: varón calvo, enorme, gordo, de manos gigantes, con una estrellita y un cocodrilo tatuados en el cuello, matón y mano derecha de

Lucio Benhertz, se acerca mientras muerde su labio inferior como marca inminente de provocación sexual, se acerca a Kiri; M-X lleva una correa de cuero en la mano y camina acompañado de una mujer con bolso plateado y minifalda tornasol y un hombre que viste una camiseta de *Cannibal Corpse*. Varias mujeres, que se apoyan en la pared e esgrimen la tenacidad de los desprecios, lo insultan; directamente, Kiri, la mujercita ennegrecida un poco por el vicio de los sustos y los monstruos de la vianda de seda, con el cielo tan azul como su pestañina, que tiembla con el miedito que viene en papelitos de niños escolares, lo hace, grita, va a la defensa de su trozo de calle:

— Nadie te quiere aquí, M-X, ¡sos un malparido!

— Vos, vieja bazuquera y puta —, le responde de inmediato el hombre, con ganas de babosear los miedos gloriosos de los samuráis.

— Vos, ¡malparido lambepichas! —, lo insulta Kiri.

— Sí, mejor vete, M-X; acá ya tenemos otro convenio con el “Porchia” —, le dice el travesti, que se apresura hacia ese lado de la calle, mientras hace sonar la correa.

— ¿Sí?, puto marica, ya voy por vos — le replica M-X y, en seguida, en su expresión de coraje hace que se note su edad, menos de treinta años y más muertes en números, y voltea a dos de las mujeres para luego descargar la correa en el trasero enflaquecido de Kiri, le pega durísimo y, para no incomodar a nadie más, también lo hace en la espalda de otra nena, mientras las otras intentan detenerlo, aunque se refrenan por algo, un misterio en lo profundo de sus polvitos, pero lo insultan otra vez:

— ¿Sí ves?, ¡sos un malparido, M-X!

Y el hombre les responde:

— ¡Ehh, malparida vos, vendida por tu familia, comida por el más pendejo, vendida más de diez mil veces, puta, ta, ta, ta, ta! — y la golpea con la correa. Ese es un acto muy brusco.

— Desgraciado, hijo de puta — le dice la nenita.

— ¿Quieres más correíta? — le pregunta M-X con insolencia.

El hombre impone su furia en cada mirada, las mujeres esperan el paso de la correa en silencio, el travesti se había marchado mientras golpeaban a Kiri y corría por la otra cuadra. M-X escupe al suelo, mira a Brandy y le dice: — Y vos, negra, hasta cuando estarás sin pagar la cuota.

— ¡No jodás!; nosotras ni te estamos mirando —, le dice con voz diferente Brandy, que, al mover el pelo de su rostro, atrás de su oreja, reconoce un tatuaje con forma de caballo en el cuello de M-X; — además, ya le di al “Porchia” la cuota del presente y del siguiente mes, por adelantado —. El hombre lanza un escupitajo en la acera del rencor, la saliva pasa de lado a lado de la calle, mientras el otro hombre, el de la camiseta de *Cannibal* no pierde de vista el trayecto de la flema. M-X dice:

— Pero a mí no me has pagado nada, nena; nada, nada... ¿No le parece que eso merece unos correazos? — La molestia empieza a notarse en la expresión de Brandy.

— Date cuenta de esto, Némesis; esta es la verdadera religión del país: tienes que pagar, o tienes que ser la paga, nena —, me dice Brandy, mientras se ajusta los anillos de las manos.

— No seas tan maldito, M-X; no seas así, pues ya te dijo la nena que ya le pagó al “Porchia” — le recalco al M-X.

— A mí no me han dado nada; ustedes, tan bonitas, jóvenes y todo, ¡y no tienen para pagarme la cuota!..., creo que las dos merecen unos correazos —. Varios pájaros y observadores se percatan de la violencia que respira en los senos de Brandy. Belleza aterradora.

— ¿Miedo? —, le pregunta Brandy a M-X.

— ¡No me hagas reír, nena; mejor bájate de esa nube! —, le responde M-X, mientras enrolla la correa en su mano derecha —. Los pechos níveos vuelven a ocultarse en el cuero vino tinto de su chaqueta.

— Entonces, Némesis, ¿tiene para ayudarle a pagar la cuota a esta? Dígale que no está sola, que la tiene a usted. Igualmente, estoy algo retrasado en mi arriendo; necesito unos dólares más; ya saben, nenas, ¡dólares!

— ¡¿Dólares?! —, le pregunto.

— ¿Vas a decir que no tienes? —, dice de inmediato M-X; — pero si te acabo de ver salir de la residencia con un puto albino, ¿no te acuerdas?, patoja loca, ¿no te acuerdas que era gringo?

— ¿En serio? —, vuelvo a preguntarle.

— No me mientas, amor lindo y cogedor, no me mientas; deberías darte cuenta; ¡y vos también, Brandy!, pues tengo la correa en la mano.

— ¿En serio? —, insisto en la pregunta.

— Claro, putica; que no se te olvide que ustedes dos trabajan para mi jefe —, dice M-X con orgullo.

— Mira, malparido, mejor te vas de una vez, ¿quieres? —, le dice Brandy, con los puños cerrados y los anillos ubicados en posición de ataque. *Seek and destroy*.

El sujeto amenaza con la correa. La mujer muestra su fuerza con lujo de detalles: inmediato, escaldado, vino, tras de todo el ser, delante de sus matoncitos dobles, una trompada en vivo y en directo al pómulo derecho del bestia ese. Directo y certero. Unos pocos segundos de confusión. Las otras mujeres sólo dicen:

— ¡Uuuuuuh! — El tipo se mueve involuntariamente hacia atrás. Aumenta otro poco la confusión. El hombre mantiene sanos los dientes; con la mano derecha acaricia su pómulo y abre los ojos llorosos:

— ¡Loca hijueputa! — El hombre cierra el puño y le lanza un derechazo a la nariz, que lo recibe como si fuera un golpe de bebé y en seguida lanza sus dos puños contra los ojos del hombre, ¡Pum, pum! A tomar nota otra vez, directo al suelo.

— ¡Uuuuuuh! —, dicen en coro las nenas. El hombre no puede detener una patada en el pecho y de inmediato se desmorona con el estreno de una mujer que corre hacia el lugar donde caerá el M-X, cámara lenta, bovino arrastrado a las malas; la otra mujer no alcanza a impedir el golpe de la cabeza contra el pavimento. El hombre se abre la cabeza al caer, tras esa golpiza simple y siniestra; ahora, Brandy le patea la nariz al caído, se la revienta y el pavimento recibe la gracia de la salpicadura roja; otra patada, esta vez en la frente y queda rematado con un simple aire.

— ¡Ya, ya, pará, pará! —, interviene el Chucho, el más horrendo entre los buitres camisa negra que siempre acompañan a M-X, — ya lo sanaste, ya lo sanaste.

El Chucho es un homínido descendiente de un ex-alcalde, otro hijo bastardo de la élite, bazuquero como todos, enano con ropa negra contramarcada, en apariencia metalero campesino, pero con olor a alma en prenda, que se ha gorreado todos los alcoholes y los espacios del mundo, goterero, pedigüeño, lambeculos.

— Ya, ya lo sanó, ya lo sanó —, dice resentido y con coraje el Chucho (el puto ejemplo para los futuros inútiles del pueblo).

— Mueve a ese desgraciado a otro lado, no lo queremos aquí —, le dice Brandy, que señala a la mujer que llegó con los dos hombres, — llévatelo, junto a esa perra inmunda.

Las otras mujeres y yo vemos con respeto los puños todavía cerrados de Brandy; no hay discriminación alguna en ellos.

— Y vos, mariquita de pichingo chiquito, ¿qué edad le dices a las niñas que tienes?, ¿quince, dieciocho?, ¡malparido! —, le grita Brandy al hombre que quiere levantar del suelo al otro, — Chucho de mierda, Chuchito insignificante, Chucho, chichito, chuchinga, bobote, vejete, remedo insignificante de greñudo y metalero, no te quiero cerca de las niñas, aléjate de las niñas, les dejas tu olor a muerto perfumado; ve y consigue un trabajo, lee algo, consigue tu propio nacimiento, dale un puta sentido a tu vida; ya tienes más de treinta años, ya pará de chuparle la sangre y la voluntad a las niñas bobas de este pueblo; ya pará, haz algo con ese culo desnutrido.

El Chucho se lleva a espaldas la inconsciencia de M-X, mientras ve de reojo a todas las mujeres que le tiran piedritas y colillas encendidas cuando pasa cerca de ellas. La mujer en minifalda se tapa la cara con una bufanda que llevaba en el bolso y sigue atrás de los dos hombres. Puedo ver como Brandy enciende otro cigarrillo casero; se siente como una invocación justa, como una purificación luminosa entre las gotas ascendentes.

— ¿Si te das cuenta, Némesis? —, me dice Brandy, con el humo en sus labios, — te subes a un carro y tu cabeza pierde su lugar —. No puedo responderle; en lugar de eso, miro a los curiosos que se quedaron quietos un momento; siento miedo, pues me pareció que reconocía a alguien. Las otras nenas me miran como si quisieran que respondiera algo por todas, pero no puedo. Brandy me mira con sus ojos abandonados y dice:

— Una mujer, nena, sólo una mujer empuja hacia los abismos a quienes han dejado podrir sus tierras.

Black Guáy tara

Después de siete canciones, una cuerda rota, un vaso de agua con hielo, un cigarrillo, gasolina para la moto, todavía se escucha algo de música. Una calle con tráfico, un accidente, la noticia de un engaño y el recuerdo de un video musical, todo es parte de una serie de actos que terminarán en una cabeza rota.

Youthanasia: nostalgia por la ruina, terror por lo que no llega. ¿Alguien conoce el dolor de morir en las calles de otro país con los bolsillos vacíos, sin nadie que describa tu nombre, tu procedencia, tu ocupación, sin nadie que recoja tu cuerpo, le limpie un poco la sangre y lo lleve hasta un hospital?

No. Nadie está aquí en este espejismo de angustia. Un toque de *Metal* extremo y los sonidistas unos negros de *Cumbia reality remix*. *My body is gone...*

Has llegado al coma en una forma tan dura que ya no te encuentras boca arriba; en lugar de eso, te saliste de todos los cuentos en una nube de sangre, en una colisión despiadada que dejó el libro que leías en un estado deplorable, mucho peor que la apariencia actual de tu rostro, de tu basurero ensangrentado. Chocar contra una pared, abrirse el cráneo en el concreto. No existe ninguna comparación intelectual, hubo un accidente y punto, te saliste del ensueño para caer en una dislocación hacia el dolor y el desvanecimiento. Te importó un culo el amor, el ingenioso campo de las voces, todo eso te importó un culo. Te mataste porque así lo quisiste, fue una simple cosa, ¿cómo entenderlo?, es imposible, es la única (y a veces imperdonable) decisión. Ahora los antiguos dioses te temen por eso, pues llegas allí con música. *Please smile, smile when you think about me...*

No, pero aún no hay nadie, ahora estás en coma. Vas a tener que ser valiente estos días. Cuatro días para pagar por el aire y la historia, un dolor decisivo y una culpa sin remordimiento, la velocidad antes que el tiempo.

¿Puedes recordar algo? ¿El día en que te dejé escapar? ¿La pesada calidad que nunca quisiste para tu espíritu o tu miserable condición de fugitivo luciferino? Quizás planeabas salir con tu imaginación a un baño de mujeres angelicales o al encuentro con la mujercita que nunca te habló porque sentía miedo de tu extraño olor; recuerda: en esta imaginación cimentada, el pensamiento en las montañas es lo único que tienes, lo que te acompaña. ¿Qué recuerdas?

El temor, la noche, la niebla y una estrellita roja que podía mover con la mirada, todo se presentó para demoler la poca suerte que no desperdicié en las máquinas de los sollozos translúcidos, todo, hasta el niño-Dios de las abuelas. Espantoso niño con una velita rosada en la mano, llegó e interrumpió mi pálida caricatura, y lo embestiste para creer en él, lo tocaste, pero lo hiciste con una ancestralidad difícil, lo envenenaste. Amor en movimiento... ¿por qué tuviste que decirme eso?... pero, con eso te puedes dar cuenta que alguien se ríe a tus espaldas, tu amor, tu extraño amigo, tu gobernador, la madre de tus hijos, ¿sabes por qué?, porque tú eres la muerta. No tengas miedo si descubres el amor después de mi cara abierta en los pedazos que todos vieron. No, no debe existir ninguna confusión, has llegado a la temible exactitud, al punto donde los niños dioses mueren y, al intentar saber algo sobre ellos, descubres que has recibido la incógnita más grande, cuando tu rostro ya ha desaparecido en una pequeña maravilla de ojos amarillos. La sequía dura años en el alma sin nadie que desintegre la óptima salud de los alientos. You set me free...

No hay palabra alguna en tu boca, te atoras de silencio. ¿Hablas por ti o por el accidente que tanto te duele?, ¿es un mensaje o algo para ella? ¿Creíste que lo ibas a resistir? Ya ambos están muertos. Nadie los ayudará; tarde o temprano se encontrarán, heridos los dos en el alma. Somos adictos al caos. ¿En serio, no recuerdas el día en que escapaste del CETRES? ¡Vete a la mierda!... Yo sí te recuerdo, desnudo, cubierto de lodo y ramas secas huías por el río sumergiéndote en la corriente oscura; el asunto no era mío, por eso no revelé tu ubicación. Me pareció genial que por fin se escapara alguien de ese boquete de purificación. Te lo confieso, eso fue algo increíble. Eres toda una estrella, casi una enfermedad, en las demandas y los insultos diarios que ocurren en el CETRES.

¿Y ahora qué?... (no puede condensarse otro miedo en esta expresión). Ves cómo se desplaza la oscuridad hasta el límite de las visiones sensibles y desaparece la esperanza que alguna vez tuviste en los brazos de una plata futura, femenina; las piernas, las rodillas, los dedos, tus pelitos largos, las uñas, todo parece inservible; te volteas para ver más allá pero todo es silencio; un lugar deja de brillar, se agranda entre la negrura para no ser nada, ni totalidad. Se cierran en un malentendido agujero tus bellos ojos. Unos tambores extraños resuenan, el silencio asfixia su eco, la espesa sangre tiñe el dolor con insensibilidad; los tambores aumentan, el golpe es terrible y discontinuo. No sientes nada, sólo el desvanecimiento, el silencio, los insensatos golpes de tambor, la oscuridad. Intentan comunicarse contigo desde afuera, pero ya has muerto.

Burn: no, no es así; ahora en tu pensamiento recuerdas que estabas en otro país y que te hablaban en una lengua que jamás quisiste aprender. No lo sabes pero, entre las

personas que rodean tu cuerpo desfigurado, allí hay alguien que hace el esfuerzo por reconocerte. Voy a sentarme, haré una pausa para relajarme mientras te veo muerto. Una estrella, un miembro insignificante del cielo te reconoce, brilla por ti y te releva del silencioso dolor. El tambor se intensifica, el golpeteo se acerca, llega a tu pecho, te toca, resuena por ti, brilla y gruñe: es la estrella, es el cielo, es tu esfuerzo. POBRE BOBO RINOSORDO AL CORAZÓN. Sabes que te quiero y quisiera volver a ayudarte.

Me desintegro... vuelvo a desintegrarme en silencio... con canastas y repercusiones, late y vuelve a enmudecerse en intermitencias, grillos, roedores, insectos, peces voladores y monos aulladores; al corazón (con rimas culas del cielo) lo rodea la acústica de los tambores; tú lo sospechas, ¿cómo puedes ayudarme? Sano hermanito, sano, sano, sano. Es ano, claro, la peste, la bobada, la noticia, la acción higiénica: 1,2,3,4,5,6,7,8,9,910,11,12,1,3,14...

Pulso sin meditación alguna, orto desdoblado, insolación en la boca por demasiada oscuridad. Salir del sol. ¿En serio, estás muriendo? *Lástima... creía ser una mala hierba. Me duele el cuerpo. ¿Hierba?* En otro país siempre serás una *shit* extranacional, ladrón, paraco, guerrillo, drogo, mico, obrero, suertudo o consumidor, por eso te pagan menos; si vas de refugiado, te pagan menos todavía; si te montas un carrito de chorizos, los tombo y las chicas polis te joden a diario: ¡comisión, choricito, gaseosa, suerte! *Yo sólo quería trabajar para mis hijos, a alta velocidad, ¿qué tiene eso de malo, de envidia, de maldad?*, pero ya no puedes decidir eso, aunque me caes bien y me gustan las hormigas que tienes por sangre, así podemos hacer un trato. Puedo darte forma de recuerdo, de palabras. *La nieve aparece, la nieve desaparece, la nieve aparece, la nieve desaparece.*

Espero que las *rakatoock* sean las mismas que están en las orillas del cielo y espero que todos los que amen a tu ángel lo hagan por una condena personal para que así no desintegre los impulsos de tus hijos. Es una lástima admitirlo, siéntelo, porque en esto eres un guagua todavía, como Monet, Manet, los pinceles y la compenetración generosa, la sífilis y otras cosas, pero creo que si te vas, o te mueres, sin ti, sin tu amenaza, esa mujer volverá a ser una chepa abandonada en busca de una suerte genial y absurda, el arte entre pichingos artesanales, no te extrañes que en brazos parecidos a los tuyos vuelva como un pucho de cigarrillo usado por hartísimas bocas. *Sail away... sail away*, y cuando cantes esa canción de nuevo, háblame si puedes.

Toxicity: “la nieve aparece, la nieve desaparece, la nieve aparece”, eso que dijiste... es una mierda. Deja de hacer eso, me molesta. *Teníamos muchos sueños, muchas noches para intoxicarnos todavía. Entonces, vos, perro, que estás ahí riéndote,*

¿cómo puedes ayudarme? ¿Puedes llevar mis pensamientos con los tuyos? ¿Puedes hacer una canción con ellos? NO, EN REALIDAD, NO PUEDO, NO SOY MÚSICO. ¡Tatay, perro marica!, ¿No haces música? ¿Entonces, por qué estás aquí? ¿Cuál es tu joda? Si no tienes melodías para dejar algo, algo sonoro, aunque sea con esta sangre vertida en el mundo, dime, ¿por qué hablas conmigo?

Te diré lo aprendido en muchos años... obligar a otros a hacer cuentos... puedo salvar a quienes no pueden describir la soledad de su alma; hago cuentos, bueno, obligo a quienes quiero a escribir mitomanías, soy un mitómano, una mentira andante, una mentirota aquí mismo, el palacio de exposiciones de la mentira; utilizo a los que se dicen intelectuales, escritores o simplemente a los que se sienten orgullosos de su Pensamiento Caliente, la mentira de quienes rondaron la dolorosa otra mentira de los amantes, a quienes los engañó el mentiroso dolor mientras trabajaban de mentiras cerca a las lagunas de la molestia; así es, no de la mentira; obligo a algunos a extrañar la vida con simplicidad y sin cansancio. “¿No te entiendo? Si no creas música o aires melódicos, no te necesito aquí, no vales nada sin música”. Pero es tarde. Haré con alguien un cuento a partir de tus lágrimas, obligaré a alguien a hacer sólo una breve narración. *Tatay, una muerte sin música, una masa sin orden, un perro que obliga a escribir a quien no quiere, una mandarina en un hormiguero, la fuente de los saludos mañaneros, el pelotón cascado, la camada arrojada a los ríos, la multitud, la mujer, el niño, la gresca, el armadillo, no eres nada sin nosotros, ¿verdad? No eres nada sin nosotros.*

Manipulado por el dolor no sabes de lo que hablas; es un intento para desafiarme en lugar de buscar una salida a tu padecer. Bobo y cabezón, no soy ningún perro; hasta en la pérdida del aliento, únicamente me gusta que los vivos me vean así; con la visión nublada por la derrota, por la vida desmenuzada, entras a los campanarios de las abejas para probar la dulzura de la expiración.

Aprenderás algún soplo en esa calle, la pena de los árboles que nunca volverás a ver de nuevo. *¿El árbol de mango sin mangos? ¿El árbol de mango sin mangos?* No deseas aquella no mortalidad, presente, en la caída prometida, a todos los obreros de la nostalgia antes de hacerte signo de las básculas estelares. La persistencia es sólo humana, la resistencia para la vida es el mayor compromiso con la vida, ¿pero con la cabeza abierta, con la sangre ocupando el lugar de tu alma? No mates, nunca pienses en eso, se lo he dicho a todos los que encuentro. Los árboles delimitan el paso al otro día, a la mañana del miedo, al mediodía del terror, a la tarde de la serenidad, a la noche frágil e indicada en el cielo abandonado. Por eso la vida requiere movimientos telúricos, experiencias terrestres para condicionar la sabiduría ocular: mientras un hombre se arrastra con su costal de chatarra por la avenida sostenida por los alientos,

otro ser desamarra sus zapatos al lado del dolor injusto de morir solo, de desaparecer solitario junto a despojos de polvo, mugre, humo y hambre. Hombre santo, santo varón, santos varones cargueros del cuerpo artístico del dolor, del origen, de la madre que antes era virgen, desvirgación de nuestros pesares, dedos y huesos quebrados. Una madre muerta, eso es lo más horrible del mundo. *Cómo quisiera que ella estuviera aquí. Frente al río, un poco después del abismo.*

Mi madre murió mucho antes de que yo muriera, sentí el viento más triste desde los catorce años, sentía desde entonces cómo ese viento sin sol acariciaba mi cara con las manos muertas, pero todavía tibias, de mamá. ¡Pura maricada! No seas idiota, no digas pendejadas. Nada para predecir las lágrimas subversivas, no me gusta que los chicos lloren sangre. Y, entonces, ¿vas a ayudarme a o vas a estar ahí sentado como un idiota, perro peludo? No quieres fumar algo antes de despedirte. Sí, un último porro, un último golpe de humo para la alegría. ¿Entonces, qué quieres hacer?, ¿lo vas a prender o no?

Espacios para renacer... tienes que prometerme la resurrección de los barrios bajos... tienes que... ¡ufff!... resucitar el pueblo dentro del pueblo. La relación explosiva con los demás, acá estamos en una apariencia tan tranquila, tan tranquila como un vómito. ¿Pansiquismo? ¿La cancelación del objeto? Es algo difícil, hermano, es algo difícil; no sé lo que se seque primero: el vómito o la sangre. Mejor dicho, no seas tan marica, sí, no seas así. No pidas cosas imposibles; yo no soy un genio, ¿no ves?, soy un perro; un perro, chico, un perro. Borrar un pasado para volver a instaurarlo es, en realidad, algo complicado de hacer, incluso para los dioses perro. Por eso nunca he llegado antes de la partida. Pero, si obligas a otros a escribir para ti, ¿no?, eso es como sacarles una foto, les quitas los fragmentos de la belleza, aprenderás de los pájaros. No, simple, soy una sombra, una oscura forma de luz dispuesta a hablar contigo y con otros. Y a ninguno de los animales les gustan las fotografías. Sonríe. ¡Ay, tan rara la cosa! Veo que no eres nada, un encanto que nadie puede acosar. Una cola de lagartija de montaña puede atenuar mi presencia, o un grillo negro; pero ya nadie me puede quitar de aquí, tengo el mismo trabajo de siempre, nada ha cambiado para nosotros. Sabes... quisiera tocar la profundidad de la ignorancia, quisiera ver a tu Dios perro, quisiera arrojarme dentro de un culito santo; nunca lo hice, nunca lo hice.

Mad Butcher: ¿Quisieras ver a Dios? Sí. ¿En serio, quieres ver a mi Dios? Eso es algo muy concreto, una entidad, una ideología, un campo de concentración o un matadero o un batallón. Sí, sí quiero. Pues, es una lástima, ese está perdido en todas partes, tan frío, tan carnívoro como siempre; hace unos días lo oí quejarse, está cansado de tanto menear el engrudo en sus continuos juegos con los adhesivos y los prisioneros. Es un

perro juguetero. Nadie puede verlo en persona; su oficina no tiene puerta, se entra por el sótano, por el agujero trasero, sólo los gritos dentro de sus estómagos traspasan las paredes. Tiene cuatro estómagos, como las vaquitas; un ano solamente, también como las vaquitas, por ahí expulsa el cuerpo alucinógeno. Dentro de su oficina, su piel está siendo reconstruida por la misericordia de todos los pastores-terapeutas, uno a uno añade la cuota de piel y oraciones cada mes; en las mañanas de sol, antes de las siete, desenvuelven en la luz su cuerpo sin corazón, los pastores (y otras máquinas de acuchillar) lo hieren con dagas doradas y beben su sangre azul; son los nuevos elegidos, ellos lideran el panteón clon-humanista, ellos son el epicentro de las terapias, los únicos puros en el mundo de lo impuro. Lástima lo del culito, no lo va a tener. Sabe algo, antes era como usted, tenía sueños, los más terribles sueños, el amor, la sobriedad, la calma; visiones de árboles altos, verdes, floridos, en la cumbre, el mundo lleno de árboles, el mundo lleno de inocencia, pero me convencí demasiado, llenaba el aroma del ser con tantos sueños, con olores parecidos a los míos; luego, (como ahora) siempre llega la lluvia, los mosquitos y la ceguera. No puedes darte cuenta, pero una gota de agua choca dentro de tus ojos con la poca conciencia aún sin desechar, te ciega, desaparece la visión, un mosquito en la pupila, asesinato de la vista, irritación dentro del ojo, veneno del agua y de la ingenuidad.

Perro, ¿en verdad, las vidas se pierden cuando te ven? Succión apócrifa. Veo aves y tenedores en el consuelo de mi cara y azules manos que barajan cartas. Son las aves del destino, son las manchas de los sucesos. Perro marica, ¡qué cursi eres!, ¿por qué, en lugar de hablar tanta shit, por qué no me dices tu nombre, tu táctica, tu individuo?, ¿tú eres de los que rehabilitan o qué? Dime tu puto nombre. Eso no te interesa... pero... te lo diré... soy Rock... y ese nombre no le concierne a ninguno. ¡Como mi perro!... Bien... buen nombre... me acuerdo de mi perro... hueles casi igual... aunque mi perro es más peludo. Ya te dije, me gusta que los vivos me vean de esta forma, pero en realidad no es mi verdadera forma, bueno... digamos que sí, digamos que sí soy un perro, para no confundirte. Los segundos que pasan me enloquecen. Claro, estás muriendo, hombre, ¿qué quieres sentir, placer?

No jodás, estás tan lleno de cosas verdes que me pareces un monte del que se tiene que salir rapidito para no agonizar asfixiado en el retorno a las palabras que te dicen que estás muerto, que estás por morir, que es casi lo mismo, que estamos en el mismo hueco y las risitas persisten. No digas eso, te quitas tiempo. No me digas nada, Rock, perro marica, no sabes cantar, perro marica, no sabes tocar música. Soy un perro. ¿Vas a llamar a tu perro precursor, o qué? No sea así de idiota, Andrés Van Halen; usted mismo está diciendo que está enloqueciendo, que se encuentra muerto como una niña estrella. ¡Maricón cursi! Entonces, ¡ya basta de maricadas! Me dices, o nos vamos; bien, me dices o no puedes. Algo de nieve. ¿Cómo dices? Nieve,

¿se puede algo de nieve?, volver a empezar la nieve, eso sería algo bueno, ¿no? Bien, algo para que los niños jueguen. El llanto de los niños, la mujer que barre los baños, el sollozo indetenible, la mañana, el comienzo, el fósforo, el desayuno.

Granizada en la noche; con las primeras irradiaciones del Sol las calles amanecen blancas, los árboles inventan en el aire el color del cielo, frío y alto como las montañas cercanas a la nieve. Toma esta canción.

The Lizard: encontrarte viva cuando tú misma dijiste que estabas muerta por haberlo hecho. Lo vuelves a hacer y te escondes. Escape amarillo sin ojos. ¿Por qué lo haces? Por joder, no es suficiente; no lo sé, ese nombre no tiene remedio. Devastación, como lo angelical, la tumba, con los huesos de mi madre entre mis piernas, sin recuerdo ni presencia de tus flores. Mi tumba se encontrará muy sola. Después de esto habrá una tumba solitaria al lado del río del jardín de flores, que serán las mañanas consecutivas de donde nunca saldré. Los muertos necesitan humo y colores. Pocos se atreverán a dejarme florecitas y humo de lo verde en este lugar, ni siquiera mi padre o mi hermana llevarán algo de música a mi tumba; muerte huérfana, el río oscuro será la prueba sonora de esa libertad, esperaré allá por algunos fragmentos de risas y de humo. Aparición, de allí en adelante sólo he tenido miedo. Será un criadero de mosquitos que vuelan llenos de mis olores y réquiems; no habrá falta de aire, ellos continúan, el aire no existe, mueren frente a una hermosa guitarra de colores. ¿Tener el caos de hoy en la ropa interior? Mi madre duerme conmigo, la sostengo arribita de mis rodillas. Una última canción “Love is on the way”. Déjala que suene esta vez. Que nadie te trate como desecho, que nadie te arroje de sus brazos para fumarse un cigarrillo capitalista, que nadie lo haga.

Vientos megalomaniacos para complementar tu furia. Me gustaron algunas cosas del mundo: las callejuelas con los misterios cercanos, los amigos tan distantes, hermanos de suciedad, las canciones, el trash, el heavy, la idea de morir y salvar a quienes quiero, los árboles de mango de la baretica, los árboles gigantes, el canto desentonado, el atrevimiento. Se desprende un pedazo de mí, sí, ahora, cuando me veo por última vez derrotado en una frágil postura sin época; también es posible venir y olvidarte, volver y verte, también es posible darte un golpe en las alas para distorsionar tu vuelo, tu arma, tu voluntad abandonada, engendro de ángel sin rencores: tampoco quiero niebla, un momentico de odio, quiero que desaparezcas por todos los inodoros del mundo, poro por poro, bajando otra vez a la gran alcantarilla, bajando para que vuelva el papel que antes atascó todo, el olor fresco; en la pestaña izquierda desnivelada hueles descaradamente a ti misma: desaparición. Pero yo soy quien desaparece en (el) concreto, en serio, la partida se compone de una abertura en la boca que llega hasta el vientre; esta será la última,

porque adular la palabra faltante es acaso como enamorarse; la página del dolor, sobreviene la punzada en mi aire, tal vez por eso el pensar en mí sea tan patético. Pienso en una frasecita que leí en un libro del viejo Chuck, creo que era de un tal Akutagawa: “permanece en las ruinas, la idea persiste”. El pecho se me abre, ahora ya lo siento. Empieza a abrirse el hueso completo de la existencia, se abre, se rompe y la sangre es un inmenso folclor mutante que nadie entiende, ¡es sangre!, es un pulmón destrozado que sale a pedacitos por una abertura, es una senda que se abre en la cabeza. Me tiembla de nuevo el espectro, la decisión de verse las caras con las paredes a toda la velocidad que pueda sacar un motor; ejecutar el motor, parece que fue una mala idea, igual que soportar el peso del cielo. Será mejor abrirme la inteligencia en la larga, larga, cabeza, resorte, fuego, mentiras, golpe, golpe, el otro pulmón por la boca. Sin esperar nada ni volver mediante el fuego, así nos vamos; me voy desgastado, tratando de aferrarme a la nieve que cae conmigo, pero esta nieve me recuerda el corazón de un sol travieso, de un juego, en el que es posible ver el granito de hielo que se derrite en la mano, como fragmentos de vida transparente que desaparecen en el llanto de los niños que se calma con frío dulce, como el de los copos de nieve roja, dulce y roja.

343° N. Un círculo de agua en el centro de la tierra (la nieve entre nosotros)

Nacer un 7 de enero es estar otro día en la colorida ebriedad del carnaval, chuma extendida con la misma pintura en el cuerpo, color y ayuda para la limpieza por varios días, piel pegada en color, asestada en todos los orificios, en las orejas, en el ombligo; a veces, sólo a veces, por ahí, en morado o en blanco, puede mostrarse un lugar de la tristeza, luego te ríes al ver que hasta tu sexo está pintado. Personas que llegan y nunca han estado contigo, los nuevos brujos en cada existencia, los pasados, el tránsito, la humillación, el olvido, las mujeres invertidas regaladas en un baile, el pago, el vino, el bullicio y la soledad.

En la calle, una señora, de la última edad de los enanos y los dragones, exiliados por otros extranjeros, camina con un canastico de sorpresas en su mano; una chalina de lana incendiada combina reluciente con sus colores verdes-rojos y sus medias de lana rosada en las rodillas viejas, pero nunca cansadas, con una leve sonrisa, pero sin arrojar la miseria de las sonrisas fingidas y diarias.

— Saxon, te hago una pregunta seria: ¿cuántas veces incendias tu corazón al día?

— No sé, guagua; es como si me preguntaras cuántas veces me echo a reír de verdad. Y vos sabes que no hay risas de verdad. Mejor dime, momia, ¿ese perro por qué nos sigue?

— No sé, pero déjalo, está peludito.

— ¿Ya vieron? Acá no hay hoyos en el cielo.

Las sorpresitas tienen adentro juguetes, bolitas, anillitos de fantasía, dados rojos, ratoncitos de plástico, billetes de mentira. Es una calma sincera para el llanto de los carros y las prontas procesiones militares. Se arrima en una esquina y espera las visitas nulas de los modernos habitantes de las heridas profundas. Nadie parece recordar que la señora lleva sorpresas en su canasto. Sorpresitas, sorpresitas. Detalle del loco Saxon: tres bolitas de cristal.

— Hoy ha llegado el momento de transitar. La nieve, la subida; la nieve, mis guaguas, la nieve.

— ¿Acaso ya conocías la nieve?

— No, pero me recuerda a Flora.

— Hombre, Van Halen, no hable de muertos, ¿quiere?

— Se acuerdan de esa granizada que cayó, cuando un hombre de rayo subió a lo alto de la primera iglesia y le cortó la cabeza a la Virgencita.

— No, momia, no era un hombre, eran los rayos.

— Sí, desde ahí pasaron a la Virgencita a una bóveda que resistiera los rayos, porque le volaban la cabeza a cada momento.

— Por eso la Virgencita estuvo sin cabeza durante varios años, ya no invertían en eso, era caso perdido ponerle la cabeza y, a la primera lluvia, la decapitada.

— En esa granizada, Fosa parecía un pueblo cubierto de nieve.

— Viejo, Van Halen, ¿tiene fuego?

— Otra vez con esa joda. Ya les dije que no fumen los cigarrillos de las empresas metodológicas, ¿son, se hacen, o cuál es la *shit*? Esa porquería lo que hace es fecundar sistemas explotadores y retraerles y mariconearles la facultad de agotamiento; no sean tan güevones, crucen otra puerta —. Y le paso el encendedor.

— Sólo es este cigarro; es el último, en serio. Saxon, ¿usted va a fumar?

— Notas. Hoy sólo hay etílico casero.

— Y ese humo tan repetido. ¿El último de toda la vida o qué?, Chuck, marica —. Ahora trato de recordar a la Virgen sin cabeza.

— Quizás... tiene razón, viejo Van Halen, como las naves espaciales; eso pensé también. Creo que sí. Eso haré; mejor, ni el último.

— Bien. Tome, coma panelita.

— Ya dejen de estar hablando, mis chauchitas; ustedes se parecen a las comadritas de los parques; ya, mejor empecemos a caminar; ¿mejor?, ¿no les parece? Vea, viejo Van Halen, ¿qué es de Nina, cuénteme qué es de mi loca guagua de fuego?

— No sé, loco, pregúntele a Chuck; como que ese la ha visto; ¿o no?, viejo Chuck.

— Ya se fue a estudiar a otra ciudad, Saxon; ojalá le vaya bien. ¿Usted no ha hablado con ella? Está en la Inter-nacional, dicen que le está yendo estupendamente por allá; parece que vive con su tío, el doctor J..., el famoso científico.

— Entonces, parece que le va bien a mi guagua.

— No sé, loco Saxon... hace rato que nadie la ha visto, y hace poco, a su tío lo encontraron muerto en su apartamento. Las cosas de Nina estaban quietas allí, pero todos la culpan de eso, y Nina desapareció.

— Chuck... ¡no jodás!... ¿viviendo con su tío?... ¿cuánto tiempo me desaparecí?

— Es en serio, loco Saxon; es en serio; estuviste *out* dos años.

— Hasta de puta dizque estuvo o está, no sé.

— No digas eso, Chuck; tú más que nadie sabes cómo es el viejo malparido de su tío.

— Claro; claro, Van Halen; ese viejo hijueputa no la dejó en paz, todos sabían que él estaba enamorado de ella. A mi guagua en todo le va bien. Pillará, en todo. Ya sabe la gente de Fosa cómo es. Ella, ya aparecerá.

— Sí, no se preocupe por eso.

— Hágale, Saxon; camine, loco, camine. Deje de preguntar por Nina, que ella está haciendo su vida; más bien camine, loco, suba, suba.

La ubicación no puede ser más precisa, la condición de las reflexiones no tenderá a abarcar más de quince fósforos y los cúmulos de cerebros no se retardarán más en seguir delante de los alivios retorcidos. Siguen todas las batallas en la mesa de las presas ideológicas, siguen las mañas y patrañas en los suplicios aprendidos de los representantes ciudadanos y el papel higiénico de colores. Nadie gime desde el atuendo de las montañas, o eso es lo que parece; el hijo, el cúmulo, el símbolo del dinero y las apariencias nos engalanan con dictaduras. Lea, viva, vuelva a leer; escriba algo sobre manzanas podridas y luego diga quién es el gusano hambriento o el gusano asesino. “Sorpresitas a quinientos. Sorpresitas a quinientos”, no dejen morir a las viejecitas de trenzas y de lana.

— Viajamos en busca de la serpiente de los nevados. Los nevados, ya nadie los mira, por eso la serpiente aparece con mayor frecuencia.

— Sí, viejo Van, yo sí que la he pillado, la mismita que se asoma en la niebla larga a las seis de la mañana, la que se adueña de las montañas a eso de las seis de la mañana. Es una serpiente de niebla, ellita, pero acá en la nieve es como si fuera una serpiente completa; ¿sí, o qué, viejo Van?

— Tiene que ser la misma que baja y sube por los Andes; yo la vi aparecer en las montañas del Cauca; luego abajo, al otro día, por el Colimba, por donde quedaron las Perdices.

— Leyendo por ahí sobre guerras y estas ciudades, pille, ¿sabe en qué se relacionan el Vietcong, El Salado, Stalingrado, Puerres, Quito, Guaytarilla? Todas son epicentros de masacres, pero, también, en esas, me averigüé el nombre de la serpiente: tiene el nombre del volcán y la nieve.

— Pura...

— No, en serio; ya peleé por eso con giles como el Vaho del Aire y otros giles, así me crean o no. De la serpiente enrollada en su propia forma, la que muerde su cola para proteger la altura de la nieve, de allí surge el nombre, y ese es el nombre que también le pusieron al nevado, de otra forma invertida y sin arrugas. Una serpiente que se come a sí misma para proteger la nieve; así es, locos.

Una señora de chaqueta verde limón tristísimo pasa del otro lado, silbidos recurrentes; en cambio, un negro mucho más triste viene de frente: llorando, con la garganta cubierta de ropa sucia, el caminante habla con sus labios cuarteados por la ruina y la desolación de andar casi desnudo en el páramo; dice con unas lagrimitas venenosas: “Si no hubiera nacido negro, mamita, si no hubiera nacido negro”. En seguida, aparece la detención de la voz y las lágrimas enmudecen su aliento. Aparecen dos policías también negros, que alientan, patean, joden, mueven al negro hacia una cárcel móvil. Es una escena ya vista en cada espacio de la Fosa, pero ¿hasta en los nevados están los negros locos y la policía?

Seguimos en ascenso, nada que temer. Suba, suba.

— Dicen que el siglo pasado, no, no, hace cuatro siglos, unas 3500 personas fueron asesinadas aquí, en la segunda de las exprovincias.

— ¿Y para qué dices eso?, si aquí nadie se acuerda de nada; todo parece normal; ni siquiera se acuerdan del lanudo, del mono lanudo.

— Tome, viejo Van Halen, un regalito por su cumple —. Levedad, respiración profunda. Lo guardo en el bolsillo.

— ¿Qué le pasó, un susto o qué?

— No, viejo Chuck, no diga eso; fue algo más bonito.

— Sí.

— Por acá es imposible la oscuridad, se hace imposible la oscuridad, hasta falta el aire.

— Mira, ese perro todavía nos sigue.

— Parece que le gusta la nieve.

— Perro chanda.

Me vibra el corazón con el paso de las nubes y se desprende una única lágrima. No más. Un recuerdo; la muerte que cojea en los derrames del sol viene para todos; somos cachorritos que esperan un vacío y un haz de luz que nos saque de ese vacío; ¿les suena raro?; pues acá nadie trabaja su muerte legalmente, lo necesario y lo urgente es oír el aire, el páramo, el suelo, los colmillos congelados en el blanco...

Ese día nos hicimos pequeños, tiempo fuera, como el granizo pasado que alguna vez cayó encima de los lienzos como un polvo de nubes extasiadas en la peligrosa ciudad fantasma de las alturas; ningún silencio es tan blanco como el camino de luz que se ejecuta a sí mismo en las nubes.

Allí, al caminar entre los colmillos de hielo, empezó una leve brizna que transbordaba granitos de la nieve de más arriba, que caía en nubes, viento y frío del medio día a casi seis mil metros de altura, mientras los colores verdes crecían encima de las aves como diminutos arco iris y el tiempo se desvanecía como lo hacía la nieve entre nosotros; con cada paso que dábamos entre los colmillos, se abría una canción en los vacíos terrenales de nuestros cuerpos. Ahora podíamos sentir, con toda su intensidad, por qué la nieve todavía estaba allí.

Epílogo (el último deseo que sea de metal)

Causa de muerte: derrame cerebral; todo literal, chico, literal; severo golpe, un hueco y todo el *rock 'n roll* que salía y salía rosado desde el cráneo.

Recogen el cadáver, lo cosen desde el final del ombligo, lo cosen como pobre, como perdido, como miseria, como solitario, indigente, sin visa y sin diente de oro; no había nada para pagar tanto, dólares, una mierda; mantenerlo vivo artificialmente era costoso. ¿Y las canciones?; le dejan aberturas por donde un espectro azuloso carcomerá narices de supuestos inocentes. El cabello largo entorpece la labor de la máscara de oxígeno, la sangre sale por varios huecos mortales, la cara se hunde en un descontrol insensato, diente por diente caen al pavimento. Gris, amarillo, rojo. Cerdos en camionetas observan el agujero, el monumento, la hazaña, la penuria, la injuria, el exceso; el oxígeno no puede entrar en los pulmones, están rotos.

Bien, chico, como quieras, deseo de música: el último toque de Guáytara Negro resuena:

Escenario casi lleno, dos torres de amplificadores hacen crujir los cristales que giran invisibles en el aire, expulsiones de ánimas sucias, humanidad en grito, vapores y humos de furia que derriten cada mala noche y cada miedo; las ventanas se rompen, el otro lado de la lengua se desprende, funciona, se activa, muchos mudos por fin se atreven a hablar, cantan, gritan, decapitan su voz, bocas a punto de estallar, descargas y las estridencias del aliento.

— ¡Puro *cover*, para que se emputen los músicos puros!, *¡fuck you*, hijos de puta!, — grita Van Halen desde el micrófono.

“*Welcome home: sanitarium*” de Metallica, interpretado con esos armónicos y con esas bestias, un envolate estelar dentro de una lavadora. Es como si hubiera topes excavadores que buscan algo de suciedad; la motocicleta quedó casi intacta, rayones y golpecitos; el golpe certero lo soportó la garganta, lo único inestable en la falla, en la zona, en la fosa, en el cemento, en el escombros, el añico, el ripio, el complejo, la crisis; en la sustancia, chico, en la sustancia. Antes del segundo solo de guitarra, Andrés Van Halen hace que la banda haga el cambio mortal, pasa de una a “*Peace sells*” de Megadeth, puntada al equilibrio.

Hay momentos en que los sonidos de la guitarra encienden la tristeza, la pena, el desamparo, el desaliento; a todo eso le prenden fuego, a todo eso le disparan ráfagas eléctricas; es algo más superficial lo que se siente, va por la cara, va por la piel, va para afuera; viento, como si los ojos estuvieran llenos de viento; un terrenal coro de negras parece que le grita al oído, son miles de negras gritando como panteras, como tapires, como águilas crestadas; entonces, la guitarra establece desmoronamientos y pausas, se enciende con un fuego inclemente, loco, como el del viejo Hendrix, o brujerías como las del viejo Page, como de un brujo solitario que atraviesa solo una parte de la selva, sólo una parte, porque no se puede más, para eso hay que ser anaconda, lagarto, caimán, como el viejo Morrison, como el niño Rimbaud, se debe tener un imposible malestar de alma, un chillido, un agudo y horrible sonido que haga interrogarse un resto de sensaciones, ¿sí?; doña Janis, el viejo Kurt, chico, el viejo Kurt Cobain, ese loco sí que era un brujo, un perro libre, algo triste, algo necesario.

— Esto va sin nostalgia, sin nada de nostalgia, para ti, Rock, perro hijueputa, gracias, gracias —, dice Van Halen mientras fuma un porro mal armado y continúa: — esto es: “*Every day comes and goes*”, de Black Sabbath; puto tema, el tema de los perros, de los callos en las patas.

— Dale, Van Halen, dale, dale —. Acordes, incendio, niños agitadores, niñas del sabotaje. Muy tarde para darse cuenta de que los oídos estaban tapados, que estaban desintegrados en una glándula, que sólo escuchan lo que antes perdieron.

Tugurios en explosión. Tantos acuchillados en estas calles, miseria, calle miseria; el chillido de los niños desnudos escondidos en los ilimitados suicidios, y tan tarde para ocultar los cuchillos y las *otras* ganas de matarse; una guitarra se desafina, la Santa Sede vence de nuevo, las chicas poli por fin se van a descansar, aunque de las metrópolis viene otra cantidad mucho más blindada y en camiones. El feminismo militar también es algo santo. “Santo, Santo, Santo, dicen los querubines”. Nadie necesita a nadie, pero, igual, nos extrañamos entre todos. Medio día de amor, medio día de horrores.

La guitarra la toca Andrés Van Halen, se la lleva encima de un glaciar que se derrite en el centro de un gigante caparazón de tortuga, pura alucinación en el centro de la tierra. No se puede hacer nada, es su propia decisión; morir es un secreto personal, y las malas noticias, a veces traen consigo consecuencias tan infortunadas, como las que cualquier ser humano se gana por estupidez o venganza.

— Y recuerden, momias, *nada es malo, todo es bueno* —, dice Van Halen, mientras hace unas descargas de sonido desde la guitarra.

Un eructo desde los amplificadores para finalizar, algo clásico, lo sigo, pero advierto algo nuevo, un olorcito forastero, un olorcito que me inquieta, de perro, de perra, no sé, aumenta detrás mío y, entonces, negro, negro, aparece un cachorro, un cachorrito, mueve su cola e intenta saludarme y se queda sentado.

Me muevo, trato de salir del lugar pero algunos punkeros malabaristas, que llevan el *sticker* de donadores de sangre, me impiden el paso; con desprecio de abuelo renegado, me dicen lo de siempre:

— ¡Quítate, perro, quítate! ¡Hazte a un lado, perro!

Por suerte, aventado por unos seis o siete hardcoretos y algunos hip-hop con patinetas en mano, esquivando las patadas voladoras de sujetos en *shorts* y pantalones anchos, aparece un hombre con un bigote extraño, envuelto en bufandas de colores; creo que es ese tal Vaho del Aire; no importa, los punkeros donadores lo frenan y colaboran para encenderlo a patadas; un ¡ta! acompaña a la música y, en seco, se muestra una patineta que se rompe en el hueso frontal de Vaho del Aire, que intenta decir algo para que sus atacantes se detengan, pero su embale de H es tal que sus ojos ya están volteados, en blanco total; es un momento oportuno y me muevo de allí, en eso logro darme cuenta de que el cachorro le pega una olfateada rápida a un pedazo de madera que voló cerca de él para luego seguirme con cautela

Nos alejamos unos metros. El cachorro negro se sienta mientras ve con su lengua brusca y estirada cómo terminan de golpear a Vaho del Aire; mueve su cola como si estuviera alegre; el perrito tiene una lengua larguísima comparada con el tamaño de su cuerpo, es áspera, seca, dice sed; veo que es muy joven; por su respiración agitada parece que ha tenido problemas, sí, es demasiado joven, no tiene más de dos meses; pequeño chico, le hago señas para que me siga. Un poco fuera del bullicio, decido preguntarle algo; veo que su cola sigue moviéndose en señal de saludo.

— ¿Y qué putas hace solo por acá, ah, chico?, ¿apenas lo destetó la mamita? — El cachorro me mira, mueve su cola con más rapidez y simplemente saca la lengua y sigue con su respiración agitada.

— ¿Es que no ladras, o qué, chico? — No hay respuesta, aunque es algo raro, pero el olor de este cachorro, no sé, me recuerda al doctor Walter Bautista; algo, algo.

— ¿Qué edad tienes?; no debes tener más de un año, ¿cierto?; estás pequeño, callado y tonto —. El perrito no responde; en lugar de eso, se acerca y empieza a lamerme las orejas.

— ¿Estás loco, o qué?; cálmate, cálmate, cachorro —. Su tibia lengua deja mojaditas mis orejas; logro apartarme del hocico del cachorro que, por fin, parece que quiere decir algo:

— ¡Guau, guau! — Dos ladridos duros en medio del cover de “*Black witch*” de Exciter. La gente escucha y levanta sus brazos eufórica; parece que el viejo Van Halen eligió bien el último número del repertorio; ¡vaya si lo eligió bien! El cachorro sigue moviendo su cola a con rapidez.

— Cachorro marica, parece que no sabes nada de nada —, le digo, mientras veo un vaso de cerveza a medio llenar que había derramado y dejó un sujeto tostado en cocaína; me acerco al charco de oro de la cerveza y el sujeto tostado abre sus ojos como si ahora despertara de una posesión demoniaca.

—Perro chandosh, shushio; te abrihste de aquí, te abrishte, te abrishte... — dice el hombre, que termina por desmayarse y se da un letal golpe cráneo-cemento.

— ¡Guau, guau, guau! —, ladra esta vez el cachorro, que seguía detrás de mí.

— Marica, me va a tocar enseñarte a tener colmillos en esta puta frontera; de otra forma, no vas a durar ni un día en Fosa —, le digo, mientras me doy cuenta de que sus ojos son parecidos a los del doctor Walter; es raro ver ese brillo en un perro, es raro.

— ¡Guau, guau! —, ladra de nuevo.

— Cachorro marica, ven; ven y lame este charquito de cerveza; ahora te enseñe el delicado arte de ladrar.

— ¡Guau! —. El cachorro se acerca y lame del charco dorado que resplandece en el suelo.

El toque musical parece el apropiado para todos en este sitio; muchas cabezas se agitan frente a la guitarra de Van Halen, como si todos estuvieran en medio de un fuego azul, incendiándose; las cabezas se agitan con el tiempo de la batería, los sonidos, las impresiones, los golpes cabeza a cabeza, los temblores, los leves incendios en el alma.

— Bueno, perros, este tema para despedirnos y suerte, suerte —, dice Van Halen, sonriente, secándose un poco el sudor, — el mejor *rock 'n roll*, hijueputa, ¡“*On parole*”, de Motor!

La canción enloquece a todos; frente a los amplificadores de la derecha, que resuenan con la fuerza de un caballo que te patea en cada una de las vértebras, los raperos detrás de la estatua encienden un porro del tamaño de un cirio de primera comunión; en dos minutos el humo se esparce por todo el sitio, no hay una vista clara, las cabezas se agitan, bailan, se mueven sin orden, sin técnica, bailan, es *rock 'n roll*, nadie corre riesgo de pisar a nadie.

Así de loca debe ser la mirada, mientras todos bailan y Van Halen toca la última canción; el cachorro me sigue y trata de conocer algo de mí mientras olfatea los cristales de aire que se quiebran antes de tocar el suelo o las cabezas de quienes bailan. ¡Chis, chis!, se pulverizan los cristales.

El cachorro y yo nos vamos; hasta los borrachines charangueros llegaron al sitio; ese fue el último toque que escuché en Fosa.

Mientras caminamos, intento enseñarle al cachorro un canto triste, un *blues* tropical, algo tristísimo, algo que aprendí a punta de calor:

— *Esta tierra no es mía/ esta tierra no es mía/ esta tierra no es mía/ esta tierra es de la nación...* Vamos, cachorro, canta conmigo —, le digo, — es nuestro verso; canta, cachorro, canta.

Pero el cachorro sigue con su lengua afuera y camina detrás de mí, mueve su cola y olfatea cada rincón del pavimento que pasamos, cada roca, cada agujerito en el suelo.

Nos vamos despacio; el cachorro ahora camina de manera casi etérea; tendrá que aprender mucho antes de convertirse en perro de ciudad y, sobre todo, tendrá que ladrar mucho si quiere ser perro de frontera; atrás nuestro va quedando otro sitio, aunque desde aquí todavía se oye la guitarra de Andrés Van Halen; abajo rugidos y arriba humo.

Frente al Parque, dos cárceles móviles de la SS pasan con celeridad, no se detienen en el semáforo que acababa de ponerse en rojo y, como era de esperarse, chocan con una camioneta de la Inteligencia de Aduanas que estaba verificando si lo que se consumía en ese momento era legal; para muchos, el choque no tiene importancia, excepto para algunos jóvenes cleptómanos que aprovecharon el momento para saquear, con movimientos afinados, las armas y las billeteras de los oficiales, que salían desconcertados y algo heridos de los vehículos.

El cachorro no presta atención al choque y sigue moviendo su cola detrás de mí. Parece que esta noche no será tan fría, parece que no.